

JOSÉ CALVO POYATO

*Taque*  
a la  
*Reina*



Lectulandia

La reina viuda, de carácter adusto e intransigente en sus planteamientos, asume una regencia llena de dificultades, apoyándose en su confesor, el padre Everardo, un jesuita al que el pueblo odia por haber cerrado los corrales de comedias y ser extranjero. Sobre su figura circulan todo tipo de rumores, muy escabrosos cuando se refieren a su relación con la reina. Frente a ellos el ambicioso Juan José de Austria, hijo bastardo del monarca difunto y de una comedianta, intriga para hacerse con el poder. Dos personajes más, el capitán de tercios Gonzalo de Santa Cruz y la enigmática Elena de Zúñiga, un antiguo amor del capitán, atraerán el centro de la intriga palaciega mientras intentan recuperar el amor perdido. Jaque a la reina es una novela histórica que tiene como telón de fondo el Madrid de los Austrias a finales del siglo xvii. En un ambiente de clérigos intolerantes, de nobles engreídos y de veteranos soldados que pululan por la corte sin oficio ni beneficio se desarrolla una historia de intrigas, luchas y pasiones que el autor traza de tal forma que el lector queda atrapado desde las primeras páginas.

**Lectulandia**

José Calvo Poyato

# **Jaque a la reina**

ePub r1.1

Mangeloso 10.11.14

Título original: *Jaque a la reina*  
José Calvo Poyato, 2003  
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso  
Corrección de erratas: smonarde  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A todos aquellos que en la vorágine  
del poder lucharon por un ideal

# 1

Hasta el momento, la primavera había presentado un perfil desapacible. Los días lluviosos con cambios rápidos y bruscos de temperatura desorientaban a los vecinos de Madrid en aquel año de 1668 en que, bajo la regencia de doña Mariana de Austria, la Monarquía Católica vivía momentos de zozobra.

Doña Mariana era reina por disposición testamentaria de su difunto esposo el rey Felipe IV y ejercía el cargo en nombre de su hijo, el pequeño Carlos, quien, si llegaba a reinar, lo haría con el nombre de Carlos II. Aquel niño de siete años era enfermizo desde su nacimiento y endeble de constitución. Las afiladas lenguas de la corte señalaban que había sido engendrado en la última cópula carnal que el rijoso monarca había tenido con la reina. La opinión más generalizada apuntaba a que no llegaría a ser rey porque no superaría la pubertad.

La noche anterior al 19 de mayo, había nevado de forma copiosa. Aquella nevada, algo extraordinario a tales alturas del año, fue interpretada por muchos como augurio de malos sucesos. Había cubierto Madrid con una capa blanca que lo tapaba todo; sin embargo, tal blancura se transformaría pronto en agua corriendo por pendientes y desniveles porque había amanecido un día soleado.

En la plaza de Santa Catalina la chiquillería y también algunos adultos se arrojaban bolas de nieve entre bromas, risotadas y ligeros quejidos cuando alguno de los que así se entretenían era alcanzado en parte sensible de su cuerpo.

Alejándose de las carreras, morisquetas y escorzos de los que jugaban de aquella forma cruzó presurosa, con paso firme y decidido, una figura embozada en su negra capa y cubierta con un sombrero calado hasta las cejas. Diríase, por el embozo y por lo calado del sombrero, que trataba de ocultar su identidad a posibles miradas indiscretas. La negra imagen, que se desplazaba con rapidez, resaltaba sobre el blanco que se extendía por todas partes. Había salido del mesón del Moro y cruzaba la plaza hacia la calle de la Fuente.

La energía de su paso poco a poco fue perdiendo fuerza, conforme el embozado avanzaba. Primero se hizo más reposado, como si le afectase un cansancio repentino, después se vio obligado a detenerse. Su respiración era agitada y entrecortada, como si tuviese un problema en los pulmones o padeciese alguna enfermedad. El rostro de aquel individuo, hasta donde se podía ver, mostraba signos de congestión, estaba enrojecido y perlado por pequeñas gotas de sudor; en sus ojos se percibía la punzada de un dolor a duras penas contenido. Hubo un momento en que sufrió una especie de vahído que le nubló la vista y le obligó a agarrarse a la reja de una ventana para no dar con sus huesos en el suelo. Cogido al improvisado asidero, trató de serenarse; dejando caer el embozo de su capa, buscó entre sus ropas un pañuelo con el que se secó el sudor que ya le empapaba el rostro, luego aspiró el aire, aún fresco, de la mañana. Su cara se relajó un poco. Pero, de repente, un agudo dolor le hizo

contraerse de nuevo. La mano que le sostenía asido a la ventana se crispó atenazando el barrote con fuerza, como si quisiese deshacerlo entre sus dedos. Con un movimiento rápido echó para atrás la capa y se quitó el sombrero, dejando al descubierto sus facciones.

Era un individuo de unos cuarenta años, alto y desgarbado. Tenía una incipiente calvicie que quedaba en buena parte disimulada por la media melena que poseía, de un pelo lacio y negro, con las puntas remetidas hacia dentro, a la moda. También respondían a los gustos del momento una fina perilla y unos delgados y atusados mostachos, cuyas puntas se levantaban casi verticales. El óvalo de sus facciones era redondeado, y la piel blanca y sonrosada. La ropa que vestía era de buena calidad, pero presentaba el deterioro de un uso prolongado.

El aire que entró en sus pulmones y el que sintió en su rostro al desembozarse pareció aliviarle en algo el dolor que padecía. Compuso el ademán y con paso cansino y vacilante reanudó la marcha. Su figura presentaba, sin embargo, una silueta muy diferente a la que de forma tan decidida había salido hacía poco del mesón del Moro. Reinició la marcha, pero no había caminado más de un centenar de pasos cuando de nuevo sufrió un espasmo del que trató de recuperarse. Los síntomas de cansancio que ofrecía su rostro no tenían relación con el esfuerzo realizado desde que se detuviera la vez anterior. Ahora parecía menos preocupado por la imagen que podía ofrecer, que cuando tuvo que buscar la ayuda de la ventana, aunque su aspecto era ciertamente penoso. Además de los espasmos que le sacudían a pequeños intervalos, estaba sofocado. Se desabrochó sin miramientos el cuello de la camisa y la botonadura de la parte superior del jubón, a la vez que, con un gesto inútil, trataba de abanicarse el rostro con una mano. Pareció mejorar un poco y reemprendió su camino. Trataba de imprimir velocidad a sus pasos en un claro intento de alcanzar cuanto antes su destino. Tras un considerable esfuerzo consiguió llegar a la posada de la Estrella en la plazuela de los Herradores, frente al convento de las Clarisas, cerca de la plaza Mayor. Cuando cruzó el zaguán su rostro presentaba una palidez mortal. En pocos minutos su aguileña nariz se había afilado de forma extraordinaria y los ojos, hundidos en sus cuencas, presentaban unos oscuros cercos a su alrededor; los tenía vidriosos y velados. En la mirada de aquel hombre se reflejaba la cercanía de la muerte. Un grito estentóreo salió de su boca con una fuerza mucho mayor de la que parecía posible, dado el demacrado aspecto que ofrecía:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Me han envenenado!

Dando tumbos, más que pasos, pudo llegar hasta una de las mesas que había en una gran sala a la que se accedía a través del portón que la separaba del zaguán. Apoyó en ella las manos, jadeante e inclinado hacia delante. Su cuerpo se arqueó y de forma casi simultánea una arcada sacudió su estómago. Las tres mozas que faenaban atendiendo a la escasa parroquia que había se acercaron para ayudarle, mientras que la clientela asistía expectante a tan inesperada situación.

—¿Qué os ocurre señor de Saint-Aunais?

—¿Os sentís mal? ¿Qué os ha sucedido?

El llamado Saint-Aunais no tenía fuerzas para responder. Harto hacía con soportar las arcadas que ahora, una tras otra, le mortificaban, sin llegar a convertirse en un vómito liberatorio. Tenía la mirada perdida y se apretaba con ambas manos el estómago, en un intento inútil de contener los espasmos que le sacudían. A su alrededor se formó un corrillo de curiosos que le miraban, impotentes, comentando que aquel sujeto había dicho que le habían envenenado.

Cuando apareció el posadero, un tripudo individuo cuyos rasgos más llamativos eran unas pobladas cejas, negras y corridas, y una calva absoluta y brillante, las mozas habían sacado un jergón de basta lona listada relleno de paja, donde habían tendido al enfermo. Al percatarse de quién era el que allí estaba postrado no pudo contener una exclamación de sorpresa:

—¡Señor marqués! ¿Qué os sucede? ¡Pronto, pronto, que avisen a un médico!

Una de las mozas se ajustó el corpiño, estiró los pliegues de su falda y se alisó con las manos el pelo, que llevaba recogido en un moño. Salió casi corriendo a cumplir el encargo de su amo.

La mayor parte de los presentes miraron al posadero, que se agachaba en actitud solícita sobre el enfermo, y le tomaba una de las manos.

El marqués de Saint-Aunais entreabrió los ojos, aspiró profundamente tratando de llenar sus pulmones y pidió al posadero, con voz entrecortada, un poco de agua:

—Antón... Antón, un poco de agua... por... por el amor de Dios... Algo... algo me quema por dentro... ¡me está abrasando las entrañas!

El posadero no necesitó dar la orden porque una de las mozas acudió a una cantarera y de un panzudo búcaro vertió como medio azumbre de agua en una jarrilla de barro. El marqués, tras un gran esfuerzo, logró beber dos o tres tragos que, además de refrescar su garganta, empaparon su pechera por la dificultad que tenía para tragar. Hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban y apretó la mano del posadero:

—Antón, escúchame con atención. No dispongo de mucho tiempo...

—Pero, por la Virgen Santísima, decidme, señor, ¿qué es lo que os ha ocurrido?, ¿qué es lo que os pasa?

—No me interrumpas, te he dicho que no dispongo de mucho tiempo y no puedo desperdiciarlo —gimió.

El posadero abrió la boca para contestar de nuevo, pero la mirada del moribundo hizo que quedase en un intento.

—Más que un maldito matasanos, que no podrá hacer nada por mí, es mejor que mandes buscar un sacerdote a quien confiese mis culpas y pecados, que son muchos y notables. Pero antes escúchame atentamente porque mi muerte no es cosa de la naturaleza, ni de enfermedad, sino la consecuencia de un tósigo que me han suministrado hace poco rato.

—¿¡Que os han dado un veneno!?! ¿Quién? ¿Dónde? ¿Cómo? —el posadero abrió los ojos de forma desmesurada.



—No me interrumpas, Antón, te he dicho que tengo poco... aaah... —un nuevo espasmo sacudió su cuerpo, que se arqueó contraído, para desmadejarse a continuación—: Escucha lo que voy a decirte sin que me interrumpas más. Aunque sería conveniente que mandases ya a por el confesor.

Antón dio un vozarrón a la moza que había traído el agua.

—¡Ve sin detención en busca del padre Diego!

—¿El... el jesuita? —preguntó la moza, titubeando.

—¡Quién coño, si no! ¡Ve y no te detengas, que parece que el caso apremia!

—Ahora escucha lo que voy a revelarte —el marqués parecía haberse serenado algo.

El posadero miró a la concurrencia, no menos de una docena de personas, que se arracimaba en torno a él y a Saint-Aunais. Éste, levantando la voz cuanto le fue posible, y con gran esfuerzo, comentó para que lo oyesen todos:

—Lo que tengo que decirle a Antón no es secreto, pueden escucharlo vuestras mercedes y sepan que es la pura verdad, la verdad que dice un hombre que sabe que tiene contados los minutos que le restan de vida. ¡Lo juro por ésta! —Hizo una cruz con los dedos y se la acercó a los labios, besándola—. Esta mañana, a eso de las ocho —continuó el marqués—, encaminé mis pasos hacia el mesón del Moro, el que está cerca de la plaza de Santa Catalina, para acudir a una cita con un individuo que en la tarde de ayer me manifestó su deseo de reunirse conmigo. Tenía el propósito de hacerme partícipe de un plan que podría ser de mi interés...

El moribundo dejó de hablar, sorbió con gran dificultad un trago de agua y continuó con esfuerzo:

—Nada más me dijo aquel sujeto del asunto a tratar, tentando de esta forma mi curiosidad. Llegado al lugar concertado hube de aguardar largos minutos hasta que apareció quien allí me había citado.

La respiración de Saint-Aunais se hacía poco a poco más fatigosa, sorbió otro trago de agua para refrescar su garganta y tomarse un breve descanso.

—Llegó acompañado de un conocido mío: un hidalgo aragonés llamado Malladas. Los dos se mostraron deferentes hacia mi persona y se deshicieron en disculpas por su tardanza, antes de que yo manifestase mi enfado por el tiempo que llevaba esperando. Echaron la culpa a la nevada y a las dificultades que la misma había originado para transitar por algunos lugares. Malladas, a título de desagravio, ofreció convidarme a un succulento desayuno. Reclamó la presencia del mesonero y encargó, sin pedir parecer a nadie, migas con torreznos, lonchas de jamón y chocolate. Recuerdo que lo encargó bien espeso... —otra vez la fatiga obligó al marqués a detenerse; ahora, además, una nueva punzada de dolor en su estómago le hizo retorcerse y detener la narración con la que había ganado la atención de todos los presentes.

»Mientras preparaban las viandas —prosiguió el marqués una vez superado el espasmo—, Malladas me explicó el plan del que quería hacerme partícipe y algo más.

Solicitaba mi colaboración decidida en el mismo. Con gran lujo de detalles expuso la situación política que en este momento se vive en la corte, según su particular visión de los hechos. En su opinión, todos los males que aquejan a la monarquía se derivan de la incapacidad del valido de la reina para hacer frente a los retos que en este momento la situación plantea —la respiración del marqués era cada vez más entrecortada y mayores sus dificultades para hablar, sólo el deseo de dar cuenta de lo ocurrido, le daba fuerzas para proseguir.

»Afirmaba que sólo la caída del valido puede poner fin a una situación insostenible y que de continuar todo así, aunque sea por corto tiempo, sufriremos daños más graves aún de los que estamos padeciendo. Yo le respondí que la caída del padre Everardo era algo que dependía de la voluntad de la reina y que, por lo que yo tenía oído, doña Mariana no estaba dispuesta a prescindir de los servicios del jesuita. Malladas coincidió conmigo en esta apreciación, por lo que me desveló entonces la parte fundamental del plan que tenía preparado para poner fin a la situación que había descrito.

—¿En qué consistía el plan? —la pregunta había surgido del corro de curiosos a quienes parecía preocupar poco el estado en que se encontraba el marqués; desde luego, les importaba mucho menos que las palabras que salían de su boca.

La respuesta a aquella pregunta que la concurrencia aguardaba se vio interrumpida por una nueva punzada de dolor. Saint-Aunais dejó escapar un quejido y se apretó con las dos manos el estómago.

—He participado en numerosas intrigas cortesanas. Podría afirmar que en los últimos años no ha habido ninguna de cierta relevancia en la que no haya tomado parte. Unas veces al lado de unos y otras al lado de otros. ¡Necesidades que impone la vida! —con aquella exclamación el marqués parecía tratar de justificar lo que había sido una vida de intrigas, vinculada al mejor postor—. He tomado parte activa —continuó— en tramas urdidas al calor de la lucha política que en torno al poder se tejen y destejen. Pero nunca, lo juro por la salvación de mi alma que pronto ha de comparecer ante el Altísimo, he manchado mis manos con sangre. Lo que Malladas me propuso, sin ningún tipo de rebozo, fue participar en un asesinato. ¡Quería que cometiese un crimen!

Los rostros de los presentes adoptaron expresiones muy variadas que iban desde la sorpresa de los más incautos, desconocedores de los vericuetos por los que, con frecuencia, se movían los asuntos de palacio, hasta la emoción que se reflejaba en otros.

—¿A quién pretenden asesinar? —preguntó el posadero, que sostenía levantada con una de sus manos la cabeza del moribundo marqués.

—El plan urdido pretende acabar con la vida del padre Nithard...

En ese momento, como si se hubiesen puesto de común acuerdo, irrumpieron en la posada tanto el padre Diego como el médico cuyos servicios habían sido requeridos. Su llegada produjo cierto alboroto que se confundió con las

exclamaciones de los presentes al conocer la identidad de la supuesta víctima de los planes de Malladas. Saint-Aunais se encogió, contraído una vez más por otra dolorosa punzada, ahora acompañada de una ruidosa arcada que hizo brotar por la comisura de sus labios un hilillo de sangre.

El médico comprobó si el enfermo presentaba alguna herida. Ante el resultado negativo de su exploración hizo un gesto de preocupación a la vez que le preguntaba si le podía dar razón alguna de la causa de aquella dolencia que le mortificaba.

La respuesta fue contundente:

—Doctor, es poco lo que podéis hacer por mí. Dejad que el padre me oiga en confesión, porque me han envenenado. El veneno me lo han suministrado en una jícara de chocolate, aprovechando que acudí a orinar, después de negar mi participación en un plan urdido para poner fin a la vida del valido de la reina.

—¿Pretenden asesinar al padre Nithard? —quien había hecho la pregunta, con voz trémula, era el padre Diego de Sotomayor, compañero de orden del valido.

—En efecto, y por negarme —Saint-Aunais apenas tenía ya un hilo de voz— a colaborar... en tan inicuo proyecto pago con mi propia... mi propia vida.

Una nueva arcada acompañada de un vómito de sangre que enrojeció su pechera sacudió al moribundo. El sacerdote requirió al médico su parecer con la mirada. El gesto del galeno fue elocuente. No había nada que hacer. El padre Diego solicitó a la concurrencia que se alejase para escuchar, hasta donde fuese posible, la confesión de aquel desdichado que estaba a punto de abandonar esta vida.

En medio de un relativo silencio punteado de murmullos, todos los presentes, incluido el dueño de la posada, se retiraron a una distancia prudencial. Desde allí asistieron a los momentos finales del marqués de Saint-Aunais, un intrigante profesional que había vendido durante años sus servicios al mejor postor en las enconadas luchas cortesanas que se vivían en la capital de España, a quien escuchaba en confesión y reconfortaba el jesuita Diego de Sotomayor.

Su muerte habría pasado casi desapercibida de no ser por las circunstancias que en la misma habían concurrido. En pocas horas Madrid fue un hervidero de rumores y de comentarios en torno a un único asunto: había en marcha un plan para acabar con la vida del padre Nithard, el jesuita que, siendo confesor de doña Mariana de Austria, se había ganado su confianza hasta el punto de convertirse en su valido, además de ser inquisidor general.

Diego de Sotomayor, acalorado y sudoroso, caminaba por las calles de Madrid a toda la velocidad que le permitían su larga zancada y su juventud, aún no había cumplido los treinta años. No salía de su asombro después de haber escuchado en confesión a quien ya era el difunto marqués de Saint-Aunais. El sacerdote se resistía a la tentación de correr, que era su mayor deseo en ese momento. Si no lo hacía era porque una persona de su dignidad estaba obligada a guardar las formas y la compostura debidas. Hubiese causado escándalo ver a un padre de la Compañía corriendo, con los hábitos remangados, como un pillastre cualquiera de los que pululaban por las calles y plazas de aquel Madrid enervado por los enfrentamientos de los llamados *nithardistas* y *donjuanistas*, remoquetes con los que se calificaban respectivamente a los partidarios de quien era el valido y su compañero de orden, y de don Juan José de Austria, hijo bastardo del anterior rey, habido con una comedianta llamada la Calderona.

Sus presurosos pasos le encaminaban hacia la Suprema. Le molestaba, por primera vez en su vida, el entretenimiento que suponía que muchos mozalbetes desocupados y algunas beatas con las que se cruzaba en su camino se acercasen hasta él para, en un acto de sumisión, besarle en la mano, que él mostraba con prisas e incomodidad. Sabía que en las circunstancias presentes y con las noticias que portaba era de suma importancia ganar los minutos. Al doblar la esquina de la calle que le conducía hasta la plaza de la Encarnación, que era su destino, clavó su mirada en un pasquín impreso. Hacía poco rato que lo habían pegado porque aún estaba fresca, empapando el papel, la mezcla de engrudo y goma arábica que habían utilizado para fijarlo a la pared. A pesar de las prisas se detuvo para conocer su contenido. Conforme avanzaba en su lectura, contraído por la tensión y el esfuerzo, se enervaba aún más de lo que ya estaba. Lo que se decía en aquel panfleto era uno más de los ataques que los partidarios de don Juan lanzaban contra el padre Everardo:

*A LA REINA DOÑA MARIANA DE AUSTRIA, NUESTRA SEÑORA, cuya vida guarde Dios muchos años.*

*Ha de saber Su Majestad que las maquinaciones del padre Everardo llegan a tales extremos de sinrazón que resultan difíciles de creer en persona de su condición. Su odio hacia quienes no comparten sus designios, que han puesto a esta Monarquía en la difícil coyuntura que al presente le abrumba, se ha desatado en forma de destierros, prisiones y destinos poco honorables. Trata el teatino, por todos los medios a su alcance, de eliminar o de alejar de esta triste corte a todos aquellos que no estén dispuestos a someterse a sus designios y a la vesania de sus actos. Son los buenos y fieles vasallos de Su Majestad aherrojados con grilletes por decir la verdad. Son maltratados de palabra y de obra todos quienes osan disentir de sus decisiones,*

*marcadas por la avaricia y la codicia que es la norma que dicta todos sus actos. Tiene el corazón de tal modo pegado a los talegos que no hay asunto, por mucho interés que el mismo represente y por mucha que sea la necesidad que su solución plantee, que no esté determinada por el afán avaricioso que marca todos sus actos.*

*Mientras los más esclarecidos vasallos de Vuestra Majestad gimen, vilipendiados en sus personas y en sus bienes, el padre confesor y sus amigos se enriquecen a costa de esta desgraciada y desangrada Monarquía, otrora espejo de cortes y al momento presente sumida en ruina tal que ni puede ser ponderada.*

*Habrà Vuestra Majestad de poner coto y remedio a tantos desmanes como al tiempo presente nos martirizan y aun amenazan, tomando aquellas disposiciones encaminadas a acabar con un estado de cosas que, de no ponerle solución, acabarán con las esencias mismas y aun la propia existencia de esta Sagrada Monarquía, cuya custodia y depósito dejó en vuestras manos la sacrosanta voluntad de Vuestro difunto esposo, el Rey Nuestro Señor, don Felipe el Cuarto, que gloria de Dios haya.*

*En la Villa y Corte de Madrid, a viernes,  
18 días del mes de mayo del año de gracia de 1668*

Con mal disimulada ira Diego de Sotomayor arrancó de un manotazo aquel libelo injurioso que los enemigos de su compañero de orden sacaban a la luz pública. Una calumnia más lanzada contra el padre confesor por quienes, llenos de envidia, no soportaban el encumbramiento al que lo había elevado su majestad. Su desabrido gesto no pasó desapercibido a un grupo de curiosos que, formando corrillo, había seguido con atención la actuación del jesuita. Cuando éste arrancó el papel fue saludado con una rechifla y algunos insultos dirigidos contra él, contra Nithard y contra la Compañía de Jesús.

—¡Fuera el teatino!

—¡Fuera el confesor!

—¡Fuera los teatinos! ¡Fuera, fuera!

—¡Viva el señor don Juan!

Diego de Sotomayor hizo una mueca despectiva, arrugó el papel en sus manos hasta hacerlo una bola y lo arrojó con furia contra el grupo. Aquel gesto estimuló las iras de los vociferantes, quienes pasaron de las palabras a los hechos. Uno de los presentes se agachó y tomando un canto del tamaño de su puño lo arrojó contra el jesuita, quien pudo esquivarlo. Pero la pedrada fue como una especie de señal para que los congregados se lanzasen en veloz carrera hacia el hijo de san Ignacio. Ahora, el sacerdote, olvidándose de formas y composturas, se arremangó la sotana y puso tierra de por medio, echó a correr sin parar hasta alcanzar el que suponía y, sin duda lo era, seguro refugio para su persona en la sede del Santo Oficio. Menos mal que la distancia que le separaba del edificio donde la Inquisición tenía ubicados sus servicios centrales no era mucha, lo que hizo que los esfuerzos del encorajinado

grupo fuesen baldíos. Diego de Sotomayor cruzaba el dintel de la puerta de la Suprema cuando sus perseguidores se encontraban a menos de veinte pasos de distancia y hasta sus oídos llegaban nítidos los improperios con que le obsequiaban. La persecución no tuvo mayores consecuencias porque cuando aquellos individuos le vieron entrar allí, volvieron sobre sus pasos con rapidez, incluso mayor que la que habían empleado mientras perseguían su objetivo. Los miedos que inspiraba el temido tribunal eran tales que nadie en su sano juicio se atrevía a correr el riesgo de tener un encuentro con sus integrantes. Bastante lejos habían llegado en su agresión a un miembro de la poderosa Compañía de Jesús.

La paz y el sosiego que inundaban claustros, patios, galerías y dependencias del imponente palacio adonde Diego de Sotomayor había entrado se vio ligeramente alterada con su presencia. Su rostro demudado, su descompuesta figura y la agitación de que era presa contrastaban con la tranquilidad que ofrecían los grupos de *familiares* y otros miembros de la Inquisición que allí departían. Llamó la atención de la mayor parte de los presentes —aquellos que estaban allí para ver y ser vistos, más que para enfrascarse en profundas disquisiciones propias de la materia que les estaba encomendada— la intempestiva llegada del jesuita.

—¡Padre, tenéis mal aspecto! ¿Qué ocurre a vuestra reverencia?

—¿Os aqueja algún mal?

—¿Tenéis algún problema en el que podamos servir de ayuda?

Hubieron de pasar algunos segundos hasta que el interrogado recuperó el resuello. Mientras lo hacía, uno de los presentes tuvo la feliz idea de acudir a por agua con que refrescar los ardores que aquejaban al recién llegado. Los demás aguardaban expectantes a que explicase su presencia allí en aquellas penosas condiciones, pues la imagen que presentaba era poco edificante y, desde luego, nada acorde con su dignidad y rango.

—¡Hay un plan para asesinar al padre Everardo!

Aquella afirmación dicha sin más preámbulos causó una verdadera conmoción. Primero hubo expresiones de perplejidad, luego la confusión fue generalizada. Todo se volvió exclamaciones, comentarios, preguntas.

Uno de los presentes, un individuo enjuto y de facciones tan alargadas que rozaban la anormalidad, se acercó hasta el jesuita. Iba vestido de seglar y completamente de negro. Sin decir palabra, agarró con fuerza a Sotomayor por el brazo. Tenía una mano, que apenas era algo más que piel y huesos, rematada en unos dedos largos, afilados, sarmentosos. Era como una garra que había atrapado una pieza.

—¿Tenéis pruebas de eso que acabáis de decir? —la voz de aquel hombre sonaba grave y profunda. Una voz que le hacía a uno sentirse un juguete en manos de alguien que podía utilizarlo a su antojo.

—Así es. Tengo las pruebas de lo que acabo de decir.

—En ese caso seguidme —la voz del malencarado individuo, que ni siquiera se

había molestado en presentarse, sonaba marcial, autoritaria. No había formulado una invitación, ni siquiera había planteado una posibilidad. Lo que había dado era un orden. Diego de Sotomayor trató de reaccionar:

—¿Quién sois vos para decirme lo que he de hacer?

La respuesta que recibió fue una mirada cortante. Parecía fulminarle con los ojos. Sin embargo, las palabras que salieron de su boca sonaron ahora suaves, hasta melifluas.

—Disculpad las formas, pero lo que habéis dicho es tan grave... Mi nombre es Pedro de Arista y soy *familiar* del Santo Oficio. ¿Tenéis la bondad de acompañarme, padre... padre...?

—Mi nombre es Diego de Sotomayor, de la Compañía de Jesús con residencia en el Colegio Imperial, y realizo trabajos propios de mi ministerio en la parroquia de San Ginés.

—Bien, padre Sotomayor, siendo tan grave lo que acabáis de decir y afirmando, como lo habéis hecho, que tenéis pruebas de ello, tened la bondad de acompañarme.

En aquel momento llegó el que había ido a por el agua. El jesuita, que bebió varios sorbos con estudiada moderación, agradeció el detalle. Después se compuso las vestiduras y acompañó a aquel individuo. Todos los presentes abrieron pasillo en medio de apagados murmullos.

El jesuita y el *familiar* ganaron rápidamente el claustro que rodeaba aquel patio, en el que se levantaban, poderosos y desafiantes, varios cipreses, y subieron por una amplia escalera de mármol rosa pálido, cuyas paredes estaban decoradas con enormes lienzos, todos ellos retratos de quienes habían sido inquisidores generales, máximos representantes de la institución que asentaba allí sus reales. Llegaron a la planta superior, cuyo suelo entarimado crujió bajo el peso de los dos individuos que con paso rápido y decidido, sobre todo el *familiar*, se dirigían hacia una antesala previa a un gabinete de trabajo, donde el inquisidor general recibía las visitas.

A lo largo del recorrido los dos hombres no cruzaron una sola palabra. Cuando llegaron a la antesala, donde había varias personas charlando apaciblemente para matar el tiempo hasta ser recibidos, el padre Sotomayor preguntó al *familiar*:

—¿Está aquí el padre Everardo?

A Pedro de Arista debió de parecerle una confianza excesiva la que se tomaba aquel jovenzuelo para referirse de tal forma a una personalidad como Nithard:

—Si os referís a su ilustrísima el señor inquisidor general, la respuesta es sí. Espero, además, que su ilustrísima —pronunció la palabra con énfasis— acceda a recibirnos inmediatamente. Tened la bondad de aguardar aquí. Será sólo un instante.

Los presentes saludaron con respetuosos movimientos al *familiar*. Éste, que apenas se dignó corresponder, se dirigió a un individuo de pequeña estatura que parecía ejercer funciones de portero, quien le recibió con una profunda reverencia. El padre Sotomayor pudo percatarse de que aquel individuo, de quien no tenía mayor conocimiento que lo que él mismo le había dicho, por causa del escaso tiempo que

llevaba en la corte —apenas hacía un mes que había llegado a Madrid—, por sus ademanes y por la actitud que todos adoptaban ante él, sin duda era persona de gran autoridad dentro del Santo Oficio.

El portero escuchó con atención lo que Arista le susurró al oído, a la vez que afirmaba con movimientos de cabeza. Luego, sin perder un instante entró en el gabinete.

Para entretener la espera Arista sacó de uno de los bolsillos de su jubón una bolsa de fino tafilete, extrajo un cigarro y los adminículos para encenderlo, cosa que hizo con la facilidad propia de quien está habituado a ello. En pocos segundos una densa humareda surgió a su alrededor, como si alguien hubiese agitado un incensario, a la vez que un olor acre y un punto pestilente se extendió por la antesala. Algunos de los presentes tosieron de forma ostensible e incluso hubo quien se santiguó apresuradamente. Nada de ello pareció importar a don Pedro, que se dirigió a donde le aguardaba Sotomayor.

—Esta costumbre de fumar que ha venido de las Indias es una de las mejores cosas que nos ha traído el descubrimiento de aquellas tierras. A pesar de que algunos digan que es un vicio asqueroso y repugnante, que es malo para la salud e incluso una práctica un punto diabólica, lo cual es una paparrucha. Lo cierto y verdad es que serena los ánimos y tranquiliza el espíritu en momentos de agitación.

A Sotomayor por primera vez las palabras de aquel hombre no le sonaban ni a orden, ni a imposición, ni a amenaza solapada. Eran un simple comentario sobre un asunto que estaba en boca de las gentes y que desde hacía tiempo se prestaba a todo tipo de comentarios e incluso controversias, que habían dado a la estampa numerosos escritos a favor y en contra de aquella extraña costumbre, que cada vez lo era menos, copiada de los indios. Aunque la iglesia oficialmente no había efectuado ningún tipo de pronunciamiento, eran numerosos los prelados que habían hecho públicas ciertas disposiciones respecto a tan curiosa novedad. En algunas diócesis se había establecido la prohibición de fumar en el interior de los templos por causa de la humareda que producía, el olor que provocaba e incluso las toses y molestias a que daba lugar en muchas de las gentes que asistían a los oficios litúrgicos. Algún ordinario había ido más allá, en la dirección apuntada por Arista, condenando por su cuenta una práctica que había de estar relacionada con el Maligno como resultaba evidente de algo que permitía echar humo por la boca y las narices. En el extremo contrario se situaba un considerable número de clérigos que se habían aficionado a fumar.

Lo cierto y verdad era que aquel debate levantaba pasiones entre las gentes y que, pese a ciertas condenas como las aludidas, cada vez era mayor el número de quienes se aficionaban al tabaco, que se consumía de diferentes modalidades. Así, había quienes, como don Pedro de Arista, inhalaban los humos por la boca y los expulsaba por la nariz y la boca indistintamente. Otros lo hacían sólo por la nariz o la boca. Había quienes inhalaban por la nariz —que era el modo en que fumaban los indios—



y lo expulsaban por ella o por la boca.

También se había extendido la práctica de masticar las hojas con las que se fabricaban los cigarros, eran las gentes de mar quienes se habían decantado por esta forma con preferencia sobre las otras, porque así lo aconsejaba la prudencia y las estrictas órdenes de los capitanes para evitar incendios a bordo. Algunos lo hacían porque de esa forma nada tenían que ver con humos e incandescencias, que era por donde se podía advertir la mano de Lucifer, experto en materias como aquéllas.

Apenas habían iniciado el *familiar* y el jesuita la conversación acerca del tabaco cuando el sujeto que oficiaba de portero se acercó a don Pedro y le comunicó algo en voz baja, pero que Sotomayor pudo oír, dada su proximidad:

—Su ilustrísima os recibirá de inmediato, don Pedro. Acompañadme, por favor.

Abandonaron la antesala donde se guardaba turno y fueron introducidos en un gabinete de pequeñas dimensiones, sumido en una suave penumbra porque no recibía más luz natural que la que le entraba por la puerta. Estaba iluminado por un velón en el que ardían las torcidas que, empapadas en aceite, asomaban por sus numerosos picos. La decoración de la habitación estaba marcada por la austeridad. Destacaba una cómoda de grandes proporciones y líneas sencillas sobre la cual había un crucifijo con el cristo tallado en marfil, cuyas formas se salían de la iconografía común del tema.

—Aguardad aquí, que enseguida vendrá su ilustrísima.

Apenas habían pasado un par de minutos cuando por una puertecilla interior apareció la figura de Everardo Nithard, confesor y valido de la reina, doña Mariana de Austria, miembro de la Junta de Gobierno e inquisidor general. Su figura era alargada y ofrecía un perfil adusto que sus partidarios relacionaban con el ascetismo que presidía su vida. Iba tocado con un bonete negro de cuatro picos. A primera vista parecía persona más ligada a teologías y cuestiones del espíritu, que apegada a las cosas terrenales. Sus picudas cejas y la finura de sus labios, apenas una línea esbozada en el rostro, señalaban un carácter enérgico y fuerte, incluso una voluntad indomable. Usaba bigote y perilla a la moda, y ésta parecía ser su única concesión a las mundanas cosas que eran habituales en la corte, donde desempeñaba un preponderante papel gracias a la confianza que en él había depositado la regia penitente a quien dirigía en su conciencia y vida espiritual desde que llegara a España, siendo una niña de poco más de quince años para contraer matrimonio con su tío el rey Felipe IV, que le triplicaba la edad.

El inquisidor saludó con estudiada cordialidad a don Pedro, al que estrechó la mano. Le produjo cierta extrañeza encontrarse allí con un miembro de su orden con quien no había tenido trato. Nithard, habituado a lances como aquél, que la vida cortesana le planteaba con frecuencia, hizo un comentario ligero:

—Vuestro rostro me es vagamente familiar, padre... ¿padre?

—Soy el padre Diego de Sotomayor, hace pocos días que he llegado...

El valido no le dejó terminar, extendió su mano y el joven hijo de san Ignacio la

besó con respetuosa disposición.

—Y bien, don Pedro, ¿qué es eso tan urgente que habéis de comunicarme y que no admite ningún tipo de demora?

—El padre Diego de Sotomayor dice tener pruebas fehacientes de la existencia de un plan cuyo objetivo es asesinar a vuestra ilustrísima.

Cuando Nithard escuchó aquellas palabras un ligero temblorcillo le sacudió el cuerpo. Transcurrieron varios segundos hasta que con cortesana disposición invitó a sus dos visitantes a tomar asiento en unos sillones frailunos:

—Tomen asiento vuestras mercedes porque el asunto tal y como lo habéis formulado requiere de la necesaria meditación. ¿Desean vuestras mercedes algún refresco?, ¿agua de canela?, ¿leche aromatizada?, ¿alguna infusión?

Sin esperar a que hubiese respuesta a su invitación, Nithard agitó varias veces una campanilla de plata que había sobre una mesita auxiliar. Estaba claro que quien necesitaba algún tipo de reconfortante era él. Al instante apareció un criado en actitud solícita.

—¿Qué tomarán vuestras mercedes? —preguntó de nuevo el inquisidor.

—Agua fresca, si es posible —señaló el *familiar*.

—También yo —asintió Sotomayor.

—Agua, pues, para todos —sentenció Nithard.

Cuando el criado se hubo retirado fue el valido quien inició la conversación:

—Veamos qué es lo que tenéis que comunicarme acerca de tan extraordinaria noticia. Como vuestras mercedes comprenderán estoy vivamente interesado en conocer todo lo que se sepa acerca de este asunto, así como todos los detalles posibles.

Arista miró a Sotomayor y, sin decir palabra, le indicó que era él quien tenía que hablar. El joven jesuita, un poco desconcertado, comenzó a relatar los acontecimientos que hacía poco rato había vivido:

—Veréis, ilustrísima, esta mañana fui requerido en la posada de la Estrella para asistir a un moribundo que pedía confesión. Se trataba del marqués de Saint-Aunais...

—¿Saint-Aunais, decís? —preguntó Nithard, que parecía hacer memoria.

—En efecto, ilustrísima, afirmaba haber sido envenenado y pedía confesión. Según sus propias palabras el veneno le fue suministrado en el chocolate al que le invitaron unos individuos con los que se había citado en el mesón del Moro. Según dijo, fue envenenado por negarse a participar en un plan urdido para acabar con la vida de vuestra ilustrísima...

El valido se removió inquieto en su sillón. En aquel momento el criado entró portando una bandeja con una jarra y tres copas de cristal finamente labrado, sirvió agua y preguntó:

—¿Desea vuestra ilustrísima alguna otra cosa?

—Nada más, puedes retirarte. Cierra la puerta al salir.

El criado abandonó la estancia silenciosamente mientras el propio Nithard ofrecía

las copas a sus interlocutores.

—Don Diego, cuando gustéis, podéis continuar.

—Como decía a su ilustrísima, aquellos individuos, según Saint-Aunais, tenían un plan para asesinaros. Eso fue lo que en el último trance ha confesado ese desgraciado.

—¿Conocéis los nombres de los individuos que, según Saint-Aunais, le habían suministrado el veneno? —preguntó el inquisidor.

—Me facilitó el nombre de uno de ellos. Al parecer no conocía al otro.

—¿Y quién era el sujeto conocido?

—Se trata de un hidalgo aragonés apellidado Malladas, ilustrísima.

—¡Malladas!

—Fue casi un grito lo que salió de la boca de Nithard, quien de forma casi instintiva se puso en pie. Arista y Sotomayor también se levantaron. Este último le preguntó sorprendido:

—¿Le conoce vuestra ilustrísima, por un casual?

—Claro, claro que le conozco, y precisamente por eso me resulta extraño que se trate de esa persona.

Nithard, pese a lo reducido de la estancia, paseaba inquieto de un lado para otro y murmuraba entre dientes:

—No es posible, no puede ser.

Arista le preguntó:

—¿Cree su ilustrísima que todo esto no es sino una patraña del marqués de Saint-Aunais?

Nithard se tomó cierto tiempo para responder, mientras Sotomayor daba claras muestras de nerviosismo.

—Saint-Aunais era un intrigante, Dios Nuestro Señor le haya acogido en su santo seno, que nunca tuvo escrúpulos para jugar con barajas diferentes. A veces estuvo con don Juan y a veces con nosotros, dependiendo del contenido de la bolsa de ducados que cada cual pusiera en sus manos. Incluso llegó a mantener un doble juego en función de sus intereses. ¡Puedo aseguraros que no es persona de fiar!

—Pero, señor, estaba en trance de morir —indicó con voz temblorosa el padre Sotomayor.

—Se nota que sois muy joven aún, mi querido don Diego, y también que no conocéis a la persona que habéis asistido en el momento de expirar. Saint-Aunais hubiese sido capaz de vender su alma al mismísimo diablo.

Al escuchar aquella exclamación el joven sacerdote se santiguó apresuradamente:

—Su ilustrísima, tal vez, convendrá conmigo en que en el momento de la muerte no se suele mentir y, por otra parte, ¿qué beneficio podría obtener el moribundo mintiendo con una afirmación como la que ha hecho?

—Podría tratarse de la venganza de un embaucador como era el marqués. Hay que conocer al personaje... —Nithard se detuvo un momento, en sus ojos brilló una luz, como una revelación—. Por cierto, don Diego, ¿estáis seguro de que el marqués

ha fallecido?

El jesuita pareció encogerse al escuchar aquella pregunta y, tras un instante de vacilación, afirmó con contundencia:

—Puedo jurar a vuestra ilustrísima que cuando salí de la posada de la Estrella era un cadáver y que instantes antes le había oído en confesión y administrado los santos óleos.

—¿Dijo en confesión lo del plan para asesinarme y la implicación de Malladas? —preguntó Nithard con cierta inquietud.

El padre Sotomayor enrojeció, poniéndose como la grana:

—No revelaría ni por todo el oro del mundo lo que se me confiase en confesión. Habéis de saber que antes de confesarse había dicho a todos los presentes que le había envenenado el tal Malladas, quien utilizó para ello el chocolate del desayuno por negarse a participar en el plan urdido contra la vida de vuestra ilustrísima. Lo único que puedo deciros es que en el acto penitencial ratificó lo mismo que había afirmado poco antes.

Arista, que continuaba fumando con aplicación y llenaba de humo la pequeña sala en que mantenían la reunión, volvió a preguntar al inquisidor:

—¿De qué conoce su ilustrísima al tal Malladas?

Nithard miró a don Pedro con cierta dureza, como reconviniéndole por su curiosidad.

El *familiar* captó el sentido de aquella mirada y comentó a modo de excusa:

—Mi pregunta sobre la posible relación de su ilustrísima con Malladas sólo pretende alcanzar alguna vía de conocimiento acerca de la confesión realizada por Saint-Aunais.

—No esperaba yo que hubiera otra intención en vuestra pregunta, mi querido don Pedro —comentó Nithard con cierta sorna. Luego, dirigiéndose a su joven compañero de orden, comentó—: No tengo palabras para agradeceros, mi querido hermano, vuestros desvelos hacia mi persona y vuestro interés en todo este enojoso asunto. También mis más efusivas gracias a vos —se dirigió a Arista— por vuestra celeridad y energía. Muerto Saint-Aunais, creo que lo adecuado es localizar a Malladas y para ello lo más conveniente será no perder un instante. Voy a disponer todo lo necesario para que ese individuo sea interrogado.

Nithard dio por terminada la reunión:

—Tenéis nuestra autorización para retiraros.

Arista hizo una leve inclinación de cabeza como saludo de despedida, pero Sotomayor pidió con voz entrecortada:

—Hay algo más que vuestra ilustrísima habría de saber, pero es algo que sólo puedo revelar... revelar a vuestra ilustrísima, sin... sin ningún testigo —el jesuita estaba azorado.

Nithard le sacó rápidamente del apuro:

—Don Pedro, ¿seríais tan amable de dejarnos un momento a solas?

—¡Cómo no, ilustrísima! —Arista a duras penas podía contener su cólera, pero no tenía otra opción. Con gesto contrariado salió de la habitación, dejando una estela de humo tras de sí.

Al quedar solos los dos compañeros de orden, Nithard, que se había mostrado envarado con la presencia del *familiar*, pareció relajarse. Sotomayor se percató de que la presencia de aquel individuo era poco grata al valido. Tampoco a él le gustaban sus maneras.

Nithard le invitó a sentarse e hizo un expresivo gesto con las manos dando a entender que se encontraba en disposición de oír aquello que tenía que contarle en secreto. Sotomayor vaciló un instante y luego en voz baja, como temiendo escucharse a sí mismo, dijo:

—Hay algo más en este asunto...

El valido, que vio la duda reflejada en sus ojos, le animó con voz suave:

—Sosegaos, hermano Diego y, si creéis que debo saber eso que queréis decirme, hacedlo tranquilamente.

—Verá, su ilustrísima... es que... es que lo que tengo que contarle no fue dicho por Saint-Aunais para que fuese escuchado por los presentes, como lo relativo a su envenenamiento por Malladas. Esto sólo me lo dijo a mí y... y...

—¿Y? —Nithard trataba de ayudarle.

—Y no sé, ilustrísima, si la revelación que me hizo forma parte del secreto de confesión. No lo sé, no lo sé —el jesuita se cubrió el rostro con las dos manos.

—Tranquilizaos, Diego, tranquilizaos —Nithard se levantó y al posar suavemente una mano sobre el hombro de su joven compañero de orden comprobó la tensión que soportaba. Tomó la copa en que había bebido el joven jesuita y se la ofreció:

—Un sorbo no os vendrá mal.

El agua pareció tranquilizar un poco a Sotomayor, era víctima del cúmulo de tensiones soportadas aquella mañana. Nithard comenzó a hablarle de forma reposada, como si tuviera delante a un alumno a quien había de transmitirle una cuestión de índole académica:

—Es lógico, mi buen amigo, que seáis presa de la congoja que os invade si tenéis la duda de que podéis faltar al secreto de confesión. Pero precisamente la existencia de la duda es la mejor garantía que poseéis para dar reposo a vuestro espíritu. Porque en caso de duda hemos de resolver mediante la reflexión. ¿Me permitís que os ayude en ese ejercicio?

Sotomayor asintió con un movimiento de cabeza.

—¿El asunto en cuestión es un pecado o una falta cometida por vuestro penitente y confiada a vos para que le fuese perdonada su culpa?

—No, ilustrísima, no se trata de un pecado, ni de una falta.

—Quiere decir eso que la cuestión no forma parte de aquella materia que, *estricto sensu*, en opinión de cualquier canonista, sería objeto de confesión penitencial.

—Así es, ilustrísima.

—En ese caso, mi querido don Diego, estamos en presencia de una cuestión que no requería ni de atrición ni de contrición.

—Cierto, ilustrísima.

—Por lo tanto, ese secreto que parecéis compartir sólo vos y el marqués de Saint-Aunais no formaba parte del secreto de confesión.

—Vuestro razonamiento es impecable, ilustrísima, pero ese secreto que yo conozco me fue revelado en el acto de la confesión.

—¡Igual que podía haberos contado una anécdota o un chascarrillo! —comentó Nithard un punto enojado.

—Pero no se trataba ni de una cosa ni de otra, ilustrísima.

—Precisamente por ello, mi querido amigo —el inquisidor trataba de recuperar el sosiego—, es por lo que le estáis dando una importancia que no tiene. Porque, decidme, si hubiese sido una cuestión baladí, ¿os estaríais planteando las dudas que tenéis?

—Ciertamente no, ilustrísima.

—Reflexionad, pues, en ello. Por otra parte, y una vez despejada la duda de si era o no materia de confesión ese secreto que guardáis —Nithard daba ya por resuelto el asunto—, habréis de considerar el daño que puede evitarse si reveláis su contenido y si no lo hacéis. Ésa es una cuestión moral que no debéis perder de vista. Quiero deciros con ello, mi querido amigo —Nithard utilizaba toda su experiencia cortesana—, que podría caer sobre vuestra conciencia el peso de las consecuencias de vuestra decisión sobre la revelación del contenido de ese secreto. Y, por último, ¿os dijo el moribundo que lo que os contaba, fuera de confesión porque no se trataba de pecado ni de falta, os lo transmitía bajo secreto?

—No, ilustrísima, el señor marqués no me pidió ningún compromiso de secreto al revelarme lo que me dijo. Es más, tengo la vaga impresión de que deseaba que se supiese aquello que ponía en mi conocimiento.

—¡Alma de Dios! ¡A qué aguardáis entonces para confiarme qué es ello!

—Creo que su ilustrísima tiene toda la razón. Pero comprenderéis que en las actuales circunstancias —Sotomayor trataba de justificar su actitud— desee que en mi conciencia no quede un asomo de duda. Después de vuestras reflexiones no las albergo; además, el conocimiento que su ilustrísima alcanzará con ello será de gran utilidad no sólo para su persona, sino también para asuntos relacionados con la política de esta monarquía.

—Os escucho, pues.

—Malladas, ilustrísima, era un mero instrumento del plan, un peón del mismo. Lo que voy a revelaros es el nombre de quien está detrás del plan urdido para asesinaros.

Los ojos de Nithard brillaron de forma especial:

—¿De quién se trata?

—Se trata de... Se trata de don Juan José de Austria. Él es el inductor de toda esta trama.

A Nithard se le dibujó una sonrisa en el rostro:

—Os agradezco infinitamente la información que acabáis de facilitarme. Ahora podéis retiraros y estad siempre en disposición de que pueda localizaros, por si necesitase de vuestro testimonio —se puso en pie y alargó la mano para que fuese besada por el joven sacerdote, quien, tras depositar el ósculo, abandonó la sala silenciosamente.

La tarde del mismo día en que Nithard había sido informado de la existencia de un plan para acabar con su vida, un grupo de alguaciles dirigidos por un alcalde de casa y corte buscaba a José de Malladas para prenderle. Caía sobre su persona una acusación tan grave como la de maquinación para asesinar a persona principal.

La decisión de detenerle y llevarle preso a la cárcel real se había tomado pocas horas antes, tras una reunión urgente de la Junta de Gobierno, presidida por doña Mariana de Austria. En ella el valido informó de la noticia que había llegado a su conocimiento, pero ocultó su fuente de información. La verdad era que los integrantes de aquel órgano, creado por la voluntad testamentaria de Felipe IV para que asesorase a su viuda en materias de gobierno, ya tenían conocimiento de lo acaecido en la posada de la Estrella, porque la noticia de la muerte del marqués de Saint-Aunais y las circunstancias de la misma habían corrido por Madrid como un reguero de pólvora.

Aunque, como era de esperar, las versiones que tenían los allí reunidos variaban unas de otras, todas coincidían en lo esencial; que el marqués había muerto y que había confesado a gritos que un tal Malladas le había envenenado por negarse a participar en un plan para asesinar al padre Everardo. La discusión entre los miembros de la Junta se centraba en la veracidad de las afirmaciones realizadas por un intrigante como era el marqués, persona de poca confianza, como había puesto de manifiesto en numerosos lances a lo largo de su azarosa vida.

—Me niego a dar crédito a nada de lo que haya podido decir un farsante como Saint-Aunais —decía don Cristóbal Crespí de Valldaura— porque es cosa sabida en esta corte que cuanto más hablaba, más mentía.

—Sin embargo, don Cristóbal, vuesa merced habrá de coincidir conmigo en que en el trance de la muerte resulta extraño que quisiese mentir —quien así se manifestaba era el conde de Peñaranda.

—Sí, pero de un individuo como Saint-Aunais podía esperarse cualquier cosa, incluso que intrigase y enredase en ese postrer momento en que todo buen cristiano está más pendiente de prepararse para su comparecencia ante el Juez Supremo —terciaba el arzobispo de Toledo.

Nithard, cuya relación con el fallecido había sido intensa, era, contra todo pronóstico, de esta última opinión:

—Conociendo al señor marqués, la confianza que se puede tener en la veracidad de sus afirmaciones resulta escasa, incluso en unas circunstancias como las que han dado lugar a la terrible revelación que ha hecho.

Las opiniones estaban claramente divididas en torno a la credibilidad de lo sucedido. Las cosas, después de dos horas de reunión, habían llegado a un extremo tal, que resultaba complicado tomar alguna decisión. Fue la reina quien puso fin al



debate:

—Una vez más la bondad del padre confesor hace que su actuación quite importancia a las maquinaciones de sus enemigos, que son los nuestros. Es sabido de todos que el difunto Saint-Aunais era persona de poco crédito, pero no es menos cierto que la gravedad de sus afirmaciones nos obliga, por encima de cualquier otra consideración, a tomar una serie de medidas que arrojen la mayor cantidad de luz sobre un asunto tan escabroso como éste. En primer lugar, un posible asesinato por envenenamiento y, en segundo lugar, y más importante, la probable existencia de un plan para acabar con la vida del padre confesor. Por lo tanto, es mi deseo y mi voluntad que se proceda a la detención y arresto del tal Malladas para que se le interrogue acerca de este asunto.

Manifestada de forma tan tajante la voluntad de la reina, el debate quedó concluido.

Las pesquisas del alcalde de casa y corte con los alguaciles a sus órdenes para cumplir esa misión se habían centrado por los alrededores del postigo de San Martín, que era donde tenía su vivienda Malladas; sobre quien había averiguado que se trataba de un hidalgo aragonés que llevaba varios años afincado en Madrid, participando en asuntos relacionados con la política. Su esposa, una mujer de buen ver y muy dada a las zalamerías, informó al alcalde, cuando fue requerida para que diese cuenta del paradero de su marido, de que se había marchado por la mañana a primera hora y que todavía no había regresado. Cuando el alcalde le preguntó acerca de si su esposo tenía costumbre de volver a una determinada hora, respondió que no, que incluso había noches en que no acudía a dormir a casa.

Al alcalde no dejó de llamarle la atención el poco interés mostrado por la esposa de Malladas ante el hecho de que la justicia le buscase e hiciese preguntas sobre su paradero. Aquella mujer se había limitado a dar respuesta a lo que se le preguntaba, sin inmutarse siquiera. Mayor extrañeza aún le produjo el hecho de que, en un momento determinado, la mujer le hiciese ciertas insinuaciones que el alcalde, persona severa y grave, rechazó con destemplanza.

Con los datos obtenidos, que no eran gran cosa, organizó un servicio de vigilancia en torno a la casa por si aquel sujeto aparecía, aunque albergaba serias dudas. Era del parecer de que al hidalgo aragonés también le habría alcanzado la noticia de lo dicho por Saint-Aunais y que habría puesto tierra de por medio porque don Pedro de Salcedo, que era el nombre del alcalde, cristiano viejo y persona cumplidora de sus obligaciones espirituales tanto para con Dios Nuestro Señor, como para con la Santa Madre Iglesia, estaba convencido de que un moribundo no miente jamás, y, en consecuencia, el marqués había dicho la verdad. El alcalde dispuso que se montase el servicio de vigilancia con toda la discreción que el caso requería, por si por un casual...

Durante las horas de vigilancia los alguaciles pudieron comprobar, primero con extrañeza y con cierto regocijo después, cómo dos sujetos, cada uno por su lado,

llegaron a la casa y mediante señales convenidas de antemano, por lo que pudo colegirse de su actitud, les fue franqueada la entrada a la casa por la propia esposa de Malladas y, tras permanecer en ella cierto tiempo, salían de la misma sonrosados y sonrientes. Aquellos hechos dieron lugar a los más variados comentarios.

Era ya la caída de la tarde y el sol se acercaba a la línea del horizonte sin que el objetivo de las pesquisas hubiese dado señales de vida. El cansancio empezaba a apoderarse de los alguaciles que llevaban cerca de tres horas apostados en sus respectivos lugares. Don Pedro de Salcedo, que, escandalizado por la conducta de la esposa de Malladas, mataba el tiempo lo mejor que podía, empezaba a plantearse la posibilidad de desmontar el sistema de vigilancia establecido porque al cabo de media hora, poco más o menos, llegaría el toque de oración. Fue en aquel momento cuando el alguacil que tenía encomendada la misión de advertirle en caso de que el sujeto al que buscaban apareciese, llegó jadeando hasta donde se encontraba:

—¡Don Pedro, don Pedro! ¡Malladas viene hacia aquí! ¡Viene solo y al parecer confiado!

El alcalde se frotó las manos y mirando al cielo exclamó:

—¡Parece ser que nuestra espera va a tener su recompensa!

Luego se dirigió al que había traído la noticia:

—¡Que todo se haga según el plan previsto!

El alguacil se alejó rápidamente para poner en marcha el dispositivo establecido. Cinco minutos más tarde, a la entrada de su casa, cuando golpeaba en la puerta con el aldabón, Malladas fue rodeado por media docena de alguaciles. Don Pedro de Salcedo, con voz templada y autoritaria, le gritó:

—¡En nombre de su majestad, daos por preso, señor de Malladas!

El aragonés hizo un ademán de defenderse. Echó mano de la espada que colgaba de su cintura, pero hubo de desistir, dos aceros le apuntaban directamente a la garganta antes de que hubiese puesto su mano en la empuñadura.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto? ¿Cuál es la causa de este desaguisado? ¿Por qué se me prende?

El alcalde se acercó hasta él y le desarmó personalmente. Desabrochó la hebilla del tahalí del que colgaba la espada y se la entregó a uno de los alguaciles:

—¡Se os acusa de haber envenenado al marqués de Saint-Aunais!

—¡Eso es falso! ¡No hay una sola prueba que pueda dar fe de eso que decís! — explotó Malladas.

—Saint-Aunais está muerto y ha confesado que vos le habéis envenenado.

—¡Maldito farsante! —se limitó a gritar el aragonés.

Aquella tarde en casa de don Bernardo Patiño tuvo lugar una reunión relacionada con las escandalosas declaraciones del marqués. Era don Bernardo persona de edad, de porte noble y bonachón, caballero del hábito de la orden de San Juan, que ejercía en la corte como secretario y hombre de confianza de don Juan José de Austria.

Vestía de negro invariablemente y siempre lucía en su pecho la venera de su orden. Su fidelidad a don Juan, que era total y absoluta, venía determinada no sólo porque éste era gran prior de la orden a la que pertenecía, sino por la estima personal que le tenía. Estaba convencido, como tantos otros de sus contemporáneos, de que era la única persona capaz de hacer frente con éxito a los graves problemas que tenía planteados la monarquía.

A primera hora de la tarde, después del almuerzo y de una ligera siesta, no más de media hora, que en don Bernardo era un ritual de tan obligado cumplimiento como la cotidiana asistencia a misa en la iglesia del convento de los padres Agustinos, había recibido a don Pedro de Arista, *familiar* del Santo Oficio, quien aquella misma mañana le mandó recado de que había de verle con urgencia porque tenía que poner en su conocimiento un asunto de suma importancia. Arista era uno de los espías que configuraban la tupida red que tenía extendida por todas partes.

Patiño lo recibió con complaciente amabilidad:

—Mi buen don Pedro, siempre es un placer veros. Tomad asiento, tomad asiento.

Don Bernardo le indicaba uno de los dos sillones gemelos, tapizados en piel, que había en la estancia donde lo recibió.

Una vez sentados, Arista le dijo muy serio:

—Prestad mucha atención a lo que voy a referiros. Es posible que hayan llegado a vuestros oídos algunos comentarios, pero sé algo que es necesario que conozcáis — don Pedro ponía énfasis en cada una de sus palabras.

—Supongo que os referís a los rumores que circulan en torno a las afirmaciones hechas por el señor marqués de Saint-Aunais sobre un plan para acabar con la vida del valido.

—En efecto, de ello se trata. Ignoro lo que habrá de verdad en todo este asunto, pero Nithard ya está informado al detalle. Esta mañana llegó a la sede del Santo Oficio un jesuita, de nombre Diego de Sotomayor, que fue quien asistió a Saint-Aunais en el último trance. Yo mismo, barruntando que poseía información de primera mano y que deseaba transmitírsela al inquisidor, decidí acompañarle hasta su presencia.

Don Bernardo hizo varios movimientos de asentimiento con la cabeza:

—Habéis hecho bien, muy bien.

—Lo primero que he de poner en vuestro conocimiento —Arista se sentía animado por los gestos de Patiño— es que, a lo largo de la conversación, la actitud del inquisidor fue de permanente recelo ante cualquier cosa relacionada con el difunto. Llegó al extremo de plantearse si el tal Saint-Aunais, incluso a las puertas de la muerte, era capaz de mentir con tal de dejar abierta una intriga.

—No me extraña —le interrumpió don Bernardo—, Saint-Aunais era un sujeto de cuidado. Había engañado a Nithard ¡y también a nosotros! en varias ocasiones.

—Cuando el jesuita —continuó Arista— le indicó que el moribundo afirmaba que el veneno que le estaba matando se lo había suministrado Malladas, el inquisidor no

pudo contener una exclamación de sorpresa.

—Tampoco eso me extraña —le interrumpió de nuevo don Bernardo—, Malladas vino a Madrid de la mano de Nithard, quien le confirió un empleo de cobrador de rentas que no estaba mal remunerado. A cambio de ello había de ejercer también funciones de espía y colaborador suyo. Sé de buena tinta que el teatino le pagaba generosamente esos trabajos cuando los resultados obtenidos eran valiosos para sus intereses. Pese a todo, Malladas gastaba sin tasa ni medida, de tal forma que ni el sueldo y los gajes de su oficio ni los ingresos extraordinarios que recibía por la vía que os he dicho eran suficientes para satisfacer sus necesidades. Se ha aficionado a la buena ropa, a los lujos en el adorno, a las carrozas, al juego y a las mujeres. Su matrimonio es una pura farsa y su mujer, que le acompaña en el despilfarro, obtiene ingresos comerciando con su cuerpo. Esta actitud no es vista con malos ojos por Malladas, que con tal de conseguir unos ducados sería capaz de cualquier cosa, incluida, como os he dicho, la prostitución de su esposa.

—¡Vamos, don Bernardo, que es un cornudo complaciente! —exclamó Arista.

Patiño asintió con la cabeza y continuó:

—Pese a todo esto, cada vez han sido mayores sus necesidades y apremios. Acabó apropiándose de parte de las rentas que cobraba por cuenta de Su Majestad, por cuya causa se le abrió un proceso que todavía está dando tumbos. Si aún no le han empapelado es porque el nombre de Nithard, que ha sido su protector, también saldría malparado. La decisión que el valido tomó fue privarle del empleo y alejarle de su persona. Los ingresos que hoy tiene Malladas proceden de las fornicaciones de su mujer, que ejerce en su propia casa. El muy cabrito se marcha a primera hora y no regresa hasta la caída de la tarde para facilitarle el oficio. Sin embargo, en las últimas semanas, según los informes que me han llegado, se había producido un cierto acercamiento entre el valido y Malladas porque la información que le suministraba era de gran interés para su ilustrísima y con su alejamiento esa fuente se había secado.

Arista, a quien no sorprendía el caudal de información que tenía Patiño, aunque el conocimiento de ciertos detalles no dejaba de llamarle la atención, retomó su exposición:

—Lo que acabáis de contarme tal vez sea la explicación de la actitud de sorpresa que embargó a Nithard cuando supo que era Malladas quien le había propuesto al marqués participar en un plan cuyo objetivo era acabar con su vida. Pero habéis de saber que hay algo más. El padre Sotomayor pidió quedarse a solas con Nithard para informarle de alguna cuestión de importancia relacionada con este asunto.

—¿Sabéis de qué se trata?

—Sí, lo sé, aunque el inquisidor me invitó a abandonar la estancia donde tenía lugar aquella conversación.

Don Bernardo frunció el ceño:

—Conozco de vuestras conexiones dentro de la tupida red que posee el Santo

Oficio y por tanto no me extraña que poseáis canales de información privilegiados, pero... pero...

—Todo es cuestión de amistades, de relaciones y de... de dinero.

—¿También oyen las paredes del Santo Oficio? —preguntó malicioso Patiño.

—¿Acaso ignora vuesa merced las posibilidades que abre una buena bolsa?, ¿acaso me equivoco?

—¡Por ventura que no, don Pedro, por ventura que no!

Patiño se levantó con cierta dificultad y se dirigió a un bargueño ricamente labrado de uno de cuyos cajones sacó un bolso de fino cuero repleto de monedas. Con un gesto muy elocuente se lo entregó a Arista, quien se levantó para recibirlo entre sus manos con una sonrisa obsequiosa.

—¿Qué fue lo que escucharon las paredes del Santo Oficio?

—El joven jesuita, que tenía graves dudas de conciencia, acabó informando al inquisidor de que en el último extremo de toda la trama está la figura de don Juan.

Don Bernardo no pudo contener un gesto de contrariedad:

—¿Estáis seguro de esto que acabáis de decirme?

—Completamente.

—¿Cómo es que el jesuita podía afirmar una cosa como ésa? —preguntó Patiño, mientras se mesaba la barba.

—Se lo dijo Saint-Aunais.

—¡Por supuesto que se lo dijo Saint-Aunais! ¡No podía ser de otra forma! Pero... pero ¿sabéis si el marqués lo decía porque así se lo hubiese manifestado Malladas?

—Eso, don Bernardo, he de suponerlo. Pero parece ser que el marqués no tuvo otra vía de información que ese hidalgo aragonés.

Patiño, después de agradecer a Arista la información que le había suministrado, le requirió para que le tuviese al corriente de todo aquello que llegase a su conocimiento en relación con ese asunto. Ya se despedía el *familiar* cuando comentó de pasada, como si no tuviese importancia:

—Esta misma tarde se ha reunido la Junta de Gobierno. Han tomado la decisión de prender a Malladas.

La furia asomó a los ojos del caballero sanjuanista:

—¡Por los clavos de Cristo, Arista, cómo es que no me habéis dicho eso con anterioridad!

Toda la prestancia de su figura y la enorme presencia de ánimo de que don Pedro de Arista solía hacer gala se esfumó como por ensalmo. Palideció en un instante y un ligero temblor agitó sus manos:

—Habéis de perdonarme, don Bernardo. No sabía... no sabía que...

Patiño apenas hacía caso a sus disculpas:

—Salid por la puerta de atrás y ¡despabilad, don Pedro!, ¡despabilad! ¡Hay que tener perspicacia suficiente para saber discernir a primera vista el grano de la paja, y aquí el grano es esa orden de detención que pesa sobre Malladas! ¡Esperemos que no

sea demasiado tarde!

Don Pedro de Arista abandonó la estancia, sabedor de que en aquellos momentos lo mejor era poner tierra de por medio. Hasta sus oídos llegaban los gritos de don Bernardo, que no paraba de llamar a sus hombres y de impartir órdenes.

—¡Antón, rápido, rápido! ¡Que has de llevar recado urgente!

—¡Andrés, ven aquí enseguida! ¡Aaandrées! ¡Aaandrées! ¿Dónde se habrá metido este holgazán?

En el puerto de La Coruña la calma era total. Allí estaba amarrada, desde hacía días, parte de la flota del marqués de Villafiel —otra parte de la misma se encontraba fondeada en Vigo—, que con una lentitud desesperante para los deseos y los planes de la corte había realizado el viaje desde los puertos de la bahía gaditana hasta aquel destino en Galicia, que no debería ser sino una rápida escala —el tiempo justo para que embarcase don Juan José de Austria— hacia su destino final que era Flandes, donde el hijo bastardo de Felipe IV había de hacerse cargo del gobierno de aquellos territorios, empeñados, una vez más, en una cruenta guerra; ahora contra la poderosa Francia de Luis XIV.

A la reina le había caído como un jarro de agua fría el correo que Villafiel le había hecho llegar, nada más fondear en el puerto gallego, indicando que, dado el estado de varios de los buques a su mando, no estaba en condiciones de poner proa a las turbulentas aguas del mar del Norte sin que se realizasen en ellos una serie de reparaciones. Varios barcos habían de ser carenados y la mayor parte de la flota calafateada. Esos trabajos suponían no menos de tres semanas antes de poder zarpar rumbo hacia su destino, en un momento en que una de las prioridades de doña Mariana de Austria era el alejamiento de las tierras peninsulares de quien consideraba su mayor enemigo: el hijo bastardo de su difunto esposo.

Cuando la viuda de Felipe IV dio a conocer en la Junta de Gobierno el contenido del correo enviado por Villafiel, la mayoría de sus integrantes fueron de la opinión de que el almirante de la flota estaba en connivencia con don Juan para retrasar todo lo posible la salida de éste para Flandes, que era lo último que deseaba hacer, ya que su mayor anhelo era ocupar un cargo de relevancia política en la corte.

La tarde en La Coruña era desapacible. Lo que había comenzado como una brisa marinera se había convertido en un fuerte viento de poniente. La agitación de las aguas creció hasta formar olas cada vez más encrespadas, que se rompían con fuerza contra las formaciones rocosas que aparecían en la playa de Riazor y que superaban las defensas de los muelles del puerto. Todos los pescadores que pudieron habían puesto a resguardo sus barquichuelos, y los que aún no lo habían hecho se afanaban en ganar el amparo del puerto. Aquellos lobos de mar, concedores de lo que iba a ocurrir en las horas siguientes, sabían que se avecinaba una fuerte tormenta, que habría temporal y que era posible que hasta se convirtiese en galerna, si el Señor Santiago y la Virgen del Carmen no lo remediaban. Antes de que cayese la noche, que por causa de los nubarrones avanzaba a pasos agigantados, había empezado a llover. Era una lluvia recia y fuerte, que caía muy oblicua impulsada por la fuerza del viento marino.

A aquella hora llegaba un correo procedente de la corte al pazo de Oteiro, donde don Juan José de Austria tenía fijada su residencia mientras resolvía los asuntos

necesarios para poder embarcarse. El mensajero arribaba a su destino jadeante y sudoroso, el magnífico caballo con el que había galopado desde la última posta, en Monforte de Lemos, estaba empapado, más por el sudor que por el agua, que apenas le había mojado. El noble animal echaba espumarajos por la boca y tenía los ojos enrojecidos por el esfuerzo que el jinete le había exigido. El mensajero se había esforzado para entregar el mensaje que portaba en aquella jornada —hacía cinco que había salido de Madrid— porque en ese caso recibiría ocho ducados adicionales a la tarifa habitual que cobraba por ese servicio. También a él se le reflejaba en el rostro el esfuerzo realizado, estaba al borde mismo del agotamiento.

Varios criados habían acudido ante el ruido que su llegada produjo y varios soldados, que vigilaban el palacete y su entorno, no le quitaban la vista de encima. Aquél era tiempo de desconfianzas. Nadie se fiaba de nadie, y la turbulencia de la política había hecho que todos los que brujuleaban en aquel mundo tomaran precauciones extraordinarias para asegurar, en la medida de lo posible, la salvaguarda de sus vidas.

—¡Traigo un mensaje para su alteza el señor don Juan! ¡Se lo envía don Bernardo Patiño! —exclamó el derrengado correo.

Un capitán de infantería, vestido de forma ostentosa —jubón acolchado, colete de cuero, botas altas hasta medio muslo con vueltas, sombrero de grandes alas con un penacho de plumas de colores—, le acompañó hasta la presencia de don Juan, quien departía amigablemente con otros caballeros, alrededor de una chimenea en la que ardían gruesos tueros de madera de haya.

Era don Juan José de Austria un hombre en la plenitud de la vida, de cuarenta años poco más o menos, de mediana estatura, aunque tirando a bajo, y de complexión atlética. El cabello negro azulado, ligeramente ondulado y muy largo, le caía sobre los hombros. Las facciones eran angulosas y agraciadas, si bien tenían el mentón ligeramente salido, sin llegar a la deformación típica de los miembros de su familia paterna. Gastaba bigote y perilla a la moda. Sus ojos, negros y grandes, hacían su mirada profunda y penetrante. La piel clara de su rostro estaba curtida por el tiempo pasado en campos de batalla y al frente de armadas. Vestía de forma sencilla, jubón, calzón y medias de color negro. Los únicos adornos de su vestimenta eran una gruesa cadena de oro de eslabones rectangulares de la que pendía el símbolo del Toisón de Oro y, sobre un lado de su pecho, la venera de la orden de San Juan de la que era gran prior. Sus formas eran cuidadas, las propias de un cortesano, aunque su presencia en la corte se había reducido a cortos espacios de tiempo. Sus ademanes y gestos denotaban un espíritu enérgico y tenaz, así como una voluntad sin límites.

Al tener noticia de la presencia del correo mostró cierta ansiedad, como le ocurría cada vez que le llegaban noticias de la corte.

—Disculpadme —se excusó ante sus acompañantes.

Mientras que los caballeros continuaban la conversación interrumpida, don Juan, después de dar instrucciones para que se atendiese al mensajero, se apartó hasta un



rincón de la estancia donde alumbraba un velón y leyó con avidez el contenido del pliego cuyos lacres acababa de romper.

*En Madrid, a 20 días del mes de mayo de 1668:*

*Deseo que al recibo de la presente Vuestra Alteza se encuentre todo lo bien que deseo e imploro a Dios Nuestro Señor. Aquí quedamos en razonables condiciones de salud y todo sería agradable en extremo si una tosecilla que importuna a mi señora doña Baltasara pluguiese al Altísimo que desapareciese. Pero por lo demás todo marcha, en lo que hace al caso de la salud de la familia, a pedir de boca.*

*Cosa muy diferente es el ambiente en que discurre la vida política de la corte, donde todo son rumores y confusión. El desgobierno continúa siendo la nota más destacada. Nadie toma disposición alguna, y eso que hay asuntos que por su importancia y gravedad lo requerirían. Todos parecen menores de edad, siguiendo la pauta de lo que es realidad, por su propia naturaleza, en el Rey Nuestro Señor, pero que en modo alguno debería afectar a tan maduros varones como componen los Consejos y la Junta de Gobierno.*

*Acerca de la partida de Vuestra Alteza camino de su destino a Flandes corren las más diversas fabulaciones, pero la opinión común de las gentes es que V. A. es más necesario en esta corte que alejado de ella. Ha llegado hasta mis manos uno de los numerosos pasquines impresos —hay quien da la cifra de quinientos, pero yo creo que es una exageración— que han aparecido por todos los rincones de esta Villa y Corte aludiendo a la necesidad de vuestra presencia al lado de la Reina Gobernadora, dada vuestra experiencia. Os adjunto un ejemplar para que conozca Vuestra Alteza su contenido...*

*La noticia más comentada ha sido el rumor difundido de que el señor marqués de Saint-Aunais ha muerto envenenado por mano de don José de Malladas, un hidalgo aragonés, capitán de caballos que hizo con Vuestra Alteza la campaña de Portugal. Ese mismo infundio dice que el veneno le fue suministrado en una jícara de chocolate cuando el marqués negó su colaboración en el plan que le propuso el tal Malladas y que tenía como objetivo acabar con la vida de su Ilustrísima el padre confesor. El revuelo que ha producido tal noticia, sobre todo porque el difunto marqués lo proclamó a los cuatro puntos cardinales en el trance de su muerte, lo que ha dado mucho crédito a esta historia, ha sido extraordinario. Por esta corte circulan todo tipo de rumores.*

*Malladas ha sido preso por un alcalde de casa y corte y puesto a disposición del Consejo de Castilla, pero se dice que hoy mismo será puesto en libertad porque aparte de la confesión de Saint-Aunais, que por sus andanzas era persona de escaso crédito, no existe ninguna otra prueba contra él.*

*Hasta la presente es cuanto de lo que circula por esta corte he de comunicar a Vuestra Alteza. Como siempre quedo rendido a sus pies y a su entera disposición para todo cuanto gustéis de éste, que lo es, vuestro más humilde servidor.*

*P. D. Se ha confirmado el rumor que corría esta mañana acerca de la puesta en libertad de Malladas por la carencia de pruebas inculpatorias contra su persona, tanto en el caso del envenenamiento del marqués de Saint-Aunais, como acerca del supuesto plan para acabar con la vida del padre Everardo. Hace una hora o poco más que ha quedado en libertad.*

Don BERNARDO PATIÑO

Don Juan comprobó que además de aquel pliego venía el pasquín que sus partidarios habían hecho circular por Madrid abogando por su presencia en la corte y rechazando que se le enviase a Flandes. También venía otro pliego en clave. Era el procedimiento que su secretario utilizaba para comunicarle aquellas noticias que sólo debían llegar a conocimiento del destinatario.

—Excusadme un instante, enseguida estoy con vuestras mercedes —don Juan abandonó el salón, se encerró en su cámara y procedió al revelado del escrito, que venía en cifra. Sacó la clave que guardaba en el interior de una pieza de ajedrez (el rey negro) de un juego que siempre le acompañaba y al que era gran aficionado. Rápidamente, con la facilidad de quien está acostumbrado a aquella tarea, descodificó el mensaje, que no era muy largo.

A través de **A** he sabido que **N** tiene conocimiento de la participación de **JJ** en el asunto que nos ocupa. Es posible que el capitán haya cometido alguna indiscreción. La noticia es abonada. Estad vigilante por lo que nos va en ello. Los ejemplares del pasquín son los quinientos señalados.

Una sombra cruzó por el rostro de don Juan, quien maquinalmente colocó el papel sobre una vela y lo mantuvo en su mano hasta que sólo quedó por prender el borde por el que lo sujetaba. «Así que Nithard conoce mi participación en el plan —pensaba don Juan mientras bajaba las escaleras—. Es urgente tomar medidas».

Cuando se reunió de nuevo con sus contertulios llamó al capitán Gonzalo de Santa Cruz, hombre de su absoluta confianza, a quien le unía un pacto de sangre desde el día de la derrota de Estremoz a manos de los portugueses hacía ya casi cinco años. En aquella aciaga jornada don Juan salvó la vida al capitán, que al poco rato pudo devolver el mismo favor a su general, cuando un arcabucero lusitano lo tenía en el punto de mira de su arma a no más de diez pasos. Santa Cruz cortó de un solo tajo la cabeza del portugués. Aquel día los dos hombres quedaron juramentados de por vida. Sin embargo, el talante de Santa Cruz, que no comprendía los vericuetos de la política, había hecho que su alteza le mantuviese apartado de los asuntos más escabrosos que la lucha por el poder deparaba con frecuencia porque sabía de sobra que ciertas prácticas no serían aceptadas por su amigo.

—Gonzalo, que el mensajero descanse, mañana habrá de salir para la corte. Haz que se le facilite el mejor caballo de que dispongamos. Es preciso ganar las horas.

—Contad con ello. ¿A qué hora habrá de partir?

—Al alba.

Era Gonzalo de Santa Cruz el hijo segundo del conde de la Cámara, uno de los más esclarecidos linajes de La Rioja. Como segundón y por causa de la ley de mayorazgos, en virtud de la cual sólo el primogénito de cada familia heredaba el patrimonio familiar, para evitar su desmembración, lo único que había recibido en herencia era un hábito de caballero de la orden de Calatrava y las rentas de una propiedad en un pueblecito a orillas del río Oja, donde había plantados excelentes viñedos. Una heredad que su madre llevó como dote al matrimonio. Con los recursos de aquellas rentas podía haber tenido una vida regalada, aunque sin lujos. Sin embargo, tras su paso por las aulas de la Universidad de Alcalá, a los veintidós años se alistó en un tercio del ejército que luchaba contra los franceses en los Países Bajos. Allí combatió bajo las banderas de don Juan José de Austria durante cuatro años. Participó en la defensa de Valenciennes y en la toma de Arrás. Peleó con bravura en las Dunas de Dunquerque, donde fue hecho prisionero por los franceses. Puesto en libertad tras la firma de la paz y de regreso a la Península, se enroló, ya con el grado de capitán obtenido en su etapa de Flandes, en el ejército que se formaba a comienzos de la década de los sesenta para combatir en Portugal y volver a los rebeldes lusitanos al seno de la monarquía hispánica, de la que se habían separado tras la sublevación protagonizada por el duque de Braganza en 1640. Se le encomendó el mando de una compañía de arcabuceros. Luchó en tierras portuguesas en las sucesivas campañas que dirigió don Juan. Cumplía veintinueve años el día de la rota de Estremoz, donde hizo prodigios de valor. En aquella jornada su suerte quedó ligada a la del hijo de Felipe IV.

Ahora tenía treinta y cuatro años, era de mediana estatura y hermosa complexión, desde su juventud tenía el pelo entrecano y nunca lo dejaba crecer mucho. Se rasuraba la barba siempre que las circunstancias se lo permitían. Sus ojos azules eran de mirada serena y profunda. Y una cicatriz muy fina dibujaba su mandíbula derecha sin restarle belleza a la armoniosa proporción de sus facciones. Era el recuerdo de un lance de su época de estudiante en Alcalá de Henares, con dos matones a los que se enfrentó en un corral de comedias —a uno de ellos lo despachó al otro mundo y al otro lo dejó malherido— por causa de que aquellos desalmados quisieron denostar a una dama a la que acompañaba y con la que sostuvo un fugaz romance.

Había ganado fama de hombre prudente, pero no era menos del dominio público que cuando se colmaba el vaso de su paciencia, el capitán Santa Cruz contenía difícilmente su cólera. Era un excelente espadachín, pero solía hacer todo lo que estaba en su mano por no tirar del acero. Como esgrimista tenía una cualidad singular: era zurdo.

Tuvo ventajosas propuestas matrimoniales, entre ellas la de una duquesa de rancio

abolengo y única heredera de una importante fortuna de Castilla. Pero el casamiento, hasta aquel momento, había sido algo que al capitán parecía importar menos que el compartir vinos, emociones y aventuras al lado del señor don Juan. Sólo en una ocasión, hacía de ello ya algunos años, había recibido la visita de Cupido. Fue en el último de los inviernos que pasó en Flandes. Se encontraba en Bruselas, adonde había acudido con un permiso de cuatro días a comienzos de marzo. Era la caída de la tarde del último de aquellos días en la ciudad, cuando Santa Cruz, que salía de una de las cervecerías de la *Grande Place* llamada *Chaloupe d'Or*, vio cruzar a una joven de maneras elegantes, el color de piel trigueño, una lacia melena ligeramente cobriza y, sobre todo, unos enormes ojos negros de limpia mirada que le trastornaron. Embelesado, no tenía ojos nada más que para aquella visión, que le parecía salida de otro mundo. Atraído por el imán de aquella mujer no reparó en que arrollaba a uno de los sirvientes del establecimiento que portaba una bandeja repleta de jarras de cerveza. Sirviente, jarras y militar salieron rodando por los suelos con gran estrépito y en medio de las carcajadas de los compañeros de armas de Gonzalo. Se produjo un pequeño revuelo, hubo palabras, votos y agitación que no llegó a mayores. Pero cuando el jaleo hubo pasado, la fugaz visión que le había turbado ya no estaba en el escenario. En medio del jolgorio de sus camaradas, Gonzalo requirió, indagó, buscó alguna noticia que le pusiese sobre la pista de aquella belleza. Todo fue inútil. Había desaparecido de la misma forma que había cruzado ante su mirada. Al día siguiente abandonó Bruselas y partió hacia el frente para ponerse a las órdenes de su maestre y preparar su compañía para las operaciones que en pocos días se desencadenarían.

Pese a los ocho años transcurridos no había podido apartar de su mente aquella imagen y aquellos ojos, que le habían hechizado. No consiguió un solo dato sobre aquella mujer, que se le antojaba singular. En las noches de insomnio, si no estaba leyendo, que era una afición heredada de sus años universitarios, se dedicaba a fantasear, dejando correr su imaginación.

Se comentaba entre los partidarios de don Juan que Santa Cruz era, posiblemente, la única persona capaz de decirle a la cara a su alteza las verdades del barquero. Influyó en ello la amistad que les unía, puesta a prueba en numerosas ocasiones, pero la lealtad, decía Santa Cruz, no había de estar reñida con la sinceridad, sino que era compañera inseparable de ella. Era también conocido que algunas de las iniciativas tomadas por don Juan en la lucha política que sostenía con la reina no habían sido bien vistas por el capitán, quien había tratado de disuadirle. Aquellos desacuerdos que le manifestaba a las bravas nunca habían sido óbice para que Gonzalo estuviese, cada vez que era requerido para ello, al lado de su amigo. Sus diferencias no eran obstáculo para que el capitán estuviese convencido de que era, don Juan, la única persona capaz de sacar a la monarquía de la sima a la que había ido a parar. Pero esa convicción no le llevaba a asumir los métodos que don Juan utilizaba en su intento de hacerse con las riendas del gobierno. Ni la extorsión ni el asesinato tenían justificación para Gonzalo. Don Juan, sabedor de esas ideas, le ocultaba algunos de

los procedimientos que utilizaba. Era consciente, además, de que si llegaban a su conocimiento no podría predecir su reacción.

Ahora estaba en La Coruña porque don Juan le había pedido que le acompañara en aquel forzado viaje impuesto por doña Mariana de Austria.

Cuando no estaba en campaña, que era como denominaba a las acciones que emprendía junto a su alteza, vivía en Madrid, en una casa que tenía en la plaza de la Cebada. Era una vivienda modesta, pero cómodamente amueblada y equipada para las necesidades de un caballero de su rango, que se mantenía en la soltería. Vivía con él y cuidaba del orden y buen funcionamiento de aquel hogar una tía carnal suya por parte de madre, a la que le unían además de los vínculos de la sangre, la compatibilidad del carácter y aficiones comunes. Doña Casilda Laínez, que era el nombre de la tía, era mujer versada en latines, amante del teatro y de la lectura de libros de entretenimiento. Sabía algo de las propiedades de las plantas y de las hierbas. Era una excelente ama de casa y mejor cocinera.

El capitán Santa Cruz dedicaba entonces largas horas a la lectura, acudía con frecuencia al teatro y asistía asiduamente a la tertulia que en un mesón de la calle de Toledo mantenían veteranos de los tercios de Flandes, que recordaban allí, en medio de nostalgias, las glorias y las miserias de tiempos pasados.

Tras despedir a sus huéspedes, don Juan se encerró en su alcoba y pasó largo rato escribiendo. Utilizó la clave para decirle a Patiño que le mantuviese informado de todo lo referente a lo ocurrido con Malladas, aunque tuviese que enviarle un correo cada día. Pero lo más importante de todo era que le comunicaba que había tomado la firme decisión de no embarcar para Flandes y que aguardaría en La Coruña mientras le fuese posible, alegando diversos pretextos, hasta ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en la corte.

A la par que escribía la misiva decidió que sería su amigo Gonzalo de Santa Cruz quien llevaría aquel correo, porque la decisión que acababa de tomar y el plan que bullía en su cabeza requerían de la presencia de un hombre de sus cualidades en Madrid, donde los acontecimientos, necesariamente, habrían de precipitarse durante las siguientes semanas. Además, si no pensaba embarcarse para Flandes le sería más útil en la corte que ocioso en el puerto de la ciudad gallega.

Era pasada la medianoche cuando acabó de escribir. Llamó a Santa Cruz, que aún no se había acostado, y le comunicó que sería él quien al amanecer habría de ponerse en camino hacia la corte. Le indicó que sólo confiaba en su persona para llevar aquellos pliegos a Patiño. Además tendría que encargarse de la organización de numerosos asuntos relacionados con el plan que habría de ponerse en marcha y que tenía como objetivo conseguir su retorno a la corte e intervenir en la política del gobierno. Para ello eran necesarios recursos materiales y contar con los hombres adecuados. También era imprescindible organizar una campaña de pasquines, de libelos y de pliegos de cordel que inundasen Madrid, en favor de su presencia allí y

en contra de la actuación de Nithard.

La mayor parte de aquellos trabajos ni siquiera le fueron comentados al capitán, cuya misión sería visitar a una serie de personas. Don Juan le facilitó una relación de miembros de la grandeza, a quienes habría que sondear sobre su posición en caso de que don Juan exigiese a la reina que apartase a Nithard de su lado. Para estas visitas le dio instrucciones concretas, según cada uno de los individuos a quienes se dirigiera. El hijo de Felipe IV sabía que aquellos sujetos en los que necesitaba apoyarse para alcanzar sus anhelos eran gentes muy diferentes y cuyas actitudes políticas variaban de forma notable. Incluso adoptaban posiciones encontradas unos y otros. La labor de su amigo era sumamente delicada porque, a primera vista, resultaba poco menos que imposible aglutinar a aquellos personajes en torno a un proyecto común.

—Ya sabes, Gonzalo —le comentaba don Juan a modo de aviso—, que el odio que se profesan unos a otros viene, en algunos casos, de muy lejos. Tanto que ya han olvidado el origen de sus diferencias, lo que no supone obstáculo alguno para que continuamente las aticen con furia renovada.

—Creo que no será posible conseguir nada por este camino —Gonzalo parecía desanimado— en las circunstancias presentes. Algunos de ellos ni siquiera se hablan. Se han batido en duelo. Tienen deudas de honor y estarían dispuestos a matar a su enemigo a la primera oportunidad que se le presentase. No creo que mi misión tenga éxito.

—Sé que es algo tan complicado y que exige de tal discreción que sólo alguien como tú lo puede coronar con éxito —en la cara del Austria asomó un esbozo de maliciosa sonrisa.

Como siempre que se le pedía un imposible, el capitán comentó:

—Haremos lo que esté en nuestras manos.

—Recuerda los nombres, Gonzalo: Infantado, Medinaceli, Leganés, Sessa, Arcos, Lemos, Pastrana y Alba.

—No se me olvidará ninguno.

—Para las cuestiones de dinero Patiño te dará lo que necesites. Las sumas de las letras que te he entregado habrás de negociarlas con don Juan de Azpeitia, el banquero de la calle del Nuncio.

Gonzalo agitó, con cierta tristeza, los pagarés firmados por más de ocho mil ducados que le había entregado don Juan:

—Los gastaré lo mejor que me sea posible, aunque ya sabéis... no soy buen administrador.

—Pero eres algo mucho más importante. Eres honrado y fiel, dos cualidades difíciles de encontrar en una misma persona y hasta por separado, en los tiempos que nos ha tocado vivir, mi querido amigo.

Los dos hombres se fundieron en un abrazo.

—¡Cuídate mucho, Gonzalo! Tu vida me es muy necesaria.

—También vuestra alteza debe hacerlo. Vos sí que sois necesario para enderezar el rumbo de esta desgraciada monarquía.

Se retiraba el capitán hacia sus aposentos para descansar las pocas horas que quedaban hasta el alba, cuando don Juan le comentó:

—Hará contigo el viaje el mensajero que llegó ayer. Siempre es buena la compañía para un viaje tan largo.

Lo que Gonzalo no sabía era que aquel mensajero, hombre de confianza de don Bernardo Patiño, llevaba unos pliegos para éste cuyo contenido no debía conocer, bajo ningún concepto, el capitán Santa Cruz. Don Juan, que había leído a su amigo el contenido del mensaje de que era portador, dándole así a entender que para él no tenía secretos, no deseaba que supiese que el plan trazado contemplaba otros extremos porque estaba seguro de que hubiesen recibido el rechazo total de un hombre tan cabal.

Poco después de mediodía, y tras unas jornadas agotadoras, el capitán Gonzalo de Santa Cruz y el mensajero que le había acompañado en el viaje desde La Coruña llegaban a Madrid. Era el jueves 31 de mayo y en la Villa y Corte, como en toda España, se celebraba la festividad del Corpus Christi. Entraron por el camino de Alcobendas, cruzando la puerta de Fuencarral. Dejaron a su derecha el noviciado de los jesuitas y recorrieron la calle de los Convalecientes, que muchos empezaban ya a denominar de San Bernardo. En la plazuela de Santo Domingo se separaron. El mensajero encaminó sus pasos por el postigo de San Martín hacia la Red de San Luis, mientras que el capitán se dirigió al Juego de Pelota, cruzó los Caños del Peral y subió por la calle del Arenal hasta la plazuela de Salenque, que era donde estaba la casa de don Bernardo Patiño.

El rostro del capitán reflejaba el esfuerzo de aquellos días en los que no había hecho sino cabalgar mucho, dormir poco y comer mal. Sus vestimentas tenían un color indefinido como consecuencia del polvo que habían recibido. Un criado le introdujo en el gabinete de trabajo de don Bernardo y allí aguardó breves minutos hasta que apareció el secretario de su alteza. La gruesa humanidad de Patiño iba cubierta con una amplia hopalanda de color negro que le cubría desde el cuello hasta los pies. Tenía la cabeza cubierta con una especie de gorro que se ajustaba a la forma de su cabeza.

Recibió a Gonzalo con vivas muestras de satisfacción:

—¡Mi querido amigo, no esperaba veros por aquí! ¡Al menos no esperaba veros tan pronto! ¡Decidme, decidme cómo queda su alteza y qué buenos vientos son los que os traen hasta la corte!

Santa Cruz esbozó una sonrisa y estrechó la mano de Patiño, después de quitarse un pesado guante de piel de becerro.

—Acabo de llegar a Madrid, después de cinco días que son los que hace que salí de La Coruña y en los que apenas he hecho otra cosa que cabalgar. Os puedo asegurar, mi buen don Bernardo, que mis huesos pueden dar fe de ello. ¡Estoy molido!

—¡Disculpad mi descortesía, don Gonzalo! ¡Es algo imperdonable! ¡Tomad, tomad asiento y poneos cómodo a vuestro gusto! —se asomó a la puerta del gabinete y llamó a voces:

—¡Marta! ¡Marta! ¡Marta, ven presto! ¿Dónde se habrá metido esta perezosa?

La sirvienta que había sido requerida acudió rápidamente:

—¿Llamabais, don Bernardo?

—Capitán, ¿un refresco?, ¿un sorbete?, ¿aloja?, ¿agua de limón azucarada?, ¿alguna cosa que desee vuesa merced tomar y que yo pueda ofreceros?

—Os agradecería un poco de agua fresca. Mi garganta tiene tanto polvo como mis vestiduras.



—¡Ya has oído, holgazana! ¡Rápido!

—Su alteza —comentó el capitán— se encuentra en excelente forma, aguardando... aguardando... digamos aguardando acontecimientos para tomar una decisión respecto a su futuro, ¿comprendéis?

—Perfectamente, mi querido amigo.

—Mi presencia en esta corte —Santa Cruz iba directo al grano— está relacionada con algunos encargos que me ha encomendado su alteza. Entre ellos está el de entregar estos pliegos a vuesa merced —el capitán alargó a don Bernardo la carta que le había sido encomendada y éste la depositó sobre un bufetillo que había cerca del sillón en que estaba sentado.

Patiño puso a Gonzalo, de forma breve, al corriente de los últimos sucesos acaecidos en Madrid. Lo más importante se refería a la puesta en libertad de José de Malladas, ya que no se habían podido probar los cargos que el difunto Saint-Aunais había lanzado contra él. Todo aquello había levantado una tremenda polvareda y una gran polémica acerca de la credibilidad que había de darse a las declaraciones de un moribundo. El debate había llegado hasta los púlpitos, donde se habían puesto de manifiesto posturas encontradas. En Madrid apenas se hablaba de otra cosa en aquellos días, pese a la salida de la presidencia del Consejo de Castilla y el consiguiente destierro del duque de Pastrana, quien había caído en desgracia, acusado de ser partidario de su alteza.

—¿Quién ostenta ahora la presidencia de Castilla y adónde ha ido a parar Pastrana? —preguntó, vivamente interesado, Santa Cruz.

—El nuevo presidente es don Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Plasencia y sobre todo un adicto a Nithard, quien así controlará ese consejo. Por lo que respecta al duque, se ha marchado a su villa de Pastrana, donde podremos localizarle para cualquier asunto. No está a mucho más de diez leguas de esta corte, que ha sido la distancia mínima a la que puede acercarse a Madrid, impuesta en la orden de destierro.

El capitán se interesó por la actitud del valido:

—¿Tiene vuesa merced conocimiento de cómo ha encajado el padre confesor la noticia de que tramaban asesinarle?

—Al parecer no ha dado mucho crédito a las afirmaciones hechas por Saint-Aunais, aunque no sé si se trata sólo de apariencias. Sin embargo, debe andar con cierto desasosiego. No realiza un movimiento sin la protección de una fuerte escolta, y mantiene cerca de su persona gentes de confianza que le vigilan de noche y de día. Se ha difundido por todo Madrid el escándalo producido hace un par de días cuando, sin más razones que las de su imaginación, el valido salió pidiendo auxilio a gritos porque creía que le iban a asesinar.

—¿Cómo fue ello?

—Pues veréis, había recibido a un veterano de Flandes, quien le pidió audiencia con el propósito de que se le reconociese una pensión. Cuando el soldado echó mano

a su pecho para sacar los papeles que acreditaban sus servicios, Nithard pensó que se trataba de un arma asesina, por lo que, ante la sorpresa del militar, salió del despacho, dando gritos y pidiendo auxilio. El soldado pasó un mal trago hasta que todo quedó aclarado. Aparte de lo grotesco del caso, la situación pone de manifiesto hasta dónde el desasosiego ha hecho presa en el teatino.

—Veo que la tensión es la nota que domina por ahora.

En ese momento llegó hasta ellos el sonido majestuoso de dos campanadas dadas en el reloj que había en el portal de la casa. Fue como un aviso para don Bernardo, quien pareció inquietarse. Sin ninguna explicación se puso de pie, dando a entender que daba por concluida la reunión:

—Habréis de perdonar a este viejo chocho, don Gonzalo, he entretenido demasiado a vuesa merced después de tan duras jornadas, como vuestro aspecto pone de manifiesto. Tendréis como el mayor de vuestros deseos llegar a casa, asearos y descansar.

Comoquiera que Patiño se había puesto en pie, el capitán también se levantó:

—No debe vuesa merced preocuparse, no hay nada que no remedie una buena comida y una buena cama, agradezco vuestro interés.

—Celebro que así sea, mi querido amigo. También yo he de agradecer esos pliegos que me habéis hecho llegar con tanta diligencia —mientras decía esto don Bernardo no paraba de caminar hacia la puerta. Allí despidió sin mucho protocolo al capitán, quien, un tanto amoscado con aquella actitud, dirigió sus pasos hacia la plaza de la Cebada, camino de su casa.

Cuando llegó al remanso de paz que era su hogar, la tía Casilda lo recibió con alegría desbordada, y sin pérdida de tiempo dispuso que una de las criadas de la casa preparase una tina con agua templada y ropa limpia y que Sancho, el sirviente y recadero, se hiciese cargo del caballo del capitán, mientras ella se afanaba en la cocina para darle un banquete de bienvenida a su sobrino.

Mientras esto ocurría en la casa de la plaza de la Cebada, don Bernardo Patiño recibía una visita que, por un golpe de la fortuna, se había retrasado el tiempo suficiente para que Santa Cruz no coincidiese con ella. Conocía lo suficiente al capitán como para saber que hubiese manifestado su contrariedad y que habría hecho preguntas embarazosas. Su alteza le tenía bien advertido al respecto.

Aquel militar de acrisoladas virtudes no entendía que la lucha cortesana y la trama de la política necesitaba procedimientos y actuaciones que para ponerlas en práctica era necesario olvidarse de algunas actitudes que para él constituían un catecismo de obligado cumplimiento. En varias ocasiones habían sostenido agrias discusiones al no considerar honestas ciertas actividades que su alteza o que gente por encargo suyo debía llevar a cabo para alcanzar objetivos concretos. En todo caso eran cuestiones menores las que habían dado lugar a aquellos debates. ¡Si llegase a tener conocimiento de ciertas cosas...!

Quien poco después de las dos y media llegaba a la casa de Patiño era José de Malladas. El propio don Bernardo le había mandado llamar para tratar con él ciertos asuntos de gran importancia. El retraso se debía a que unos matones a sueldo de los acreedores que le acosaban, le habían amenazado con romperle las piernas si en el plazo de una semana no pagaba los doscientos ducados que constituían aquella deuda. Se desembarazó como pudo de aquellos rufianes, pero ello le obligó a entretenerse algunos minutos.

Marta, la sirvienta, hizo pasar al aragonés al mismo gabinete donde don Bernardo había recibido a Santa Cruz. Cuando Patiño acudió, tras una espera considerable — deseaba mostrarle de aquella manera su enfado por la tardanza, aunque hubiese resultado providencial—, le expresó su enfado por el retraso y le trató como a un sirviente.

—Habéis de saber, señor mío, que no dispongo de todo el día para reunirme con vos. Además, se trata, como os hice saber esta mañana, de un asunto de sumo interés para vos.

Malladas intentaba excusarse lo mejor que podía:

—Lamento haberos hecho perder un tiempo que sé que en vuestro caso es siempre precioso, pero he tenido un encuentro no deseado. Os pido mil perdones.

Patiño no quiso cargar las tintas, en el fondo consideraba que el retraso que se había producido en aquel encuentro era lo mejor que podía haber ocurrido.

—Bien, no perdamos un instante más, que el tiempo y las circunstancias apremian, aunque mejor sería decir que os apremian a vos. Sabéis mejor que nadie que vuestra situación, aquí en Madrid, es cada día más complicada.

—No creo que sea hoy más de lo que ya lo era ayer —protestó tímidamente Malladas.

—Os equivocáis. Acomodaos —hasta ese momento no le había invitado a tomar asiento— y escuchadme con atención. Esta mañana, cuando salía de la iglesia de San Felipe del convento de los padres Agustinos, después de oír misa, se me acercó un individuo al que no conocía y que me aguardaba en el cancel. Me dijo traer recado urgente de una persona que goza de toda mi confianza. No os revelo su nombre por razones de prudencia. «En ese caso os espero en mi casa dentro de media hora», fue la respuesta que di a su propuesta. —Patiño parecía haber perdido el malhumor con que había recibido al aragonés—. Me pareció que no fue de su agrado aquel pequeño retraso, según la expresión de contrariedad de su rostro, aunque no hizo ningún comentario y se limitó a asentir. «Dentro de media hora estaré allí», fue su escueta respuesta y se marchó en dirección a la Puerta del Sol. Lo que me ha comunicado nos incumbe a todos, pero fundamentalmente a vuesa merced, cuya vida corre serio peligro.

Malladas no pudo disimular la turbación que le produjeron aquellas últimas palabras, aunque trató de quitarles importancia:

—No creo que esté en peores condiciones que cuando días pasados me

detuvieron. No pudieron probar absolutamente nada y la falta de crédito de Saint-Aunais hizo que unas declaraciones como las suyas apenas tuviesen valor.

Don Bernardo, a quien la interrupción no le había gustado, miró a su interlocutor fijamente:

—Creo que confiáis en exceso. Ciertamente no os deseo ningún mal, pero me preocupa que de vuestra confiada actitud puedan derivarse problemas y peligros que nos afecten a todos. Escuchadme atentamente y no me interrumpáis. Por alguna circunstancia que aún no conocemos, el círculo de adeptos de Nithard ha tenido conocimiento de que vuestro acercamiento al valido, después de la ruptura que se había producido anteriormente, no tenía como objetivo volver a la colaboración con su persona y lo que representa, sino que dicho acercamiento forma parte de un plan cuyo último beneficiario es su alteza. ¡Vamos, para que nos entendamos, saben que sois un hombre al servicio de don Juan! ¡Un espía que trabaja para él!

—Si tienen esas sospechas —Malladas volvió a interrumpirle—, ¿por qué me habéis citado en vuestra casa? En el supuesto que estáis planteando es muy probable que esté sometido a vigilancia y el hecho de venir aquí no haría sino certificar esas sospechas.

Con la contrariedad dibujada en el rostro Patiño intentó no perder el sosiego:

—Mi querido amigo, habéis hecho un razonamiento impecable. Sólo tiene un punto débil. Las gentes de Nithard no albergan duda ninguna acerca del bando en el que estáis. Por eso da igual que os vean entrar en mi casa. Vuestro error estriba en pensar que sólo tienen sospechas. La información que yo he recibido dice que andan ya tras vuestros pasos para deteneros. Sólo están buscando el pretexto para hacerlo.

—¡Pues entonces, señor mío, acabáis de dárselo, haciéndome venir aquí! —Malladas estaba enfadado.

—¡Os equivocáis de nuevo! —Don Bernardo se puso en pie—. ¡Las noticias que os estoy facilitando son para vuesa merced una tabla de salvación! ¡Otra cosa es que vuestra tozudez os impida asiros a ella!

—¡Podíais haberme hecho llegar lo que me estáis comunicando a través de una carta! —replicó un alterado Malladas.

—¿Cree vuesa merced que habría servido de mucho? ¡Os mostráis incrédulo incluso haciéndooslo saber de forma directa! ¡Además una carta, si cae en poder de nuestros enemigos, podría crearnos problemas aún mayores de los que ya tenemos! —don Bernardo estaba alterado—. Escuchadme atentamente y, por segunda vez os digo que no me interrumpáis hasta que haya concluido. —Patiño trataba de dar sosiego a su voz—: La muerte de Saint-Aunais ha hecho que cunda la alarma en las filas *nithardistas*. Menos mal que el marqués era persona de poco crédito, porque de lo contrario... A pesar de ello, sospechan de todo. Han redoblado la vigilancia y tomado medidas en torno a la seguridad del valido y hasta de la propia reina, que se cree amenazada. Muchos de ellos están convencidos de que el marqués decía la verdad sobre vuestra propuesta cuando le citasteis en el mesón del Moro. Os habéis

salvado porque el presidente del Consejo de Castilla, el duque de Pastrana, ejerció toda su influencia para que, al no poder probarse los cargos que pesaban contra vos, tuviesen que ponerlos en libertad. Pero eso no significa que dejéis de estar en el punto de mira de aquellos que os involucran en este asunto. Habéis acertado cuando habéis dicho que estáis sometido a vigilancia. Si lo que habéis dicho era una suposición, yo os lo confirmo. Aprovecharán una circunstancia que les sea propicia para prenderos y encarcelaros.

—¡Tendrán que ponerme otra vez en libertad! ¡No tienen pruebas!

Patiño le miró con dureza:

—¡Dejadme concluir! No os pondrán en libertad —continuó el secretario de don Juan José de Austria— porque ya no está Pastrana en la presidencia de Castilla. Desde hace unos días ocupa su puesto don Diego Sarmiento de Valladares, un afecto a Nithard y que, además, ha capitaneado el grupo de los que no tienen dudas de que vuesa merced está metido de lleno en el asunto de la muerte de Saint-Aunais y en el plan trazado para asesinar a su ilustrísima. Estando así las cosas, y puedo aseguraros que en los próximos días se elevará el grado de crispación que hoy agita la vida de esta corte, os voy a dar un consejo que en cierto modo es también una orden, por cuanto es mucho lo que nos jugamos en ello. Deberéis abandonar Madrid lo antes posible. Si no puede ser hoy mismo habrá de ser mañana con las primeras luces del día —don Bernardo estaba ordenando más que aconsejando—. Vuestro destino será el de vuestra propia tierra aragonesa. Hay dos razones fundamentales para que así sea: la primera, porque en caso de complicaciones los fueros de aquel reino jugarán a vuestro favor; la segunda, porque habréis de resolver un asuntillo en dicha ciudad.

Sin esperar la conformidad de Malladas, don Bernardo, que continuaba de pie, se acercó hasta una gaveta y tomó de un cofrecillo un buen puñado de monedas de oro. Contó cincuenta, cuyo valor se elevaba a doscientos ducados, y las introdujo en una bolsa. Luego tomó un papel que ya tenía previsto y doblado, y antes de introducirlo en la bolsa de las monedas, agitándolo en su mano, dijo al aragonés:

—Aquí están las instrucciones del trabajo que habéis de hacer en Zaragoza, es cosa de escasa monta, que os llevará poco tiempo y menos esfuerzo; también lleváis esos ducados para vuestros gastos.

Entregó la bolsa a Malladas, quien la tomó en silencio y la guardó en su jubón sin decir una sola palabra, asumiendo con ello la propuesta que Patiño le había hecho. Los ducados parecían haber disipado todas sus dudas.

Don Bernardo le preguntó sin rodeos:

—¿Partiréis hoy o mañana?

—Será mañana porque he de dejar resuelto un asunto que tengo pendiente.

—Tened mucho cuidado. Aunque vuestro destino es Zaragoza, una vez que hayáis cumplido el encargo que lleváis en ese papel podréis apartaros a cualquier lugar de aquel reino, pero eso es algo que queda a vuestra elección.

Cuando Malladas salió de casa de Patiño era primera hora de la tarde y hacía una

temperatura primaveral. Corría una brisa agradable y el cielo era de un azul inmaculado. Pensaba que las cosas no estaban tan negras como las veía el secretario de su alteza. Lo que vio en la plaza venía a confirmar que la vigilancia sobre él, si es que la ejercían, no era tan estricta. Allí había media docena de arrapiezos que correteaban jugando a *pídola*. Mientras llenaban sus cántaros en la adornada fuente que se alzaba en el centro de la plaza, varias mujeres se peleaban a gritos con un aguador que, al parecer, había intentado esgrimir un inexistente derecho de preeminencia para llenar su panzudo cántaro. En un primer momento trató de enfrentarse gallardamente al mujerío allí concentrado pero muy pronto, ante los denuestos y las burlas con que fue recibido, optó por un repliegue estratégico. Completaban el panorama un maestro carretero y dos oficiales que se concentraban en reparar las dos ruedas del lateral de una carreta. Sudaban lo suyo para colocar a golpe limpio el fleje de hierro que configuraba el aro de rodadura de una de las ruedas. Allí, nadie allí ejercía funciones de vigilancia sobre su persona.

De todas formas —pensaba Malladas— no le vendría mal cambiar de aires por una temporada hasta que pasase el temporal que se había desatado. Todo apuntaba a que en los próximos días la tensión iba a subir de tono, él no sabía cuáles eran los motivos, pero don Bernardo, que era una de las personas mejor informadas de la corte, no se lo podía haber dicho más claro. También se había percatado de que, llegado el caso, no podría contar con el apoyo de los *donjuanistas*, Patiño también se lo había dejado claro al comentarle el relevo del duque de Pastrana en la presidencia de Castilla. Con doscientos ducados de oro en el bolsillo, lo que constituía una pequeña fortuna, tendría para vivir holgadamente muchos meses, incluso un año si se administraba bien. Su mujer se quedaría en Madrid y no sería una carga para él. Aquella zorra contaba con recursos suficientes para ganarse la vida. No sabía muy bien por qué le había dicho a Patiño que no abandonaría Madrid hasta el día siguiente; en realidad, no tenía nada pendiente, ni gran cosa que hacer. Tomaría una colación en uno de los mesones de la calle de Carretas y luego, antes de recogerse en su casa, para comunicar a su esposa la inesperada partida, que le explicaría como un servicio urgente en Extremadura, y preparar lo imprescindible para el viaje, iría a dar un paseo por la calle de Alcalá y por el Prado de los Recoletos y de San Jerónimo, para ver y ser visto. Allí, como cada tarde de primavera, acudirían multitud de coches y de carrozas, damas emperifolladas y caballeros dispuestos a hacer el estribo. Allí se daría cita todo Madrid.

Embebido en aquellos pensamientos José de Malladas no se percató de que cuando ganó la calle del Arenal y encaminó sus pasos hacia la puerta del Sol dos individuos que parecían matar el tiempo le siguieron a cierta distancia, confundiendo entre las gentes que se dirigían hacia la plaza donde confluían algunas de las más importantes calles de Madrid.

Aquella misma tarde, antes de que don Bernardo Patiño se preparase para acudir a su cotidiana misa vespertina —tenía la costumbre inveterada de oír misa tanto por la

mañana como por la tarde, la una por las benditas ánimas del purgatorio y la otra por sus intenciones particulares—, recibió un correo de su alteza traído por el mismo mensajero que había enviado a La Coruña. Al instante supo que se trataba de algún asunto de los que su alteza no deseaba que el capitán Santa Cruz tuviese conocimiento. Por esa razón sabía, antes de abrir el papel, que algo poco confesable habría que poner en marcha.

Patiño actuó con naturalidad ante el mensajero, un profesional que era persona de confianza y entregado a la causa de su alteza, como tantos otros vecinos de la Villa y Corte. No hizo ningún comentario sobre lo extraño que podía resultar el hecho de que, viniendo también el capitán, se le hubiese confiado a él un mensaje. Hizo observaciones laudatorias cuando el mensajero ponderó la resistencia y capacidad como jinete del capitán Santa Cruz, cantando también las virtudes de que hizo gala a lo largo de las cinco jornadas invertidas en recorrer el camino real que discurría desde la ciudad gallega hasta Madrid.

—¡Como un profesional, don Bernardo! ¡Como un profesional!

—No olvidéis que don Gonzalo es militar, acostumbrado a la dureza de su empleo, aunque ahora se encuentra alejado de las tareas propias de la milicia.

Pagó generosamente al correo sus servicios y le despidió con palabras amigables. Nada más salir el mensajero, don Bernardo se encerró en su gabinete y abrió el mensaje que su alteza no había querido confiar al capitán Santa Cruz.

Era un texto corto. Apenas una docena de líneas que venían en cifra. Tomó la clave que escondía en la guarda de un tomo titulado *De bello gallico*, de César. Lo descodificó con facilidad y leyó su contenido. Cuando hubo concluido quedó sumido en profundas reflexiones. Lo que le habían revelado aquellas líneas le obligaba a poner en marcha un plan para el que apenas disponía de tiempo. En su rostro se reflejaba la preocupación que le embargaba. Tras un largo rato de meditación alguna luz debió de alumbrar su mente porque no pudo contener una exclamación:

—¡Por los clavos de Cristo, tal vez no sea demasiado tarde!

No pudo asistir a la celebración de los solemnes oficios religiosos de tan señalado día. Se puso a trabajar con una energía impropia de una persona de su edad, a la vez que daba órdenes muy concretas a tres de los criados de la casa para que localizasen y llevasen a su presencia, con toda premura, al *Riquelme*. Luego, llamó a Marta, la sirvienta, para que buscara a su nieta Inés. La chiquilla acababa de cumplir los seis años y era el propio don Bernardo quien le estaba enseñando a escribir. Ya había aprendido lo suficiente como para que desde hacía algunas semanas uno de los ejercicios que su abuelo le obligaba a practicar a diario fuese la copia de un texto con el que poco a poco fuese soltándose. En esta ocasión, en lugar de hacerlo sobre la página de un libro, como era habitual, trabajó sobre una carta que su abuelo acababa de escribir con primorosa caligrafía. La chiquilla todavía tenía grandes dificultades para juntar las letras y desde luego a duras penas entendía lo que escribía, pero cuando hubo concluido la tarea su abuelo estaba tan satisfecho que le dio cuatro

maravedíes para que se regalase con unas arropías.

Las pesquisas de sus criados dieron el resultado apetecido porque al cabo de una hora el *Riquelme* estaba en su presencia. Como don Bernardo había supuesto, le habían encontrado en un garito de tahúres, jugando a los naipes. Sin perder tiempo en saludos ni otras explicaciones, le dio instrucciones muy precisas sobre el trabajo que le encomendaba. Se las repitió hasta tres veces para que no olvidase ningún detalle y le ponderó la importancia del asunto. Con todo, para el *Riquelme* lo más importante fueron los cinco ducados que le prometió por aquel trabajo, en apariencia sencillo, si aquella misma noche volvía para confirmarle que ya lo había ejecutado.

Ya se iba el *Riquelme* cuando Patiño le recordó:

—Ya sabes, has de asegurarte de que reciba esa carta hoy mismo, pero no debes ser tú quien se la entregue. Si sigues al pie de la letra todo lo que te he dicho no tendrás problemas. Lo encontrarás en la iglesia del convento de la Concepción Jerónima.

—¡Dadlo por hecho, don Bernardo, y vaya vuesa merced preparando los cinco ducados!



## 6

El capitán Gonzalo de Santa Cruz, después de recuperar energías con las atenciones de doña Casilda y un sueño reparador, había acudido muy temprano a la calle del Nuncio para visitar a don Juan de Azpeitia. La tarde anterior había anunciado su visita a través de su criado y el banquero había mostrado su disposición a recibirle siempre que fuese a primera hora, ya que habría de partir sin demora hacia Sevilla, donde importantes negocios requerían su presencia. El capitán presentó a Azpeitia los pagarés que don Juan le había confiado e indicó al banquero que, por el momento, sólo necesitaba hacer efectivos una parte de los mismos. La suma que le pidió ascendía a dos mil ducados.

El único punto de discrepancia que, a la postre, también quedó resuelto con una solución salomónica fue el tipo de moneda en que el capitán recibiría aquella suma. El banquero trataba de que la misma lo fuese en su mayor parte en moneda de vellón, mientras que Gonzalo señalaba que habría de serlo en ducados de oro o, en su defecto, en reales de plata, de los de a ocho. Al final el acuerdo fue un tercio en moneda de oro, otro tercio en plata y el otro en las depreciadas monedas de cobre.

Aún no habían dado las nueve cuando Gonzalo dejó atrás la calle del Nuncio, cruzó la plaza de Puerta Cerrada y subió por la Cava de San Miguel hasta el taller del maestro Grijalbo, el más famoso de los espaderos de Madrid y probablemente de todo el reino, a despecho de sus colegas toledanos, cuya fama era reconocida en el orbe entero. El capitán y el espadero tenían una antigua relación. La visita estaba relacionada con la cazoleta de su vieja espada, de la que por muchas razones Gonzalo se negaba a desprenderse a pesar de que el paso de los años había hecho adelgazar la hoja peligrosamente, que se había aflojado y necesitaba un pequeño ajuste. Aprovecharía la ocasión para afilar una vez más aquel acero con el que se había jugado la vida en numerosas ocasiones.

El capitán había recibido insinuaciones de renovarla, pero no quería ni oír hablar de ello. *Ferol*, que era el nombre con que la había bautizado, formaba parte de su propio ser. Era consciente de que llegaría un momento en que aquella vieja amiga no cumpliría el fin que tenía encomendado. Ese día, que sería un mal día, renovaría la hoja, pero conservaría la empuñadura, la cazoleta y los gavilanes para que su espíritu permaneciese con él.

Después de una entretenida conversación —siempre le resultaba agradable escuchar de los labios del experimentado espadero alguna de las muchas historias que el ejercicio de aquella profesión le había permitido atesorar—, el capitán dejó allí la espada, tras ajustar el precio de la composición y cerrar el compromiso de que aquella misma tarde podría mandar a recogerla. Estaba ya en la puerta del establecimiento, adonde el espadero había salido a acompañarle, cuando vio algo que hizo que el corazón le diese un vuelco, el estómago se le encogiese y la respiración se le quedase en suspenso. Su mirada se había quedado clavada en una dama que, calle abajo,

acompañada de una dueña, cruzaba en aquel instante por delante de la espadería.

Gonzalo de Santa Cruz no daba crédito a lo que veía. Estaba tan turbado que su agitación no pasó desapercibida al maestro Grijalbo, quien le preguntó extrañado:

—¿Os ocurre algo, don Gonzalo? ¿Os sentís mal? Se os ha demudado la color del rostro. ¡Ni que vuesa merced hubiese visto una aparición!

—Eso, maestro, es precisamente lo que he visto.

Gonzalo tenía la mirada perdida hacia la dama que continuaba su reposado caminar calle abajo. Ahora el corazón le latía tan deprisa que creía que se le iba a salir, garganta arriba, por la boca. ¡Era ella! ¡Con toda seguridad era ella! Porque en el mundo no podía haber unos ojos iguales a los de quien se había convertido durante años en la dama de sus sueños. No había posibilidad de error. Aquellos ojos los tenía grabados a fuego en su corazón y en su mente desde la tarde de la *Chaloupe d'Or*.

—¡Por vida de Cristo, maestro! ¿Sabéis por ventura quién es esa dama?

En el rostro del viejo espadero se pintó una sonrisa burlona:

—¡Ya veo, capitán, ya veo cuál es la causa de vuestra turbación!

—¡Por el amor de Dios, Grijalbo! ¡Decidme! ¡Si es que sabéis algo!

—Esa dama, que parece haber trastornado a vuesa merced, es doña Elena de Zúñiga.

De repente aquella mujer con la que había soñado tomaba cuerpo. ¡La ilusión de tantos años tenía nombre y él acababa de conocerlo! ¡Sabía cómo se llamaba!

—¡Elena de Zúñiga! ¡Es ella! ¡Tiene que ser ella! —exclamó el capitán.

—¿Conocéis, por un casual, a doña Elena? —le preguntó Grijalbo entrecerrando sus ojillos con un aire de picardía.

—¡Sí! ¡No! ¡Sí, pero no! —Gonzalo estaba nervioso.

Otra vez apareció una sonrisa maliciosa en los labios del maestro espadero:

—¿Conoce o no conoce vuesa merced a doña Elena?

Lentamente, pero sin pausa, la dama y su dueña continuaban alejándose calle abajo. Por nada del mundo Gonzalo estaba dispuesto a perder la pista de aquella mujer a la que en sus sueños y en su imaginación había buscado durante años. Pero no sabía exactamente qué era lo que deseaba hacer en aquellos momentos.

—¿Quiere vuesa merced saber algo más de ella?

—¡Todo lo que podáis decirme! —exclamó Gonzalo en tono casi suplicante.

—Habéis de saber entonces que vive al cabo de la calle...

—¿¡En esta misma calle!?! —era a la vez una exclamación de sorpresa y una pregunta interesada.

—En efecto, en la casa que, a la derecha, hace esquina con la plazuela de Puerta Cerrada.

—¡Ésa es la casa de Zúñiga, el asentista!

—Ciertamente, don Gonzalo, ésa es la casa de don Guillén de Zúñiga —le respondió Grijalbo.

—No he tenido relación personal con él, pero sé de quién se trata.

—Ya sabéis entonces que don Guillén es, pues, el padre de esa dama que tan profunda impresión ha causado a vuesa merced.

Conocer quién era, así como el lugar donde vivía Elena de Zúñiga, pareció tranquilizar el ánimo del capitán, que con aquellos datos aseguraba la posibilidad de volver a encontrarse con ella. Fue como una especie de bálsamo para su espíritu, que zozobraba ante la sola posibilidad de que volviese a repetirse la situación vivida en Bruselas.

Al comprobar que el capitán se sosegaba, el maestro Grijalbo le comentó, no sin cierta socarronería, si quería saber algo más de aquella dama que tanta agitación le había producido. Ante la respuesta afirmativa, el espadero hizo una propuesta:

—¿Os apetece acompañarme, mientras hablamos, a tomar un chocolate caliente, bien espeso y unas bizcotelas de las que hacen, como si fuesen los mismísimos ángeles, las monjas Agustinas Recoletas?

El capitán aceptó encantado aquella propuesta. No tanto por el condumio, aunque las bizcotelas de aquel convento tenían merecida fama en Madrid y alrededores, cuanto por la información que el espadero prometía ofrecerle. Pasaron a la trastienda del taller, donde, en medio de hierros retorcidos, trastos aparentemente inservibles, había viejas hojas de espadas, sables, floretes, dagas, cuchillos, puñales y otros ejemplares de aquella amplia parafernalia que estaban rotos, mellados, despuntados...; también podían encontrarse empuñaduras herrumbrosas y deterioradas; cazoletas y gavilanes de diversas formas y tamaños. Había por allí numerosos tahalíes de variado aspecto y cinturones de cuero de diferentes gruesos y medidas, colgados de una serie de clavos que se alineaban a lo largo de una pared tiznada de un color negruzco por causa del humo que desprendía una fragua que había en la parte frontera, a cuyo lado se encontraba un montón de carbón de regular tamaño. Había también un fuelle de pie y varios de mano, y cuatro yunques de diferentes formas y tamaños, martillos, diversas herramientas y variados herrajes propios del oficio.

Contrastaba el desorden del taller con la limpieza de un aposento situado en la parte trasera, aquella habitación era como el *sancta sanctorum* del maestro Grijalbo. Allí todo era orden y pulcritud. Había una amplia y sólida mesa y varias sillas, también un hornillo de barro, de los llamados anafes, en cuyo interior alumbraban carbones encendidos. En una alacena con puertas de celosía guardaba el espadero algunas provisiones de boca y cacharrería para cocinar. Allí el artesano improvisó el desayuno con el que obsequió al capitán Santa Cruz.

—¿Qué es lo que deseáis saber de doña Elena de Zúñiga, don Gonzalo?

—¡Todo lo que podáis contarme!

—Bien, en ese caso, aunque no es mucho lo que sé, empezaremos por el principio. Como ya os he dicho, su padre es don Guillén de Zúñiga, quien durante muchos años fue asentista de los ejércitos del rey nuestro señor. Lo fue hasta que quedó arruinado tras una de las campañas de Flandes, me refiero a la que al final

terminamos entregándole a los franceses el Franco Condado, la que dirigieron el príncipe de Condé y don Juan José de Austria. La corona no fue capaz de hacer frente a los asientos que le consignó a don Guillén. Se decía por entonces, de eso hace como siete u ocho años, que el padre de doña Elena perdió más de un cuento de ducados; algunas de las voces que corrieron hablaban de que eran casi dos. ¡Os imagináis, don Gonzalo, casi dos millones de ducados! En medio de aquella desgracia falleció la esposa de don Guillén. Todo esto que os relato ocurrió en Flandes, aunque no sabría deciros el lugar exacto. Y como las desgracias nunca vienen solas, en el viaje de regreso a la península, a la que volvía arruinado y viudo, perdió a los dos hijos varones de su matrimonio. Sólo le quedó doña Elena, que era la mayor.

Grijalbo se detuvo un momento, sorbió ruidosamente de su tazón de chocolate e invitó al capitán a que despachase su jícara y diese cuenta de la bizcotela que le había puesto por delante. Don Gonzalo, aunque tenía poco apetito, obedeció la instrucción y realizó un elogio tanto de la bebida, como del monjil dulce. Pero lo que estaba agradeciendo de veras era el caudal de información que el espadero le proporcionaba.

—Si vierais a don Guillén, parece mucho más viejo de lo que es y, aunque ya no es un mozo, tiene el aspecto de un anciano mucho mayor que los cincuenta y pico de años por los que debe andar. Yo, que tendré su misma edad, parezco un chiquillo a su lado. Fueron muchas las desgracias que se le acumularon y los padecimientos que hubo de sufrir. Estoy convencido de que si vive es por el estímulo que le proporciona doña Elena, que es su única alegría y consuelo. En la época de su ruina hubo de realizar todos sus bienes para hacer frente a acreedores y embargos. Incluso las que hoy constituyen las casas de su morada sólo son una pequeña parte de lo que fueron en otra época, que era uno de los más hermosos palacios de esta villa.

—Recuerdo, efectivamente, que cuando yo volví de Flandes hubo varias quiebras sonadas. Entre ellas las de algunos banqueros portugueses, que venían financiando a la corona desde la época del valimiento del conde-duque de Olivares —comentó el capitán.

—Cierto es lo que dice vuesa merced, fue en aquel entonces cuando se produjo también la quiebra de Zúñiga, quien logró, en medio de la dificultad, dejar limpio su nombre. Pagó a todos y aunque su vida cambió por completo, le quedó un honesto pasar para salir adelante. Desde entonces hacen una vida sencilla y con cierto acomodo que, desde luego, nada tiene que ver con la de antaño. Don Guillén apenas sale de casa, salvo para cumplir con sus obligaciones religiosas, lo que hace con puntualidad, mientras que doña Elena suele acudir a diario a la parroquia de San Miguel y visita asiduamente el mercado de la plaza del Conde de Barajas, acompañada de esa dueña que habéis visto junto a ella.

El espadero quedó callado y fijó su mirada en las uñas de su mano derecha, cuyos dedos había extendido. Estaban roídas en sus puntas y fileteadas de negro.

—Doña Elena es dama limosnera dentro de sus posibles y, desde luego, caritativa y compasiva con los dolores y males ajenos. Es también una mujer de costumbres...

de costumbres extrañas.

—¿Costumbres extrañas? ¿Por qué decís eso? —preguntó intrigado Gonzalo.

—Porque se dedica a cosas que son poco adecuadas para una mujer —comentó el espadero bajando el tono de voz, como si fuese una confidencia que no debían escuchar otros oídos.

Un poco amoscado, Santa Cruz insistió en su pregunta:

—¿Qué es ello, Grijalbo?

—Veréis, señor, es que es algo raro, algo que se sale de lo corriente —la actitud que había adoptado el maestro espadero, que tan locuaz se había mostrado hasta entonces, parecía que trataba de ocultar algún vicio de doña Elena, la cual, por el tono que había empleado hasta entonces, diríase que era objeto de su admiración.

—¿Queréis decirme de una vez a qué os estáis refiriendo? ¡Os juro por mi santo patrón que habéis logrado ponerme en ascuas!

—No es que yo lo critique, pero ya sabe vuesa merced que ciertas gentes, cuando alguien hace algo que se sale de lo corriente, hablan, hacen comentarios, dicen cosas. Vuesa merced, que es hombre de mundo, ya sabe a qué me quiero referir cuando le estoy diciendo esto.

—¡Pardiez, Grijalbo, que no sé qué es lo que insinuáis! ¡Estáis consiguiendo sacarme de mis casillas!

—¡Señor, lo último que yo desearía en este mundo es enojar a vuesa merced!

—¡Pues entonces, decidme de una maldita vez qué es eso tan extraño a lo que se dedica doña Elena de Zúñiga!

—¡Doña Elena pinta! ¡Es pintora! —Grijalbo soltó aquella exclamación en voz baja, como quien ha desvelado un secreto inconfesable.

Después de un primer momento de perplejidad, el capitán prorrumpió en sonoras y estruendosas carcajadas. El espadero, sin saber muy bien por qué, también empezó a reír, sin poder contenerse. Pasado un rato Santa Cruz exclamó:

—¡A fe mía, Grijalbo, que es cosa ciertamente extraña y una grave ofensa a Dios que una mujer maneje los pinceles como si se tratase de un hombre!

El maestro, que aún tenía la sonrisa dibujada en sus labios, dio un cambio radical a su semblante. Se puso muy serio, hasta un punto enfadado:

—¡Supongo que vuesa merced me está tomando el pelo y se está burlando de mí!

—Jamás me permitiría yo tal cosa respecto de vuesa merced, pero por el amor de Dios que no he podido dejar de sorprenderme por vuestro tono y vuestra actitud para comunicarme tal cosa. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Qué pecado se comete porque una mujer pinte, si ése es su deseo?

—¡Eso mismo digo yo, don Gonzalo! ¿Qué hay de malo en ello? ¡Si doña Elena quiere pintar que lo haga, pero...!

—¿Es que hay un pero?

—Veréis, es que el padre Anselmo, que es como se llama el párroco de San Miguel, no es de la misma opinión y sostiene que una mujer ofende a la Santísima

Trinidad cuando realiza menesteres y tareas que están encomendadas, por decisión de Dios Nuestro Señor, a los hombres. Tareas como son, dice el padre Anselmo, entre otras la pintura, la escultura, el componer piezas de teatro o escribir novelas. Estas afirmaciones del padre Anselmo, quien ha llegado a proferirlas en varias ocasiones desde el púlpito en misa mayor, en sus prédicas en días de fiesta de guardar, cuando es muy numerosa la concurrencia de feligreses, han creado cierto ambiente que ha dañado el buen nombre de doña Elena. Y aunque hay muchos vecinos que no comparten lo que afirma el susodicho padre, el ambiente se ha enrarecido un poco en los últimos tiempos.

En los ojos del capitán se posó un velo de tristeza que acabó en una exclamación que rezumaba resignación:

—¡Cuánto nos queda por aprender y cuánto tiempo necesitaremos para que estas cosas no ocurran en nuestra patria! ¡Amigo Grijalbo, estamos perdiendo el paso de los tiempos y eso acabaremos pagándolo aún más caro que nuestras derrotas militares!

—No sé muy bien a qué se refiere vuesa merced...

El capitán le miró fijamente a los ojos:

—Nada, Grijalbo, cosas mías. Eres un buen espadero y un buen hombre. Esta tarde mandaré a por *Ferol*. Espero que para entonces la hayáis compuesto como sólo vos sabéis hacerlo.

—Contad con ello.

El capitán se levantó del tosco escabel que le había servido de asiento y encaminó sus pasos hacia la salida. Al llegar al umbral de la puerta se volvió y, con mirada agradecida, le dijo al artesano:

—No sabéis cómo os agradezco todo lo que me habéis contado. Quedad con Dios.

—Que Dios os acompañe, capitán. Ha sido un placer el rato que he compartido con vuesa merced.

Mientras Gonzalo bajaba por la Cava de San Miguel llevaba el corazón henchido de gozo. Lo que desde hacía tiempo había considerado una quimera acababa de tomar forma aquella mañana de primavera. Una mañana que era apacible y estaba llena de una luminosidad que lo inundaba todo y hacía que los colores luciesen esplendorosos. A dichas sensaciones colaboraba sin duda la alegría de su espíritu.

No pudo evitar el esbozar una sonrisa cuando recordó los problemas que Grijalbo había tenido para confesarle que Elena de Zúñiga pintaba. ¿Qué pintaría? ¿Qué sería lo que sus pupilas captaban para llevar a la tabla o al lienzo? ¿Cuáles serían sus gustos? ¿Por dónde se inclinarían sus preferencias artísticas? Aquellas preguntas le condujeron a una realidad contundente. Estaba enamorado de una mujer de la que no sabía absolutamente nada. Durante años había estado enamorado de alguien que había creado su imaginación a partir del embeleso que una mirada arrebatadora, que un par de ojos verdaderamente hechiceros le habían producido una lejana tarde en

una de las ciudades con menos encanto de cuantas había conocido. Sintió miedo de que la realidad le alejase de los caminos por donde le había conducido una imaginación desbordada por el misterio de lo desconocido.

Cuando pasó por delante de la casa donde vivía la mujer que amaba, que había pasado de ser una ilusión vana a convertirse en una realidad que le había provocado una de las mayores sorpresas de su vida, no pudo dejar de mirar hacia su puerta, sus balcones y sus ventanas. Era casa de discreta apariencia. Los postigos, entornados, dejaban ver las celosías que guardaban de las miradas de curiosos, como la suya en ese momento, lo que la vida deparase en el interior de aquellos muros. Allí vivía la mujer que amaba. Allí latía su corazón y tenían lugar los actos cotidianos de su existencia.

Caminaba ya hacia su casa pensando que había de enterarse del horario de misas de la parroquia de San Miguel. Acudir a misa era la forma más adecuada para volver a ver a doña Elena, aprovechando que la práctica de sus devociones la llevaban cotidianamente, según le había dicho el espadero, a oír misa en aquella parroquia.

Estaba de un humor excelente cuando entró en su casa. Más que contento, estaba exultante. Llamó a gritos a su tía:

—¡Tía! ¡Tía Casilda! ¡Tía Casilda! ¿Dónde andas?

Desde el piso de arriba le llegó la respuesta:

—¡Alabado sea Dios! ¡Menos mal que has llegado!

A Gonzalo le extrañaron aquellas exclamaciones. Más aún cuando vio que doña Casilda bajaba las escaleras aceleradamente.

—¿Ocurre algo? —preguntó inquieto el capitán.

—¿Tú me lo preguntas? ¿Acaso no sabes nada?

—No, no sé nada, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Sofocada por el esfuerzo doña Casilda le espetó sin preámbulos:

—Pensaba que ya te habrías enterado de algo, porque yo lo que es saber, lo que se dice saber de lo que quiera que ocurra, no sé nada. Pero algo gordo ha debido de pasar a tenor de los recados enviados por don Bernardo Patiño.

—¿Qué es lo que sabes? —el capitán se había puesto serio.

—Pues que poco después de que te marchases a casa de Azpeitia... ¿no te han encontrado allí?

—No, no me ha buscado nadie —fue la respuesta del capitán.

—... Pues vinieron preguntando si estabas en casa porque ha debido de ocurrir algo que, al parecer, es de suma gravedad.

—¿Y qué es ello? ¡Por los clavos de Cristo! —Gonzalo estaba a punto de perder la paciencia.

—Ya te he dicho que no lo sé. Lo que puedo decirte es que cada media hora, poco más o menos, han venido preguntando por ti de parte de don Bernardo.

—¿Nada te han dicho de lo que quiere?

—Nada en absoluto.

En aquel momento sonó con fuerza el golpe del aldabón de la puerta. Quienquiera que llamase, tenía prisa por que le abriesen.

—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Qué modos! —el propio Gonzalo acudió a abrir.

—Seguro que es otro recado de don Bernardo —auguró doña Casilda.

Así era. Un criado de Patiño, que pidió excusas por los modos, puso en conocimiento del capitán que don Bernardo necesitaba verle con la máxima urgencia.

—Pero ¿qué es lo que ocurre para que tu señor se ande con estas prisas?

—No podría decirlo, capitán, qué es lo que le ocurre, pero está desasosegado, casi fuera de sí. Yo, que llevo más de veinte años a su servicio, no lo he visto nunca del modo en que está.

—¿Y dices que ignoras qué es lo que le tiene en ese estado?

—Así es, señor, aunque me lo imagino.

—¿Puede saberse qué es ello?

El criado puso cara de sorpresa ante la nueva pregunta del capitán.

—¿Cómo? ¿Acaso no sabe vuesa merced lo que ha ocurrido? Se trata de algo que ya es del dominio público y que por todas partes las gentes se hacen lenguas de ello.

—¡No! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Habla de una vez! ¡No sé qué es eso que parece ser que ya sabe todo el mundo!

—Han ejecutado a don José Malladas.

—¿Que han ejecutado a Malladas, dices?

—En efecto, señor.

—Pero ¿cómo ha sido eso? Conozco las voces que corrían sobre un supuesto plan para asesinar al padre confesor, que le habían detenido, pero que le habían puesto en libertad porque no había pruebas que le inculpasen. Todo eso me lo contó el propio Patiño.

—Así es, señor. Al parecer le detuvieron ayer por la tarde y le llevaron preso a la cárcel real, donde le han dado garrote vil.

—Sin más, sin proceso y sin sentencia.

—Así parece que ha sido, señor.



—No es posible que haya ocurrido eso que me cuenta vuesa merced sin un juicio previo —Gonzalo le había reiterado la misma afirmación varias veces a don Bernardo.

—Pues, aunque os cueste creerlo, así ha sido. Malladas fue detenido en la tarde de ayer por el alcalde de casa y corte don Pedro Salcedo, quien había recibido órdenes del presidente del Consejo de Castilla, don Diego Sarmiento de Valladares.

—¿De qué se le acusaba para llevar a cabo esa detención? —preguntó el capitán.

—No estoy en condiciones de señalaros cuál era el motivo, aunque me barrunto que está relacionado con las declaraciones que hizo el marqués de Saint-Aunais.

—Sin embargo, nada se pudo probar de aquellas acusaciones y Malladas fue puesto en libertad.

—Ya os digo, don Gonzalo, que sólo es una apreciación y no puedo garantizaros nada. También es posible que su ejecución esté relacionada con ciertos asuntos oscuros que presentaba la gestión de Malladas en el cobro de determinadas rentas que tenía a su cargo.

—Tampoco ésa es una razón para acabar con la vida de nadie. Ni siquiera para apresarle, a no ser que las pesquisas hubiesen aportado pruebas sobre las acusaciones. ¡Esto es algo inaudito, don Bernardo! ¡Algo que sólo en las actuales circunstancias puede ocurrir!

—Ciertamente se convierte en insostenible un gobierno que asesina y mata a los vasallos de su majestad, sin abrirle causa ni proceso. Sólo los tiranos actúan como en las circunstancias presentes. Hasta ayer la tiranía del teatino se había manifestado a través de prisiones o de destierros a aquellos que entorpecían sus planes, pero a partir de este momento nadie tiene garantizado que no se atentará contra su vida, por oponerse a sus designios.

Santa Cruz, que asentía con leves movimientos de cabeza, le interrumpió para preguntarle cómo había llegado al conocimiento de aquel asesinato.

—Fue esta mañana a primera hora. Salía de la iglesia del convento de San Felipe cuando en el cancel del templo, se acercó a mí una mujer embozada a quien apenas se le veían los ojos y que, sin decir palabra, me entregó un papel. Luego dio media vuelta y se marchó a buen paso. Vos mismo podéis leer su contenido.

Don Bernardo alargó al capitán un pliego de papel basto en el que con mala caligrafía estaba escrito lo siguiente:

Ayer tarde un alcalde que llaman don Pedro Salcedo prendió a don José de Malladas y lo condujo preso a la cárcel. Las instrucciones para ponerle preso las dio don Diego Sarmiento de Valladares. En la cárcel le asesinaron, dándole garrote. Antes de que el verdugo le matara, avisaron al párroco de la iglesia de la Santa Cruz para que confesase al Malladas. Luego le dieron el garrote.

—¿La reina y la Junta de Gobierno han dicho algo acerca de este sucio asunto? — a la par que hacía la pregunta, el capitán devolvía el papel a don Bernardo.

—Supongo que la reina habrá de estar informada de todo y, por lo que respecta a la Junta de Gobierno, me han comunicado hace poco rato que ha sido convocada a toda prisa y que se encuentra reunida en estos momentos. El motivo es la muerte de Malladas.

El semblante del capitán había adquirido tintes sombríos. Era increíble que en el nombre del rey, de un rey que ni reinaba ni gobernaba, se cometiesen atropellos como aquél. Por su mente pasaron, como un relámpago, recuerdos de las penalidades sufridas en los campos de batalla defendiendo unos ideales y una monarquía que, desde luego, nada tenían que ver con lo que ocurría en aquellos momentos en la corte de Madrid, donde en nombre de ese rey y de esa monarquía se encarcelaba y asesinaba. Le resultaba poco menos que increíble que en el corazón mismo de la Monarquía Católica tuviesen lugar hechos tan siniestros como aquél. Si tenía claro que un extranjero como Nithard, cuyo mayor mérito era el llevar confesando a la reina un montón de años, no era la persona indicada para llevar las riendas del gobierno, ahora no albergaba dudas acerca de la necesidad de actuar con urgencia para poner fin a aquel estado de cosas. Sin embargo, a pesar de todo, no aceptaría que se empleasen procedimientos como los que utilizaban los secuaces del valido.

—Supongo, don Bernardo, que habrá que ponerse manos a la obra y actuar sin pérdida de tiempo.

—Ésa es la razón que explica mis urgencias para que nos reuniésemos.

—Estoy en condiciones de ponerme inmediatamente en camino para informar a su alteza de lo que ocurre. Y os puedo asegurar que las dudas que albergaba sobre la decisión de su alteza acerca de desobedecer las órdenes de embarcarse hacia Flandes han desaparecido. Bajo ningún concepto don Juan debe alejarse de la corte. He de deciros también que es la primera vez en mi vida que faltó al principio que como militar me inculcaron de que las órdenes no se discuten. Pero estoy convencido de que en las actuales circunstancias son mayores los males que de su cumplimiento se derivarían para esta desgraciada monarquía a la que juré defender.

—Creo que vuestra presencia en esta corte es mucho más necesaria en este momento que el que os pongáis en viaje. Llevar estas noticias a don Juan puede hacerlo cualquiera y os aseguro que contamos con hombres de confianza para ello. Pero vuestra merced tiene que cumplir la misión que su alteza le tiene encomendada. Sé que el cumplimiento de la misma no depende solamente de vuestra voluntad, pero tal vez sea el momento más adecuado para conseguir que esas visitas, que habéis de realizar, den los frutos apetecidos.

Gonzalo compartió las opiniones de Patiño y, tras comentar una vez más la iniquidad que suponía un asesinato como el que se había perpetrado, abandonó aquella casa dispuesto a cumplir su misión. Una vez que se hubo marchado, don

Bernardo, que en presencia del capitán había tenido que hacer un verdadero esfuerzo para que no se trasluciese el regocijo que le producía el curso que habían tomado los acontecimientos, agitó una campanilla; poco después un criado acompañaba hasta el gabinete a dos hombres.

Se trataba de unos individuos de unos treinta años de edad y mala catadura, como se desprendía tanto de su indumentaria como de las intenciones que podían leerse en sus rostros; uno de ellos era el *Riquelme*. Poco después entró un tercer individuo de aspecto muy diferente al de los dos anteriores. Atildado en su indumentaria, completamente negra, salvo una blanca y rizada lechuguilla pasada de moda que asomaba por su cuello, era de pequeña estatura y de complexión tan débil que resultaba un tanto canijo; sus modos y ademanes eran suaves y un punto amanerados.

Don Bernardo Patiño, sin perder un instante, ordenó con voz autoritaria a los dos individuos con aspecto de rufianes:

—Sin perder un minuto empezad a difundir por todas partes lo que os había dicho antes de que llegase el capitán Santa Cruz. Supongo que todo está claro y que no hay ninguna duda, ¿te has enterado bien de todo *Riquelme*?

—Puede vuesa merced quedar tranquilo. Hay que esparcir por todas partes los horrores de la muerte de ese individuo y que la culpa de todo la tiene el jesuita y también, aunque menos, la reina.

—Veo que os habéis aprendido bien la lección. Ahora sólo queda que no haya sitio ni lugar de esta villa donde no se corra esa voz. Y, lo más importante, nadie os ha ordenado que hagáis estos comentarios. ¡Andando, que cada minuto que pasa es un minuto que perdemos!

A pesar de que las últimas palabras de Patiño indicaban claramente a aquellos dos sujetos que habían de ponerse en movimiento, ninguno de los dos movió un solo músculo de su cuerpo. Ante aquella actitud don Bernardo les dirigió una mirada fulminante, colérica.

—¿Se puede saber qué ocurre?

El *Riquelme*, que parecía ser el jefe de la pareja, volvió a tomar la palabra:

—Es que... es que a vuesa merced se le olvida algo.

—¡Qué cabeza la mía! —diciendo esto, don Bernardo sacó de una gaveta una bolsa de cuero y se la entregó al *Riquelme*.

—¡Ahí van los veinte ducados ajustados! ¡Cuando esta tarde salga para ir a misa no quiero oír hablar de otra cosa que no sea del asesinato de Malladas y de quiénes son los culpables de que cosa tan horrorosa haya ocurrido! ¡Y ya sabes, todo lo que tú o tus hombres escuchen, por muy poca importancia que le deis, no dejéis de comunicármelo!

El *Riquelme*, al igual que muchos otros desocupados y truhanes que ejercitaban en la Villa y Corte, formaba parte de la tupida red de informadores que tenía establecida don Bernardo y que llegaba hasta el último rincón de la población.

—Podéis contar con ello, don Bernardo —aseguró el *Riquelme* a la par que

recogía la bolsa de los dineros.

Don Bernardo llamó a uno de los criados:

—Acompañales para que salgan por la puerta del jardín y cerciérate antes de que todo esté despejado.

Los dos tahúres abandonaron el gabinete haciendo reverencias.

Cuando quedaron solos, don Bernardo se dirigió al atildado individuo:

—Ahora, maestro Marcos, escuchadme atentamente. Cuando amanezca pasado mañana no habrá un lugar, un rincón, una esquina de Madrid donde no se encuentre fijado un papel con el texto que os voy a dar. Disponéis hasta mañana a la puesta de sol para realizar la impresión de las copias correspondientes. A esa hora os mandaré gente de confianza que se harán cargo de los pasquines. El trabajo lo realizaréis en las prensas del sótano con gente de garantía.

—Cuenta vuesa merced, como siempre, con el esmero de nuestro trabajo y nuestra discreción —apostilló el maestro Marcos, uno de los impresores que ejercían en Madrid.

—Así ha de ser, también lo segundo por lo que a vos os interesa. Os va en ello la... la... iba a decir la libertad, pero tal y como están las cosas lo que os va en ello es la vida. Ahora tomad asiento y sed vos mismo quien escriba. Tomad el cálamo y el papel, y anotad. ¡No quiero que haya ni errores, ni confusiones, ni retrasos porque no seáis capaz de leer, de forma correcta, mi letra!

—¡Qué cosas dice su señoría! ¡Ni que su letra fuese fea! —aquellas melifluas exclamaciones del impresor hicieron que don Bernardo no pudiese reprimir una sonrisa.

El maestro Marcos Azacana tomó asiento en una silla que había junto al bufete, afiló con un cortaplumas dos cálamos, preparó la salvilla de arena, abrió el tintero, alisó el papel que tenía delante y se puso en disposición de escribir.

La maldad del Padre Everardo y de quienes le apoyan ha alcanzado extremos inconcebibles. La infamia ha sido perpetrada en forma de alevoso crimen contra un vasallo de Su Majestad sin que se le haya incriminado delito alguno, cual ha sido el caso del garrote dado en la Cárcel Real de esta Villa, cual si de un reo convicto y confeso se tratase, a don José de Malladas Azofrín la noche del pasado día dos. Hasta la propia ley, herencia de nuestros antepasados, ha sido violada y pisoteada por aquellos que, seguramente por su condición de extranjeros, ni la sienten como cosa propia, ni entienden el valor de la misma.

El vil asesinato de un hidalgo, sin proceso y sin condena, ejecutado al capricho de un tirano, es una afrenta y un baldón a todo un pueblo. Es una mancha que cae sobre todos nosotros y que nos ensucia en tanto en cuanto consintamos que tales cosas ocurran, sin ponerles coto ni remedio. Asimismo llena de oprobio a todo un pueblo cuando dichos criminales atropellos dicen ejecutarse en el nombre del Rey Nuestro Señor.

Ha llegado, sin duda, el tiempo de poner fin a un estado de cosas que ha tenido entre otros efectos el de conducir a la monarquía al estado presente de postración en que se encuentra. Ha sonado, pues, la hora, marcada por este abominable crimen, de poner fin a un valimiento que, ejercido por un foráneo ajeno a nuestras leyes, costumbres y tradiciones no vacila en ultrajarlas y violarlas. Ha sonado la hora de que la Reina, cuya vida Dios guarde, exonere a estos reinos de esa peste revestida de ornamentos litúrgicos que lleva a la monarquía por el más empinado de los despeñaderos, a la vez que se usa falsamente el nombre de nuestro Rey. Ha llegado la hora de que los buenos súbditos sean llamados al lugar que les corresponde por su sangre y por los méritos contraídos para aportar su esfuerzo al gobierno de la monarquía y devolverle de esa forma el lustre y vigor que otrora tuvo y que hoy se halla irremediabilmente perdido.

Así lo reclama una razón de elemental justicia y así ha de ser porque de no serlo:

*Para la reina hay descalzas  
y para el rey hay tutor,  
si no se muda de gobierno  
desterrando al confesor.*

—No sabía que tuvieseis aficiones líricas, don Bernardo —comentó el maestro Azacana.

—Y no las tengo, mi querido amigo, pero no es mala forma de rematar ese escrito. Ahora poneos manos a la obra y cumplid con vuestro cometido.

Patiño tomó una bolsa de cuero y se la entregó al impresor:

—Ahí van cien ducados, tenéis de sobra para el papel, la tinta y el trabajo.

El impresor, con estudiada elegancia y cierta parsimonia, agitó el papel escrito sobre el que había echado arena suficiente para su secado. Luego lo plegó y lo guardó cuidadosamente en su pecho. Don Bernardo le acompañó hasta la puerta, allí le hizo la última recomendación:

—No lo olvidéis, Azacana, mucha discreción y mucha prudencia. Mañana a la hora convenida irán a recoger el trabajo.

—Dadlo por hecho —afirmó el impresor con un expresivo mohín.

—Salid con cautela —indicó don Bernardo— y hacedlo por el sitio de costumbre. Hemos de actuar con la discreción y el sigilo de siempre. Os acompañarán hasta la calle.

La salida a la que Patiño se refería estaba en la fachada trasera de la casa contigua a la que le servía de morada. Hacía algunos meses que la habían comprado y abierto comunicación entre ambas. La utilizaban para despistar a los que por orden de Nithard vigilaban de continuo los movimientos de don Bernardo y trataban de controlar las visitas que recibía.

A la caída de la tarde un jinete que hacía varias horas había salido por la puerta de

Fuencarral, tomando el camino de La Coruña, después de haberle pedido a su cabalgadura un esfuerzo más que notable, llegaba a la posada que abría sus puertas en la plaza Mayor de Riaza. Buscaba el descanso necesario para continuar su camino hacia Galicia al día siguiente, con las primeras luces del alba.

Mientras tanto, por el paseo de carrozas del Retiro, que se encontraba concurridísimo, y también por el paseo de Recoletos y por la calle de Alcalá, que eran los lugares de moda donde se solazaban los madrileños y las madrileñas en aquellas tardes de primavera disfrutando de una agradable temperatura, no se hablaba de otra cosa que de la afrentosa muerte de Malladas.

Había comentarios para todos los gustos. El muerto no era persona que gozase de simpatías, había sido un consentidor de los devaneos de su casquivana mujer y aun había quien afirmaba que el villano la alentaba a fornicar por dinero, con tal de darse una vida regalada. Pero a pesar de ello, las circunstancias de su muerte eran objeto de rechazo en todos los comentarios. Por algunos corrillos se decía que no se debían consentir acciones como aquélla. No podía darse garrote a nadie sin juicio previo y sin una condena dictada por juez competente. Eran muchos los que afirmaban, sin ocultarse, que una ejecución tan afrentosa era un acto que mancillaba el honor y la honra de la nación.

También en las gradas de San Felipe, a la puerta de la iglesia de los Agustinos, la concurrencia hacía comentarios en torno al suceso que tenía escandalizada a toda la Villa y Corte.

—Me han confesado de forma reservada que a ese desgraciado lo despachó el verdugo sin darle la oportunidad de descargar los pecados de su conciencia — afirmaba en voz baja alguien con aspecto de caballero, a tenor de su indumentaria.

—¿Quiere decir vuesa merced que no tuvo siquiera el consuelo de la confesión? —inquirió uno de los que le escucharon, poniendo cara de pocos amigos.

—Así es don Rodrigo. Al menos, así es como me lo han comentado.

—Yo tengo entendido —terció otro de los presentes— que antes de agarrotarlo fue requerida la presencia del párroco de la Santa Cruz para administrarle la penitencia. Lo que sí me han asegurado es que el pobrecillo sufrió mucho porque el verdugo, que andaba nervioso por lo extraordinario del caso, puesto que le sacaron de su casa cuando ya estaba metido en la cama, estuvo poco diestro a la hora de descabellarle.

—También a mí me han contado los apuros del verdugo. Pero lo más horrible del caso es que no le permitiesen confesarse.

—Al parecer sí se le administró el sacramento.

—Tengo yo mis dudas sobre si recibió atención espiritual —afirmaba el que había dicho que no se le permitió confesar—, porque quien me ha hecho la confidencia es persona informada y muy cabal en su palabra.

—¿Significa eso que dudáis de lo que yo he dicho? —Había un tono amenazante en aquella pregunta, formulada por quien sostenía que el párroco de la Santa Cruz

había prestado a Malladas los últimos auxilios.

—No pongo en cuestión vuestra versión. Pero mantengo mi afirmación.

La respuesta pareció ofender al individuo que sostenía otro parecer, y, aunque de forma discreta, las manos de los dos buscaron las empuñaduras de sus espadas. El gesto no pasó desapercibido a los presentes, ni a don Bernardo Patiño, que formaba parte del corrillo y hasta el momento había permanecido en silencio, quien decidió que no era bueno que aquello acabase a mandobles.

—Siendo importante la cuestión en que difieren vuestras mercedes —su voz sonaba con la autoridad de quien se sabe persona de solvencia en sus opiniones— no es eso lo fundamental de este asunto. Malladas no hubiese necesitado confesión, si no le hubiesen agarrotado de forma tan alevosa. Sepan vuestras mercedes que ése es el meollo del asunto. Tan grave que nos pone de manifiesto a qué estado han llegado las cosas en el gobierno de la monarquía. No han de surgir divergencias entre nosotros —miró a los dos contrincantes— por una mera opinión sobre algo que carecería de sentido si alguien no hubiese dado la orden de asesinar, porque a esto no se puede llamar ajusticiar. Eso significa que estamos en la más absoluta de las inseguridades, mientras que quienes cometen tales atropellos actúan impunemente. Cualquiera de nosotros puede esta noche, mañana, pasado mañana o cualquier día ser víctima de unos abusos cuya importancia se encuentra en que proceden del propio gobierno.

Todos los presentes asintieron con gestos a las palabras de don Bernardo, quien era consciente de que había llegado el momento de poner freno a su lengua. Todos sabían que era el secretario de don Juan de Austria y cuáles eran sus fervientes deseos en la lucha política que se sostenía en la corte. No era conveniente echar un palo más a aquel fuego.

—En fin —comentó don Bernardo con tono resignado—, quiera Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre que si, por mala ventura, nos ocurriese a alguno de nosotros lo que al pobre Malladas, nos coja confesados. Queden vuestras mercedes a la paz de Dios, como yo les deseo.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó, con andar pausado, camino de su casa. Ninguno de los cariacontecidos presentes pudo ya ver la maliciosa sonrisa que se dibujaba en sus labios.

El capitán Gonzalo de Santa Cruz no había parado un instante desde que a media mañana saliese de casa del secretario de su alteza. El desarrollo de los acontecimientos obligaba a no demorar la gestión que le había encomendado don Juan y también a olvidarse de protocolos en relación con las visitas que había de realizar. Lo prioritario en aquellos momentos era saber en qué disposición se encontraban los grandes con quienes tenía que establecer contacto.

Con todo, había previsto que por la tarde acudiría a la parroquia de San Miguel a la hora en que se celebraban las misas vespertinas. Supo que eran dos, según estaba señalado en la tablilla que había en la puerta del cancel. Una a las seis y media y otra

una hora después. Esperaba tener suerte y que doña Elena acudiese a alguna de ellas.

Lo primero que hizo después de dejar la casa de Patiño fue dirigirse a la suya y escribir una nota de visita, solicitando ser recibido antes del almuerzo en casa del marqués de Leganés, que tenía su palacio cerca de la plaza de la Cebada. Por la tarde a las cuatro, si era posible, acudiría a visitar al duque de Lemos y una hora más tarde, aprovechando que vivía cerca del anterior, se reuniría con el duque de Sessa. Todo aquello siempre y cuando los aristócratas estuviesen dispuestos a recibirle. Aunque en los tres papeles que entregó a su criado, todos redactados en los mismos términos, se limitaba a solicitar la audiencia, le había encomendado a Sancho que indicase verbalmente que la misma estaba relacionada con un asunto de la incumbencia de su alteza don Juan José de Austria.

Cuando Sancho regresó de casa del marqués de Leganés con la buena noticia de que don Gonzalo sería recibido a la hora solicitada, el capitán le entregó los billetes destinados a Lemos y Sessa.

La reunión con Leganés fue cordial y breve. El marqués se interesó por la salud de su alteza y trató de saber su disposición respecto de servir su destino en Flandes, ya que acerca de aquel asunto circulaban por la corte los más variados comentarios y rumores. Muy pronto la conversación derivó hacia la muerte de Malladas, y Leganés le manifestó el horror que un acto como aquél le producía. Don Gonzalo creyó deducir de las afirmaciones del grande que éste estaba por que se pusiese fin a un estado de cosas como el que había propiciado el valimiento de Nithard, pero los esfuerzos del capitán fueron inútiles a la hora de conseguir un compromiso en firme de apoyo a don Juan, si su alteza planteaba una acción encaminada a derribar al valido. Leganés, que parecía profesar una gran animadversión al confesor, no estaba dispuesto a involucrarse en algo que fuese en contra de los deseos de la reina. Sus palabras fueron muy cautelosas y hasta enigmáticas. Quiso, de forma insistente, saber cuáles eran los apoyos con que contaba don Juan para acometer una actuación de aquella envergadura, pero Santa Cruz le facilitó la menor información posible. Cuando los dos interlocutores se percataron de que el juego dialéctico en que se habían enfrascado no les conduciría a alcanzar sus objetivos, decidieron poner fin a la reunión.

La conclusión que Gonzalo sacó en limpio de aquella primera entrevista era que el marqués no se opondría a una acción para poner fin al valimiento de Nithard, pero que difícilmente prestaría su concurso. Sería de los que nadarían y guardarían la ropa, para, en última instancia, inclinarse hacia el bando de los vencedores. Es decir, estaría con don Juan o con la reina, porque aquélla era una batalla entre ambos y el valido era la prenda, según pintasen las cartas. Tenía cierta frustración porque no acababa de comprender cómo un hombre de la responsabilidad de Leganés no era capaz de tomar una decisión y andaba con paños calientes, más preocupado de salvaguardar sus intereses que los del reino.

Una vez en su casa se encontró con que Sancho había obtenido respuestas



afirmativas a los recados dados en casa de los duques de Lemos y de Sessa. Era posible que la disponibilidad que los grandes manifestaban estuviese también relacionada con los últimos sucesos. Aquellas respuestas compensaron parte de la frustración que tenía. Decidió escribir otros tres billetes para concertar otras tantas citas para el día siguiente. Los destinatarios serían los duques de Alba, de Medinaceli y de Arcos.

Durante el almuerzo comentó a su tía Casilda, a quien en algunas ocasiones había hecho partícipe de los sueños de su imaginación desde aquella tarde de Bruselas, lo que le había ocurrido por la mañana. Cuando Gonzalo le dijo que se trataba de doña Elena de Zúñiga, doña Casilda no pudo contener una exclamación:

—¡Por todos los santos, Gonzalo! ¿Cómo es posible que se trate de doña Elena de Zúñiga? ¡Es de los Zúñiga de la Cava de San Miguel!

Gonzalo se quedó mirando fijamente a su tía:

—¿Tú conoces a doña Elena? ¿Conoces a su familia?

—Conocerles, lo que se dice conocerles, no —doña Casilda comenzó a servir la olla podrida, que constituía el plato principal del almuerzo, después de los entrantes de que habían dado buena cuenta—. No les conozco. Pero sé quiénes son. ¡Buena gente, cristianos viejos, de los de toda la vida!

—Dime todo lo que sepas, tía. Dime todo lo que sepas acerca de ella y de su familia —la voz del capitán tenía un tono suplicante.

—Creo que su padre fue asentista, pero su negocio y su fortuna se lo llevaron la falta de pago y la ruina de las alteraciones de la moneda. He oído decir que, efectivamente, estuvieron en Flandes abasteciendo a nuestros tercios; de ahí vienen sus problemas y su quiebra. Creo que por aquellas fechas también murió la esposa de don Guillén y madre de doña Elena, así como dos hermanos que tenía.

—¿Qué sabes de doña Elena? —inquirió Gonzalo.

—Lo primero que he de decirte es que no tienes mal gusto. ¡Por santa Águeda que no! —un aire de picardía asomó a los ojos de doña Casilda—. ¡Por la Virgen Santísima, que es una de las mujeres más hermosas que conozco! Pero has de saber que tiene fama de desdeñosa. Por lo que se cuenta en la vecindad ha rechazado todas las proposiciones matrimoniales que se le han hecho. ¡Así que ya lo sabes; ése es castillo difícil de asediar! ¡Pero yo sé que tú eres capaz de las mayores hazañas!

—No te burles de mí, jamás, ni en los peores trances, he tenido nervios como los de esta mañana.

—Parece ser que ante el cúmulo de desgracias familiares optó por entregarse en cuerpo y alma al cuidado de su padre. Sé, además, que se ejercita en pintar, cosa que le ha acarreado no pocas críticas, por practicar dicho arte siendo mujer... —Alguna idea debió de cruzar por la mente de doña Casilda, que dejó de hablar unos segundos —: Lo que... lo que resulta extraño es que en tantos años tú no la hayas visto una sola vez.

Quien estaba verdaderamente extrañado de la cantidad de cosas que su tía conocía

acerca de Elena era Gonzalo, que hizo un gesto afirmativo.

—Sí que lo es, porque han sido ocho años los que han transcurrido desde que la vi, y aunque yo he pasado muchas temporadas fuera de la corte, también he vivido largos períodos en ella.

En tono de maternal regañina doña Casilda culpó a su sobrino de las desgracias amorosas que había padecido.

—Si fueses mejor cumplidor de tus deberes de buen cristiano, estoy segura de que tu espera no hubiese sido tan larga.

—Ciertamente mi penitencia ha sido mucho peor que los pecados que hubiere podido cometer —dijo con cierta sorna don Gonzalo.

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo pronto acudir esta tarde a las dos misas de la parroquia de San Miguel.

Doña Casilda dejó escapar una risilla de conejo que ponía de manifiesto, sin necesidad de que abriese la boca, lo que estaba pasando por su cabeza.

La reunión del capitán Santa Cruz con el conde de Lemos se desarrolló por derroteros parecidos a los que aquella mañana había vivido con el marqués de Leganés. Falta de decisión, escasos deseos de comprometerse en una aventura contra el poder establecido y ampulosa retórica —era fama que el de Lemos tenía fácil la palabra y escasa la capacidad— acerca de los males que se estaban sufriendo y de la incompetencia de un extranjero que, en palabras textuales del conde, era «aburrido, versado en latines y teologías, pero lego en política y materia de gobierno». La impresión que don Gonzalo recibió del conde fue penosa. El colmo del pesar llegó cuando Lemos no tuvo empacho en proponerse a sí mismo, si se conseguía la caída de Nithard, a la que no estaba dispuesto a aportar ningún esfuerzo, como la persona más adecuada para asumir la pesada carga que suponían las tareas de gobierno.

Aquella visita le había dejado tan apesadumbrado que hubiera deseado no asistir a la reunión con el duque de Sessa. Pero el sentido del deber y la obligación contraída le llevaron hasta el palacio del opulento noble andaluz, un Fernández de Córdoba, aunque el título que ostentase fuese italiano. Se animó a sí mismo pensando que poco más tarde, si la providencia divina o el destino —era algo que el capitán Santa Cruz no tenía muy claro— no disponía otra cosa, podría gozar de un encuentro con la mujer de sus sueños. La mujer que inesperadamente había tomado cuerpo aquella misma mañana.

Don Gonzalo fue recibido con grandes muestras de cordialidad por el duque, quien le hizo pasar a un recogido saloncito, decorado con gusto, pero recargado en exceso. Destacaba un hermoso espejo de retorcido y dorado marco, al gusto de la época, y un lienzo de buena factura y regulares dimensiones en el que se representaba la imagen de una virgen, situada sobre unas andas, vestida con un manto triangular y coronada; al pie podía leerse «María Santísima de la Sierra». Llamaba también la atención una enorme panoplia, rodeada por veintidós banderas —Santa Cruz tuvo

tiempo de contarlas— en las que predominaban los colores verde y blanco, llena de espadas de diferentes formas y tamaños.

Todas las manifestaciones de simpatía y cordialidad desaparecieron cuando el capitán le preguntó por su disposición ante una eventual operación con el objeto de provocar la caída de Nithard.

—Lo que don Juan me está planteando a través de vuesa merced es, llamémoslo por su nombre, un golpe de estado. Actuar en contra de los designios de su majestad, quien, por voluntad del difunto rey, tiene títulos legítimos —recalcó mucho esta palabra— para hacerlo.

El capitán trató de quitar hierro a las duras palabras de Sessa en las que manifestaba que la proposición de su alteza, que no dejaba de ser un bastardo, era alta traición.

—Creo, excelencia, que eso es llevar las cosas a un terreno que está muy lejos de los pensamientos de su alteza, quien sólo desea conocer la disposición de vuestra excelencia en lo que se refiere a la situación actual por la que atraviesa la monarquía.

—Ha de saber don Juan que, en efecto, la situación de la monarquía no es buena. Hace tiempo que los conflictos militares sostenidos con otras potencias se han saldado con graves y hasta humillantes derrotas, algo de eso sabéis vos —a Gonzalo aquellas últimas palabras le sonaron a burla—. Tampoco salió bien parado el prestigio de la monarquía con las paces de Westfalia y de los Pirineos, donde se puso de manifiesto nuestra debilidad en el concierto internacional. Acerca de lo que ocurre en Flandes, mejor no hablar, como tampoco es conveniente recordar los bochornos pasados con los portugueses. También la monarquía ha hecho el ridículo con los catalanes para quienes sus fueros son más importantes que la lealtad debida a Su Majestad; de ello sabe mucho don Juan —otra vez la mordacidad de sus palabras cobró ribetes de sorna—. Por lo que respecta a la situación interna del reino, supongo que vos conocéis el estado lamentable en que se encuentran las haciendas, el abandono de los campos, el estado ruinoso de la industria y del comercio, muchas de cuyas actividades han desaparecido casi por completo —a Gonzalo le estaba cargando el discurso del duque—, y qué decir de la situación de la moneda, donde las demenciales actuaciones practicadas durante años han arrasado, hasta los cimientos, la economía de estos reinos, abocados al mayor de los desastres. Esta realidad que vivimos es, señor mío, la consecuencia de largos años de abandono y de los graves errores cometidos durante mucho tiempo...

Santa Cruz trató de poner fin a aquellas disquisiciones, cuya finalidad barruntaba:

—El diagnóstico que del enfermo hace su excelencia coincide con el de su alteza, por eso mismo...

La interrupción disgustó profundamente al duque, quien con voz cortante dijo:

—Si vuesa merced me lo permite desearía concluir mi exposición.

El capitán enrojeció visiblemente, en parte por vergüenza y en parte por la cólera que empezaba a prender en su interior, pero aún tuvo arrestos para devolver la ironía,

al responder al aristócrata:

—Ciertamente que permito a su excelencia, faltaría más, concluir su exposición.

Sessa acusó el golpe. La mirada que le dirigió fue aviesa:

—En definitiva, capitán, no tolero que don Juan quiera, por la desordenada ambición que le corroe, responsabilizar a su majestad, ni al señor inquisidor de los males que aquejan a la monarquía. Unos males que vienen de antiguo y son la consecuencia de torpezas y errores de mucho tiempo a esta parte, en los cuales don Juan tiene parte, y no pequeña.

A sabiendas de que la cólera del duque podía explotar, Gonzalo volvió a interrumpirle:

—¿Podría su excelencia ilustrarme sobre la parte de esos errores y torpezas que corresponden a su alteza?

El duque apretó los puños y en su rostro se reflejó la contrariedad.

—Lo haré con sumo gusto. En Italia, de no haber sido por el conde de Oñate, su actuación hubiese conducido a la pérdida de aquellos reinos. Sólo fue hábil a la hora de seducir mujeres, como la hija del pintor Ribera. Luego, en Cataluña, concedió a aquellos rebeldes los mismos privilegios que tenían antes de rebelarse a la obediencia del rey nuestro señor. Ya sabéis lo que hizo en las Dunas de Dunquerque, por impericia y estulticia, enfrentarse al príncipe de Condé y destruir los únicos tercios capaces de sostener nuestro dominio en aquellos territorios; y de Portugal, ¡qué voy a contaros que vos no sepáis! Su cobardía en Estremoz puso punto final a las posibilidades de volver dicho reino al seno de la monarquía. Provocó tales sufrimientos en el rey Felipe, a quien algunos reputan como su padre, aunque yo no soy de esa opinión, que acabó acelerando su muerte. ¡Cómo puede, señor capitán, con esas credenciales, un bastardo como él atribuirse el derecho de actuar contra quien, como doña Mariana por tantos méritos como posee, ejerce la regencia, siendo además culpable en primera persona de muchos de los desastres que nos aquejan y contra los que clama! ¡No hay en la historia, señor mío, por mucho que se indague en sus páginas, mayor caso de desvergüenza que el de don Juan, quien al momento presente, poniendo de manifiesto una vez más la cobardía de la que hace gala, se niega a cumplir con su deber, embarcándose hacia Flandes! Aunque bien pensado mejor será que así sea, con ello se evitará la irremediable pérdida de los dominios que aún se conservan en aquellos territorios. ¡Su mejor destino, sabedlo de una vez por todas, es Consuegra! Allí, ¡encerrado en su castillo!, ¡cuidando de los asuntos del priorato de la Orden de San Juan! ¿He satisfecho vuestra curiosidad?

Santa Cruz, que después de oír aquello no se explicaba cómo su alteza había incluido al duque de Sessa en la lista de los grandes a los que había de visitar, había logrado mantener la boca cerrada ante tamaño cúmulo de falsedades y mentiras como en tan poco rato habían salido de la boca de aquel individuo. Comoquiera que su colaboración en los proyectos de don Juan no sería posible en modo alguno, después de lo que acababa de escuchar, decidió que aquélla no era ocasión para andar con

contemplaciones.

—Compruebo con estupor —a pesar de la tensión que le agarrotaba su voz sonaba serena— que tiene su excelencia una versión verdaderamente fascinante de la actuación pública de su alteza, quien después de evitar que los reinos de Sicilia y Nápoles se perdiesen irremediabilmente, logró volver a la obediencia del rey nuestro señor en pocos meses, tras doce años de rebelión, al principado de Cataluña. Así como de sus esfuerzos, sin hombres ni dinero, en las guerras de Flandes y de Portugal, donde hizo prodigios de valor, compartiendo penas, sufrimientos y peligros con sus hombres. Yo, señor, que fui testigo, doy fe y razón de ello. Algo que para vos es imposible porque no estabais allí. Vuestra vida, entonces como ahora, discurre entre las paredes de estos palacios y en medio de las viperinas lenguas que dan el tono de esta corte. ¡Jamás habéis asumido un riesgo, ni afrontado un peligro, ni participado en una misión que se pudiese calificar de tal!

—¿Cómo os atrevéis a insultarme de ese modo y en mi propia casa? —Sessa echaba fuego por los ojos.

Como si no le hubiese oído, el capitán continuaba:

—Gente como vos, ociosa y perniciosa, es la que ha dado al traste con esta monarquía. Gente como vos capaz sólo en la maledicencia, en la crítica mendaz y en la calumnia, incapaz de comprometerse para poner fin a un lamentable estado de cosas...

—¡A mí! ¡A mí! —gritaba el duque a pleno pulmón requiriendo la presencia de sus criados. No se atrevía a abandonar el saloncito porque entre él y la puerta se interponía el capitán, quien seguía diciendo:

—Gente como vos que gasta a manos llenas lo que otros ganan con su esfuerzo y su sudor. Jamás se os vio en un campo de batalla. Jamás al frente de una escuadra. Jamás en lugar alguno donde vuestra vida corriese la menor posibilidad de peligro. Lo vuestro, señor duque, no es comprometeros, lo vuestro es criticar a quienes asumen riesgos y responsabilidades y darle a la lengua. ¡Sobre todo darle a la lengua!

En aquel momento cuatro criados llegaban en tropel.

—¡Prendedle y arrojadle fuera de mi vista! ¡Fuera de mi casa! —gritaba el de Sessa.

Llegaron otros tres criados más. Al duque el número debió de parecerle ya lo suficiente como para sentirse seguro:

—¡Castigad y arrojad a ese malnacido! —señalaba con dedo tembloroso a Gonzalo, quien había retrocedido unos pasos, buscando poner su espalda a resguardo, contra la pared. La situación se presentaba complicada, se llevó la mano izquierda al costado derecho, buscando una espada que no tenía. ¡*Ferol* estaba en casa del maestro Grijalbo! En su retroceso hacia un lado miró hacia atrás para ver dónde pisaba y evitar un tropiezo, clavó su vista en la panoplia que tenía a su alcance. Con un movimiento rápido se hizo con una de las espadas que había en ella. Ahora la situación tomaba un sesgo importante porque ninguno de los criados que habían

acudido a los gritos de su amo estaba armado. El capitán, como buen soldado, calculó sus posibilidades. Sabía que la rapidez era fundamental en aquellas circunstancias para salir bien del empeño.

—¡Atrás! ¡A un lado! ¡Atrás! ¡Si alguien hace un movimiento extraño lo ensarto como a una corneta! —su voz tenía un tono agresivo y su serio semblante era por sí mismo una amenaza.

—¡Las manos arriba! ¡Bien arriba!

Amenazándoles con la punta del acero logró que los siete criados y el duque, que se encontraba al fondo, detrás de todos ellos, se desplazasen a un lado y le dejaran libre el camino de la puerta. Aunque nadie hizo un movimiento extraño, Santa Cruz tiró un tajo a la vez que gritaba:

—¡Otra tontería y eres hombre muerto!

Nadie sabía a quién estaba dirigiéndose, pero todos se dieron por aludidos. Aprovechó el instante de vacilación que había creado entre los criados para salir del saloncito, cerrar la puerta y echar la llave, que estaba encajada en la cerradura. Amortiguados por el espesor de varias pulgadas de roble le llegaron los gritos de los encerrados. Arrojó la espada y se puso a gritar, mientras ganaba rápidamente la calle:

—¡Han encerrado al señor duque! ¡Han encerrado al señor duque!

Cuando salía, tras tirar del portón que cerraba el zaguán, el revuelo que había en el palacio de Sessa era extraordinario. Los gritos, la confusión, el ruido de las carreras de los que iban de un lado para otro atravesaban los muros y se oían en el exterior.

Gonzalo de Santa Cruz sabía que se había ganado un enemigo de cuidado y que debía estar vigilante porque trataría de vengarse. Decidió pasar por el taller del maestro Grijalbo, que estaba en su camino hacia la iglesia de San Miguel, y recoger su espada, que ya debía de estar compuesta. Con ella al cinto, se sentiría mucho más seguro. Como esperaba, el espadero tenía hecho el encargo y el capitán pudo ceñir la vieja espada, su apreciada *Ferol*, con la que tantos momentos había compartido. Perdió un tiempo precioso para él porque Grijalbo se empeñó en hacerle unos comentarios a los que hubo de atender para no parecer ni descortés ni desagradecido, después de la forma en que había acogido su petición de aquella mañana.

Por fin, pudo dirigir sus pasos hacia la parroquia de San Miguel. Mientras caminaba con paso acelerado, porque el tiempo se le había echado encima, intentó borrar de su mente las escenas que acababa de vivir. Si Elena de Zúñiga acudía a misa, por nada del mundo estaba dispuesto a que se le estropease aquel momento, que esperaba con anhelo desde por la mañana y con el que había soñado durante años.

Cuando Gonzalo entró en la parroquia de San Miguel ya había dado comienzo la primera de las dos misas que se celebrarían aquella tarde. El templo estaba medianamente concurrido. Algunos caballeros, vestidos de paseo, portando espadas y luciendo veneras de diferentes órdenes militares se concentraban en la nave del lado del evangelio. Producían más ruido del conveniente, tanto con su charla como con los movimientos que continuamente realizaban. Parecía importarles poco la celebración de la liturgia a la que se dedicaba, con poca aplicación, el sacerdote que oficiaba asistido por un sacristán y una nube de monaguillos que no paraban de revolotear trayendo y llevando cirios, incensarios, navetas y otros adminículos necesarios para el desarrollo de la santa misa. De vez en cuando el sacristán lograba dar un pescozón a alguno de los acólitos que más inquieto se mostraba. Pese a lo sagrado del lugar cuando uno de aquellos diablillos se ponía al alcance de su mano y no tenía la agilidad suficiente para esquivarle, recibía una sonora colleja.

Otro grupo de hombres, con vestiduras más sencillas, lo que denotaba a gente de más baja condición, se agrupaba en la nave de la epístola. Su número era similar al de los caballeros, entre tres y cuatro docenas. Su disposición no era mejor que la que mostraban los del lado del evangelio. La charla allí era incluso menos comedida y más escandalosa. Algunos de ellos no se molestaban siquiera en bajar el tono de las carcajadas que provocaba algún dicho de los presentes o cualquier otra ocurrencia.

Las mujeres estaban situadas en la nave principal, más hermosa y amplia que las laterales. Su número era mayor que el de los hombres, por encima del centenar. En las primeras filas, las más cercanas al presbiterio, estaban, podía deducirse fácilmente por los atavíos y las vestiduras, las damas de mayor representación. Casi todas ellas vestían ajustados corpiños y faldas abombadas con amplios guardainfantes, aunque ya empezaban a verse faldas menos abultadas, que las nuevas modas estaban imponiendo. Todas ellas aparecían acompañadas de alguna dueña o sirvienta. Seguían la celebración del santo sacrificio desde reclinatorios, que eran de su propiedad y que la sirvienta se encargaba de llevar y traer cada vez que su señora acudía a la iglesia. Aunque cada vez era más frecuente que quedasen en el templo a disposición exclusiva de su dueña. Algunas damas, unas arrodilladas y otras sentadas, según su gusto, estaban más interesadas en el rezo de rosarios, cuyas cuentas movían poco a poco a la par que bisbiseaban padres nuestros, aves marías, glorias y jaculatorias. Otras estaban como embebidas en lo que parecía la lectura de pequeños misales o devocionarios, aunque es probable que alguna de ellas ni siquiera supiese leer, como denotaba la posición en que mantenían abierto el libro, donde el texto quedaba invertido según la práctica habitual de la lectura.

Con cierta frecuencia algunas de las rezadoras, sin dejar de bisbisear, volvían la cabeza, buscando con afán, pero con recato, algo que había de encontrarse en la nave del evangelio. Lo mismo ocurría entre las lectoras, quienes levantaban la vista del

libro que sostenían para mirar en la misma dirección. Eran miradas fugaces en las que, sin embargo, podía percibirse el deseo que anidaba en ellas.

Tras las damas de los reclinitorios había una masa, mucho mayor, de mujeres que se sentaban en el suelo o en pequeños cojines. Allí el ruido de las charlas y de las conversaciones no era menor que en el resto del templo, ni tampoco el movimiento de las mujeres, algunas de las cuales se desplazaban de un sitio para otro, comentando algún asunto. Al celebrante parecía no importarle mucho el escaso interés de la concurrencia.

Poco después de que Gonzalo entrase en la iglesia y de un vistazo captase el ambiente que reinaba en el interior del sagrado recinto, se dedicó a buscar con la mirada, sin mucho disimulo, si allí se encontraba Elena de Zúñiga. En aquel momento uno de los acólitos tiró de una cadena e hizo girar un campanil que sonó de forma estridente, pero no exenta de armonía. La rueda se movía a una velocidad no despreciable porque el monaguillo no dejaba de tirar con fuerza una y otra vez, se diría que lo hacía con fruición y hasta como una diversión. El ruido continuó hasta que el sacristán le lanzó una mirada conminatoria. Fue como una especie de llamada de atención a la feligresía porque se deshicieron los corrillos, cesaron los murmullos y un silencio, que causaba cierta impresión, se adueñó de las naves y bóvedas del templo. En medio del mismo se escuchó el tintinear de una campana a cuyos sonos todo el mundo se hincó de rodillas. Había llegado el momento cumbre de la misa, era el instante de la consagración. Se pudieron escuchar, nítidas, las palabras del sacerdote: *Hoc est corpus meum quod pro vobis tradetur*, mientras levantaba una redonda y blanca hostia. Después, mientras levantaba el cáliz se escuchó la fórmula que completaba la consagración: *Hic est enim calix sanguinis mei, novi et aeterni testamenti, qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*.

El sonar más intenso de la campana, que no había dejado de tintinear durante toda la consagración, indicó al monaguillo que podía dar rienda suelta a su deseo de volver a tirar con fuerza de la cadena del campanil, que otra vez repiqueteó sonoro. Otra vez fue un aviso para que el silencio, la compostura y el recogimiento que habían presidido aquel solemne momento desapareciesen y los fieles retomasen la charla, las lecturas o los rezos. Gonzalo concentró su atención en los reclinitorios próximos a la zona del presbiterio. Haciendo gala de una cierta desconsideración a lo sagrado del lugar, escudriñó sin mucho disimulo hasta que pudo comprobar que Elena de Zúñiga no estaba en el templo. Sintió una cierta decepción, aunque pensó que, tal vez, acudiese a la segunda de las misas. Decidió armarse de paciencia y esperar. Se quedó en una zona de penumbra, próxima a la puerta de entrada y cercana a un confesionario vacío. Desde allí asistió al final de la celebración, a la salida de los fieles, a los encuentros y miradas furtivas que cruzaban hombres y mujeres, a discretos signos, con toda seguridad acordados de antemano, y a ver cómo varios de los caballeros aguardaban, junto a las pilas de agua bendita que había a la salida del templo, para ofrecer a alguna dama, a través de la punta de sus dedos, el preciado



líquido con que éstas hacían la señal de la cruz.

En ningún momento el lugar quedó vacío. Un cierto número de fieles permaneció en su interior hasta que llegó la hora de la siguiente misa. Durante los minutos anteriores al comienzo de la misma un concurso, cada vez más numeroso de gente, fue llenando el recinto. Gonzalo estuvo atento a la entrada de los fieles. A pesar de que trataba de serenarse, una especie de inquietud nerviosa le tenía desasosegado. Llegó la hora prevista y tres toques de campana anunciaron la salida del celebrante desde la sacristía, lo que tuvo el efecto de disminuir ligeramente el volumen del ruido que había. Elena de Zúñiga no había acudido tampoco a aquella misa, una cierta decepción se había apoderado del capitán Santa Cruz. Se disponía a abandonar la iglesia cuando una nueva pareja de feligresas, que llegaban retrasadas, entraron en el templo. Eran Elena y la misma dueña, que aquella mañana la acompañaba.

Sin saber muy bien por qué Gonzalo mojó su mano en la pila del agua bendita y se la ofreció a la dama, sólo entonces se dio cuenta de que no se había quitado el guante. Elena aceptó el cumplido con la punta de sus dedos y no pudo reprimir una sonrisa en el momento en que levantaba sus ojos, en los que brillaba un fondo de burla, hacia al galante caballero. Gonzalo sostuvo la mirada de aquellos ojos negros, grandes, limpios y serenos. Fue sólo un instante, pero Elena de Zúñiga pudo percibir en aquella mirada algo muy especial.

Rápidamente, con paso presuroso, seguida por el revuelo de tocas de la dueña, se dirigió hasta el lugar donde estaba su reclinatorio. Una ojeada furtiva le indicó que el caballero no había abandonado la iglesia, aunque cuando ella entró parecía que iba a hacerlo. No volvió a mirar más a lo largo de toda la celebración del oficio, pero cuando éste concluyó buscó con disimulo, y con una ansiedad que no acababa de explicarse, a aquel individuo. Comprobó que continuaba al lado de la pila del agua bendita, donde había permanecido durante el transcurso de la santa misa. Sin saber muy bien por qué, en su fuero interno deseaba que volviese a ofrecerle de nuevo agua. Esperó, con calculada parsimonia, a que la mayor parte de los fieles abandonasen el templo e inició su salida cuando lo hacían los últimos.

Durante la celebración de la misa Gonzalo, que estaba hecho un mar de confusiones, había elaborado y desechado numerosos planes para abordar a Elena llegado el momento. Aquello era algo mucho más complicado de lo que había creído. Hubiese preferido mil veces hacer frente, espada en mano, a una situación difícil frente a enemigos muy superiores.

Cuando Elena llegó a donde estaba, nuevamente le ofreció el agua, ahora había tenido la precaución de quitarse el guante, y otra vez cruzaron una mirada que, a diferencia de la anterior, se sostuvo durante unos segundos. Ya en el cancel, Gonzalo, con voz temblorosa, le dijo:

—Perdonad la impertinencia, señora, pero ¿tendríais inconveniente en prestarme vuestra atención un instante?

La dueña, mujer madura, cuyo rasgo más llamativo era la abundancia de vellos

por encima de su labio superior en cantidad tal que podía hablarse con toda propiedad de bigote, se tomó la libertad de responder por su señora:

—La impertinencia de vuesa merced sólo es comparable con su osadía. ¡Dejadnos en paz y andad con Dios! —hizo un mohín y se agarró al brazo de doña Elena, que guardaba un discreto silencio.

Salieron a la plaza frontera a la parroquia, donde el gentío era muy numeroso, y enfilaron la Cava de San Miguel. Gonzalo la siguió y, una vez alejados de la concurrencia, volvió a suplicar:

—Doña Elena —a la aludida le sorprendió que la llamase por su nombre—, sólo os pido la merced de un instante de vuestro tiempo.

Con aire de dignidad ofendida, fue otra vez la dueña la que se adelantó a contestar al requerimiento:

—¡No nos importunéis de nuevo, señor mío!, ¿acaso no os dais cuenta que nos estáis molestando?

Elena de Zúñiga decidió que había llegado el momento de intervenir:

—Jerónima, por el amor de Dios, no seas tan seca, ¿qué va a pensar este caballero de nosotras? —aquellas palabras cogieron por sorpresa a la dueña, que no pudo evitar que el rubor encendiera su rostro—: ¿Decidme, qué es lo que desea vuesa merced?

—Permitidme que primero os dé las gracias por vuestra disposición y que me presente. Soy... soy el capitán Gonzalo de Santa Cruz, vecino... vecino de esta Villa y Corte... y... y...

Las palabras no acudían a su mente o si pasaban por ella no llegaban a su boca. No sabía qué era lo que iba a decir. Elena estaba disfrutando cada instante de la embarazosa situación que suponía para el militar todo aquello. Al final, lo que Gonzalo dijo fue:

—Creo... creo que he visto a vuesa merced en Bruselas. Eso... eso es, os he visto en Bruselas.

Elena, que continuaba con el disfrute de aquellos apuros, vino a empeorar la situación:

—Eso es poco probable, señor capitán, es cierto que estuve en esa ciudad, pero de eso hace muchos años. Es imposible que lo recordéis. Estoy segura de que habéis sufrido una confusión.

—No estoy equivocado, os vi hace ocho años, un mes y veinticinco días. Era el 7 de marzo de 1660 —la voz de Gonzalo de Santa Cruz había perdido el temblor que le había acompañado hasta entonces. Lo que acababa de decir sonaba muy serio. Elena de Zúñiga se quedó clavada en el sitio donde estaba. Se volvió hacia el capitán y le miró a la cara, de su rostro había desaparecido el aire burlón. Quedaron frente a frente, la distancia que les separaba no era mayor de dos cuartas, se miraban a los ojos sin pestañear.

—¿Qué queréis decirme, capitán Santa Cruz?

—Que os amo desde entonces, desde que os vi aquella tarde en la *Grand Place* y

que desde entonces hasta esta mañana, en que os volví a encontrar cuando bajabais por esta misma calle, he sido fiel a una ilusión, a unos ojos, a vos... a vos.

Elena de Zúñiga no daba crédito a lo que oía, pero no albergaba la menor duda sobre la sinceridad de las palabras que acababa de escuchar. Incapaz de responder ante una declaración que la dejaba perpleja, guardó silencio y visiblemente nerviosa reanudó la marcha, sin sentirse capaz de objetar nada a que Gonzalo de Santa Cruz caminase a su lado calle abajo. Jerónima, la dueña de doña Elena, mantuvo a duras penas la actitud de ofendida dignidad que había adoptado al verse desautorizada por su señora. Cuando llegaron a la puerta de la casa de Elena, el capitán se quitó el emplumado sombrero con que se cubría y susurró al oído de la mujer que amaba:

—Decidme que no he perseguido una quimera durante tantos años.

Elena de Zúñiga no respondió a aquella petición, pero dijo, también muy bajo, para que solamente Gonzalo pudiese escucharlo, algo que alegró el corazón de Santa Cruz:

—No veo inconveniente para que, cuando gustéis, me acompañéis en mis cotidianas visitas a San Miguel.

No sabía muy bien por qué había contestado aquello ante lo que era una declaración amorosa en toda regla. No sabía por qué había dado una respuesta que a ella misma le había sorprendido.

Aquella noche la pintora no pudo concentrarse, ni siquiera avanzar unas pinceladas, en el trabajo que estaba realizando: un sencillo interior de una vivienda familiar donde se desarrollaba una escena de la vida diaria. Era una tabla de pequeñas dimensiones. La técnica era muy depurada, destacando sobre todo la minuciosidad del detalle, la importancia de la luz, cuyo sabio manejo permitía la creación de volúmenes, y la frescura del ambiente profano que se respiraba en el conjunto de la obra y en todas y cada una de las figuras que componían la escena. Resultaba patente la influencia de los pintores flamencos, sin duda consecuencia de los años pasados en Bruselas, sobre todo la del maestro Brueghel, que había elevado a la categoría de arte los paisajes llenos de vida de las calles de una ciudad cualquiera de su patria. Una pintura donde se plasmaba la vida misma, donde latía el pulso de lo cotidiano con sus grandezas y con sus miserias. Aquella vida era la que Elena de Zúñiga pretendía atrapar con sus pinceles, trasladando al cuadro momentos captados por sus pupilas, instantes que había visto o vivido. Algo muy alejado de los retratos de grandes personajes. Algo que nada tenía que ver con las grandiosas escenas, cultivadas por muchos maestros de la época, en las que se recogían pasajes de la mitología clásica salpicados de dioses, héroes, ninfas o sátiros. Algo ajeno, también, a la pintura religiosa dedicada a reproducir, con fines propagandísticos, escenas del Antiguo o del Nuevo Testamento, vírgenes o santos, según el credo religioso del artista o del cliente que realizaba el encargo.

Aquella noche no pudo pintar y tampoco pudo conciliar el sueño. Aquel capitán llamado Gonzalo de Santa Cruz, a quien apenas conocía y de quien no sabía nada

excepto su nombre y la declaración de amor que le había hecho, no era un individuo como los demás. No tenía nada que ver con los hombres que se habían acercado a ella hasta entonces. Estaba convencida de que se trataba de una persona singular, como singular había sido el modo en que la había requerido. En medio de la turbación, de las dudas, de los interrogantes que la asaltaron en aquella larga noche de insomnio, sólo una cosa se perfilaba con claridad, Gonzalo de Santa Cruz, para bien o para mal, se había introducido en su vida. ¿Estaría enamorándose? No podía asegurarlo. Nunca le había pasado por la cabeza que el amor llegase de aquella forma tan inesperada, de una manera tan extraña. Era un desconocido con el que nada tenía en común; hasta aquella noche, ni siquiera conocía de su existencia. No sabía por dónde el destino guiaría sus pasos, pero estaba contenta de haberle dicho que no tenía inconveniente en que la acompañase en sus visitas a San Miguel.

El capitán Gonzalo de Santa Cruz tampoco pudo dormir aquella noche, ni deseo que tenía de ello. Dos eran las razones que se lo impedían. La primera, la alegría desbordada que le embargaba. No dormía pero le parecía vivir en un sueño del que temía despertar y encontrarse con que lo que le había sucedido con Elena de Zúñiga era sólo producto de su imaginación; que su mente, alterada por tantos años de ensoñaciones, le estuviese jugando una mala pasada. La segunda, el lamentable resultado de las entrevistas que había mantenido con los grandes, particularmente su enfrentamiento con el duque de Sessa. Si aquella muestra era significativa de la generalidad de la grandeza del reino, no necesitaba ninguna otra explicación para comprender la lamentable situación a la que se había llegado, ni la magnitud de la decadencia en que se encontraba postrada la monarquía que decían gobernar en nombre del rey Carlos II.

El discurrir de los acontecimientos en la corte llegó a conocimiento de don Juan José de Austria a través del correo que don Bernardo Patiño le envió. A todos los que le rodeaban llamó la atención cómo le habían afectado tales noticias, que por su propia boca fueron conocidas en aquellos lugares. Su actitud tenía sumidos en el desconcierto a quienes estaban más cerca de su persona. Había momentos en que el desánimo prendía en su espíritu, como si aquel asunto fuese una calamidad. Por el contrario, a veces parecía alegrarse como si la noticia fuese una buena nueva. Pasaba de un profundo estado de postración a encontrarse exultante en sólo cuestión de horas. Lo mismo se le veía taciturno y sumido en profundas reflexiones, que comunicativo y bromista. Nadie encontraba una explicación a lo que estuviese pasando por su cabeza.

Así transcurrieron un par de semanas. Después de consultar con algunos de sus parciales —echó de menos en aquellos momentos la presencia del capitán Gonzalo de Santa Cruz—, decidió poner en conocimiento de varios de los miembros de la Junta de Gobierno cuál era su parecer ante la monstruosidad que suponía el vil asesinato de Malladas. Escribió varias cartas todas ellas del mismo tenor:

*La abominable tiranía del Confesor de Su Majestad acaba de manifestarse una vez más en el miserable hecho de dar muerte a un hombre a quien se dio garrote sin oírle o, por decirlo mejor, para que no le oyesen; faltando en la forma de la ejecución a todas las leyes divinas y humanas. Ha prescindido, sin importarle lo más mínimo, lo que han observado en tales casos los Reyes propietarios de estos Reinos. Tan villana acción ha conmovido mi ánimo por diferentes motivos, de tal peso, que cada uno de por sí bastaría a empeñarme hasta el último trance, por desagraciar a todos los ofendidos, que a mi entender lo somos cuantos respiramos el aire de esta Monarquía, desde el Rey hasta el mozo de caballos.*

*Siendo yo uno de los que más deben procurar y desear la felicidad de esta Corona en su justo y buen Gobierno, y la puntual observancia del testamento del Rey Nuestro Señor (que está en el cielo), veo violado uno y otro por un advenedizo, a quien se ha exaltado, labrando los escalones y el asiento de su trono sobre nuestra vileza y sufrimiento. Y a este ídolo de maldades, la escoria de los hombres, en todo estamos inciensando e hincando la rodilla, unos con el sacrificio y otros con el sufrimiento, faltando a la ley de buenos españoles y fieles vasallos del Rey. ¿Adónde iremos a parar si no se pone en esto pronto remedio?*

*Don JUAN*

En otro escrito para Patiño indicaba a éste que consultase con Santa Cruz y le diesen su opinión sobre las acciones que deberían emprenderse. Exigía la mayor

rapidez para actuar en consecuencia, una vez que había tomado la decisión de no embarcarse para Flandes a la vista de cómo estaban las cosas en la corte. Reiteraba su inquietud y desasosiego, mientras esperaba nuevas noticias y el consejo que solicitaba.

Mientras don Juan José de Austria aguardaba impaciente, en Madrid los acontecimientos señalaban, hasta en las más sencillas situaciones, la fuerte tensión que se vivía. A ello no era ajena la campaña de pasquines que, salidos de las prensas de Marcos de Azacana, habían llegado hasta los más apartados rincones de la corte. Las muestras de descontento contra Nithard y su camarilla se hacían patentes por todas partes. También se habían podido escuchar algunas murmuraciones contra la reina por sostener al valido.

En unas tenerías que había al otro lado del río Manzanares, junto al puente de Segovia y por el camino de San Isidro, un grupo de aprendices que limpiaban unas corambres de vaca recién desolladas, hablaban jocosamente.

—Ayer en la plaza de la Villa —afirmaba uno de los rapaces, a quien todos llamaban por su apodo de *Tachuela*, por lo pequeño de su estatura y el volumen de su cabeza, mientras raspaba los bordes de una de las pieles donde quedaban sanguinolentos restos de carne— escuché decir a unos individuos, creo que eran oficiales del gremio de zapateros, que entre la reina y el confesor hay algo más que penitencias.

Los otros mozalbetes, que eran tres, y se afanaban en sacar de una de las tinas una pestilente pieza de becerro, miraron al que acababa de decir aquello. El que parecía mayor de todos, un mozuelo larguirucho, desgarbado, de pelo cobrizo y ojos azules, le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres decir con eso de las penitencias?

La respuesta la dio el más pequeño de los aprendices, tanto de cuerpo como de edad. Un chiquillo moreno de ojos negros y vivaces:

—¡Serás simple, Antón. Pues que el padre confesor se beneficia a la reina!

—¿Es eso cierto, *Tachuela*? —la pregunta de Antón estaba formulada con expectación.

—En efecto —respondió poniendo acento severo a su voz—, su ilustrísima se folla a su majestad.

—¡Atiza! ¡Como eso sea verdad! —exclamó el que hasta entonces había permanecido en silencio.

—¿¡Qué pasa si eso es verdad!?! —el moreno hizo un gesto desdeñoso—. ¿Acaso no es la reina mujer y el confesor hombre?

—¡Sí, hombre, pero es la reina!

—Entre las piernas tiene lo mismo que todas —sentenció el *Tachuela*.

—Y también el confesor tiene lo suyo —completó Antón en medio de unas carcajadas que denotaban cierta simpleza.

Al otro lado del río, en los lavaderos públicos que el corregidor don Fernando de Herrera había ordenado levantar allí para facilitar el trabajo de las lavanderas que acudían a ejercer su oficio en las aguas del Manzanares, el tenor de la conversación que mantenía un grupo de mujeres, de edades muy desiguales, no variaba mucho del de los aprendices. En todo caso, aquí los comentarios tenían mayor picardía que los de los muchachos.

Una vistosa morena que, inclinada sobre una piedra de lavar, enseñaba una generosa porción de sus pechos, decía con voz fatigada por el esfuerzo:

—La María me ha comentado...

—¿Qué María? —interrumpió una mujerona, que golpeaba sin piedad con una pequeña pala de madera una blanca sábana de lienzo.

—¡Mujer, la que trabaja en el mesón que hay junto al corral del Príncipe!

—¡Ya sé, ya sé!

—Bueno, pues ésa me ha dicho que todo lo que se oye comentar entre los clientes del mesón son ataques contra el confesor de la reina, después de la muerte de ése al que han dado garrote sin sentencia.

—¡Es que eso es muy grave! —terció otra de las lavanderas—. ¡Tú imagínate que van a tu casa, cogen a tu Genaro y ya no lo ves más porque le dan garrote!

—¡Dios y san Isidro no lo consientan! —exclamó la aludida esposa de Genaro.

—¡Mujer, que es un poner, no te sofoques! ¡Aunque para la vida que te da ese ganapán!

—¡Mi Genaro no es un ganapán, que se gana la vida de forma honesta, como aguador en la plaza Mayor! ¡Ganapán será tu Tadeo, al que no se le conoce oficio ni beneficio!

—¡Mi Tadeo ganapán!

La discusión hubiese pasado a mayores de no haber sido porque la mujerona que atizaba la sábana puso paz y condujo la conversación al cauce inicial.

—La Rosario lleva razón cuando dice que no se le puede sacar a uno de su casa, así como así, y despacharlo malamente, como si no hubiese ni Dios, ni ley, ni justicia que la aplique.

—¡Eso sí que es verdad, señora Tomasa, que lo que no hay es justicia! ¡Eso es lo que no hay, justicia!

—¡La culpa de todo esto dice mi Juan que la tiene el jesuita! ¡Que no se explica cómo la reina lo mantiene en el puesto!

—¡Pues dile a tu Juan que eso tiene una explicación muy fácil! ¡Porque además de darle consuelo espiritual, también la consuela por abajo! ¿O qué te crees tú, que la alemana lo tiene de palo?

Las carcajadas de las lavanderas debieron de escucharse al otro lado del río. Otras de las presentes se animaron también a hacer su aportación.

—¡Eso, eso! ¡Que en cuestión de bajeras todas somos iguales!

—¡Es que donde se ponga un buen badajo, que se quiten las sotanas!

—¿Que se quiten las sotanas, dices? ¡Si ahí es donde están los mejores badajos!

—¡Y que lo digas! ¡Fíjate si no cuántos botones tienen las braguetas de las sotanas!

En medio de ruidosas carcajadas las lavanderas no paraban de aportar más leña a aquel fuego verbal que estaba haciendo las delicias de las allí reunidas, pero que venía a poner de manifiesto, aunque fuese por una vía como aquélla, cuál era el ambiente que se respiraba por aquellos días en la corte.

—¡Hay quien dice, y lo sabe de buena fuente, que al Malladas lo han quitado de en medio porque sabía cosas que no se podían contar!

—Será o no será por eso, pero esa muerte no se le da ni a los perros.

—¡Cierto que es verdad! ¡El teatino es mala gente!

—¡Es un falsario!

—¡Lo mejor que podía hacer ese alemán es marcharse a su tierra y dejarnos en paz!

—¡Eso será si doña Mariana lo deja!

—¡Me parece que entonces hemos pinchado en hueso! ¡A no ser que al señor don Juan se le inflen las pelotas y venga a poner a cada uno en su sitio!

A la misma hora que conversaciones como éstas o parecidas tenían lugar en los más variados rincones de Madrid, la Junta de Gobierno, presidida por la reina, mantenía una reunión en la que se analizaba la situación creada como consecuencia del ajusticiamiento —era la palabra que se utilizaba en el seno de aquel órgano— de Malladas. A pesar de las diferencias que había entre sus miembros, todos coincidían en que no podían permanecer de brazos cruzados. Culpaban a don Juan José de Austria —aunque no tenían pruebas materiales— de haber sido el inductor de la campaña que por todos los rincones de Madrid se había desatado.

El propio Nithard, que había preferido asumir las culpas, antes de involucrar a su protectora en aquel turbio asunto del garrote, del que tenía conocimiento y dio su aprobación para que se actuase, admitía que había cometido un error en el procedimiento, pero afirmaba en su descargo que tenía pruebas irrefutables, aunque no tangibles, de que Malladas había ajustado con dos sicarios el precio de su vida.

—Deben saber vuestras mercedes —el valido decía esto con la vista fija en el tapete de la mesa en torno a la cual se celebraba la reunión— que lo cierto y verdad es que con la muerte de Malladas lo único que hemos hecho ha sido adelantarnos a lo que él tenía previsto perpetrar contra mi persona.

—Sí, pero mientras que Malladas no pasaba de ser un matón a sueldo, sobre quien pesaban graves sospechas después de la muerte de Saint-Aunais, además de ser un individuo de vida licenciosa y hasta consentidor de los devaneos de su esposa, nosotros representamos a la sagrada institución de la monarquía. No podemos actuar como lo harían vulgares malhechores, cuyo objetivo es la burla de la ley. Nuestro deber es su defensa, aplicación y estricto cumplimiento.



La corta pero dura intervención de don Cristóbal Crespí de Valldaura hizo que se produjese un silencio total. Nithard aparecía visiblemente azorado, sin capacidad de respuesta. Se sentía solo porque la reina había acordado con su confesor no intervenir directamente en aquel espinoso asunto. El conde de Peñaranda, otro de los adversarios del jesuita, decidió profundizar en la brecha abierta por don Cristóbal:

—Dice su ilustrísima que tiene pruebas irrefutables, aunque también ha dicho que no son... no son... creo que ha utilizado la palabra tangibles, del asesinato que tenían previsto perpetrar. ¿Por qué su ilustrísima no nos ha hecho llegar tal conocimiento hasta ahora? Y si ello es posible, ¿cuáles son esas pruebas que resultan irrefutables?

Nithard miró hacia la cabecera de la mesa, donde estaba sentada doña Mariana de Austria, y suplicó con los ojos una autorización. La reina asintió con una casi imperceptible afirmación de su cabeza. Nithard pareció animarse un poco.

—Sobre la primera de las cuestiones que plantea el señor conde, ha de saber su excelencia que, si bien los indicios que teníamos en el momento de su detención eran ya muy graves, los mismos se han completado en los días siguientes, según ha podido saber el señor presidente de Castilla —el aludido, don Diego Sarmiento de Valladares, allí presente, se removió en su silla—. Respecto de lo segundo, además de las graves acusaciones vertidas por Saint-Aunais, se han conocido los manejos del Malladas con sujetos poco recomendables con quienes había tratado el asunto, amén de una información reservada que no podemos difundir por lo que contiene la esencia de la misma.

—Lo que se deduce de vuestras palabras es —el tono de Peñaranda era incisivo— que cuando se le dio garrote a Malladas sólo se tenían indicios, pero no pruebas. Los cuales se limitan a que el agarrotado, individuo hecho a la mala vida como es público y notorio, se había reunido con alguna gente de su laya. En resumidas cuentas, nada de nada. —Peñaranda miró a Nithard con aire retador—: He de decir a su ilustrísima que, en estos reinos, con esos mimbres no se hace un cesto y que es por ello por lo que nos encontramos en las circunstancias presentes...

Ante el sesgo que estaba tomando la reunión, doña Mariana de Austria cortó en seco la intervención del conde.

—Me veo en la obligación de recordar a vuestras mercedes que el motivo de esta convocatoria no es para que ahondemos en aquellos asuntos en los que sostenemos pareceres divergentes, sino para alumbrar acciones que nos permitan neutralizar la ofensiva lanzada por nuestros enemigos. Porque aquí, sépanlo vuestras mercedes, todos estamos en el mismo barco —la reina posó una mirada fija, uno por uno, sobre todos los presentes.

El presidente del consejo de Castilla aprovechó la ocasión para formular una propuesta que traía preparada de antemano.

—Si su majestad me lo permite...

—Hablad, don Diego.

—Según mi parecer, los pasados acontecimientos han servido en bandeja una

ocasión a don Juan José de Austria de la que está sacando todo el provecho posible. Aunque no tengo pruebas de que su larga mano esté detrás de todo este asunto, no me cabe ninguna duda de que está moviendo sus peones con la habilidad que le caracteriza y, además, con el viento a favor —al decir esto echó sobre la mesa varios de los pasquines que se podían encontrar en cualquier esquina de Madrid—. Supongo que todos los presentes tienen noticia del contenido de estos papeles.

Las miradas de todos confluyeron sobre los pasquines esparcidos encima de la mesa, nadie cogió ninguno porque todos los conocían.

—Bien —prosiguió don Diego—, en estos papeles, además de proferirse infames calumnias contra el padre confesor, arremeter contra el gobierno y dejar caer algún infame denuesto contra su majestad —miró obsequioso a la reina—, se afirma claramente, aunque no se dice su nombre, que ha sonado la hora de su alteza. Son sus partidarios quienes están detrás de todo esto. Ellos han impreso este infame pliego, ellos lo han difundido, ellos son los que por todos los rincones van propalando sus calumnias a la par que claman, creando un estado de opinión favorable a su persona, por el regreso a la corte de don Juan. Lo que propongo para hacer frente a esta situación, porque la plebe es antojadiza y cambia con facilidad de opinión y de ídolos, es que sus majestades, la reina nuestra señora y el rey nuestro señor, abandonen el aislamiento en que se encuentran tras los muros de este Alcázar y realicen un programa de visitas diarias a las principales parroquias y más renombrados conventos de la corte, asistiendo a las correspondientes celebraciones litúrgicas. Estas visitas, pregonadas de forma conveniente, darán al pueblo de Madrid tema de conversación cotidiana para superar los únicos y exclusivos comentarios que al presente circulan, a la par que acercarán al vulgo las personas de sus majestades. Creo que se hace necesario poner freno a la creciente popularidad de don Juan, que se vale de tan perversos instrumentos para ganarse el fervor de las clases populares. Nadie podrá acusarnos de nada —concluyó don Diego— porque ésta es una práctica habitual, según he tenido conocimiento, que está marcada por el protocolo cada vez que se produce el advenimiento de un nuevo soberano. En todo caso la corta edad del rey nuestro señor y los lutos por el fallecimiento del rey don Felipe pueden explicar debidamente el retraso que se ha producido en práctica tan saludable como ésta.

La propuesta de don Diego Sarmiento de poner en marcha aquel programa de visitas fue perfilada en el transcurso del debate que él mismo suscitó y fue aceptado en sus planteamientos básicos. Todos los presentes señalaron la necesidad de ponerlo en marcha de inmediato. Se decidió que al cabo de dos días se realizaría la primera de aquellas visitas, que sería al convento de los padres dominicos de Nuestra Señora de Atocha.

Concluida la Junta, doña Mariana y el valido se reunieron porque éste había de comunicar a su majestad un asunto de extrema gravedad.

—¿Qué es eso tan urgente y que no admite demora, Everardo? —cuando estaban a solas y fuera de confesión la reina llamaba al valido por su nombre de pila.

—Majestad, tengo conocimiento certificado de que el capitán Gonzalo de Santa Cruz, uno de los hombres de confianza del señor don Juan, ha realizado una serie de visitas a diferentes grandes para sondear su ánimo en relación con un plan cuyo objetivo es provocar la caída de mi humilde persona, apartándome del favor de vuestra majestad.

La reina miró fijamente al jesuita.

—Everardo, ¿tenéis seguridad de eso que acabáis de decirme?

—Seguridad absoluta, majestad —respondió el confesor sin vacilar.

—¿Alguna prueba tangible?

Nithard se percató de que su protectora había utilizado la palabra tangible:

—Puedo traer a presencia de vuestra majestad a uno de los grandes a quien dicho capitán ha visitado.

Mariana de Austria frunció el ceño.

—¿Estáis seguro, Everardo, de que no se trata de una trampa?

—Completamente seguro, majestad.

—¿Quién es el grande al que os referís?

—El duque de Sessa, majestad. Si vuestra majestad lo desea puede venir inmediatamente. Se encuentra en palacio, aguardando.

—Bien, en ese caso, hacedle pasar. Quiero escuchar de sus propios labios cuál es la proposición que le ha hecho ese capitán... capitán...

—Capitán Gonzalo de Santa Cruz, majestad.

Nithard se asomó a la puerta del gabinete donde estaban reunidos y susurró unas órdenes a uno de los guardias. Unos minutos después el duque de Sessa, acompañado de un capitán de la guardia valona, era introducido en el gabinete. Realizó una cortesana reverencia a doña Mariana, sin quitarse el sombrero, como correspondía a su grandeza. La reina le dio a besar la mano, que el noble tomó obsequiosamente entre las suyas y depositó en ella un suave beso. Después saludó al valido.

El encuentro fue breve, pero sumamente esclarecedor. El duque explicó a su manera lo que el capitán Santa Cruz le había propuesto.

—Ignoro, majestad —concluyó Sessa—, si el propósito de don Juan es acabar con la vida del señor inquisidor o sus planes contemplan otras posibilidades. Mi lealtad a vuestra persona me impidió escuchar hasta el final qué era lo que Santa Cruz planeaba decirme.

—Hicisteis mal, Sessa, vuestra lealtad no hubiese recibido baldón alguno y ahora conoceríamos mayores detalles de ese inicuo plan.

—Para descargo de mi persona he de decir, majestad, que en su arrogancia y malas formas, en su insidia y en sus denuestos, ni vuestra sagrada persona quedó libre. Fue en ese momento cuando no pude soportar tamaño ultraje y me enfrenté a él. Ése fue mi pecado, majestad, para no alcanzar noticia de los últimos detalles de su propuesta.

—He de agradecer ese rasgo de caballerosidad, mi buen Sessa, pero en las

presentes circunstancias la norma es excusar cualquier acción que pueda impedirnos obtener toda la información posible. Ésa es, la información, en el tiempo que nos ha tocado vivir la más poderosa de las armas con que podemos contar para enfrentarnos a nuestros enemigos. No lo olvidéis nunca. Como yo nunca olvidaré el favor que acabáis de hacernos.

—Gracias, majestad.

Doña Mariana de Austria alargó su brazo y dio a besar su mano al duque, dándole a entender que la audiencia había concluido.

Una vez solos la reina comentó al valido:

—Que no se os olvide el nombre de ese Santa Cruz. Aunque como están los ánimos habremos de aguardar a que las aguas amainen. Pero ya llegará nuestra hora de ajustar las cuentas a ese capitán.

Las reuniones que Gonzalo había mantenido con los demás miembros de la grandeza no dieron mejores resultados que las anteriores. No encontró respuesta en el duque de Alba, más preocupado por satisfacer los caprichos de su segunda esposa, una mujer mucho más joven que él y que le tenía sorbido el seso. Peor aún fueron las cosas con el duque de Arcos, un Ponce de León, que vivía a caballo entre la corte y Sevilla, a cuyo padre don Juan conoció como virrey de Nápoles, donde había dejado mal recuerdo como gobernante y memoria de ser hombre de escasa palabra. El hijo no iba a la saga del padre en lo tocante a faltar a los compromisos que contraía. Sólo parecía interesarse por el juego de naipes y por frecuentar los más bajos tugurios en los que entretenía sus ocios.

Tuvo muchas dificultades para entrevistarse con el duque de Medinaceli, a quien se encomendó por aquellas fechas el atender al embajador extraordinario que había enviado el zar de todas las Rusias, Alejo Miguel. Este embajador se llamaba Pedro Ivanóvich Potemkin, un estafalario personaje, cuya presencia en Madrid nunca estuvo muy clara. Medinaceli se empeñó en deslumbrar al ruso haciendo todo tipo de alardes, lo que le llevó a gastar sumas ingentes. Apenas concedió a don Gonzalo unos minutos de cortesía, en los que se limitó a indicarle que para cualquier asunto se pusiese en contacto con el capitán Benito de Duo. No pareció a don Gonzalo adecuado insistir en su misión con el opulento noble andaluz.

Con el duque de Pastrana no pudo reunirse, pese a que realizó varios intentos, porque poco antes de su llegada había sido desterrado. Gonzalo viajó en tres ocasiones hasta la villa de Pastrana, lugar donde se había instalado el duque, pero no logró verlo. Descorazonado por aquella falta de interés, desistió de la posibilidad de esta reunión.

La excepción a esta larga cadena de fracasos, que ponía de relieve el grado de relajación a que había llegado la grandeza del reino, estuvo en la entrevista que mantuvo con el duque del Infantado. Fue el único que, compartiendo con don Gonzalo la preocupación por lo difícil del momento y la escandalosa situación a la que se había llegado, mostró su disposición a colaborar para poner fin a aquel estado de cosas. Lo único que exigió fue, llegado el caso, conocer hasta los últimos detalles de la operación que don Juan estuviese planeando llevar a cabo.

—Comprenderá vuesa merced que en un asunto tan complicado y de tanto riesgo haya de estar informado de todo lo que se tenga pensado ejecutar. Decid a su alteza que en este empeño estoy dispuesto a jugarme la hacienda y la vida si preciso fuere.

Aquel estilo, aquella decisión, era la que Gonzalo de Santa Cruz había creído que encontraría en sus visitas. Para su desgracia era sólo una excepción, en aquella corte donde se estaba más pendiente del medro que un cargo podía proporcionar o de la vida fácil permitida por las fabulosas rentas que los patrimonios de la grandeza rendían a sus propietarios. Pudo comprobar que habían quedado muy atrás los

tiempos en que el servicio del rey y de la monarquía estaban por encima de todo.

Cuando el capitán se reunió con don Bernardo Patiño para hacerle partícipe del abatimiento que le habían producido sus entrevistas con los grandes; se encontró con que el viejo caballero no se sorprendió. Llegó a confesarle que le habría causado estupor si hubiesen mostrado una disposición diferente.

—Sabía de antemano, mi querido capitán, con lo que os ibais a encontrar. Los presentes tiempos han traído una gran mudanza y, desde luego, los hombres dispuestos a luchar por un ideal, que en ningún caso son muchos, no han de buscarse entre la grandeza. Esa gente, amigo mío, está más pendiente de hacer valer sus prerrogativas que de cumplir con sus obligaciones.

—¡Pero son los grandes del reino!

—Por eso mismo precisamente, don Gonzalo. Por eso mismo.

—¡Voto a Dios que no os entiendo, don Bernardo!

—Son grandes porque estuvieron, salvo contadas excepciones, más pendientes de recibir premios que de realizar trabajos. El tiempo que dedicaban a pregonar sus méritos no lo empleaban en prestar el servicio al que estaban obligados. ¡Así son las cosas en el mundo que rodea a los reyes! Una cosa es ser un cortesano y otra muy diferente persona cumplidora de sus obligaciones y deberes. Digamos, don Gonzalo, que ambas son poco menos que incompatibles.

—¡Válgame el cielo! Esta monarquía está condenada a su perdición —el semblante del capitán reflejaba una profunda tristeza.

—No lo creáis, mi buen amigo. Esa gente nunca ha sido tan imprescindible, y si me apuráis diría que la mayor parte, ni siquiera han sido necesarios. No os apenéis, las mejores páginas de nuestra historia no las han escrito ellos.

—¡Alba, Medinaceli, Leganés, Arcos, Lemos son nombres ilustres!

—Efectivamente, nombres, sólo nombres, por muy ilustres que sean. No han sido ellos quienes durante casi dos siglos configuraron el nervio de nuestros tercios. Ésos bajo cuyas banderas vos habéis luchado y tantos han muerto. Tampoco han sido ellos quienes han conquistado inmensos territorios allende los mares. Ni tampoco quienes han mandado nuestros galeones por las aguas de los siete mares. Ni quienes desde las aulas de Alcalá o de Salamanca han dado lustre al saber. Ahora bien, estaban en el momento preciso, en el sitio adecuado para recibir el premio y el reconocimiento por algo que el esfuerzo ajeno había hecho posible.

Santa Cruz escuchaba cariacontecido los argumentos de don Bernardo.

—No os angustiéis más de lo debido. Esta monarquía no está herida de muerte, ni éste va a ser su final. Sin embargo, habremos de hacer todo lo que esté en nuestra mano para poner fin a un estado de cosas que nos ha llevado a la postración presente. ¿Me habíais comentado —hubo un cambio en el tono de voz de don Bernardo— que fue particularmente desagradable el encuentro con el duque de Sessa?

—Así es. La cosa llegó a tal extremo que hube de abandonar su casa por pies. No tuvo empacho en insultar a su alteza ni en arremeter contra todos los que apoyamos

su causa. Tuvimos gruesas palabras y acabó por llamar a gritos a la servidumbre.

—¿Y cómo salisteis del lance?

—Me hice con una espada, la mía estaba componiéndola un armero, y logré encerrar al duque y a los que acudieron a su demanda en la habitación donde nos habíamos reunido. Luego abandoné la casa.

Primero apuntó una sonrisa, luego una sombra de preocupación pasó por el rostro de Patiño. Al cabo de un rato de silencio, el capitán le preguntó:

—¿De repente me parecéis preocupado, don Bernardo?

—Sí que lo estoy, hijo mío.

—¿Cuál es la razón de ello, si puede saberse? ¿Os ha llegado algún mal pensamiento?

—Estad vigilante, don Gonzalo. No me gusta lo que me habéis contado de Sessa. Es un mal bicho y tratará de vengar la afrenta que le habéis infligido. Tened mucho cuidado, no parará hasta haceros todo el daño que pueda.

—Guardad cuidado, sé bien cómo defenderme.

—No bajéis la guardia, capitán. Tratará de sorprenderos cuando menos lo esperéis.

—Os agradezco el interés y tendré presente vuestro consejo.

—Hablando de otra cosa —la voz de Patiño cobró una entonación más ligera, menos solemne a la par que cierta picardía brillaba en sus ojos—, ha llegado a mis oídos que estos últimos días acudís a la misa de San Miguel, tanto por la mañana, como por la tarde. No sabía que fueseis tan devoto cumplidor con la Santa Madre Iglesia.

El capitán frunció el ceño.

—Supongo que quien os ha informado de ello, os habrá dado mayores detalles.

—En efecto. Creo que vuestra devoción tiene nombre y apellidos. ¿Doña Elena de Zúñiga?

—Por lo que veo, no necesitáis que os cuente nada.

—No lo creáis, don Gonzalo, no lo creáis. La información de primera mano es mucho más sustanciosa que la que se pueda recibir por otra vía.

—En ese caso, ¿qué es lo que os interesa saber? —Había un fondo de elegante ironía en las palabras del capitán.

—Lo que vos gustéis decirme.

—Acudo allí, como ya sabéis, para ver a doña Elena de Zúñiga. Os lo diré sin rodeos, amo a esa mujer. La historia es más larga de lo que os podéis figurar.

—¿Acaso la conocíais de antes?

—La vi en Bruselas hace muchos años. No sabía quién era, ni podía sospechar que viviese aquí. El azar quiso que la viese al día siguiente de mi llegada a Madrid, cuando bajaba por la Cava de San Miguel. Resulta que vive muy cerca de mi casa.

—¿Sabéis quién es su padre?

—No le conozco, pero sé que es don Guillén de Zúñiga. Cuando vi a Elena en

Bruselas estaba en dicha ciudad por asuntos de negocios. Por aquel entonces era asentista de nuestras tropas. Los negocios, según me han dicho, le fueron mal y se arruinó. Eso es algo que me importa poco, no ando buscando una dote.

—¿Os han contado por qué le fueron mal los negocios?

—No, nada me han dicho de ello. Pero ya os he dicho que eso es algo que no me interesa.

—No lo creáis así —afirmó don Bernardo.

Aquellas palabras intrigaron al capitán.

—¿Que no lo crea así, decís?

—Creo, don Gonzalo, que es algo que debierais saber —el tono de la voz de Patiño había cambiado nuevamente, lo cual produjo cierta alarma en el capitán.

—¿Qué es ello, don Bernardo?

—Sentaos, don Gonzalo, sentaos. Lo que he de contaros requiere algún tiempo.

La primera de las visitas de sus majestades, la que habían de realizar al convento de los dominicos de Atocha, se preparó con premura, pero con todo cuidado. El corregidor de Madrid, don Francisco de Herrera, había ordenado que se echasen pregones entre los vecinos de la calle Platería, puerta de Guadalajara, calle Nueva, plaza Mayor, plaza de Santa Cruz, plaza de Antón Marín y las calles de Atocha Alta y Baja para que, antes de la tarde de aquel día, tuviesen barrida y regada la parte de calle que correspondiese a sus viviendas, así como que pusiesen colgaduras y reposteros en balcones y ventanas. También dispuso que se tapasen las entradas y las bocacalles del recorrido que conducía desde el Alcázar hasta el convento de Atocha con tapices de la Villa, retratos de las reales personas y tablados, donde titiriteros, saltimbanquis y juglares realizasen números, bailasen, hiciesen sus acrobacias o recitasen romances.

En algunos lugares de la carrera que habían de seguir sus majestades, se habían instalado una especie de orquestas de timbales, guitarras, trompetas, violines y chirimías que producían más que nada agudos sonidos que sobresalían por encima del ruido formado por la multitud de gente apiñada a lo largo del trayecto por donde había de circular la carroza de las reales personas.

A las tres de la tarde, que era la hora fijada, el cortejo inició su salida desde el Alcázar. Abrían la marcha dos oficiales de las reales guardias, española y valona, seguido cada uno de ellos por media docena de soldados. A continuación un numeroso grupo de caballeros, los capitanes de las mencionadas guardias y tras ellos una veintena de hombres. Aquella tropa daba paso a las carrozas, donde se acomodaban la mayor parte de los nobles que tenían funciones en la corte. Después iban dos carrozas de charol encerado, tiradas por caballos blancos, la primera era de respeto, en la segunda iban sus majestades. Rodeando la carroza un gentío de pajes, caballerizos y gentilhombres. En otra carroza las damas de la reina y cerrando el cortejo numerosos miembros de la grandeza que aprovechaban la ocasión para



exhibirse con sus mejores galas y hacer ostentación de lujo y derroche. Alguno de ellos, como si fuese a torear, se presentó al frente de una numerosa cuadrilla.

Aquel alarde era acogido entre clamores por el pueblo. Sin embargo, cuando la cabeza de la regia comitiva se acercaba al convento de Atocha, los oficiales se percataron de que una escuadra de soldados, que había sido enviada de antemano para controlar el acceso al templo, se enfrentaba con un grupo de individuos que por su indumentaria parecían ser gente de calidad. El revuelo era extraordinario y la tensión muy grande. Los soldados de la cabeza, dirigidos por sus oficiales, acudieron en ayuda de sus compañeros, con lo que la reyerta inicial se convirtió en una batalla campal. Los reyes, que llegaban ya, fueron testigos sorprendidos de lo más recio del combate.

Viendo lo comprometido de la situación, el capitán de la guardia española, el marqués de Salinas, se adelantó gritando:

—¿¡Qué es lo que aquí ocurre!?

La llegada de más soldados permitió que las tropas controlasen la situación, consiguiendo que la carroza de sus majestades llegase hasta las gradas y que el rey y su madre descendiesen de ella para entrar en el recinto conventual. En ese momento uno de los soldados que había participado en la refriega, con el rostro y el uniforme ensangrentados, se acercó a doña Mariana y, echándose a sus pies, clamó con voz lastimera:

—Mire vuestra majestad, señora, cómo me han puesto por servirla y guardar la orden que se me ha dado, lo han hecho personas de quien no me puedo vengar.

La reina quedó vivamente impresionada con aquella queja y ordenó al marqués de Aytona, quien por su cargo de mayordomo mayor era el máximo responsable de su seguridad, que investigase lo que había ocurrido.

Superado el incidente, sus majestades entraron en el templo. Al cancel salió a recibirles el prior de la comunidad acompañado de otros frailes, allí tomaron agua bendita y con cruz alzada, mientras sonaba, entonado por los cantores por la Capilla Real, el *Te Deum laudamus*, llegaron ante el camarín de la Virgen de Atocha, donde oraron largo rato. Luego regresaron a palacio en medio del jolgorio de las gentes que se alegraban del festejo que gratuitamente se les había proporcionado.

Con la velocidad a la que se suelen difundir estas cosas y con los correspondientes añadidos y deformaciones, en pocos minutos había sido del dominio público el incidente habido a la puerta del convento. Entre las gentes circulaban ya versiones muy diferentes y en los comentarios se daba pábulo a todo tipo de fantasías. A pesar de que Nithard no formaba parte de la comitiva, se decía que habían intentado asesinarle. Otros comentaban que se trataba de una venganza por la muerte de Malladas, incluso había quienes afirmaban que el objetivo de los asesinos era doña Mariana de Austria. Según unos lo que querían era raptarla y según otros acabar con su vida allí mismo.

—¡Querían asesinar al confesor! ¡No lo han conseguido porque el prior de los

dominicos logró introducirle en el templo! —afirmaba un individuo con trazas de rufián, mientras se atusaba los mostachos.

—¡Lo que me han dicho es que al teatino le han herido! ¡Pero que el objetivo de los asesinos era la reina! —comentaba otro.

Una mujer, que llevaba a su alrededor un verdadero enjambre de chiquillos de todas las edades, sucios y mal vestidos, aseguraba que había varios muertos y muchos heridos. Entre ellos estaba el confesor, pero no podía decir si muerto o herido.

—¡Ya se sabe quiénes han sido los autores del asesinato! —Voceaba un tullido, que se ayudaba de una muleta para andar, a un grupo de individuos que formaban un corrillo cerrado.

—¡Qué sabrás tú! —le espetó con desprecio uno de los presentes.

—¡Es cierto lo que se dice! ¡Han matado al padre confesor y los autores son unos deudos del que agarrotaron el otro día, venidos de Aragón! —recalcó el lisiado.

—¡Vete a molestar a otro lado! —le gritó un sujeto malencarado a la vez que soltaba un escupitajo cerca de donde estaba aquel desgraciado, que murmurando entre dientes se alejó de aquella camarilla, que no parecía ser buena compañía.

Por las trazas se trataba de uno de los muchos grupos de veteranos de las campañas anteriores, que pululaban por Madrid. Desocupados, engreídos y dispuestos a formar camorra en cualquier momento, creaban numerosos problemas a los alguaciles y a los corchetes y no pocos quebraderos de cabeza al corregidor, que no encontraba la forma de deshacerse de aquella caterva. Eran continuas las riñas entre ellos y muy frecuentes los altercados con el vecindario. Mostraban sus malas formas a la primera ocasión que se les presentaba, si es que no la provocaban ellos mismos. Les daba igual no pagar en un mesón o en una posada, que acosar a mujeres honestas y decentes por las calles. No tenían reparo en insultar a cualquiera que se cruzase en su camino, sin respetar edad, ni dignidad. Continuamente hacían gala de valentía y arrojo, ante mujeres, ancianos y niños. La misma de que habían carecido en los campos de batalla de Estremoz y Montes Claros, donde habían huido cobardemente, para ignominia del reino, en lugar de enfrentarse a los portugueses.

Muchos de ellos se habían sumado a las bandas de capadores, rufianes, pícaros, ladrones y truhanes que oficiaban en la corte, donde había clientela suficiente para sus desmanes porque, se decía, que el vecindario había alcanzado la cifra de trescientas mil almas. Estaban organizados en bandas y cofradías para cometer todo tipo de delitos, aprovechando la numerosa concurrencia a la corte de gentes por las más variadas causas: individuos que pretendían la obtención de alguna merced; viudas que porfiaban por una pensión que les era debida por servicios prestados por sus difuntos esposos a la corona; personas que intentaban agilizar un asunto de su interés pendiente de resolución y cuyos legajos dormían en alguno de los estantes de las *covachuelas*, a la espera de que la mano untada de algún funcionario le quitase el polvo y los pusiese en circulación; visionarios que trataban de hacer llegar a su majestad un arbitrio —por eso se les conocía con el nombre de arbitristas— en el que

se daba solución en unos cuantos folios a alguno o a varios de los graves problemas que aquejaban a la monarquía...

Eran presa fácil de gentes desalmadas, que se aprovechaban para robarles y estafarles de los modos y formas más variados. Ciertamente habían desarrollado mil y una maneras de engañar por procedimientos muy diversos y donde el ingenio desempeñaba parte sustancial. Eran verdaderos maestros de la falsía. Poco importaba a aquellos tahúres si habían o no asesinado al padre confesor y quién había podido ser el autor del crimen. Lo suyo era otra cosa, desplumar incautos, provocar pelea y mantener a costa de otros los ocios a los que se habían acostumbrado.

Cuando sus majestades llegaron a palacio, doña Mariana era un basilisco.

—¡Cómo es posible que haya ocurrido esto! ¡Hasta dónde llega la ineptitud! ¡En presencia de su majestad el rey!

Carlos II, que aún no había cumplido los siete años, miraba inmóvil, con el labio inferior caído y gesto bobalicón, a su madre. Sus grandes ojos negros parecían muertos, no tenían ninguna expresión.

—¡Llevaos a su majestad a sus aposentos! ¡Que venga el mayordomo!

La numerosa concurrencia de servidores, lacayos y soldados que rodeaba a la reina se puso en movimiento, como si cada uno de ellos fuese a cumplir los mandatos que acababa de dar.

Había razones sobradas para que doña Mariana, quien hasta entonces había contenido a duras penas su cólera, explotase de indignación. Todas las previsiones que se habían hecho para obtener de aquellas visitas una rentabilidad política, que pusiese fin a la situación creada por la muerte de Malladas, se habían esfumado. Con gesto desabrido marchó, sin detenerse, ni saludar a nadie, a un pequeño gabinete. Reclamó a gritos, otra vez, la presencia de Aytona.

Hubo de aguardar algunos minutos hasta que unos golpes en la puerta le anunciaron que alguien solicitaba entrar. En aquel momento era lo más parecido a una fiera enjaulada:

—¡Adelante, Aytona, pasad!

Con el mayordomo entró el confesor quien, avisado de lo ocurrido, había acudido sin pérdida de tiempo a palacio.

—¡Alabado sea el Santísimo! ¡Menos mal que estáis aquí! ¿Sabéis lo que ha pasado? —la viuda de Felipe IV pareció sosegar un punto con la presencia del valido.

Nithard, obsequioso, desvió la pregunta.

—Majestad, he venido tan pronto como he tenido noticia del suceso. Supongo que el señor mayordomo mayor dará cumplida información a la pregunta de vuestra majestad.

—¿Qué habéis averiguado, Aytona? ¿Cuál ha sido la causa de ese bochornoso espectáculo? ¿Quiénes lo han promovido? —Otra vez se mostraba iracunda.

—Majestad, todo lo ocurrido se ha debido a un asunto menor —respondió el marqués, tratando de quitar hierro con aquellas primeras palabras a la causa que había provocado el alboroto.

—¿Un asunto menor, decís? ¿Queréis explicaros?

—Veréis, majestad, ha sido por causa de que un grupo de caballeros ha intentado entrar en la iglesia con acompañamiento de mujeres.

—¿Qué es eso de acompañamiento de mujeres? —preguntó intrigada la reina.

—Pues que... pues que eran mozas del partido las dichas mujeres —Aytona parecía un tanto embarazado.

—¿Queréis decir que esos caballeros iban en compañía de unas rameras?

—Así es, majestad —Aytona adoptaba un aire compungido.

—¡Continuad, Aytona, os escucho!

—Como decía a vuestra majestad, estos caballeros, con la compañía que llevaban, pretendieron introducirse en la iglesia, pese a que se había prohibido el acceso al recinto sagrado. El piquete de soldados que allí había destacado, en cumplimiento de las órdenes recibidas, les negaron la entrada. Aquello sentó mal a los susodichos caballeros, que se sintieron ofendidos. Pasaron de las palabras a los hechos y en menos de lo que se tarda en contar se trabaron en la lamentable pelea que vuestra majestad conoce.

—¡Y tan lamentable! —asintió doña Mariana, quien preguntó a continuación—: ¿Quiénes eran esos caballeros?

—Todos han sido identificados. Se trata, majestad, del duque de Abrantes, del marqués de Villanueva del Río, hijo primogénito del duque de Alba, del conde de Fuentes y de uno de los hijos del marqués de Leyva, aunque no os puedo asegurar si se trata de don Pedro o de don Antonio, pero me inclino porque sea este segundo.

—¡Aquellos que han de dar ejemplo de nobleza se comportan como vulgares tahúres! ¡No sólo ofenden a la Majestad Divina con sus pecados, sino que tratan de ultrajar a nuestra persona y a la del rey nuestro señor con sus desplantes!

—Majestad, son cosas de la poca edad y del vino —Aytona trataba de restar importancia a aquel asunto.

—No salgáis fiador de esos caballeros que con su actuación de esta tarde han mostrado, no sólo poco seso, sino poco respeto a nuestra dignidad. Para escarmiento de todos ordeno que se les imponga una pena de destierro de esta corte por tiempo de seis meses y a más de veinte leguas de ella.

—Majestad, me parece que es sólo una chiquillada que propició el deseo de blasonar delante de... de —Aytona no encontraba la palabra.

—¡Delante de unas putas, señor marqués! —exclamó iracunda la reina.

Nithard, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, decidió intervenir.

—Si vuestra majestad me lo permite...

—Hablad, os escuchamos.

—Creo que vuestra majestad debiera mostrarse magnánima. Lo hecho ya no tiene remedio. Estoy seguro de que si esos caballeros hubiesen conocido la importancia que esta visita tenía para vuestra majestad, no hubiesen actuado de la manera que lo han hecho. Coincido, majestad, con la opinión del señor marqués en que son cosas de la poca edad. Os suplico que consideréis la petición que os ha hecho Aytona.

—Aunque, como bien decís, el asunto ya no tenga remedio, estaréis de acuerdo en que siempre es conveniente el escarmiento para que sirva de ejemplo —insistió doña Mariana quien, sin embargo, se batía en retirada después de las observaciones de Nithard.

Éste, sabedor de que con aquella acción se estaba ganando un poderoso aliado en la persona de Aytona, trató de dar el golpe definitivo.

—Habrà también de valorar su majestad, sin duda ya ha pensado en ello, la repercusión que entre el populacho tendría el que se impusiese un castigo, sin que se abriese el proceso correspondiente con juez, testigos y sentencia.

El confesor sabía que con aquel argumento acababa con la resistencia de su protectora, quien poco a poco sosegaba su espíritu a lo que, sin duda, había colaborado su presencia.

—Está bien, que se les amoneste en privado y que comprometan su palabra de no volver a actuar de manera semejante.

Los tres sabían que aquello era una salida para doña Mariana. La amonestación serviría de muy poco y la palabra de tales sujetos carecía de valor.

Nithard y Aytona se deshicieron en muestras de alabanza y agradecimiento a la reina mientras se retiraban. Ganaban la puerta cuando doña Mariana se dirigió al valido:

—Quédese vuestra ilustrísima, tengo necesidad de consejo y de consultaros unos asuntos.

El mayordomo mayor se despidió haciendo una cortesana reverencia.

El capitán Santa Cruz vivió varios días subido a una nube. Había acompañado a Elena de Zúñiga en sus idas y venidas a la iglesia de San Miguel. En sus paseos con la dama, Gonzalo se sentía transportado a un mundo diferente en el que olvidaba los problemas a los que había de enfrentarse.

Aquellos paseos que por un deseo compartido, aunque no expresado, se alargaban todo lo posible, dando algún rodeo y aminorando el paso todo lo que les era posible, incluso salpicando el itinerario de detenciones que aumentaban el tiempo que estaban juntos, les habían permitido acercarse el uno al otro. Los dos se sentían enamorados, porque Elena percibía, conforme pasaban los días, que la impresión recibida desde el momento en que había conocido a Gonzalo crecía de forma irrefrenable. Profundizaban en el conocimiento de lo que era la realidad de la vida de cada uno de ellos, sus costumbres o sus aficiones. A cada minuto que pasaban juntos Elena tomaba mayor conciencia de que aquel hombre era diferente a cuantos había conocido.

Le gustaba aquel militar, capitán de infantería de una compañía que había luchado en Flandes y en Portugal bajo las aspadas banderas de la cruz de San Andrés, en una época donde había más pena que gloria. No había vivido aquellos tiempos, que sólo conocía por referencias, en que las unidades de las que había formado parte fueron el terror de los campos de batalla de Europa. Un día Gonzalo le había confesado, con dolor, que había asistido a uno de los momentos más vergonzosos protagonizados por las tropas españolas a lo largo de toda su historia, con motivo de las campañas de Portugal.

Sin embargo, el capitán, por su sensibilidad y por sus modos, más le parecía un cortesano que un soldado. Era un apasionado lector, inclinado sobre todo al teatro, que no sólo disfrutaba en los escenarios de los corrales de comedias, sino con la lectura reposada de aquellas obras, siendo su fértil imaginación quien las representaba en su cabeza. Le había confesado que poseía una biblioteca espléndida, ¡más de quinientos volúmenes! Entre los que podía encontrarse un variado repertorio de comedias, novelas, obras dedicadas al arte de la poliorcética y algunos ensayos filosóficos, recuerdo, más que nada, de su paso por las aulas alcalaínas. Aunque era hombre de acción, cosa que denotaban sus hechuras y ademanes, Elena podía imaginárselo también en una vida de sosiego y tranquilidad en la intimidad de un hogar, siempre que hubiese alicientes que le estimulasen sus aficiones, que no eran pocas según iba descubriendo.

Quizá lo único que no le convencía de su personalidad era el gusto que parecía tener por cuestiones relacionadas con la política. En dos ocasiones a lo largo de aquellos días, llenos de una felicidad hasta entonces desconocida para ella, Gonzalo había sacado la conversación de los graves y delicados asuntos que se vivían. En ambos casos ella había dejado muy claro que ésas eran cuestiones que no gozaban de

su interés. El capitán, haciendo gala de extraordinaria prudencia, había decidido no volver a tocar un asunto que parecía irritarla profundamente.

Por su parte, Gonzalo conoció por boca de Elena su dedicación a la pintura con mucho más detalle de lo que, al respecto, le había dicho el maestro Grijalbo. Supo de su deseo de captar la vida en el campo o en la ciudad, en las calles o en las casas, tal y como palpaba cotidianamente, a través de sus pinceles. No le importaban las grandes historias sacras o profanas que constituían los asuntos de mayor interés para buena parte de los pintores de la época. Supo también que era una mujer dotada de una fina sensibilidad capaz de emocionarse ante un paisaje, ante una puesta de sol o ante un amanecer. Le decía Elena, a la que Gonzalo escuchaba embelesado, que no había un solo día en su aurora o en su crepúsculo que fuese igual a otro y que dicha circunstancia pasaba desapercibida a la mayoría de la gente preocupada o interesada en otros asuntos. Le comentaba que un mismo objeto o una misma vista presentaban una realidad distinta según el tipo de luz que recibiesen; que variaban sus colores y hasta se perfilaban de manera diferente sus formas, que las cosas no eran iguales si les daba el sol o se encontraban a la sombra.

Supo que tenía veintisiete años y que contaba diecinueve cuando él la vio por primera vez. También que, a diferencia de la mayor parte de las mujeres que había conocido, no le importaba decir la edad que tenía, ni estaba obsesionada con una juventud que sabía que no sólo había de medir por el aspecto que ofreciese su cuerpo, sino que era algo que se encontraba enraizado en el espíritu de cada persona.

—No me preocupan las arrugas que le salgan a mi piel, sino las que surjan en mi alma —había afirmado Elena en uno de aquellos paseos en los que habían convertido el recorrido de la iglesia a su casa.

Conoció Gonzalo que también a Elena le gustaba el teatro, al que asistía con menos frecuencia del que era su deseo. Solía ir al corral del Príncipe, aunque en ocasiones concurría a alguna de las funciones que daban en el de la Cruz. Aquélla era una afición de la que se veía privada de un tiempo a esta parte, al igual que todos los madrileños, porque Nithard había ordenado el cierre de los corrales alegando las numerosas ofensas que allí se proferían contra Dios Nuestro Señor. También era lectora asidua, costumbre que había heredado de su padre, de libros escritos tanto en romance como en latín, lengua que no tenía secretos para ella. Prefería, sin embargo, los textos escritos en castellano, aunque leía en latín a Erasmo de Rotterdam, uno de sus autores preferidos —a pesar de que sus obras aparecían recogidas en el temible Índice del Santo Oficio y de que su lectura suponía un riesgo—, junto a don Francisco de Quevedo y Villegas. Era una apasionada de los poetas del siglo anterior, decantándose sus preferencias por Boscán, Gutierre de Cetina y Garcilaso de la Vega. Ella misma las comprobaba en casa del librero Juan Martín Merinero. A pesar de su poca afición a la política, era lectora de las *Noticias Ordinarias del Norte, Italia, España y otras partes*, un impreso en cuarto que salía semanalmente con las noticias más importantes de lo acaecido en Europa y que adquiría en casa de Sebastián de

Armendáriz, librero de cámara de su majestad. Leía con frecuencia los llamados *Avisos* que se publicaban en la imprenta y librería de Bizarrón y que, según se decía, se debían a la pluma de un tal Barrionuevo.

Dijo a Gonzalo que se negaba a que el destino de la mujer fuese el claustro o el matrimonio, idea ciertamente extraña y singular. También le comentó que había rechazado ciertas proposiciones matrimoniales, lo que le había granjeado fama de díscola, alguna de ellas incluso contra el parecer de su padre quien, sin embargo, en esta materia, como en otras, jamás le había impuesto su voluntad.

Expresaba sus ideas y sus criterios con una decisión y una contundencia que eran poco habituales, sobre todo tratándose de asuntos a los que las mujeres no tenían acceso. A Gonzalo muchas de aquellas opiniones y aficiones no le produjeron la extrañeza que a otros porque su tía Casilda, sin plantear las cosas en la forma en que lo hacía Elena, era mujer que presentaba gustos y opiniones que tenían aspectos comunes. Tal vez, la mayor diferencia radicase en algo que, en apariencia, no las distinguía. A la vista de las gentes, tanto una como otra eran damas devotas, cumplidoras de sus deberes para con la ley de Dios y de la Iglesia. Sin embargo, mientras que doña Casilda aceptaba ciegamente, cómo sermoneaban y pregonaban quienes ejercían el ministerio sacerdotal, en doña Elena anidaba un espíritu crítico que despedía un tufillo que a buen seguro era objeto de rechazo por parte del padre Anselmo y causa de alguno de los comentarios que éste había deslizado en sus prédicas y sermones. No podía, sin embargo, ni por asomo, hablarse de heterodoxia ni en sus planteamientos ni en su comportamiento. Aquello, en todo caso, formaba parte de lo que el párroco de San Miguel denominaba excentricidades de doña Elena, que era buena cristiana y dama limosnera. Desde luego, el sacerdote no tenía ni la más remota idea de que entre sus lecturas se encontraban el *Elogio de la locura* y el *Enchiridion*, porque aquello sí suponía transgresiones mayores a los mandatos de la Santa Madre Iglesia.

Gonzalo descubría a cada paso que Elena era la mujer con la que había soñado durante tantos años: inquieta, seductora, llena de sensibilidad y capaz de compartir algo más que un credo y una casa.

La misma tarde en que don Bernardo Patiño le había pedido que se sentara para contarle algo relacionado con doña Elena de Zúñiga, Gonzalo esperaba a la puerta de la iglesia a que su amada saliese de misa con la preocupación dibujada en su rostro. A la perspicacia de ésta no escapó el aire sombrío que se reflejaba en el semblante del hombre que en pocos días se había adueñado de su corazón. Siguiendo su impulso Elena le preguntó:

—Os veo preocupado, don Gonzalo.

El capitán hizo un gesto que equivalía a una afirmación, pero no abrió la boca.

—¿Os haría bien contarlo?

—¿Y si se tratase de un asunto que no os interesa, como por ejemplo la política?



—Os escucharía, si el contarlos fuera un desahogo para vos —afirmó Elena.

—¿De veras que no os importaría? —insistió el capitán.

—Ya os he dicho que no. ¿Se trata de algo relacionado con lo acaecido en la visita que sus majestades realizaron a la iglesia de Atocha? ¿Se dicen tantas cosas acerca del altercado que allí tuvo lugar!

—¿Qué es lo que se dice? Porque, según mis noticias, el asunto está aclarado.

—Aclarado, en la versión oficial, según la cual todo se debió a un malentendido entre un grupo de nobles y la guardia que había en el cancel de la iglesia. Pero por muchos sitios se dice que se ha desbaratado un nuevo intento de asesinar al inquisidor general.

—¿Nuevo intento, decís? —preguntó interesado Gonzalo.

—Nuevo porque, al parecer, es el cuarto en pocos meses.

Al capitán no dejaba de llamarle la atención el hecho de que Elena no sólo estuviese hablando de un asunto que entraba de lleno en la política, sino que tuviese información que iba más allá de lo que se comentaba en público. Solamente habían corrido rumores de dos intentos de acabar con la vida de Nithard.

—¿El cuarto intento, decís?

—Así es, en caso de que lo de Atocha fuese considerado como tal.

Gonzalo no salía de su asombro. Elena era como una caja de sorpresas, lo cual por otra parte no podía extrañarle porque no hacía tanto tiempo que se conocían como para haber llegado al fondo del corazón y de la cabeza de aquella mujer, si es que ello era posible. Le sorprendía que, después de la actitud que había mantenido cuando él se había referido a cuestiones relacionadas con la política, hablase ahora de ello y que lo hiciese como alguien que tenía información que iba más allá de los rumores. Pensó que la razón estaría en que era lectora del semanario *Noticias Ordinarias* y de los *Avisos*, así como de otros papeles de corte parecido. Aunque asuntos como aquél no solían incluirse en dichas publicaciones, lo normal era que los leyese en las hojas volanderas, los pasquines o los pliegos de cordel que circulaban por Madrid defendiendo o atacando las posiciones de los *nithardistas* y los *donjuanistas*. En realidad, lo que le llamaba la atención no era el que Elena supiese de política y estuviese informada, sino que en días anteriores hubiese rechazado hablar de aquellos temas, como algo que para ella carecía de interés.

A pesar de los años al lado de don Juan, de sus contactos con una persona como don Bernardo Patiño, quien se movía con suma habilidad por los complicados vericuetos de los enmarañados asuntos de la lucha política, el capitán Santa Cruz no había aprendido gran cosa de los modos con que se procede en situaciones donde los gestos valen más que las palabras; donde una insinuación tiene mayor fuerza que una orden; donde un comentario, en fin, no tiene por objeto manifestar la opinión de quien lo hace, sino provocar la posibilidad de una respuesta. Él era el resultado de una extraña combinación. Por un lado, era un hombre de acción, por eso le había atraído la milicia, y en consecuencia alguien que tiraba por lo derecho, sin muchos

rodeos, ni añagazas; se hacía lo que había que hacer y a otra cosa. Por otro, sentía una atracción especial, probablemente recuerdo de su paso por la universidad, ante la perspectiva de una vida sosegada, dedicada al estudio y a los gozos intelectuales, que practicaba siempre que le era posible. Sin embargo, la realidad le había conducido por caminos impensados y en los que en muchas ocasiones se encontraba a disgusto. No entendía los tortuosos vericuetos por los que conducía la acción política y, sin embargo, se encontraba sumergido hasta el cuello en sus turbulentas aguas.

La pregunta fue directa, sin rodeos:

—¿Por qué hoy no tenéis inconveniente en hablar de política, cuando días atrás habéis mostrado vuestro rechazo a tratar asuntos de este tipo?

Elena se detuvo un instante y respondió con otra pregunta:

—¿Por qué me decís eso? —y reanudó el paseo.

—Porque me ha sorprendido vuestra actitud.

—Está bien, ¿qué es lo que queréis saber?

Ahora fue Gonzalo quien se detuvo.

—Todo, quiero saberlo todo. Todo lo que esté relacionado con vos.

—Escuchad con atención lo que voy a contaros. Vos mismo me habéis dicho que me visteis hace ocho años en Bruselas. En efecto, por aquella fecha mi familia vivía en Flandes porque la actividad que ejercía mi padre era la de asentista del ejército. Tenía asignado el suministro tanto de víveres como de pertrechos y bastimentos de guerra. Abastecía a las tropas que mandaba su alteza don Juan José de Austria, por entonces gobernador de aquellos territorios, de galleta, pan de munición, arenques en salazón, cecinas y tasajo, por lo que a víveres se refiere, y de uniformidad, pólvora negra, armas blancas y arcabuces por lo que se refiere a pertrechos militares. Os podría decir, incluso, las cantidades a que se obligaba en cada uno de esos suministros, pero ni ello es importante, ni tampoco lo considero necesario —al capitán le dejaba atónito que recordase aquellos detalles tantos años después. Elena pareció adivinar el pensamiento de Gonzalo—. No os extrañéis de que mis conocimientos acerca de este asunto sean considerables. Habéis de saber que era la persona a quien mi padre había confiado todo lo referente al registro y administración de su negocio.

Después de aquel inciso continuó:

—Por aquel asiento había de poner a disposición de las tropas en los puntos de abastecimiento señalados al efecto suministros cuyo importe, por los cuatro meses en que se tasó cada campaña, y teniendo en cuenta que el contrato se firmó por tres campañas, alcanzaba un monto total de ciento ochenta y cinco mil ducados por la manutención y de doscientos veinticinco mil por los pertrechos de guerra. Recibió a cuenta, al comienzo de la primera campaña, veinte mil ducados. Luego, no se abonaron los pagarés que habrían de pagarse en una fecha fija. Los incumplimientos llevaron a mi padre, que continuó cumpliendo su compromiso de suministros, a solicitar dos empréstitos, fiando de la palabra de su alteza. Llegada la fecha de

vencimiento de los empréstitos, tuvo que renovarlos en condiciones mucho peores que las primeras, porque don Juan no había cumplido su compromiso. Un nuevo incumplimiento en los pagos forzó a una segunda renovación de los créditos, pero esta vez los prestamistas, unos banqueros de Amberes, exigieron garantías mayores. Mi padre, contra el parecer de toda la familia, ofreció como prenda la mayor parte de sus propiedades, confiando en una nueva promesa de don Juan, que garantizaba, sin ninguna duda, el pago de todos los atrasos, que ya alcanzaban los doscientos cincuenta mil ducados. Los banqueros aceptaron encantados y comoquiera que don Juan incumplió de nuevo su palabra, llegó la ruina a mi familia. La misma coincidió con la salida de Flandes de don Juan, que fue relevado del gobierno de aquellas provincias. Entonces se produjo algo inaudito, increíble: don Juan se desentendió por completo del asunto y comoquiera que mi padre había confiado en su palabra, la deuda siguió pendiente y la ruina de mi familia consolidada.

»Como consecuencia de todo aquello —continuó Elena— a mi madre, que era una mujer de gran belleza, pese a que había cumplido treinta y siete años y cuyo sufrimiento fue terrible, le dieron unas calenturas que la llevaron al sepulcro. Para completar el cúmulo de desastres que se abatía sobre nosotros, en el viaje de regreso a España, porque ya nada nos retenía en Flandes, mis dos hermanos, de doce y catorce años, murieron víctimas de la disentería. Mi padre, que es un hombre de honor, pensaba que también lo era don Juan, hizo frente a todos sus compromisos, liquidó el negocio y una vez saldado todo, le quedaron unos bienes y unas rentas que nos permiten vivir sin apreturas, pero con unas economías a las que nunca estuvimos acostumbrados. Sus días son amargos por todo lo que hubo de padecer en aquellos tiempos por culpa de otros. En su amargura ha perdido la fe en las personas porque la que había puesto en don Juan, que fue total y absoluta, le condujo a un desastre tal que ha marcado su vida para el resto de sus días. Vive retirado en nuestra casa, cumple con sus deberes de buen cristiano y de vez en cuando, cada vez con menos ilusión y ánimo, acude a visitar a don Luis de Salazar y Castro, abogado de los reales consejos, con ejercicio en el Consejo de Guerra para preguntar si hay alguna esperanza de cobrar lo que se le adeuda. Yo creo —comentó Elena con un brillo de tristeza en sus hermosos ojos— que lo hace más por costumbre que porque crea que pueda conseguir algo.

Tras decir esto se quedó callada unos segundos, luego apostilló:

—¿Os parece razón suficiente para que no desee hablar de ciertos asuntos? Otra cosa muy diferente es que la política pueda o no interesarme. Desde luego, todo aquello que de un modo u otro atañe al futuro de la monarquía despierta mi interés. Pero habéis de saber que no puedo tener confianza alguna en la persona en quien muchos españoles tienen en estos momentos puesta su mirada. La experiencia vivida en mis propias carnes no sólo hace que mire con escepticismo hacia esa dirección, sino que esté convencida de que ese camino nos conducirá irremediablemente a desastres aún mayores que los que nos aquejan. Aunque tal cosa pueda parecer

imposible, según están las cosas al presente.

Ahora el silencio fue más largo, Elena de Zúñiga ya había dicho todo lo que tenía que decir. Gonzalo, que había escuchado con atención creciente aquella triste historia, permanecía meditabundo. Lo que acababa de escuchar le era conocido, en parte, porque sobre aquello mismo era de lo que don Bernardo Patiño le había hablado. La versión del secretario de don Juan ofrecía, sin embargo, variantes sustanciales respecto a la que acababa de contarle Elena.

Según le había dicho Patiño, don Guillén de Zúñiga se había quedado con el asiento del suministro del ejército de Flandes, tanto de víveres como de pertrechos. Había cumplido con todas sus obligaciones, no sólo como hombre de negocios sino también porque estaba dispuesto a alentar las ilusiones de don Juan de cara a su prometedor carrera, tras los éxitos de Italia y Cataluña. La relación entre su alteza y el hombre de negocios iba más allá del asiento concertado. Fue don Guillén quien indicó a don Juan que en Amberes había un astrólogo cuya actividad nada tenía que ver con los numerosos embaucadores que se dedicaban a echar cartas, augurar el porvenir y otras sacaliñas para engañar a bobos e incautos. Se trataba de un hombre serio, de reconocido prestigio y que sólo ejercía aquellos conocimientos y poderes en contadas ocasiones, cuando se veía comprometido de forma inevitable. Zúñiga ilusionó a don Juan, quien siempre tuvo especial preocupación con lo que podía depararle el futuro, con que el astrólogo le hiciese un pronóstico.

Un día fueron a la ciudad de Amberes Zúñiga y su alteza, quien hizo el viaje de incógnito. Visitaron al astrólogo, que respondía al nombre de Cornelius, quien tras conocer los datos personales de don Juan y los relativos a su fecha de nacimiento elaboró un documento en el que se señalaba, entre otras cosas, lo siguiente:

La superchería que se le ha hecho en su nacimiento es espantosa e inaudita, haciendo trueque de su persona y quitándole la Corona. La segunda pieza son las asechanzas que se le han puesto para hacerle perecer; pero, el cielo, a pesar de la malicia, tiene cuidado de conservárnosle; y, en fin, el más amable y más humano Príncipe del mundo ha sido desdichado al encontrar entre sus domésticos y súbditos un grande número de traidores, de los cuales debe guardarse todavía por espacio de cinco años; porque en ese tiempo está amenazado de veneno y guárdese de un doméstico suyo. De los elementos no debe temer más que al fuego. El agua no le es fatal, aunque haya tenido en ella muchos peligros. Tendrá mucha contradicción aún por algunos años; vencerá a todos sus enemigos y vendrá a tener en la cabeza la Corona que sus enemigos le han quitado tan injustamente. Podrá vivir hasta la edad de setenta y ocho años...

Efectivamente, Gonzalo sabía de la existencia de aquel pronóstico y la polvareda que el mismo levantó al difundirse la noticia de que a don Juan le esperaba un reino. Aunque el conocimiento de la afirmación de que su persona había sido cambiada en

la cuna para desposeerle de lo que le pertenecía, que era la corona, y dársela al príncipe Baltasar Carlos, estaba reducida a un círculo muy pequeño, era tan fuerte que podía, caso de difundirse, provocar una situación comprometida. Lo que ignoraba era que el padre de Elena había tomado parte principal en aquel asunto.

Según Patiño las dificultades materiales que presidieron el gobierno de don Juan en Flandes, en gran medida propiciadas porque sus enemigos en la corte utilizaron su poder y ejercieron toda su influencia para que no se cumpliesen los compromisos económicos que se le habían prometido, hicieron que no se efectuasen los pagos que se debían a Zúñiga, quien por la relación que le unía a don Juan realizó grandes esfuerzos —ésas habían sido las palabras de don Bernardo— para abastecer a nuestras tropas. No hubo presión ni cosa parecida por parte de don Juan. En opinión del secretario, lo que hizo Zúñiga fue una apuesta, una inversión, pensando en lo que podía depararle el futuro al lado de un hombre como su alteza, a quien el mencionado horóscopo colocaba como futuro rey y, aunque no se especificaba claramente a qué reino se refería, no eran necesarias muchas elucubraciones para saber que las mayores posibilidades se encontraban en España. Luego las cosas no corrieron como muchos esperaban. Vino la derrota de las Dunas de Dunquerque, la carencia más absoluta de medios y la ruina del asentista, ante la que don Juan no pudo hacer nada. El desastre se completó al llegar el relevo de su alteza del gobierno de Flandes para que se hiciese cargo de la campaña de Portugal. Los esfuerzos para que se pagasen las cantidades adeudadas, que se aproximaban a los trescientos mil ducados, sin contar los réditos por el retraso, fueron continuos, pero infructuosos. Aquel cúmulo de desgracias había distanciado a los dos amigos de otro tiempo y generado en don Guillén una profunda aversión hacia don Juan, a quien consideraba el culpable de todas sus desdichas.

Ésa había sido la historia que don Bernardo le había contado a Gonzalo, cuyo espíritu había quedado suspendido y taciturno por cuanto le preocupaba que don Juan, a quien había ligado su vida, fuese objeto de la aversión del padre de la mujer que amaba y sospechaba que también de la aversión de ella. Si lo que Patiño le había contado había producido en él gran desasosiego, lo que acababa de escuchar de labios de Elena era aún peor.

—La razón porque me habéis preguntado hace un rato si alguna cosa me inquietaba era precisamente que don Bernardo Patiño, sabedor de la relación que hemos iniciado...

—¿Hay algo de lo que ocurra en Madrid que ese señor —recalcó estas palabras— no sepa? —preguntó Elena con fina ironía, interrumpiendo a Gonzalo.

—Supongo que es persona bien informada por causa de sus obligaciones. Os iba diciendo que don Bernardo me había puesto al corriente de la mala relación existente entre vuestro padre y su alteza por causa del asiento de las tropas de Flandes, pero exonera de la culpa de la ruina de vuestra familia a don Juan.

—¿Creéis que Patiño, hechura de don Juan, iba a deciros otra cosa? ¡No seáis

inocente, don Gonzalo! Antes de... de... digamos informaros, ¿os preguntó si sabíais algo al respecto de esa relación?

—En realidad, me preguntó si conocía las causas de la ruina de vuestro padre como consecuencia del asiento de las tropas. ¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque de esa forma se cercioraba de lo que sabíais y lo que desconocíais acerca de este asunto y poder así daros la versión que más cuadraba con sus intereses, que pasaban por limpiar la imagen de don Juan ante vos. Patiño es consciente de que, antes o después, habría de producirse la conversación que estamos sosteniendo. Él ha tratado de obtener ventaja, dando primero.

Durante un buen rato, en el que no dejaron de caminar, mantuvieron un mutismo completo. Al fin Gonzalo rompió el silencio:

—¿Estáis segura de que don Juan incumplió su palabra dejando abandonado a su suerte a vuestro padre?

A Elena se le había contraído el rostro con sólo escuchar la pregunta. La respuesta fue contundente:

—¡Completamente segura!

—Conozco a su alteza y...

—¡No, don Gonzalo de Santa Cruz, no conocéis al verdadero don Juan José de Austria! ¡Si le conocierais no estaríais a su lado!

—¡Cómo podéis decir eso, señora mía!

—¡Con el derecho que me da el que por su culpa la desgracia se cebase sobre mi familia! ¡Con ese derecho! ¡Es un malnacido! ¡Es un bastardo y no sólo de sangre, que ello es lo de menos, sino que es un bastardo por sus acciones!

El semblante del capitán también se contrajo.

—¡Aunque estoy perdidamente enamorado de vos, no os consiento que habléis así del hombre a quien debo la vida!

Elena de Zúñiga clavó su mirada en los ojos de Gonzalo.

—¿Os dais cuenta de la causa por la cual no quería hablar con vos de determinados asuntos? Hay cosas que no resulta conveniente remover en determinadas circunstancias.

—¡Pero esto era algo que antes o después habríamos de afrontar en nuestra relación!

—¡Estoy de acuerdo con ello, pero a su debido tiempo! Todavía es demasiado pronto porque puede romper los sueños que vos y reconozco que también yo, estábamos forjando.

Gonzalo no daba crédito a lo que acababa de oír. Elena estaba, aunque fuese de aquella forma, dando una respuesta afirmativa a su amor por ella. El corazón se le iba a salir por la boca. De repente una sombra pasó por su cabeza:

—¿Has dicho estábamos? —por primera vez le habló de tú.

—Eso mismo es lo que he dicho. No sé si seremos capaces de salvar este obstáculo que, sin que ni tú ni yo —también ella se deshizo del distante tratamiento

que imponían las normas imperantes, antes de llegar a una intimidad mayor—podamos evitarlo, se interpone en nuestro camino.

En un arrebato Gonzalo exclamó:

—¡Nada en el mundo hay que pueda oponerse al amor que te tengo!

—¿Ni siquiera la lealtad que os liga al hombre a quien debéis la vida?

—¡No creo que sean incompatibles ambos sentimientos! —respondió Gonzalo.

—¡Me temo que sí!

La conversación les había conducido hasta la puerta de casa de Elena, quien a modo de despedida le dijo:

—Lamento profundamente que hoy hayamos hablado de esto —y entró en su casa.

Gonzalo encaminó sus pasos hacia la plaza de la Cebada, marchaba cabizbajo y tenía el rostro sombrío. Estaba hecho un mar de confusiones. ¿Cómo era posible que el destino le jugase una mala pasada como aquélla? En su cabeza sonaron con precisión y nitidez unas palabras que Patiño le había dicho hacía pocas horas: «Creo que en la profunda fosa que se abrió en las relaciones de su alteza con Zúñiga hubo algo más para que su enfrentamiento llegase a los extremos que alcanzó. Pero eso es algo que sólo sospecho y cuyo secreto es una clave que no poseo».

Cruzó por delante de una casa en cuya pared se abría una pequeña hornacina que albergaba la imagen de una Virgen, a la que alumbraba la llama de un candilillo de barro. Aunque no era muy dado a aquel tipo de prácticas, el capitán Santa Cruz elevó una plegaria mental, solicitando ayuda para superar el trance en que se encontraba.

Con las noticias que le llegaban de Madrid, don Juan José de Austria decidió poner fin a las dilaciones que había practicado para retrasar su embarco hacia Flandes. La tensión política que se vivía en la corte no paraba de crecer. Los sucesos de Atocha, que echaron por tierra los planes de la reina y de la Junta de Gobierno, fueron convenientemente atizados por los partidarios de su alteza para crear la mayor confusión posible. Incluso a varios delitos comunes en los que corrió la sangre y que eran fruto de las fechorías de ladrones y criminales, se les dio un tinte político que no tenían. Fue muy comentado el atentado que sufrió el Condestable de Castilla, don Tomás Enríquez de Cabrera, hombre iracundo y pendenciero, que se había aliado con el valido por causa de su enemistad con don Juan. Una noche, cuando volvía de solazarse con una mujer casada, fue alcanzado por un arcabuzazo que le hirió en una pierna. El intento de asesinato frustrado lo llevaron a cabo unos individuos que habían sido contratados por el marido burlado. Aquel asunto de cuernos se convirtió en un conflicto político porque se le dio el carácter de atentado contra uno de los más declarados enemigos de don Juan en la corte.

Aquel estado de cosas creaba una alarma que repercutía negativamente en un gobierno que se mostraba incapaz de controlar la situación. Los pasquines salidos de las prensas que controlaban la facción de don Juan seguían inundando Madrid de comentarios contrarios al valido y a la Junta de Gobierno. En algunos casos extremos, se arremetía también contra de doña Mariana.

Patiño aconsejó a don Juan que, ante aquella situación, era conveniente poner fin a la farsa que estaba representando en La Coruña. Su alteza, sin realizar mayores consultas, tomó una decisión rápida: escribir una carta a la reina en la que ponía de manifiesto tener graves inconvenientes para hacerse a la mar por causa de su estado de salud. Un correo urgente llevó aquel pliego hasta el Alcázar Real de Madrid.

La mañana en que doña Mariana abrió aquella misiva estaba de un excelente humor. Como cada jornada, después de oír misa y desayunar, trataba con Nithard los asuntos del día y daba lectura a la correspondencia.

Cuando comprobó que entre ellas había una de don Juan, torció el gesto.

—¿Qué le ocurrirá ahora a su alteza? —comentó al ver su correo—. Esperemos que, por fin, nos den noticias de su embarque —murmuró mientras rompía los sellos de lacre.

El texto de la carta, que leía en voz alta, hizo que, desde sus primeras líneas, se le contrajese el semblante.

*Señora:*

*Hasta la hora en que empiezo este despacho he estado batallando con los accidentes de mi salud por el gran deseo de obedecer a Vuestra Majestad en mi*



*pasaje a Flandes, suponiendo, como es mi obligación, que hacía servicio al Rey Nuestro Señor y a Vuestra Majestad en ejecutarle. Pero ya llegan a ser de calidad que no he podido dejar de rendirme a ellos. Habrá algunos meses, y en particular desde que me detengo en las humedades de la Marina, que se me ha ido aumentando en tanto grado la destilación de las humedades que años ha padezco de la cabeza al pecho, que llega, según las protestas del médico y mi propio conocimiento, a tener señales de manifiesto peligro de la vida, especialmente en los Países Bajos, los cuales, sobre todos los de Europa, son contrarios a este achaque por sus calidades fría y húmeda.*

*Con esta imposibilidad involuntaria y con mayor mortificación de la que sabré encarecer, me postro a los reales pies de Vuestra Majestad a excusarme en esta jornada. Vuestra Majestad compadecerá el estado en que me hallo, pues la vida y la salud no las quiero ni estimo más que para emplearlas en su real servicio. Dios guarde a la Católica Real Persona de Vuestra Majestad como hemos menester.*

*Don JUAN DE AUSTRIA*

Cuando doña Mariana acabó la lectura de la carta, no pudo evitar, en un acceso de cólera, arrugarla entre sus manos y arrojarla con toda la fuerza de su brazo.

—¡Bastardo! ¡Mil veces bastardo! ¡Después de cuatro meses de engaños, nos sale con paparruchas de enfermedades! ¡Primero fue el retrasar, por no sé qué asuntos, su salida de esta corte para dar cumplimiento a nuestras órdenes! ¡Luego la tardanza en el viaje hasta La Coruña, que más pareció paseo que otra cosa! ¡Una vez allí problemas con los bajeles de la flota! ¡A la postre, alegar achaques de salud para desobedecer mis órdenes! —La viuda de Felipe IV se había levantado y caminaba de un extremo a otro del despacho con tanta agitación que sus monjiles tocas aleteaban como agitadas por el viento.

Nithard, que se había puesto de pie al levantarse su protectora, guardaba un discreto silencio, esperando una indicación. Ésta llegó de forma poco habitual.

—¡Por el amor de Dios, Everardo, no os quedéis como un pasmarote! ¡Decid algo!

La alargada y huesuda figura del jesuita se estremeció de forma apenas perceptible. Jamás doña Mariana había utilizado una expresión peyorativa para dirigirse a él. Acostumbrado, por su condición de confesor, a llevar calma a su espíritu le habló con palabras que pretendían infundir tranquilidad.

—Majestad, creo que debéis sosegaros. Esa carta del señor don Juan no nos revela nada que ya no supiéramos. Nunca ha tenido intención de embarcarse hacia Flandes. La única aportación de su carta es que ahora sus excusas no apuntan a un retraso en lo que debería ser el cumplimiento de sus obligaciones, sino que lo rechaza, alegando burdos achaques que afectan a su salud. No debe vuestra majestad irritarse porque, en todo caso, ha puesto al descubierto sus verdaderas intenciones, lo

cual nos procura mejores posibilidades de actuación.

—¿A qué os estáis refiriendo? —preguntó doña Mariana interesada.

Nithard aprovechó un instante para recoger del suelo la bola de papel en que había quedado convertida la carta de don Juan y alisarla con sus manos lo mejor que pudo.

—Veréis majestad, en mi humilde opinión creo que ha llegado el momento de aceptar la renuncia a la que alude en su carta y ordenarle que se retire a su priorato de San Juan, a Consuegra, hasta tanto se le den instrucciones. Aquél es un buen sitio para sanar de sus achaques, tiene clima seco, está alejado del mar y es tranquilo, muy tranquilo.

—¿Y si desobedece mis órdenes?

—En ese caso se situaría en una posición muy delicada. Podría ser considerado rebelde.

—¡Don Juan es un alma del diablo, Everardo! ¡Buscará alguna estratagema!, ¡intentará cualquier cosa!

—Lo tiene difícil, majestad. No le estáis ordenando que se haga cargo de ninguna misión, ni le destináis a ningún puesto. Simplemente se le dice que se retire al lugar que le corresponde, que no es otro que la sede de su priorato.

—Tal vez tengáis razón —la reina, todavía afectada, parecía meditar sobre la propuesta de su valido.

—Si vuestra majestad decide actuar en este sentido —continuó Nithard—, tenemos dos ventajas añadidas. La primera, que Consuegra no es un lugar tan próximo a la corte como para que signifique una amenaza inminente. Cuando menos se necesita una jornada de camino para salvar la distancia que separa Madrid de dicho lugar. La segunda, que siendo lugar pequeño podremos tenerle fácilmente controlado.

Este último argumento disipó las últimas dudas de doña Mariana.

—Hágase así. Inmediatamente, no perdamos un instante.

—Creo, majestad, que sería conveniente que fuese la Junta de Gobierno la que ordenase a don Juan su confinamiento en Consuegra. En este asunto todas las cartas —levantó el arrugado pliego que tenía en la mano— están a nuestro favor. Será bueno que sus miembros sean partícipes de esta decisión. ¡Esto es tan burdo! —nuevamente levantó el papel.

Tal y como Nithard había previsto, cuando la Junta de Gobierno tuvo conocimiento de aquella carta la indignación se apoderó de todos sus miembros. Un texto como aquél, además de lo que suponía de desobediencia, era una burla intolerable. Hubo unanimidad de pareceres a la hora de aceptar la renuncia al nombramiento, que don Juan implícitamente planteaba en su escrito. Ni siquiera aquellos que, en otras ocasiones, habían salido en defensa de ciertas actitudes de su alteza se opusieron. A todos les pareció adecuado que se le ordenase el retiro a Consuegra.

Muy dura fue la intervención del marqués de Aytona, quien no se limitó a señalar el mal comportamiento de su alteza en lo relativo al gobierno de los Países Bajos.

—No albergo dudas —decía el marqués— de que en estos momentos la mayor amenaza para esta monarquía no proviene de los enemigos que tenemos más allá de nuestras fronteras. No se encuentra en las agresiones que Luis XIV de Francia lleva a cabo contra nuestros intereses y territorios. Tampoco lo son hoy las Provincias Unidas a las que nos ligan, aunque haga sólo unos años esto pareciese imposible, intereses comunes ante la amenaza que para los holandeses suponen las aspiraciones del rey de Francia de convertir el Rin en la frontera natural de aquel país, como ya lo son los Pirineos. Tampoco los herejes luteranos y calvinistas suponen hoy el peligro de otros tiempos, en cuya fracasada extirpación hubimos de gastar ríos de sangre y de oro. Ni siquiera la amenaza que para nuestro comercio y nuestro imperio allende los mares suponen los ataques de ingleses y holandeses, son nada comparable al peligro que en este momento nos amenaza.

—¿Adónde pretende llegar Aytona con esta intervención? —preguntó, inquieto, en voz baja, don Cristóbal Crespí de Valldaura al arzobispo de Toledo, que estaba sentado a su derecha. Éste, por toda respuesta, se encogió de hombros.

—A ninguno de los presentes —continuó Aytona— le es ajena la agitación, la tensión e incluso el miedo que vivimos. Todos sabemos quién está detrás de esa agitación, quién da las instrucciones a una banda de secuaces que controla mesones y posadas, rincones y plazuelas; un control que llega hasta el punto de que su opinión es la que prevalece en las gradas de San Felipe donde son denostados y vilipendiados, hasta extremos nunca vistos, todos los miembros de esta Junta —algunos de los presentes se removieron incómodos en sus sillones—. No se inquieten vuestras mercedes porque esté diciendo en voz alta lo que todos saben. Esos intolerables insultos van dirigidos de forma particular contra el padre Everardo, dado el singular papel que desempeña en el gobierno de su majestad. ¿Saben vuestras mercedes por qué? —Aytona dejó que transcurriesen unos segundos antes de continuar—. Porque quien los promueve aspira cuando menos a ejercer las funciones que hoy tiene encomendadas el padre Everardo.

Las últimas palabras del marqués levantaron un murmullo. Cuando el silencio volvió a la sala donde estaba reunido el máximo órgano de gobierno de la monarquía hasta que Carlos II alcanzase la mayoría de edad, el orador retomó la palabra:

—Quien está detrás de tanta agitación como se percibe en calles y plazas, quien da las instrucciones precisas para que no haya rincón de Madrid al que no llegue un papel atacando al gobierno, quien desea a toda costa la exoneración del padre Everardo es persona de sobra conocida por vuestras mercedes. Es la mano de su alteza don Juan José de Austria...

Aquel nombre fue acogido con un murmullo mucho más intenso que el anterior. Doña Mariana de Austria, cuyo rostro era inescrutable y escuchaba impertérrita las palabras de su mayordomo mayor, solicitó silencio invitándole a seguir.

—Continuad y concluid, Aytona.

—Es su mano la que está detrás de tanta agitación. Es su mano la que está detrás de tanto papel injurioso y de tanto pliego insultante. Es su mano la que está detrás de los varios intentos, hasta ahora gracias a Dios fracasados, de acabar con la vida del padre Everardo.

Aquella afirmación hecha en presencia de la propia doña Mariana y en el seno de la Junta de Gobierno desató la tormenta. Ahora las palabras de los presentes no eran murmullos. Cada uno de los que allí tenían asiento pretendía, sin atender a ninguna otra consideración, tomar la palabra.

Con mayores dificultades que en la anterior ocasión la reina logró imponer el silencio. En los rostros de sus consejeros estaban reflejadas las emociones a que habían dado lugar las palabras del marqués. El rostro de Nithard había perdido el color y su mirada tenía un velo de tristeza. Inmóvil en su sillón, guardaba un silencio absoluto. Parecía rumiarse las afirmaciones de Aytona, no por conocidas de todos, menos tremendas por el lugar donde las había pronunciado.

—¿Habéis terminado? —preguntó doña Mariana al marqués.

—Concluyo acogiéndome a la benevolencia de vuestra majestad. Es su alteza el mayor peligro que en estos momentos amenaza a la monarquía. Y digo esto porque su pretensión no es otra sino la de ocupar el trono —al oír aquello se levantó un murmullo entre los asistentes— como están difundiendo algunos de sus parciales, quienes se basan en un horóscopo que le hizo un astrólogo cuando estaba en Flandes. En el mismo se afirma que su destino es una corona. Don Juan, que cree tal afirmación, entre otras razones porque conviene a sus intereses y colma sus ambiciones, tratará por todos los medios a su alcance de hacer realidad semejante locura.

Aytona acababa de remachar el discurso contra don Juan José de Austria.

Tras un breve silencio que dejaba claro que, efectivamente, Aytona había concluido, la reina preguntó:

—¿Alguien desea tomar la palabra?

—Si vuestra majestad me lo permite... —era Crespí quien solicitaba la venia.

—Os escuchamos, don Cristóbal.

—Las palabras proferidas por Aytona son graves. Contienen una acusación sin paliativos sobre persona de singular relieve. Me veo, señor marqués, en la obligación de preguntaros, ¿qué pruebas tenéis para realizar tan grave alegato contra el señor don Juan? Algo he oído yo de ese horóscopo, pero no creo que asuntos como los pronósticos, que tienen desde luego muchos seguidores, deban ser causa y razón de acusaciones tan fuertes. Insisto, son necesarias pruebas irrefutables, ¿las tenéis?

El representante del consejo de Aragón en aquella Junta se retrepó en su sillón juntando las manos sobre su voluminoso vientre, en actitud de escuchar la respuesta a la pregunta que había hecho.

Aytona, molesto por la pregunta, ni siquiera solicitó permiso para tomar la

palabra.

—¿Pruebas decís, señor Crespí de Valldaura? ¿Pruebas de la tensión que se vive en esta corte, donde todos nos sentimos amenazados en nuestras propias vidas? ¿Pruebas de la agitación que se percibe en calles y plazas, donde si no ha estallado un motín callejero es porque el señor don Juan ha decidido no promoverlo aún? ¿Qué más pruebas queréis que los propios papeles que llenan Madrid donde se insulta al gobierno y se ensalza la figura de don Juan? ¿Más pruebas queréis sobre las intenciones de don Juan que la propia confesión de sus criminales planes por boca de sus propios sicarios? ¿Qué fue si no la confesión de Saint-Aunais en trance de muerte? ¿Qué fueron si no las pruebas fehacientes que llegaron a manos del señor presidente de Castilla la misma víspera de la fecha prevista por Malladas para asesinar al padre Everardo, por lo que hubo de actuar de la forma en que lo hizo para evitar que se cometiese tan execrable crimen? —aquella afirmación hizo que don Cristóbal abriese desmesuradamente sus ojillos, tras las redondas lentes que gastaba—. ¿Qué más pruebas queréis, señor mío, que la evidencia misma de los hechos? —Tras aquella interrogante que ponía fin a las que había encadenado en su respuesta, Aytona abrió las manos en un gesto con el que pretendía dar mayor afirmación a sus palabras.

—Si vuestra majestad me lo permite... —inquirió Crespí.

—Sí, don Cristóbal.

—¿Podría el señor marqués indicarnos a los miembros de la Junta cuáles son esas pruebas fehacientes a las que se ha referido y que llevaron a actuar al señor presidente de Castilla a hacerlo de la forma en que lo hizo en el caso de Malladas?

Ante aquella pregunta Aytona vaciló. Ahora se arrepentía de haber llegado tan lejos en la encendida defensa de sus posiciones. Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás.

—A manos del señor presidente de Castilla llegó una carta que contenía las instrucciones precisas, con pormenorizados detalles, para asesinar al padre Everardo.

Al oír aquello un murmullo se levantó entre los presentes.

—¡Esta Junta no ha tenido conocimiento de esa carta, pese al escándalo que el garrote de Malladas ha provocado! —Crespí estaba profundamente alterado.

—Sosegaos, don Cristóbal, no es conveniente que os alteréis de ese modo —doña Mariana trataba de evitar el conflicto provocado por la actuación de Aytona—. Daré órdenes precisas para que tengáis conocimiento de ese papel. Si al mismo no se le ha dado difusión fue para evitar males mayores de los que ya se habían producido.

—Ruego a vuestra majestad excuse el tono de mis palabras, producto de la excitación del momento en que nos encontramos.

La reina asintió con un leve movimiento, e indicó a Nithard que diese órdenes para que, sin pérdida de tiempo, se trajese el papel en cuestión.

Con mayor celeridad de la habitual llegó el testimonio que todos aguardaban. Lo trajo el propio don Diego Sarmiento de Valladares, presidente del consejo de Castilla.

Fue invitado a tomar asiento y a que él mismo procediese a la lectura. Don Diego se caló unas antiparras, que le colgaban del pecho, en su ganchuda nariz, y componiendo la voz, leyó lo siguiente:

Fracasado el anterior intento, tomaréis las disposiciones convenientes, con gentes de toda confianza para que no vuelva a suceder lo acaecido con Saint-Aunais, a fin de ejecutar de nuevo la acción que tenéis encomendada. Tomad las disposiciones que creáis convenientes para que en este caso no escape con vida. Todo se ha dispuesto para que la tarde del día seis, que por ser jueves, habrá de salir de la sede de la Suprema donde tiene la reunión semanal, acabéis con la vida del confesor en el zaguán de dicho palacio. No os preocupéis de la escolta, cuya neutralización corre de nuestra cuenta. Vos, haced vuestro trabajo.

Tenéis doscientos ducados en buena moneda de oro para las urgencias que se os presenten y las instrucciones que habéis de seguir en Zaragoza, después de realizado el trabajo.

En el reverso del papel, en la parte destinada a poner la dirección, se podía leer:

A la atención de don José de Malladas Azofrín.

Terminada la lectura, don Diego se quitó las antiparras y dirigió su mirada hacia doña Mariana, esperando instrucciones. Sin embargo, la voz que escuchó fue la de don Cristóbal Crespí.

—Coincidiréis conmigo, don Diego, en que ésa es una carta un tanto extraña.

—Ciertamente, señor, no es habitual una carta donde se dan instrucciones para asesinar y menos si el objetivo del crimen es una personalidad de tanta relevancia como es el caso que nos ocupa.

—No iban mis apreciaciones en esa dirección. Sino en lo extraño que resulta que tales asuntos, sin duda extraordinarios, se traten de la forma en que se contienen en ese texto, que resulta demasiado comprometedor.

—En efecto se trata de un texto comprometedor. Pero se comprobaron los extremos que podían confirmar la veracidad del mismo —respondió don Diego.

—¿Sería mucha molestia para su ilustrísima —Crespí le dio aquel tratamiento en consideración a su dignidad de obispo— que nos explicase las circunstancias en que ese curioso papel llegó a sus manos y cómo fue la comprobación de la veracidad de los extremos que nos ha señalado?

El presidente de Castilla miró a Nithard, pidiéndole con los ojos autorización para responder a aquella pregunta. El valido asintió con un leve movimiento.

—Con sumo gusto contestaré a vuestra pregunta. La carta que acabo de leer a vuestras mercedes me fue entregada la misma noche, pocas horas antes, en que se llevó a cabo la detención de Malladas, a quien habíamos puesto bajo discreta vigilancia, después de las acusaciones que el marqués de Saint-Aunais había vertido contra él.

En realidad el conocimiento del contenido de dicho papel fue el detonante de su detención. Ignoro quién me la hizo llegar, pero no ofrece la menor duda, como han podido comprobar todos los presentes, de que en ella se contienen las instrucciones para cometer el vil asesinato planeado contra el señor inquisidor general. He de suponer que fue alguno de los mismos que estaban encartados en aquellos turbios manejos y que habría logrado hacerse con ella. Tal vez su conciencia le dictaba que había de apartarse de aquel diabólico plan y la forma de reparar el daño causado era actuar de la forma que lo hizo.

—¡Todo ello no son más que suposiciones!, ¡fantasías! —exclamó un descompuesto Crespí.

La reina le lanzó una mirada furiosa:

—¡Don Cristóbal, vuesa merced habrá de refrenar la lengua o me verá obligada a tomar alguna disposición que no deseo!

—Pido mil perdones a vuestra majestad, pero es que...

—¡No hay peros que valgan, Crespí! ¡Contened la lengua mientras don Diego contesta a vuestras preguntas! ¡Tened la bondad de continuar, don Diego, y excusad a don Cristóbal que, por alguna razón que ignoramos, se encuentra hoy un tanto desasosegado!

—Gracias, majestad —en los ojos de don Diego brillaba la gratitud ante el respaldo que la reina acababa de proporcionarle—. Como iba diciendo, la mencionada carta llegó a mi poder por un procedimiento tal, que ignoro quién fue la persona que lo hizo. Acerca de quién sea ni siquiera puedo hacer cábalas o suposiciones, sólo tengo la carta remitida, cuya caligrafía más bien parece dibujada, pueden vuestas mercedes comprobar lo que digo, lo que me induce a pensar que ha sido escrita por persona poco hábil en este menester. Una vez estudiado su contenido, y dados los antecedentes conocidos de todos los presentes, decidí que lo más conveniente era dar las instrucciones necesarias para detener a Malladas y someterle a un interrogatorio. La detención del susodicho Malladas no resultó complicada dada la vigilancia a que le teníamos sometido. Fue apresado cuando, tras haberse solazado, deambulando por el paseo de los Recoletos y del Prado, caminaba hacia su casa, que se encuentra en el postiguillo de San Martín. Dicha misión fue cumplida por el alcalde don Pedro de Salcedo, el mismo que le prendió en la ocasión anterior, quien le condujo a la cárcel de corte, donde se le practicó un registro.

Don Diego Sarmiento de Valladares interrumpió un instante su explicación, quería gozar de aquel momento en que iba a dar el golpe definitivo a los que dudaban de la implicación de Malladas en un plan para asesinar al padre confesor, e incluso de la existencia misma del plan. Fue un instante que trató de prolongar todo lo que pudo.

—De resultas del mismo se le encontró una bolsa de buen tafilete que contenía doscientos ducados en moneda de oro y un papel con las instrucciones que debía seguir en Zaragoza —el presidente del Consejo de Castilla quiso gozar de aquel momento que era el de su triunfo, paseó su mirada en la que brillaba cierto aire de

desafío sobre los presentes, sonrió a doña Mariana y a su protector y la posó sobre Crespí, quien, vencido, inclinó la cabeza.

—Con aquellas pruebas dimos por buena la denuncia y decidimos actuar en consecuencia —remató don Diego.

La reina, Nithard, Aytona y el presidente del consejo de Castilla apenas podían contener la euforia que se reflejaba en sus semblantes. A Crespí aún le quedaron fuerzas para murmurar una excusa y señalar que, pese a las evidencias, manifestaba su rechazo contra una actuación en la que faltó el procedimiento, el juicio y la sentencia. Pero para el representante del consejo de Aragón en la Junta de Gobierno, estaba claro que había perdido aquella partida. Buscando, más que nada una salida, preguntó:

—Por lo que ha dicho Aytona ese horóscopo que hicieron a don Juan cuando estuvo en Flandes parece señalar aspectos, cuando menos curiosos, de su futuro. ¿Qué es lo que sabéis acerca de ello?

Antes de que el marqués respondiese, Nithard tomó la palabra.

—Han de saber vuestras mercedes que esos asuntos en los que se dan la mano la superchería y ciertas prácticas brujeriles son contrarias a la doctrina de la Santa Madre Iglesia. Las artes adivinatorias están explícitamente condenadas por los sagrados cánones y, en ningún caso deben ser planteadas como un asunto a tener en cuenta por cristianos cumplidores de sus deberes. Mucho más aun cuando se trata de asuntos de tanta importancia y gravedad como son los que ocupan el trabajo de esta Junta de Gobierno.

—Sin embargo, vuestra ilustrísima —respondió Crespí— coincidirá conmigo en que este asunto de las ambiciones de don Juan es de suma importancia para los intereses de la monarquía.

—En efecto —replicó Nithard—, siempre y cuando no se mezclen en ellos cuestiones relacionadas con prácticas condenadas por la Santa Madre Iglesia.

Mientras debatían Crespí y el valido, Aytona, cuya intervención era la que había llevado la disputa por aquellos derroteros, se removía cada vez más incómodo en su asiento.

—Me he referido —Crespí no cejaba— al asunto del horóscopo por tratarse de un argumento que utilizan los parciales de don Juan y porque su efecto entre la plebe, cuya credulidad en estas materias no necesita de comentarios, es muy grande.

—Insisto en que tales planteamientos no tienen cabida en un lugar como éste —la voz de Nithard sonó agria, alterada.

—Y yo insisto en la importancia que tiene. Otra cosa es que nos neguemos a ver la realidad —también el tono de Crespí se había endurecido.

Iba a intervenir la reina cuando Aytona explotó.

—¡Se dice en ese horóscopo, aunque tal aseveración no es todavía del dominio público y no ha trascendido más allá de círculos reducidos, que don Juan es el verdadero hijo de la difunta reina doña Isabel! ¡Y que fue cambiado por el hijo de la



Calderona a quien todos consideraron el príncipe de Asturias, con el nombre de Baltasar Carlos!

Aquellas afirmaciones fueron un trallazo. Se hizo un silencio total, absoluto. Doña Mariana, cuyo rostro estaba lívido, clavó su mirada en Aytona.

—¿Queréis explicarnos eso que acabáis de decir?

—Majestad yo... yo os pido disculpas —el marqués apenas balbuceaba.

—¡Aytona, quiero una explicación acerca de lo que acabáis de afirmar! ¡Y la quiero ahora!

—Veréis, majestad —Aytona trataba de recomponerse—, en ese horóscopo que encargó don Juan a un famoso astrólogo llamado Cornelius para que le adivinase el futuro, también se contienen alusiones a su pasado en las que se afirma lo que acabo de deciros. Según ese papel, don Juan es hijo de vuestro esposo, cuya ánima Dios tenga en su seno, y de vuestra antecesora, la reina doña Isabel, quien dio a luz por los mismos días en que lo hizo la Calderona. Hubo, según el papel mencionado, un cambio de niños.

—¡Eso es una burda patraña! ¡Eso es una vil calumnia para dar satisfacción a las ambiciones desmedidas de un bastardo! —doña Mariana se puso en pie, con lo que todos los presentes se levantaron.

—Majestad —indicó Aytona en tono de excusa—, todos sabemos que se trata de una vileza más de las que don Juan pone en circulación. Pero puedo juraros que así es como está recogido en ese maldito horóscopo que sólo sirve a sus bastardos intereses.

Después de aquella explicación todos los miembros de la Junta permanecieron de pie y en silencio. Sólo se oía el crujir de la seda del vestido de la viuda de Felipe IV que no dejaba de pasear. Así transcurrieron varios minutos hasta que doña Mariana tomó asiento de nuevo e instó a sus consejeros a que hiciesen lo propio.

—¿Alguien ha visto ese horóscopo?

Todas las respuestas fueron negativas.

—¿Cómo es, entonces, que vos sabéis tantos extremos acerca de su contenido? —la pregunta de la reina iba dirigida a Aytona.

—Majestad, lo que yo sé es un rumor que corre por todas las esquinas de Madrid porque los secuaces de don Juan se han dado buena maña para difundirlo a los cuatro vientos.

—Sin embargo —terció Crespí—, no es del dominio público ese... ese asunto del cambio de recién nacidos.

—Así es. Tal cosa, al parecer por expreso deseo de don Juan, ha quedado reducida al conocimiento de muy pocas personas. Sin embargo, no ha podido evitar que trascienda más allá de su círculo más íntimo.

—Bien —afirmó la reina—, no creo que seamos nosotros quienes debemos dar pábulo a tales despropósitos. Vuestas mercedes darán por cerrado todo lo referente a este desgraciado asunto. Es nuestra real voluntad que se dé por concluido y no se vuelva a tratar de él. Igualmente me conformo con el parecer expresado acerca de que

se le acepte a don Juan la renuncia al cargo de gobernador de los Países Bajos por graves razones de salud —una sonrisa malévolamente apareció en sus labios—, de igual modo doy mi conformidad a que se le den instrucciones precisas para que sin dilación alguna regrese a Consuegra, sin pasar en su itinerario a una distancia de esta corte inferior a las veinte leguas. En el mencionado lugar, cabeza del priorato de la orden de San Juan, de la que es titular su alteza, habrá de permanecer sin salir del mismo, bajo ningún concepto, hasta que no dispongamos lo contrario.

Doña Mariana se levantó, sin dar opción a ninguna intervención. La reunión había concluido. Todos los presentes se levantaron respetuosamente y permanecieron en pie y en silencio hasta que su majestad hubo abandonado la sala.

El capitán Gonzalo de Santa Cruz pasaba por uno de los peores trances de su vida. La zozobra de su espíritu, las dudas que asaltaban su ánimo, la indecisión de que era presa, no eran comparables a nada de lo que había vivido hasta entonces. Desde que dejara las aulas de Alcalá de Henares, en diferentes ocasiones su vida había estado en peligro, y le había visto de cerca la cara a la muerte, pero nada tenía parecido con la situación en que se encontraba. Siempre había afrontado los problemas con decisión y había hecho frente a las dificultades con un ánimo que se contagiaba a los que estaban a su lado. Ahora se le veía desanimado y taciturno. Le faltaba resolución para abordar, incluso, las más pequeñas dificultades que planteaba el simple discurrir de la vida cotidiana.

La tía Casilda estaba preocupada con aquella situación que no hacía sino empeorar con el paso de los días. Al principio pensaba que era mal de enamorado y que el estado de ánimo de su sobrino, que aún no había llegado a los niveles de melancolía que luego alcanzó, se debía a algún enfado ocasional con doña Elena de Zúñiga, por lo que no había tomado en consideración el asunto. Pero cuando comprobó su intensidad y la forma en que afectaba a su sobrino, quien había entrado en una fase de mutismo, comprendió que el asunto tenía mayor importancia de la que en un principio había supuesto. Llegó a pensar, extrañada ante el comportamiento de Gonzalo, que hubiese sido víctima de algún tipo de hechizo o que le hubiesen echado mal de ojo. Podían haberle suministrado alguna pócima, algún filtro o algún bebedizo.

Había en Madrid gentes conocedoras de ciertas fórmulas y oraciones, dedicadas al ejercicio de la magia y de la brujería, aunque aquellas prácticas estaban condenadas por la Santa Madre Iglesia y eran perseguidas por el Santo Oficio. Muchas personas, que eran buenas cristianas, acudían a ellas en busca de remedio para sus males.

No se refería doña Casilda a quienes tenían conocimientos de las propiedades y poderes que había en determinadas plantas y que preparaban jarabes o ungüentos a las que se atribuían propiedades curativas. Ella conocía a algunos herbolarios e incluso a algún boticario que se ejercitaba en aquella práctica. Tampoco a ciertos individuos, a los que llamaban saludadores, que tenían ciertos poderes para curar enfermedades del cuerpo y del espíritu con su mirada o con sus manos y que incluso poseían facultades adivinatorias.

Lo que estaba considerando seriamente era la posibilidad de acudir a una persona con conocimientos de brujería o de hechicería para hacer frente a la situación en que se encontraba Gonzalo, pensando que hubiese sido víctima de algún conjuro o ligamiento que sus enemigos hubiesen encargado a un brujo o a un hechicero. Tales prácticas podían llevarse a cabo suministrando a la víctima algún bebedizo mezclado con los alimentos, pero también era factible ejercerlo desde la distancia, utilizando

para ello algún objeto que perteneciese a la persona a la que se quería hechizar, como un pequeño trozo de una vestidura o un simple cabello.

Pensaba doña Casilda que la situación por la que atravesaban en Madrid los asuntos de la corte, donde los enfrentamientos habían llegado a situaciones nunca vistas anteriormente, se prestaban a todo tipo de actuaciones con tal de eliminar a los enemigos. Era consciente de que su sobrino estaba involucrado en aquella vorágine y que podía ser víctima de los acontecimientos que se vivían. Se había preocupado mucho cuando Gonzalo le había comentado el incidente vivido con el duque de Sessa. Había sido un asunto de extrema gravedad que, a diferencia de lo que era habitual en Madrid, mentidero universal de la monarquía, no había trascendido más allá de ciertos círculos; posiblemente porque el duque había impuesto silencio entre sus criados. Pero esa misma actitud denotaba cuánto debía de haberle herido en su orgullo un suceso como aquél, por lo que no albergaba dudas de que trataría de vengarse por algún procedimiento. Pensaba, sin embargo, que era más propio del duque el que contratase a algunos bellacos para que intentasen dar muerte a Gonzalo, asaltándole en un momento de descuido. Su sobrino era una presa fácil por cuanto transitaba por unos mismos itinerarios, cosa que hacía con una gran despreocupación, convirtiéndole en blanco para una cuadrilla de malhechores, convenientemente aleccionada.

Extrañaba sobremanera a su tía el mutismo en el que había entrado porque a lo largo de los años siempre había departido con ella acerca de los asuntos relacionados con sus actividades. Sin embargo, los últimos días se había encerrado como un caracol en su concha y se limitaba a responder con monosílabos a las preguntas que le formulaba, muchas de las cuales sólo tenían por objeto sacarle de su ensimismamiento.

Preocupada con aquel estado de cosas acudió a visitar a una mujer llamada Josefa García, honrada y decente, algo conocida suya, vecina de la Cruz del Rastro, cerca de la calle de las Tenerías, que tenía fama de curandera y herbolaria. Su relación venía de la afición que doña Casilda le tenía a las hierbas y sus propiedades y a la fabricación de algunas tinturas y jarabes para curar resfriados, golpes y magulladuras. Había escuchado muchos rumores acerca de que Josefa se ejercitaba en ciertas prácticas, pero su relación nunca la había llevado por aquel camino, más tortuoso y complicado. Se decía que era una saludadora, que tenía conocimientos de magia y hasta que era sabedora de fórmulas para confeccionar extraños brebajes, filtros y papelillos, que iban mucho más allá de sus conocimientos de herboristería. Doña Casilda, en todo caso, podía dar fe, con los evangelios por delante, de que se trataba de una mujer muy discreta.

Después de pensárselo mucho acudió a visitarla para pedirle, si estaba en su mano, algún remedio para Gonzalo.

—¿Y decís, doña Casilda, que anda metido en sí?

—Así es, el capitán está ensimismado. Nunca ha sido locuaz, pero ahora cuesta

trabajo sacarle las palabras. Y lo que es peor, le veo triste, apocado, como si no fuese él.

—¿Sabéis por un casual si tiene amores con alguna dama? —preguntó Josefa con una pizca de malicia.

A doña Casilda no dejó de llamarle la atención la pregunta.

—Hace algunas semanas que corteja a una, pero no creo que ésa sea la causa.

—Habéis de saber que el amor es cosa muy compleja —señaló Josefa—. Un corazón enamorado es sensible a muchas cosas que en otras circunstancias apenas tendrían influencia en una persona —la saludadora se detuvo un instante para preguntar a doña Casilda—: ¿Habría posibilidad de que el enfermo me hablase de sus cuitas? ¿Tal vez entonces...?

—¡No, no, ni hablar! —la tía de Gonzalo agitaba las manos como si de aquella forma reforzase su negativa—, ¡ni siquiera puede enterarse de que he venido a veros, montaría en cólera...! No es persona que crea en estos remedios.

Josefa se encogió de hombros, dando por cerrada aquella posibilidad.

—¿Sabéis de algún suceso extraordinario que le haya acaecido coincidiendo con esa melancolía que le afecta?

—Que yo sepa tuvo un fuerte altercado con un noble de renombre, pero eso es algo a lo que el capitán no ha sido ajeno en otras ocasiones. Su vinculación al señor don Juan le ha llevado a participar en numerosos asuntos donde la complicación es parte esencial de los mismos. No creo yo que eso le afecte a estas alturas.

—¿Es vuestro sobrino parcial de don Juan?

—Y de los principales —afirmó la tía con cierto orgullo familiar.

Josefa García guardó silencio un largo rato, que doña Casilda respetó, aunque conforme pasaba el tiempo un cierto nerviosismo se apoderaba de ella. Parecía que su conocida estaba meditando acerca de un posible remedio. Cuando por fin habló fue para señalarle que podía facilitarle alguna ayuda.

—Aunque me hubiese gustado hablar con el capitán porque así tendría más elementos de juicio, os prepararé dos filtros, el uno para los males de amor, por si el capitán tuviese ese tipo de problema, y el otro para combatir la ansiedad. Mañana a esta misma hora podréis recogerlos. Se trata de unos polvillos que deberá ingerir disueltos en algún líquido.

—¿Agua? —preguntó doña Casilda.

—No es conveniente porque delataría el sabor y el color de los mismos. Mejor que sea vino y a ser posible tinto. Su color y su sabor lo enmascararán a la perfección. Pero recordad, no debéis mezclarlos bajo ningún concepto. Primero uno y a continuación el otro.

—¿Habrá algún peligro para su salud? —preguntó inquieta doña Casilda.

Josefa García la miró con una mueca de sonrisa en sus labios.

—Perded cuidado, si lo hacéis como os he dicho.

—¡Es que estoy tan preocupada!

—Tranquilizaos, doña Casilda, no es buena tanta agitación. Os confesaré algo para vuestro sosiego. No os puedo garantizar que esos polvillos surtan el efecto que deseamos, por no conocer con seguridad la causa que produce los males que aquejan al sobrino de vuesa merced, pero podéis estar segura de que no recibirá daño alguno por ello.

Aquellas palabras tranquilizaron algo el ánimo de la tía del capitán, quien antes de marcharse preguntó por un asunto que había rondado por su cabeza aquellos días, pero que tenía reparos en formular. Era algo que instintivamente rechazaba porque para ella, pese a ciertas licencias en lecturas y pese a los conocimientos que poseía de ciertas propiedades de las plantas, que la autoridad eclesiástica veía con malos ojos y hasta relacionaba con prácticas condenables, era ferviente cumplidora de los mandatos de la Santa Madre Iglesia.

Aquello que bullía en su cabeza suponía abrir la puerta a un mundo que presentía lleno de peligros. Había acudido a buscar consejo y remedio por la relación que tenía con aquella mujer y por la fama de discreción de que gozaba Josefa, pero no había sido para ella una decisión fácil, ni mucho menos. Lo que ahora quería plantearle le resultaba francamente difícil. Haciendo acopio de todas sus fuerzas le preguntó, sin mayores preámbulos:

—¿Podría ser mi sobrino víctima de un maleficio? ¿Podrían haberle embrujado de alguna forma?

A Josefa le llamó la atención la pregunta. Era como si doña Casilda hubiese decidido romper un tabú mantenido durante largos años. Pero más aún le impresionó el estado de agitación que la dominaba en aquel momento.

—Creo que deberíais sosegaros. Sabed que esas cosas que, por lo que deduzco de vuestro estado, tanto temor os infunden ocurren con más frecuencia de la que os imagináis y lo mejor es buscarle remedio adecuado. ¿Queréis un poco de agua?

Doña Casilda agradeció el ofrecimiento porque estaba verdaderamente sofocada.

Bebió a pequeños sorbos el agua que, en un fino vaso de cristal —todo un lujo—, le ofreció la dueña de la casa, y pareció tranquilizarse.

—¿Por qué me habéis hecho esa pregunta? ¿Tenéis alguna razón, que no me hayáis dicho, para hacerla? —le preguntó Josefa.

Doña Casilda aspiró una profunda bocanada de aire como forma de relajarse.

—No, no tengo ninguna razón especial. Sólo el temor que albergo por la situación en que se encuentra mi sobrino. ¡Hay tanta maldad en el mundo! ¡Nos acechan tantos males!

—No alberguéis temor. Os diré lo que vais a hacer para que quede conjurada esa posibilidad, aunque no tengamos certeza de la misma. Buscad hoy mismo un poco de azogue, lo que también llaman mercurio. Ponedlo dentro de una caña de trigo o de avena y colocadlo debajo del colchón en la cabecera de la cama de vuestro sobrino. Es un poderoso antídoto contra cualquier maleficio.

Josefa leyó en los ojos de doña Casilda.

—Tal vez sea mejor que os lo prepare yo misma. ¡Aguardad un instante!

La mujer salió por una puerta que no tenía hoja, sólo estaba cubierta por una cortina, tejida en llamativos colores y con dibujos geométricos, parecida a las mantas que usaban los pastores del reino de Granada. Doña Casilda aguardó impaciente hasta que la mujer regresó. Traía un pequeño frasco en el que había una especie de plata líquida, un finísimo tubo de cristal y una caña de trigo, como de una cuarta de longitud.

Taponó con cera uno de los extremos de la caña y con ayuda del tubo de cristal, la llenó de mercurio. Luego tapó con cera el otro extremo y se la entregó a la tía de Gonzalo.

—No sé cómo podré pagaros cuanto estáis haciendo.

—Esperemos que sea eficaz —fue la respuesta de Josefa.

—Decidme cuánto os debo.

—Lo que sea vuestra voluntad.

Doña Casilda le entregó dos ducados en buena moneda de oro, cantidad que por la expresión que se dibujó en el rostro de la mujer, debió de satisfacer con creces sus esperanzas. Se despidió con muestras de gratitud y le prometió ser puntual al día siguiente para recoger el filtro que había de suministrar a su sobrino.

La causa del desasosiego del capitán Santa Cruz era la duda que corroía su ánimo. Su turbación era mayor cuantas más vueltas daba en su cabeza a la contradicción que había sembrado en su mente y en su corazón la conversación con Elena, a quien llevaba sin ver desde hacía veinte días porque como cada año, desde que regresaran de los Países Bajos, cuando llegaban las vísperas de San Juan se ausentaba de Madrid para instalarse en Saucedón. Acompañaba a su padre hasta aquella villa, adonde acudía a tomar los baños en una fuente de aguas termales que, además de la creencia extendida de que estimulaba la fertilidad de las mujeres que tenían dificultades para quedar embarazadas, aliviaban las dolencias de reumas y otros achaques que padecía don Guillén. Gonzalo pensó que aquel alejamiento durante unas semanas serviría para que se esclareciesen sus ideas y pudiese serenar su ánimo.

Para un hombre como él, que había ligado su vida a la de don Juan, resultaba muy difícil digerir que éste fuese persona diferente a la imagen que del mismo tenía. Había compartido con él tantos momentos, había pasado tantas horas, buenas y malas, a su lado que no podía aceptar que su alteza no fuese la persona que su mente había configurado con el paso de los años, incluido el rechazo que le producían algunas actuaciones suyas, impuestas por la complejidad que llevaba implícita la lucha política. El hombre cuyas venturas y desventuras había compartido desde hacía casi una década era para la mujer que amaba la viva representación del diablo. Una combinación de mezquindades y maldades sin mezcla de bien alguno. Se negaba a creer que don Juan abandonase a nadie a su suerte de la forma que Elena afirmaba haberlo hecho con su familia. Aquello no era posible en el don Juan que él conocía.

Por otra parte, quien hacía aquellas afirmaciones era —no se lo habría consentido a nadie más en el mundo— la mujer de sus sueños, la mujer que amaba. La mujer por la que estaba dispuesto a entregarlo todo, incluida su propia vida. Una vida que, desde que volvió a verla por la Cava de San Miguel, había tomado una nueva dimensión y que perdería el sentido si no podía compartirla con ella.

Aquella contradicción era en la que se debatía Gonzalo de Santa Cruz y aquella era la razón de su melancolía, de su ensimismamiento, del mutismo que se había apoderado de su persona y que tan preocupada tenía a doña Casilda, desconocedora de las razones que habían dado lugar a tan extraña situación.

Gonzalo pensaba que debía de tratarse de un equívoco. En alguna parte tenía que haber un error que permitiese esclarecerlo todo y facilitarle una salida del tenebroso mundo de la duda y de la incertidumbre en que se encontraba sumido.

La ausencia de Elena, en contra de lo que había supuesto, lejos de ayudarle, vino a añadir una dificultad más, si es que ello era posible, al trance por el que pasaba. Ni podía hablar con don Juan, ni podía hacerlo con Elena. No podía plantear a ninguno de ellos los interrogantes que le roían el alma.

En medio de la confusión deseaba con vehemencia poder encontrarse de nuevo con la mujer que amaba. Ése era su mayor deseo. Le apretaba con tanta fuerza que descubrió en ello una cierta dependencia que no le gustaba; sin embargo, fueron inútiles los esfuerzos que realizó para sobreponerse. En menor medida también deseaba hablar con su alteza. Siempre le había hablado con sinceridad y ahora estaba dispuesto a hacerlo con mayor claridad que nunca. Don Juan tendría que responder a algunas preguntas que bullían en su cabeza y que le atormentaban. Pero, tal y como estaban las cosas, no sabía cuándo podría verle porque ignoraba en aquellos momentos cuáles eran los últimos planes de su alteza, aunque estaba seguro de que su estancia en La Coruña no se prolongaría mucho, tal y como estaban las cosas en la corte. Era posible que Patiño, que le había citado aquella tarde, le pudiese aclarar algo.

Para matar el tiempo y buscar bálsamo para sus heridas acudió, como hacía con cierta frecuencia siempre que estaba en Madrid, al mesón del Vizconde, que era el lugar donde se reunían algunos veteranos de los tercios que no habían caído en las redes del mundo de la truhanería y de la picaresca. En la mayoría de los casos llevaban su situación de pobreza con dignidad y nobleza, malviviendo de lo que conseguían cuando realizaban algunos trabajos por encargo de gentes timoratas que, teniendo algún problema, se sentían incapaces de resolverlo por sí mismos. Aquello les proporcionaba ciertos ingresos que, junto a algunos sablazos a amigos en buena posición, les permitían salir adelante.

Allí acudía estos días con mayor frecuencia de la que era habitual en él. Su presencia era bien acogida entre los viejos guerreros, que le habían conocido en alguna de las campañas, sobre todo las de Flandes. Para muchos de ellos Santa Cruz era el ideal de lo que había de ser un capitán de los tercios. Uno de los pocos por los



que, quienes aún estaban en condiciones de hacerlo, estarían dispuestos a sentar plaza y a jugarse la vida a su lado. Era un capitán de los que dieron fama a las compañías de infantes que sostuvieron la guerra contra los enemigos de la monarquía y contra los enemigos de la Santa Madre Iglesia. También su presencia en el reputado mesón, regido por el maestro Valladares, donde se decía que se comían las mejores espinacas con garbanzos en muchas leguas a la redonda y que algunos extendían a la totalidad de la corona de Castilla, significaba una jarrilla de buen tinto para los veteranos que allí concurrían, siempre escasos de ducados.

Un día, cuando el capitán se marchaba, tras indicar al mesonero que pusiese una ronda por su cuenta, aunque él ya no la compartiría, uno de los viejos soldados se levantó e hizo con él un aparte.

—Capitán, ¿disponéis de un momento? —le preguntó el veterano, un soldado que había peleado a sus órdenes en Flandes y en Portugal.

—¿Tienes algún problema?

En el rostro del soldado —un hombre maduro, de unos cuarenta años, cuyos mostachos, impresionantes por su tamaño, empezaban a blanquear— se dibujó una media sonrisa.

—No, mi capitán, creo que el problema lo tenéis vos.

A Santa Cruz, que no estaba para bromas, se le ensombreció el rostro.

—¡Qué quieres decir con eso!

El soldado miró a derecha e izquierda.

—Podríamos apartarnos un momento a un sitio más discreto —al decir esto miró hacia una solitaria mesa que quedaba en una esquina de la amplia sala donde se comía, se bebía, se jugaba, se juraba y se desarrollaba la vida propia de un establecimiento como aquél.

Sin ser propiamente un reservado, el lugar señalado por el soldado estaba en un saliente, al otro lado de un arco que delimitaba la separación del sitio con el resto de la estancia. Al capitán no fue necesario que le dijese nada más.

En aquel lugar apartado, si no de miradas sí de oídos indiscretos, sostuvieron una larga conversación.

—Vuestra vida corre serio peligro —soltó el soldado sin mayores preámbulos. Iba directo al grano.

—¿Y quién está a salvo? —contestó el capitán con cierta ironía.

—Lo que quiero deciros, mi capitán, es que alguien trata de buscaros las vueltas.

—¿Y quién es ese alguien, si puede saberse?

—Con seguridad no puedo decíroslo, pero me barrunto algo.

—¿Y bien? —comentó Gonzalo con desgana.

—Creo, mi capitán, que se trata del duque de Sessa.

Al escuchar aquel nombre la atención del capitán cobró un interés que no había tenido hasta entonces.

—¿El duque de Sessa, dices...? ¿Por qué piensas eso?

—No puedo decíroslo de fijo, mi capitán. Ya os he dicho que sólo lo barrunto.

En las mandíbulas de Gonzalo se pudo percibir que éste apretaba la boca con fuerza. Miró a los ojos al viejo soldado.

—¿Qué es lo que sabes?

—Ayer —el soldado pareció hacer memoria—, ayer no, antes de ayer, porque ayer no vinisteis por aquí, un sujeto que me encarga ciertos trabajillos...

—¿Ciertos trabajillos?

—Ya sabéis a qué me refiero, un marido cornudo que quiere dar un escarmiento al que se beneficia a su mujer y no es capaz de...

—Sigue, Andrés —el capitán llamó por su nombre al soldado.

—Como os decía, ese sujeto me comentó si estaba interesado en participar en un escarmiento a cierto individuo. Le pregunté en qué consistía y le vi remiso a explicarse, cosa que no me gustó. No me gustó porque no me he metido en ningún asunto raro de esos que tanto abundan en estos tiempos.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabéis, señor, en la corte todo el mundo parece estar nervioso, por ahí se oyen rumores extraños. Malas cosas, mi capitán. Cosas de la política de las que ni sé, ni quiero saber. Se habla de tramas urdidas, de planes para asesinar... cosas complicadas en las que lo mejor que uno hace es no meterse, ni de oídas.

—Ya te entiendo... prosigamos con lo nuestro.

—No me gustó lo reservado de la propuesta. Me amosqué más cuando me dijo que si estaba dispuesto a participar recibiría sesenta ducados. ¡Sesenta ducados, mi capitán, la paga de un año en el tercio! Aquello era una cosa gorda. Sin rodeos le pregunté si el escarmiento consistía en despachar a alguien. Aunque no me contestó, vi en sus ojos que se trataba de eso. Me dijo que el riesgo era mínimo porque serían cuatro contra uno y que se contaba con la ventaja añadida de la sorpresa. He de confesaros que en algún momento tuve la tentación de aceptar. ¡Sesenta ducados, mi capitán, y con lo mala que está la vida! «Tiene que tratarse de algún pez gordo cuando hay tanto dinero de por medio». Le dije al sujeto, que pensó que al decir aquello me tenía ya en sus redes. «No lo creas», me contestó. «Un capitán retirado, que vive en la plaza de la Cebada».

»Podéis creerme —continuó el soldado— si os digo que al oír aquello se me encogió el estómago. Mi capitán, lo que aquel sujeto me estaba proponiendo era que os diese matarile porque, aunque no sé si en esa plaza vive algún otro capitán, yo me acordé de vuesa merced. Le dije que aquél era un asunto muy feo, que una cosa eran unos buenos mamporros, partirle a alguien un brazo o una pierna, ponerlo a caldo o dejarlo como a un Cristo y otra muy diferente asesinar a una persona, porque en ese caso la justicia se tomaría más a pecho el caso. Intentó disipar lo que el fulano creía que en mí eran dudas, diciéndome que gozaríamos del amparo, aunque discreto, de persona de mucho nombre e influencias. Le pregunté el nombre, pero se negó a decirme quién era. Pero yo sé que ese individuo, a quien llaman el *Polaco*, ha

realizado algún encargo al duque de Sessa, de quien es mucho. Por eso, mi capitán, os he dicho que no sé con seguridad por dónde puede venir todo esto, pero me barrunto que pudiese haber algo por esa dirección. En todo caso, vuesa merced sabrá si tiene pendiente algún ajuste de cuentas con el duque.

—No andas descaminado, Andrés, no andas descaminado. Pero dime, ¿cuándo te hicieron la propuesta?

—Fue antes de ayer por la tarde, mi capitán.

—¿No se te ocurrió avisarme antes?

—No había peligro inminente, mi capitán. Si hoy no hubieseis venido por aquí, os habría buscado.

—¿Por qué sabes que no hay peligro inminente? —preguntó sorprendido Gonzalo.

—Porque, para darle carrete al *Polaco* le dije que, tratándose de un asunto de tanta gravedad, tenía que pensármelo. Nunca me había visto yo envuelto en un asunto de tanto porte como éste. Me dio tres días de plazo. Quedé en verme con él mañana por la tarde en la plaza Mayor.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—¡Cómo que qué tengo pensado hacer, mi capitán! ¡No ve vuesa merced que estoy contándoselo todo! —respondió Andrés con cierta crispación porque no había interpretado el verdadero sentido de las palabras del capitán. Adoptó una actitud de dignidad ofendida.

Gonzalo puso una mano en el hombro del enojado soldado para que se relajase.

—No te enfades, Andrés. Lo primero es darte las gracias por todo lo que has puesto en mi conocimiento. No sabré cómo pagártelo. Lo que quiero decir es que si piensas acudir a la cita para rechazar la oferta del *Polaco* o tienes ya pensado ni siquiera aparecer por allí.

—Haré lo que vuesa merced me diga.

El capitán apretó con fuerza, en un gesto de gratitud, la mano que tenía puesta en el hombro de quien había estado a sus órdenes en los difíciles tiempos de Flandes y Portugal.

—¡Vas a perder los sesenta ducados, con lo mala que está la vida!

—Ya saldrá algo...

—Bien, en ese caso acudirás a la plaza Mayor y le dirás al *Polaco* que aceptas el encargo, pero que quieres cien ducados.

—¡Mi capitán!

—Me has dicho que harás lo que te diga, ¿no es cierto?

—Cierto, mi capitán.

—Entonces escúchame con atención. Le pedirás cien ducados para que crea que has madurado el asunto y que los peligros son tan grandes y el riesgo tanto, que quieres más dinero; regatea hasta conseguir lo más posible. Además, le pedirás la mitad por adelantado. Todo ello dará crédito a tu participación. Luego trata de

obtener toda la información posible. No deben vernos juntos, pero me tendrás puntualmente informado. Mi criado vendrá aquí todos los días dos veces a partir de mañana. Infórmalo de todo con discreción. Por el mismo conducto yo te daré instrucciones. Sólo por razones muy especiales, cosa que dejo a tu criterio, utilizarás otra forma de comunicarnos. Puedes valerte de los servicios de un mendigo ciego, que pide limosna en la plaza de la Cebada y es persona de fiar.

El capitán ya se marchaba, cuando se volvió.

—No te lo he preguntado, Andrés, pero todo esto supone que te vas a jugar algo más que un puñado de ducados. Lo que te juegas es la vida. ¿Estás dispuesto a ello?

—Como en los viejos tiempos, mi capitán.

La reunión en casa de Patiño fue muy breve. Don Bernardo puso al capitán al corriente de las noticias que su alteza le había hecho llegar. Por aquel conducto, Gonzalo supo que don Juan había rechazado el nombramiento de gobernador de Flandes, alegando problemas de salud. También sabía don Bernardo que la Junta de Gobierno había decidido aceptar la renuncia de don Juan y que la reina había firmado un decreto ordenándole que se retirase a Consuegra, donde debía permanecer hasta que recibiese instrucciones. En ningún caso se le permitiría venir a la corte, ni siquiera pasar por ella en el viaje que había de realizar hasta la población donde se encontraba la cabecera de la orden de la que don Juan era gran prior.

—¿Cuál es la enfermedad que aqueja a su alteza? —preguntó, sin disimular cierta ironía el capitán.

A Patiño no le gustó la pregunta. La respuesta fue desabrida:

—Cosas relacionadas con los fríos y humedades propios de aquellos parajes.

A pesar de que don Bernardo parecía enojado, Gonzalo comentó con sorna:

—¿Os referíais a los de Galicia o a los de Flandes?

La mirada que le dirigió el secretario de su alteza fue maligna.

—¿Estáis de broma, capitán, o sólo es que me lo parece?

—Lamento haberos enojado, don Bernardo, pero la verdad es que parece excusa poco consistente en un asunto de tanto compromiso como es éste.

—¿Excusa, decís? ¡Por los clavos de Cristo, don Gonzalo, que no entiendo qué es lo que os ocurre! Su alteza ha enfermado y ésa y sólo ésa es la razón por la cual se ha visto imposibilitado de hacerse a la vela rumbo a su destino.

—Habréis de perdonar mi insistencia. Ya sabéis que por su alteza estaría dispuesto a cualquier cosa. También sabéis que estos negocios y manejos, que en los últimos meses se tejen y destejen con mayor intensidad, suelen despertar en mí poco interés. Pero habéis de saber que he apoyado el que don Juan no debería estar lejos de la corte y, desde luego, no salir de estos reinos. Pero permitidme que os diga que me parece burda excusa la que su alteza ha dado. Tal y como soplan los vientos en la corte y con el malestar que rezuma la gestión de la reina y de su valido, no sería difícil, aunque los grandes no están dispuestos a arriesgar nada en este asunto, provocar la caída del padre confesor. Eso es lo que debería hacerse y no andar con tantos melindres y zarandajas, que no harán sino traer pérdida de crédito a su alteza.

—No acabo de comprender vuestra actitud, don Gonzalo, da la impresión de que fueseis otra persona. Creo que no os vendría mal un descanso, os veo ojeroso y con el semblante pálido. ¿No será que la relación con Elena de Zúñiga procura a vuesa merced mayores padecimientos que alegrías?

Aunque a Gonzalo no le gustó que Patiño aludiese a algo que no era de su incumbencia, el capitán trató de mostrarse sereno.

—Aunque ése es asunto que a vos no os importa he de deciros que ciertamente

algo de verdad hay en vuestras palabras, pero, desde luego, por motivos que no alcanzáis a sospechar.

La conversación entró por unos derroteros que para don Bernardo Patiño — hombre experimentado en las luchas cortesanas, profundo conocedor de las gentes y hecho a deducir por una palabra, incluso por un gesto, todo un discurso— eran de su agrado.

—Tal vez, don Gonzalo, os sorprenderíais si os dijese todo lo que pienso acerca de eso que bulle en vuestra cabeza estos días relacionado con esa, digamos... digamos peligrosa, eso es, peligrosa relación que habéis entablado con la mencionada dama.

—¡Cómo os atrevéis a calificar de esa forma lo que yo decida o no decida hacer! —El enfado de Gonzalo era visible. Patiño había logrado llevar la conversación al terreno que deseaba y sobre todo a una posición incómoda a su interlocutor.

—Sosegaos, don Gonzalo, yo no pretendo inmiscuirme en vuestros asuntos, ¡líbreme Dios de ello!, salvo que los mismos puedan afectar a los de su alteza. Es por eso por lo que me he permitido ese... ese atrevimiento.

El capitán parecía más que un avezado militar y experimentado hombre de acción, un colegial al que su preceptor hubiese sorprendido cometiendo una falta. Se dio cuenta de que las canas que peinaba Patiño no habían aparecido en balde en su cabeza. Su experiencia y el conocimiento que tenía sobre su persona le daban una ventaja considerable en aquella especie de duelo dialéctico en el que ambos se habían enfrascado.

—En todo caso —señaló Gonzalo claramente a la defensiva— habéis de saber que mis asuntos son sólo de mi incumbencia.

—Lleváis en ello toda la razón, mi querido amigo. Pero he de añadir que siempre y cuando los mismos no perjudiquen los negocios de su alteza.

—Pruebas he dado, don Bernardo, de que también estoy sumamente interesado en que los negocios de su alteza le conduzcan al sitio que deseamos.

—No me cabe la menor duda, don Gonzalo, no me cabe la menor duda. Siendo eso así, si queréis aceptar el consejo de quien sobre vos no tiene mayor autoridad que la de estas canas, guardad cuidado con vuestras relaciones —el tono de Patiño, que se sabía vencedor de la liza, era conciliador incluso en sus ademanes.

Mientras decía esto puso una mano sobre el hombro de don Gonzalo. Completó su actuación con una alusión a algo que ya le había hecho llegar al capitán:

—Recordad lo que os dije hace días. No os fiéis de Sessa y andad con cuidado. Algo está tramando y os recomiendo que no confiéis en nadie.

A pesar de que el capitán sabía de las extraordinarias fuentes de información que don Bernardo poseía y cuya red tenía ramificaciones hasta los lugares más insospechados, no dejaba de sorprenderle el que tuviese tan puntual información sobre tales asuntos.

—¿Tenéis algún dato sobre lo que acabáis de decirme?

Patiño, que sabía de sobra la importancia que un hombre como Santa Cruz tenía para su alteza, le susurró muy quedo:

—Aunque no tengo todos los detalles sé que andan buscando gente con la que formar una cuadrilla para acabar con vuestra vida. Ésa era otra de las cosas que quería deciros, pero que hasta ahora nuestra conversación no me había permitido hacerlo. Por eso, don Gonzalo, cuidad vuestra vida que no es sólo preciosa para vos. Y aunque sé que puedo heriros en vuestro orgullo, permitidme que os haga un ofrecimiento.

Gonzalo le miró interrogativamente.

—Si vuesa merced no tiene inconveniente —señaló Patiño—, podría disponer una discreta protección sobre vuestra persona. Sabed que el riesgo es grande y que el negocio que se traen entre manos para mataros lo tendrán concluido no más allá de mañana o pasado. Os sorprendería saber la cantidad de detalles que sobre vos tienen para actuar con la mayor eficacia e impunidad.

—No deseo esa protección que vuesa merced me ofrece y que no puedo hacer otra cosa que agradeceros, pero os advierto que no voy a consentir que se ande tras mis pasos. Sin embargo, me prestaríais un gran servicio si me dais detalles de aquello que sepáis.

—Permitidme, don Gonzalo, que insista en daros cierta protección. No lo hago ya sólo por vuestra vida, sino por los propios negocios de su alteza. Además, es de justicia porque ha sido un encargo de don Juan quien os ha puesto en esta situación.

—¡Os he dicho que ni se os ocurra, don Bernardo! —las palabras del capitán sonaron decididas y rotundas.

—Está bien. Pensad que podría haberlo hecho sin haberos advertido de ello. Sin embargo, aunque en algún momento lo pudieseis poner en duda, vuestra opinión siempre me merece un gran respeto, a pesar de que en algunos casos yo no la comparta.

—Agradezco vuestra sinceridad, don Bernardo... y ahora contadme lo que sepáis.

—Un individuo al que conocen por el *Polaco*, que es sujeto de cuidado y muy conocido por sus fechorías, es persona próxima al duque de Sessa, quien le dispensa su amparo y protección. Ese amparo le ha permitido en no pocas ocasiones salir con bien de situaciones comprometidas y de algunos lances con la justicia. Anda buscando a cuatro o cinco espadachines para mataros. Alguno ya está comprometido, otros lo están sopesando por cuestión de dineros o porque albergan ciertos temores, ya que enfrentarse a vuesa merced con un acero en la mano supone correr un grave riesgo. Pero, como os digo, el trato lo cerrarán en un par de días como mucho. Tratarán de sorprenderos para tener la ventaja no sólo del número.

—¿Puedo preguntaros algo?

—Lo que vos gustéis.

—¿Quién os ha facilitado esa información?

Patiño esbozó una sonrisa pícara.

—Mi querido amigo, en estos asuntos se suele pregonar el milagro, pero no el santo.

—Comprenderéis mi interés por este asunto, cuando es mi vida la que está en juego.

—La misma vida que no deseáis que os ayude a proteger —sentenció don Bernardo con la expresión de quien da por rematado un asunto.

Se marchaba el capitán, cuando el secretario de su alteza le comentó:

—Don Gonzalo, las órdenes de don Juan son que todos permanezcamos alerta y que no nos movamos de la corte. Él llegará a Consuegra en pocos días y desde allí dará las instrucciones que más convengan a sus intereses.

—¿Resultaría inoportuno el que me desplazase a Consuegra una vez que su alteza esté instalado allí? Tengo imperiosa necesidad de hablar con don Juan —comentó el capitán.

—¿Tan importante es ello?

—Para mí, sí.

—Las instrucciones que he recibido al respecto son muy estrictas y precisas, don Gonzalo.

—Insisto en ello.

—Está bien, aunque no puedo garantizároslo, veré qué se puede hacer. Y sobre todo lo que os he dicho, andaos con mucho tiento.

El capitán asintió con unos movimientos de cabeza, y sin abrir la boca se marchó con el ánimo turbado después de aquella conversación.

A Gonzalo de Santa Cruz no dejó de sorprenderle el que Andrés le mandase un recado al día siguiente de la fecha en que se había reunido con el *Polaco* en uno de los mesones de la plaza Mayor. La sorpresa no se la había procurado tanto el hecho de que le hiciese llegar un mensaje, que era algo en lo que habían quedado tras el encuentro mantenido en el mesón del Vizconde, cuanto el hecho de que en el mismo le dijera que era imprescindible que se viesen aquella misma noche.

El recado le llegó por medio del ciego que solicitaba la caridad de las gentes junto al humilladero de Nuestra Señora de Gracia en la misma plaza de la Cebada. Era un texto escrito con muy mala caligrafía en papel de baja calidad, donde estaba garabateado lo siguiente:

*Sin excusa e de beros esta misma noche después de que sean dadas las dose en el meson del Turco. Aguardo a vuesa merse en el reserbado en el sotano. Pregunte vuesa merse al mesonero por mi utilizando mi nombre de pila.*

El papel no tenía ningún signo ni rúbrica que le identificase. Sólo la referencia que el ciego le había dado, al decirle: «de parte de Andrés».

Durante el almuerzo Gonzalo notó a su tía muy nerviosa. A pesar de que le



preguntó varias veces por la causa de su estado de ánimo, doña Casilda le respondió con evasivas.

Aquel día, sin que hubiese celebración que festejar, su tía se había esmerado. La comida era verdaderamente especial. Unos entremeses que hubiesen bastado para saciar el hambre más voraz, a continuación le sirvió unas truchas al modo que las preparaban en su tierra natal, la Rioja navarra, luego vino un capón relleno de frutas y después, pese a las protestas de Gonzalo que afirmaba no poder más, hubo de hacerle los honores a una lengua de vaca cocida en su propia gelatina. Los postres consintieron en una variada repostería, obra de doña Casilda con la ayuda de alguna aportación que había comprado en un convento de la vecindad. Todo ello regado con un excelente tinto de unas botellas, todo un lujo al alcance de muy pocos, que reposaban en el sótano de la casa y que cada año por las pascuas de Navidad les enviaban sus parientes de Haro, procedentes de la cosecha que con esmero extraordinario elaboraban los padres agustinos de aquella localidad, a cuyo lagar se llevaban las uvas de la heredad de don Gonzalo. El buen vino tinto era una de las debilidades del capitán.

Por si todo aquello no era motivo de sorpresa suficiente, no aclarada por parte de doña Casilda, quien a las preguntas de su sobrino por la causa de aquel dispendio, se limitaba a responder que tenía ganas de regalarle de aquel modo porque le veía decaído y desmejorado, fue el propio Gonzalo quien hubo de ir varias veces a la cocina, algo insólito en los anales de aquel hogar —porque ése era territorio poco menos que vedado a su presencia— a ejecutar ciertos cometidos por indicación de su tía.

Cada vez que Gonzalo regresó de cumplir con aquellos mandatos su copa rebosaba vino, aunque él, impresionado por todo lo relacionado con el festín, no reparó en tales minucias.

Después de tan opípara comida le invadió un agradable sopor que le llevó a acostarse, hecho que revestía un carácter extraordinario en las costumbres del capitán. Cuando se levantó al cabo de tres horas se encontraba de un humor apacible. Sólo su tía tenía la clave de aquella especie de transformación.

Su alegría, ante el súbito cambio de ánimo de su sobrino, se difuminó cuando éste le comunicó que aquella noche habría de salir muy a deshoras. Tía y sobrino tuvieron una larga conversación en la que Gonzalo la puso al corriente de los manejos que al parecer —le dijo que no era seguro por no aumentar su alarma— el duque de Sessa urdía contra él. Ante aquella revelación doña Casilda insistió en que no saliese y tachó de imprudencia, más propia de jóvenes alocados que de una persona de su responsabilidad, el que hubiera rechazado la protección que don Bernardo Patiño le había brindado aquella misma mañana.

—¡No lo comprendo, por muchas explicaciones que quieras darme! ¡No puedo entender que salgas solo esta noche, tan a deshoras, cuando sabes que alguien trata de darte muerte! ¡Y lo que de ninguna manera me entra en la cabeza es que hayas

rechazado el ofrecimiento de don Bernardo!

Gonzalo, que por nada del mundo dejaría de asistir a la cita en el mesón del Turco, trataba de tranquilizarla.

—No debes preocuparte, con mi *Ferol* en la mano y advertido como estoy son esos truhanes quienes deberían preocuparse. Además, la cita de esta noche es con una persona de mi confianza. Alguien que está de mi parte, un viejo conocido llamado Andrés, que ha sido, precisamente, quien me ha puesto sobre aviso ante los planes de Sessa.

Al escuchar aquellas palabras, doña Casilda tuvo un sobresalto.

—¿Cómo has dicho? ¡Repite eso que has dicho! ¿Con quién estás citado?

—¡Tía, por el amor de Dios! —en el tono de aquellas palabras había un fondo de resignación—, ¡no empecemos de nuevo! Acabo de decirte que mi cita es con un conocido llamado Andrés.

—¡Así que quien te ha puesto al corriente del plan urdido para asesinarte se llama Andrés!

—En efecto, ése es su nombre. Nombre de cristiano y de apóstol para mayores garantías.

—¡Gonzalo, se trata de una trampa! ¡Van a asesinarte esta noche! —aquellas palabras, más que otra cosa, fueron un grito.

—¡Desvarías, tía!

—¡No, no desvarío! Escúchame con atención y te suplico que no me interrumpas hasta que haya concluido.

—Está bien, está bien —Gonzalo trataba de tranquilizar a doña Casilda—: Soy todo oídos.

—Hace dos días, preocupada por tu estado, acudí a casa de una mujer que vive en la calle de las Tenerías, persona decente y honrada, de la que se rumorea en determinados ambientes que tiene ciertos poderes poco habituales.

—¡No me digas que has acudido a casa de una bruja! —Gonzalo no pudo reprimir una exclamación.

—Te he pedido que no me interrumpas hasta que hayas escuchado todo lo que tengo que decirte. Insisto en ello.

—Discúlpame, pero es que me ha sorprendido tanto...

—Como te he dicho, acudí a esta mujer para que me dijese si había alguna solución para remediar el estado en que te encuentras. ¡Porque no irás a negarme que estás un poco raro...!

—¡Tía, por favor! —exclamó Gonzalo en tono resignado.

—Me dijo —continuó doña Casilda— que no sabía con certeza cuál era el remedio más adecuado para tu mal porque no disponía de todos los elementos para emitir un juicio acertado, pero que algo podría hacerse. Me preparó un amuleto que está bajo tu colchón. Se trata de un poco de azogue guardado en una caña de trigo, y también, acudí ayer a recogerlos, dos filtros que había de suministrarte. Aunque no

me aseguró que surtiesen el efecto que yo deseaba, me garantizó que no te causarían ningún mal. Hoy te los he dado, mezclados con el vino de la comida.

Gonzalo no pudo contenerse.

—¡Eso explica el porqué de tan singular almuerzo!

—En efecto, y no me interrumpas. Por lo pronto observo que tu humor ha variado, respecto del estado habitual de estas semanas pasadas. Pero lo que quiero que sepas es que cuando ayer fui a recoger los filtros, me dijo algo que ahora ha cobrado sentido. Afirmaba que estabas siendo víctima de una traición. Me dijo que el nombre del felón era Andrés y que esa persona había tenido relación contigo en Flandes.

Gonzalo, cuyo rostro se había contraído poco a poco conforme su tía le hacía las últimas revelaciones, quedó paralizado.

—¿Cómo sabes tú que yo conocí a Andrés en Flandes? Eso es algo que no te he dicho.

—Porque me lo dijo esa mujer de la calle de las Tenerías.

—No... no es posible.

—Sí es posible. Este mensaje —doña Casilda agitó el papel— contiene una trampa en la que te vas a meter tú solito esta noche. Escúchame. Ahora que te he dado pruebas de que corres un serio peligro, has de hacerme caso. Esta noche no acudirás a esa cita, porque si lo haces será tu perdición. ¡Ese Andrés te está engañando! ¡En realidad te ha vendido!

—Es posible que lleves razón, tía —Gonzalo se pasaba la mano suavemente por el mentón, en actitud de meditación—, y que Andrés no esté jugando limpio conmigo, pero eso no es obstáculo para que yo acuda esta noche al mesón del Turco. En todo caso te prometo ser cuidadoso.

—¿Ser cuidadoso dices, cuando te metes a sabiendas en la boca del lobo? ¡Tú eres un insensato! —doña Casilda comenzó a gemir.

Durante un largo rato Gonzalo se empleó a fondo en convencer a su tía de que, apercibido como estaba, sería muy difícil que aquellos malvados lograsen su propósito. A duras penas logró su objetivo y sólo consiguió serenarla algo cuando aceptó que le acompañase Sancho. Aquella concesión pareció aquietar algo los alterados ánimos de doña Casilda, que pasó el resto de la tarde y la primera parte de la noche con un rosario en la mano, pronunciando jaculatorias e invocando el bendito nombre de Jesús.

A alterarla de nuevo vino la noticia que trajo Sancho poco antes de la oración.

—¿Sabe vuesa merced el rumor que corre hoy por los mentideros de la villa?

—No seas mastuerzo, Sancho. ¿Cómo voy a saberlo si no he puesto un pie en la calle desde la tarde de ayer?

—Señora, se comenta por todas partes que la renuncia que días atrás hizo el señor don Juan a su cargo de gobernador de Flandes y que le fue aceptada por su majestad y la Junta de Gobierno, provocó tal malestar en doña Mariana que le ha dado órdenes

de que se retire a Consuegra, con prohibición expresa de poner los pies en esta corte.

—Sancho, además de mastuerzo, llevas días de retraso. Todo eso era ya la semana pasada la comidilla de mercados, calles y plazas.

—¡Señora, es que no he terminado! ¡No es eso lo que quería contaros! —protestó el criado.

—¡Pues habla de una vez!

—Lo que se comenta, doña Casilda, es que el duque de Sessa ha hecho público un manifiesto injurioso contra el señor don Juan, en el que se dicen cosas muy graves para el honor de su alteza.

—¿El duque de Sessa? —preguntó inquieta doña Casilda.

—Sí, señora, el duque de Sessa.

—¿Sabes exactamente qué es lo que dice contra su alteza?

Por toda respuesta el criado sacó de su pecho un papel.

—Aquí tenéis un ejemplar.

Visiblemente nerviosa, doña Casilda se acercó hasta la luz que proporcionaba un velón de bronce y leyó el papel que Sancho le había traído. El temblor de sus manos se acentuaba conforme avanzaba en su lectura. Cuando concluyó, estaba tan alterada que hasta la respiración tenía agitada, como denotaba el intenso movimiento de su pecho, que se percibía bajo los encajes de su blusa.

—Ni se te ocurra decir nada de esto al capitán. ¿Entendido?

—No os preocupéis, doña Casilda. Seré una tumba.

—Ni una sola palabra. Esta noche, además, acompañarás al capitán, que ha de ir al mesón del Turco, el que hay en la Cava Baja de San Miguel. No le pierdas de vista un momento y estate ojo avizor, me temo que se cierne sobre él un grave peligro.

Sancho, que había ejercido de asistente del capitán cuando éste estaba en campaña, juró a doña Casilda, besando una cruz que hizo con sus propios dedos, que estaría pendiente de todo.

La tía de Gonzalo apenas tuvo tiempo de ocultar el papel al percatarse de que su sobrino se acercaba. El capitán había estado limpiando su espada y su daga.

Apenas eran dadas las doce de la noche del 24 de agosto en el reloj de la iglesia del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, cuyas campanadas sonaron rotundas llenando el silencio de aquella parte de Madrid que bajaba desde la plaza Mayor hacia la ribera del Manzanares, cuando dos sombras, que se amparaban en la relativa oscuridad de una noche en la que lucía una luna a punto de llegar a su máxima redondez, salieron de la casa del capitán Gonzalo de Santa Cruz.

Los dos hombres, pese al calor, iban embozados en sus negras capas y llevaban calados amplios sombreros. Por debajo de las capas sobresalían las puntas de sus espadas. El capitán llevaba, además, una afilada daga y el criado, amartilladas y cebadas, dos pistolas ceñidas en su cintura.

Apenas habían cruzado la plaza cuando el criado murmuró quedamente al oído de

su amo:

—¿Sabéis, señor, que doña Elena ha regresado esta tarde a Madrid?

Al oír aquello el capitán miró fijamente a su fámulo.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente, señor. Esta tarde la vi bajar de un carruaje y entrar en su casa.

—¿No hay posibilidad de confusión?

—En absoluto, señor. Pude verle el rostro y también a la dueña que la acompaña a cumplir sus devociones en la parroquia de San Miguel.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No ha habido ocasión, señor —se excusó Sancho.

El ruido de sus pasos era pausado y armónico, sonaba limpio en medio del silencio que reinaba, al menos en las calles por las que transitaban y que estaban completamente solitarias, como si no hubiese más vida que la de ellos dos. De vez en cuando, a lo largo del trayecto, los velos de la noche eran rotos por la mortecina luz de un cirio o de un fanal que alumbraba las devociones de alguna familia, que tenía empotrada en la fachada de su morada una hornacina donde encontraba acomodo la imagen de sus amores.

Dejaron atrás las tapias que cerraban los huertos que se abrían por la parte posterior de la casa del capitán en la Cava Alta de San Francisco, y llegaron al Peso de la Harina. Allí hubieron de pegarse a la pared y aguardar sigilosamente a que cruzase una partida de corchetes que, haciendo la ronda, caminaba en dirección al Alcázar Real. Cuando ganaron la plazuela de Puerta Cerrada, los ojos del capitán buscaron, como atraídos por un imán, la casa que hacía esquina con la Cava Baja de San Miguel. Pudo percibir que en la planta superior, a través de una celosía protegida por una reja, salía el tenue resplandor de la luz que alumbraba aquella habitación. En efecto, había gente en la vivienda de los Zúñiga, lo que confirmaba el regreso de Elena a Madrid.

Gonzalo sintió un cosquilleo en el estómago. ¿Estaría Elena levantada a aquellas horas? ¿Qué estaría haciendo?

En aquel momento deseó más que nada en el mundo tenerla entre sus brazos, besarla y decirle cuánto la amaba. Por aquello hubiese, incluso, dejado de acudir a la cita concertada y donde era posible que ocurriese cualquier cosa. Apartó de su cabeza tan placenteros pensamientos y volvió a concentrarse en lo que le podía aguardar en el mesón del Turco.

¿Tendría razón su tía, y era verdad que Andrés le había traicionado? Le costaba trabajo creerlo, pero no encontraba explicación a lo que le había contado. Había sido bueno mantener aquella conversación y caminar prevenido. Sintió la presencia de Sancho y se alegró de tenerle a su lado. Marcharon largo rato en silencio hasta que, próximos a su destino, el capitán aleccionó a Sancho:

—Escúchame con atención. Cuando llegemos al mesón pégate a la pared y entra algo después de que yo lo haya hecho, has de procurar que no nos relacionen. Pide

algo de comer y mantente atento. Yo preguntaré por Andrés y bajaré al sótano. Estarás pendiente de cualquier cosa que ocurra, pero no bajarás conmigo, ¿entendido?

—Perdonad, señor, pero creo que sería más conveniente que entrase con vuesa merced. Doña Casilda me ha dicho que no os pierda de vista un solo instante.

—Harás lo que yo te diga —a pesar de que el capitán hablaba con voz muy queda, el tono que empleó indicó al criado que no había más que decir.

A pesar de ello se permitió una leve protesta, que era sólo una muestra de resignación:

—Si os ocurriese algo, doña Casilda me molería a palos.

El mesón del Turco era uno de los más populosos establecimientos de este género que había en Madrid. Debía su nombre a que su primer propietario, allá por la primera mitad del siglo XVI, fue un opulento mercader originario de esta nación que se convirtió al cristianismo con toda su parentela.

Competía con ventaja con los numerosos locales dedicados a aquella actividad y que tanto proliferaban en las calles que rodeaban la plaza Mayor. Era lugar propicio para el encuentro, la reunión, el trato y el reposo de los numerosos mercaderes, trajinantes, arrieros, carreteros y otros operarios de este gremio que iban y venían a la Villa y Corte.

La sala baja del mesón la configuraba una amplia dependencia, a cada uno de cuyos extremos más pequeños se abrían unas campanudas chimeneas. Tenía el suelo embaldosado con losas de cerámica de Cuéllar y una alta techumbre plana en la que destacaban, sobre el blanco de la cal, unas gruesas vigas de madera, pintadas de marrón oscuro y aceitadas, que constituían su entramado.

Frontera a la puerta de entrada se abría otra que daba a un patio empedrado y cubierto por parras que, sabiamente dirigidas en sus troncos y ramajes, configuraban durante los veranos un dosel de verdor y que en invierno, al perder la hoja con la llegada del otoño, quedaban reducidos a un nudoso esqueleto del que parecía haberse marchado la vida y que permitía la entrada de la luz y de los rayos del sol en las frías jornadas madrileñas durante aquella estación. Había dos pozos de los que se sacaba el agua, que se mantenían impolutos porque casi a diario eran enjalbegados con cal.

En el patio, durante las calurosas noches del estío que habían de soportar los vecinos de la Villa y Corte, se solazaban todos los que podían permitirse el dispendio de pagar el medio real y cuartillo que costaba una jarra de vino de Arganda, acompañada de una empanada de carne.

La concurrencia era numerosa en el patio cuando Gonzalo y su criado llegaron al lugar. Antes de entrar se desembozaron y quitaron los sombreros. El capitán se dirigió al mesonero, un individuo que rompía los esquemas de la profesión de tan magras como eran sus carnes. En un primer momento le atendió con cierta desgana, hasta que preguntó por Andrés. Al escuchar el nombre, cobró un repentino interés.

Tan extraña reacción dio mala espina a Gonzalo, porque el veterano de Flandes no era persona de posibles y el cambio de actitud de aquel sujeto sólo podía significar que había recibido una buena propina. Estaba convencido de que la tía Casilda había acertado en sus apreciaciones. Sólo le quedaba por saber a qué era exactamente a lo que había de enfrentarse en aquel sótano. Instintivamente se llevó la mano a la empuñadura de su espada. El gesto del capitán no pasó desapercibido a Sancho, que ya se había plantado en el umbral de la puerta, decidiendo adónde debía situarse, si llegaba el caso y había de intervenir.

—Si vuesa merced me acompaña, le conduciré hasta donde está la persona por la que ha preguntado —le indicó el mesonero.

Gonzalo le siguió los pasos hacia una puerta de una hoja que se abría al lado de una de las chimeneas. Cerraba malamente y el mesonero hubo de abrirla a empujones, los goznes se quejaron al girar. Tomó un candil y alumbró unas escaleras estrechas y empinadas que conducían hasta un sótano, donde había alguna luz a tenor del mortecino resplandor que se atisbaba al fondo.

El mesonero alzaba el candil por encima de su cabeza, tratando de mejorar la mala iluminación que aquella candela le proporcionaba.

—Tenga cuidado vuesa merced con estos escalones, que son muy traicioneros.

Los peldaños, de madera ligeramente desbastada, constituían ciertamente un peligro, que aumentaba la escasa visibilidad. Las probabilidades de rodar por ellos y romperse la cabeza eran elevadas. La tablazón crujía de forma siniestra bajo el peso de los dos hombres. Por un momento, cuando estaba a mitad de la escalera, Gonzalo pensó en volverse; donde se estaba metiendo era una auténtica ratonera.

El mesonero no paraba de repetir:

—Con cuidado, tenga vuesa merced cuidado. Apoye bien los pies que no tenemos prisa.

Tratando de sorprenderle, el capitán le lanzó una pregunta repentina:

—¿Cuántos son ahí abajo?

—Sólo está Andrés, señor.

Llegaron al sótano, donde le aguardaba el veterano de Flandes. Estaba sentado en un escabel de tosca madera y tenía por delante una mesa, a la que apenas se podía dar el nombre de tal, hecha con unos malos tablones de madera de pino. Sobre ella chisporroteaba una vela de cebo, gruesa y corta, que desprendía un penetrante olor acre, que repuntaba el olfato. Apenas vio al capitán se puso de pie.

Gonzalo trató de escudriñar en la penumbra por si atisbaba la presencia de alguna otra persona, pero no se percató de que allí hubiese nadie más. Sin embargo, su mente le decía que en todo aquello había algo que no acababa de encajar. El sótano era un espacio de reducidas dimensiones, no debía de tener más de ocho pasos por el lado más largo y la mitad aproximadamente por el más corto. Daba la sensación de que estaba excavado en la roca del subsuelo y, desde luego, así era al menos en parte. Fuera de la mesa y de varios escabeles iguales al que estaba sentado Andrés, sólo se veía un montón de sacos de esparto, tirados en uno de los rincones. Apilados en una de las paredes, y tapándola casi por completo, había troncos de madera que seguramente servirían para alimentar la lumbre de la chimenea que había sobre sus cabezas. También había un arca que, en otra época, debió de ser un mueble de calidad, pero que el paso del tiempo había estropeado, aunque no tanto como para convertirla en un trasto inservible. Encima había un trapo mugriento.

—Aquí está la persona que esperabais —indicó el mesonero dirigiéndose a Andrés.



En la penumbra del lugar, Gonzalo no podía percibir la expresión de su cara.

El mesonero, después de ofrecerse «para lo que gusten vuestas mercedes», abandonó el lugar, que tenía algo de siniestro y marcaba un vivo contraste con el aspecto que ofrecía el mesón. Menudo reservado, pensó el capitán, que percibía la tensión que había entre aquellos muros. Era muy posible que todo fuese producto de una jornada muy agitada y que esa tensión sólo estuviese en su cabeza.

—¿No has encontrado mejor lugar que este inmundo sótano para reunirnos?

—Aquí no nos molestará nadie —fue la seca respuesta de Andrés.

—Sí, pero no me negarás que el lugar es poco... poco acogedor para celebrar una reunión, aunque ciertamente es lugar discreto —señaló el capitán, en un intento de suavizar las formas.

—¿No iréis a decirme que la estancia en la corte os ha vuelto melindroso? —el tono de voz sonaba a desafío. El veterano de Flandes parecía una persona diferente a la que puso sobre aviso al capitán en el mesón del Vizconde.

Gonzalo, a quien no gustaba mucho el tener que templar gaitas, decidió ir directo al grano.

—Está bien, éste es un buen lugar para reunirnos en las presentes condiciones. En peores sitios he estado. Ahora vayamos a lo que nos interesa —los dos hombres permanecían de pie porque ninguno de ellos dijo de tomar asiento, quedando patente de aquel modo que era una forma de darle brevedad a la reunión.

—¿Cuál es la urgencia por la que me has citado aquí? Habíamos quedado en que la discreción era parte fundamental para llevar a buen término este negocio.

—Es cierto lo que acabáis de decir, pero habéis de saber que el *Polaco* tiene el negocio cerrado y que en cualquier momento intentará asesinaros.

—Eso es algo con lo que ya contaba. Supongo que me habrás llamado para algo más.

—No ha querido proporcionarme ningún detalle. Dice que esté en contacto con él. Para ello habré de acudir por la mañana, a mediodía y por la tarde a la tasca que hay junto al arco de Cuchilleros, que allí alguien me dará las instrucciones precisas. No ha vacilado en aceptar el pagarme los cien ducados que me dijisteis le pidiera, aunque todavía no he visto un solo maravedí.

—¿No te ha adelantado nada? —preguntó amoscado el capitán.

—Nada, dice que todo se abonará cuando hayamos concluido el trabajo. Creo que sospecha algo y se muestra receloso conmigo.

—¿Es esto todo lo que tenías que decirme?

—Así es, capitán.

Gonzalo hizo un esfuerzo para no decirle lo que pasaba por su cabeza.

—En ese caso, creo que lo mejor es que nos marchemos. No debemos tentar a la suerte —el capitán a duras penas podía contenerse, recordando el sofoco que la tía Casilda había tenido por culpa de aquella reunión, convencida de que era una encerrona de la que no saldría con vida.

Subieron las escaleras alumbrados por el cirio de cebo que Andrés llevaba en la mano. El capitán iba delante, a pesar de la desconfianza que aquel encuentro le había producido. En su ánimo había un poso de inquietud que no acababa de desechar. Cuando llegaron arriba vio a Sancho, que mataba el tiempo con una jarra de aloja. Andrés se marchó sin mirar ni decir palabra. El criado notó el enfado en el rostro de su señor.

—¿Algún problema, capitán?

—No, no era nada de lo que temíamos, pero no acabo de explicarme la razón de este encuentro, que no sólo ha sido un riesgo inútil, sino una pérdida de tiempo.

—¿Ése —miró hacia el veterano que ya salía por la puerta— no tenía nada importante que comunicaros?

—Nada, nada en absoluto. Lo que más me molesta ha sido el mal rato de la señora.

—¿No os extraña todo esto? —preguntó Sancho.

—No sólo me extraña, sino que me da muy mala espina.

Sancho, que no dejaba de mirar para todas partes, asintió en silencio.

—¿Tú has visto algo raro?

—Nada que se salga de lo normal en estos sitios. Gente que charla, que discute, que jura, que blasfema en voz baja y que bebe sin parar. La mayoría de los parroquianos están en el patio, donde el ambiente es más agradable que aquí dentro.

Gonzalo echó una ojeada y confirmó por sí mismo las impresiones de Sancho. Decidió que no tenía sentido permanecer allí, por lo que pagó la aloja y abandonaron el lugar. Salieron al exterior, donde notaron una ligera brisa que agradecieron sus rostros acalorados, y encaminaron sus pasos en dirección a la plaza de la Cebada. Al llegar a un recodo que embocaba la plazuela del conde de Barajas, les llamaron la atención unos gemidos, acompañados de una petición de auxilio. Procedían de un bulto que parecía estar sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Se acercaron y vislumbraron a un individuo junto al cual había lo que parecía ser un enorme charco de sangre. Al aproximarse les llegó, nítida, la petición de ayuda:

—¡Auxilio, por piedad! ¡Confesión! ¡Me muero!

En su intento de ayudar a aquel desgraciado en los estertores finales de su existencia, los dos hombres se acercaron. Al agacharse sobre el desmadejado cuerpo del que se escapaba la vida a raudales, a tenor de la sangre derramada, el herido cobró vida súbitamente y con una daga lanzó una puñalada al cuello de Sancho quien, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar. El golpe fue mortal al cortarle de un tajo la garganta, de la que brotó un chorro de líquido rojo, caliente y viscoso. No tuvo tiempo de nada, su cuerpo se desplomó como un saco, mientras unos espasmos le sacudían las piernas, indicando que su vida daba los últimos coletazos.

—¡Sancho! —a la par que aquel grito de alerta, que llegaba demasiado tarde, Gonzalo saltó al mismo lado donde había caído muerto su criado, evitando que el segundo de los tajos lanzados por aquel sujeto le alcanzase.

La ensangrentada hoja del puñal había descrito una curva que silbó en la oscuridad de la noche a la vez que el movimiento abría el costado del asesino. Fue lo que el capitán necesitó para asestarle una puñalada con su daga, que había sacado casi por instinto. Se la hundió hasta la empuñadura, sintiendo cómo le rompía las costillas. Con la habilidad propia de quien ha peleado cuerpo a cuerpo, Gonzalo tiró del puñal sin abrir la mano para no desprenderse del arma a la vez que le daba un movimiento giratorio a fin de que la herida fuese mortal. Aquel sujeto, si no quedaba fulminado por la cuchillada, moriría por la gangrena.

—¡Muerto soy! —el gemido expresaba la verdadera situación en que se encontraba.

Se incorporaba Gonzalo y se disponía a atender a Sancho cuando comprobó que desde un callejón próximo se le echaban encima varios individuos. Creyó que eran tres, pero cuando les plantó cara se dio cuenta de que eran cuatro. Arrojó la daga al primero de los bultos y acertó con el blanco elegido al ver cómo una de las sombras se doblaba y caía a tierra con un gemido de dolor. Aprovechó el desconcierto que aquella acción produjo para ganar una posición ventajosa de forma que pudiese hacer frente a los otros con la guardia cubierta. Para ello pegó la espalda a la fachada de la casa que tenía detrás, tiró de *Ferol* y se dispuso a vender cara su vida frente a aquellos tres individuos, que ya le acometían.

El chocar de los aceros en medio del silencio de la noche sonó con intensidad. Gonzalo trataba de equilibrar la inferioridad numérica con la ventaja que la daba la posición que había logrado y al hecho de ser zurdo, lo que pareció desconcertar a sus enemigos, que se veían descubiertos ante un espadachín cuyas estocadas llegaban por el lado contrario al que ellos esperaban. Un atacante tropezó con uno de los cadáveres que yacían en el suelo y estuvo a punto de perder el equilibrio. Tuvo la mala fortuna de descubrirse en el momento en que el capitán había rechazado con una finta a los otros dos adversarios. Le asestó una estocada, que entró limpiamente más de dos cuartas en el pecho. Gonzalo empujó hacia arriba del acero no tanto para hacer más daño a quien no lo necesitaba, cuanto para no perder su espada con el tirón del cuerpo que ya se desplomaba sin vida.

Aquel esfuerzo para no quedar desarmado le hizo perder unos instantes preciosos y no pudo evitar que uno de los dos atacantes que quedaban le alcanzase en el costado derecho. No sintió el dolor de la herida, sino cómo el fluir cálido de la sangre le empapaba la camisa. Supo que la herida era seria, pero también que no le impediría seguir peleando, al menos mientras la pérdida de sangre no le debilitase. Su reacción fue acometer con denuedo a sus enemigos, en un intento de buscar un final rápido; sabía que a partir de aquel momento el tiempo corría en su contra y que no aguantaría más allá de unos minutos.

Con la mano derecha apretando en el costado, trataba de contener la hemorragia y con la izquierda se batía acero en mano. Ahora los dos individuos que tenía enfrente parecían menos agresivos, casi se limitaban a defenderse de sus acometidas. Trataban

de ganar el tiempo necesario hasta que, debilitado por la pérdida de sangre, le pudiesen rematar sin complicaciones. Sería cuestión de poco rato.

El capitán, buscando el encuentro que sus enemigos esquivaban, abandonó la posición de espaldas a la casa en un intento de animarles a pasar al ataque. Lo que en realidad intentaba con aquella decisión desesperada era ganar unos segundos, porque su peor enemigo era el tiempo y corría en su contra. Gonzalo era consciente de que con aquella decisión, que tenía mucho de argucia de veterano luchador, se estaba jugando la vida, pero prefería perderla así, a que lo rematasen como a un conejo.

La arriesgada treta le dio resultado porque los dos enemigos se abrieron y le acometieron a la vez por ambos lados. Supo que podría acabar con uno de ellos, pero que el otro le mataría a él. Se decidió por el que le atacaba desde la izquierda, que era el que se le echaba primero encima. Paró la estocada y con un rápido movimiento en zigzag le alcanzó en la garganta con la punta del acero. El herido dejó caer la espada, se llevó las manos al cuello y de su boca brotó un extraño gemido. Se desplomaba sin vida en el mismo momento que la espada del otro entraba por el costado derecho del capitán, medio palmo más arriba de la herida que había recibido anteriormente. Ahora sintió el dolor del acero penetrando en su carne. Era cuestión de segundos el que aquel individuo le rematase.

Luego todo ocurrió muy deprisa. Se escuchó el descorrer de un cerrojo en el postigo de una puerta y los gritos de una mujer desde una ventana.

—¡Se están matando! ¡Se están matando!

—¡Abajo se están dando de cuchilladas!

Sus voces, a las que se unieron las de un hombre, que había abierto un postiguillo, mientras clamaba por la presencia de la justicia, produjeron un verdadero alboroto.

En un instante a sus gritos se sumaron muchos otros. La pelea y el chocar de los aceros habían puesto en guardia al vecindario del lugar donde se desarrollaba la enconada refriega. Los gritos de aquella mujer levantaron un coro de voces, protestas y llamadas.

—¡Los corchetes! ¡Los corchetes! ¡Que vengan los corchetes!

—¡Hay varios muertos!

—¡Socorro! ¡Auxilio!

El único de los atacantes del capitán que quedaba con vida ni siquiera tiró de la espada para sacarla del costado de Santa Cruz. Soltó la empuñadura y salió corriendo hacia el mismo callejón por el que había aparecido pocos minutos antes. Su sombra se perdió por la plazuela del conde de Barajas.

Las voces de un número cada vez mayor de gentes, que sacaban por balcones, cancelas enrejadas y ventanas, cirios, velas y fanales, eran ya un griterío. Nadie, sin embargo, iba más allá de dar voces o de hacer algún comentario con el vecino de al lado.

El capitán, haciendo gala de una serenidad pasmosa, envainó su espada —un militar que se preciase nunca abandonaba el arma—, sacó un pañuelo y tiró con

decisión del acero que tenía clavado, apenas contuvo un gemido de dolor ante la punzada que le produjo. Tapó como pudo la nueva herida y, tras cerciorarse de que Sancho estaba muerto, echó a andar, tambaleándose, calle abajo con la mano derecha apretando sobre el dolor de las heridas.

Desde un balcón una vieja, que agitaba con furia un farol, gritaba como una posesa:

—¡Que se escapan! ¡Que se escapan!

Nadie salió a la calle. Todo fueron gritos, denuestos y comentarios.

Con mucha dificultad, el capitán se alejó del lugar perdiéndose en las sombras de la noche. Hasta él llegaba, cada vez más amortiguado, el ruido y la algarabía de la gente. Se detuvo porque se sintió desfallecer. Sabía que estaba herido de consideración y que había perdido mucha sangre, tal vez demasiada. Lo supo por la debilidad que le invadía y que cada vez era mayor. Se dio cuenta de que no sólo estaba empapado por la sangre que manaba de las dos heridas, sino porque estaba sudando por todos los poros de su cuerpo. Tenía dificultades para respirar y sentía un dolor que le apretaba en las sienes. Hubo un momento en que la vista se le nubló y creyó que perdía el conocimiento. Se dejó caer sobre la pared de una casa, jadeante como si hubiese corrido una legua. Se sentía muy cansado. No sabía si el apagado rumor de los gritos del alterado vecindario le llegaba amortiguado por la distancia o porque sus sentidos estaban cada vez más embotados.

Haciendo un esfuerzo reinició la marcha, llegar hasta la plaza de la Cebada le parecía una empresa inalcanzable en las condiciones en que se encontraba. Consiguió caminar un pequeño trecho a cambio de un esfuerzo desmedido. Gastó las pocas energías que le quedaban. Después, trastabillando, y haciendo gala del instinto de supervivencia que le habían inculcado en la milicia, llegó hasta el final de la calle.

Antes de desplomarse sin sentido tuvo un último pensamiento para la mujer que amaba y en la ironía que significaba morir en las puertas mismas de su casa. El chocar de su cuerpo contra el suelo produjo un sonido seco.

Don Francisco Fernández de Córdoba, duque de Sessa, conde de Cabra, señor de Baena, grande de España, presidente del consejo de las Órdenes, estaba fuera de sí. El *Polaco* trataba de aguantar lo mejor que podía la catarata de injurias e insultos que profería el aristócrata.

—¡Sois un hatajo de inútiles! ¡Incapaces de hacer nada derecho! ¡Bergantes! ¡Erais cinco y, además, contabais con la ventaja de la sorpresa! ¡Hatajo de cobardes! ¡Aunque la culpa de todo la tengo yo por fiarme de una caterva como vosotros!

—Excelencia, os puedo asegurar que... —la excusa del *Polaco*, apenas esbozada, fue cortada en seco.

—¡Tú no puedes asegurar nada! ¡Cómo quieres que dé el más mínimo crédito a lo que me dices! ¡Necesito pruebas y no puedes aportármelas! ¡Bribón!

Cuando, después de un buen rato la furia amainó, al menos aparentemente, el sicario trató de explicarse:

—Si su excelencia me lo permite...

—¡Sí, sí te lo permito! ¡Pero no me jures otra vez que Santa Cruz está muerto porque estás condenando tu alma por jurar en falso! ¡Por ser tan malandrín que no tienes empacho en poner a Dios por testigo de tus mentiras!

—Es verdad, excelencia, que éramos superiores en número y que la estratagema prevista funcionó. La prueba es que el criado de Santa Cruz quedó despachado en el primer envite. Pero su excelencia no puede hacerse una idea... Bueno, sí puede hacérsela... sabe su excelencia quién es ese capitán con una espada en la mano.

—¡Cómo es eso de que puedo hacerme una idea! —gritó exasperado el duque.

—Señor, recordad que él solo dejó encerrada a vuestra excelencia y a media docena de sus sirvientes.

El semblante de Sessa se contrajo aún más.

—¡No divagues, bellaco! ¡No divagues y continúa!

—Con una espada en la mano es el mismísimo diablo. Dejó cuatro cadáveres allí.

—¡También a ti te hubiese mandado al infierno si no huyes con el rabo entre las patas!

—Aseguro a vuestra excelencia que de no haber sido porque el vecindario se nos echaba encima, hubiese sido yo el que le despachara. Os lo juro por la salvación de mi alma...

—¡No jures por la salvación de tu alma que la tienes irremisiblemente condenada!

—Pero os juro que tenía dos heridas de las que no puede escapar con vida.

—¡Pero no tenemos su cadáver!

—¡Aseguro a vuestra excelencia que estaba herido de muerte!

—¡Tuvo fuerzas y arrestos para marcharse de allí!

—Eso también es cierto, excelencia —concedió el *Polaco* con resignación.

Una sonrisa malévola se pintó en el rostro del duque.

—No es cuestión de que sigamos discutiendo si Santa Cruz está muerto o no. Pero has de saber algo, no verás un solo ducado hasta que no tenga pruebas de su muerte. Pero quiero pruebas, no juramentos, ni promesas de quien no tiene ni fe ni palabra que empeñar.

—Eso no es justo, excelencia. Hemos dejado cuatro muertos en el empeño.

—¡A mí eso me importa un bledo! ¡Si no hay cadáver no hay ducados! Sólo te puedo prometer ayuda para encontrar el paradero de Santa Cruz.

—Su excelencia querrá decir el cadáver de Santa Cruz.

—¡Eso espero y deseo, que sea el cadáver lo que aparezca!

Por todas partes las conversaciones giraban en torno al mismo asunto: los cinco cuerpos sin vida aparecidos en la Cava de San Miguel. Los comentarios en torno al acontecimiento variaban sustancialmente. Hubo predicadores que hicieron de aquella matanza el centro de su sermón para lanzar un mensaje con sus preferencias políticas. Las mayores atenciones estaban en torno al hecho de que uno de los muertos era el criado del capitán Gonzalo de Santa Cruz, cuya vinculación a la causa de don Juan José de Austria era de todos conocida. Los otros cadáveres pertenecían a gentes del mundo de la truhanería y de la mala vida madrileña, pero no se les conocían mayores aficiones que las de quedarse con lo ajeno y no tener reparos en asesinar, si se terciaba, por un buen puñado de ducados.

Se comentó por algunos lugares que había sido un ajuste de cuentas entre bergantes, pero en aquella versión no encajaba el cadáver del criado de Santa Cruz. Hubo quien lo solucionó diciendo que tuvo la mala fortuna de pasar por allí en plena refriega. Otros decían que a quien buscaban los matadores era al capitán. Corrió la voz de que aquella noche habían visto al mencionado capitán, en el mesón del Turco acompañado del criado muerto. Se esparcieron voces de que en la pelea participó más gente —algunos con notoria exageración elevaron el número de los que intervinieron en la reyerta a una veintena—. Había mucha polémica en torno a si participó o no en la pelea el capitán Santa Cruz. Algunos cargaban los muertos aparecidos, salvo el de su criado, a la cuenta de dicho capitán, de quien era conocida en Madrid su habilidad con una espada en la mano. Ciertos comentarios apuntaban a que, aunque no se había encontrado el cadáver del capitán, éste había muerto. En otro nivel, los rumores señalaban que aquello era una manifestación más de la lucha a muerte que enfrentaba a los partidarios de Nithard con los de don Juan. Un grupo de asesinos a sueldo habían tratado de quitar la vida a uno de los más significados partidarios del hijo de Felipe IV y que detrás de todo aquello estaba la mano de la reina.

En fin, que había quien opinaba que todo había sido una de las consecuencias de la agitación de los últimos días en que don Juan había renunciado a su destino en Flandes, y que el manifiesto que había hecho público el duque de Sessa contra su alteza había acabado en aquella trágica matanza.

Lo cierto y verdad era que aquellos cinco cadáveres habían elevado de forma

considerable la tensión política en la corte.

Al mediodía en el Alcázar se reunió la Junta de Gobierno, y sus miembros, cosa lógica, no se sustrajeron a los comentarios que circulaban. Cinco muertes en una sola noche eran muchas muertes incluso para una población como Madrid, donde los ajustes de cuentas estaban a la orden del día y donde no era extraño que al amanecer apareciese el cadáver de alguien que había sido despachado a la otra vida, sin muchas contemplaciones. Lo que los integrantes del máximo órgano de gobierno de la monarquía comentaban coincidía, en esencia, con los rumores que se habían esparcido por todos los rincones de Madrid. Estimuló los comentarios el retraso en el comienzo de la reunión porque la reina, el valido y el duque de Sessa, que había pedido aquella misma mañana una audiencia urgente a doña Mariana, estaban reunidos.

—¿Estáis seguro de lo que acabáis de decirnos? —la reina trataba de asegurarse que no había posibilidad de error.

—Lo que os he contado es la pura verdad, majestad —el duque se mostraba confiado, mientras daba su particular versión de los hechos.

—¿Y decís que todo empezó en la puerta de ese mesón... llamado... llamado...?

—El mesón del Turco, majestad.

—Sin embargo —intervino Nithard—, tengo entendido que la reyerta tuvo lugar cerca de la plazuela del conde de Barajas.

—En efecto, ilustrísima, en el trayecto que separa el mesón y el lugar de la pelea los dos grupos no pararon de increparse, hasta que salieron a relucir los aceros.

—¿Y decís que profirieron vivas de don Juan y gritaban que era él quien debía ocupar el trono?

—Sí, majestad, estos días entre las calumnias, mentiras y maldades que esparcen los sicarios del bastardo, se dice que es don Juan quien debe ocupar el trono, que así se contiene en un horóscopo elaborado por un famoso astrólogo de Flandes.

—¿Qué es lo que sabéis de ese horóscopo? —preguntó interesada la reina.

Sessa miró a Nithard, quien hizo un leve gesto de asentimiento.

—Majestad, se dice que don Juan, interesado por lo que le deparaba el porvenir, encargó una predicción en la que se vaticina que... que será... será...

—¡Que será rey! ¡Sessa, decidlo de una maldita vez!

—Así es, majestad, fue entonces cuando no pudiendo sufrir tales insultos, el *Polaco* y sus hombres se enfrentaron a los del capitán Santa Cruz.

—El asunto es ciertamente grave —apuntó el valido.

—Si su ilustrísima me lo permite, lo llamaré por su nombre. Eso es traición y sedición, majestad. Siendo público y notorio que detrás está la mano de don Juan, a quien, por su villana actitud censuré ayer públicamente —al decir esto Sessa compuso el ademán—, el delito tiene un culpable y se llama Gonzalo de Santa Cruz y Laínez, pieza fundamental en todos los manejos de su alteza.



—Habéis de saber que estimamos en lo que vale vuestra proclama de ayer — señaló doña Mariana, que consideró necesario hacer una referencia a la alusión que el duque había hecho sobre su escrito del día anterior.

—Corre el rumor de que el capitán Santa Cruz ha muerto —indicó Nithard.

—También yo lo he escuchado, pero no ha aparecido su cadáver y eso es algo que me da mala espina.

—¿Proponéis algo, Sessa? —preguntó la reina considerando que la reunión finalizaba.

—Si vuestra majestad no dispone otra cosa, creo que se debería proceder contra el capitán Santa Cruz por delito de alta traición y sedición.

—Son acusaciones muy graves —afirmó la reina.

—Graves y problemáticas. Necesitamos pruebas, además es complicado proceder contra un muerto —insistió Nithard.

—No tenemos pruebas de su muerte y yo no la creeré hasta que aparezca su cadáver. Ésa será la única prueba a la que preste crédito —replicó Sessa.

—¿Cuáles son las pruebas de que disponemos? —la reina utilizó el plural, indicando que estaba dispuesta a apostar en aquella dirección.

—Tenemos, majestad, el testimonio del mesonero del Turco y de uno de los hombres que sobrevivió a la refriega, que es persona de palabra —apostilló el duque—. Pensad además, majestad, que una orden de prisión contra Santa Cruz privaría a don Juan de uno de sus peones más eficaces en esta corte. Ya sabe vuestra majestad que se rumorea que no ha ido a Consuegra, sino que está escondido en Madrid para enfrentarse, sin careta, al gobierno de su majestad.

A doña Mariana se le cambió el color de la cara.

—¡Eso se dice!

—Al menos es lo que yo he oído, majestad.

—Creo que nada perdemos con arrestar a ese capitán Santa Cruz, que el diablo confunda, por acusaciones de alta traición y sedición —concedió al fin la reina.

—Majestad —Nithard no parecía convencido del todo—, creo que debemos ejercer la prudencia en este momento tan delicado.

—¿Qué queréis decir con eso, padre Everardo? —doña Mariana parecía fastidiada.

—Majestad, ésas son acusaciones muy graves y resultará difícil probarlas. Podríamos basar la orden de prisión en asesinato y escándalo público. Tales acusaciones, si es que vive, serían fáciles de demostrar porque no hay muchas dudas acerca de su participación en la pelea de anoche. Creo que alcanzaríamos el mismo fin sin los riesgos de unas acusaciones tan graves como las que propone el señor duque. Los vientos que soplan no invitan a caer en excesos innecesarios.

—Tenéis razón —sentenció la reina—. Que se proceda de la forma que habéis señalado. Ha llegado la hora de ajustar las cuentas a ese capitán Santa Cruz.

Aquella misma tarde se hizo público, por voz de pregonero y por tablillas en los sitios de costumbre, que se había decretado auto de procesamiento y prisión contra el capitán don Gonzalo de Santa Cruz y Laínez, en paradero desconocido.

El texto que voceaban los pregoneros y que se había fijado en las tablillas decía así:

*A todos los Corregidores, Alcaldes Mayores, Jueces, escribanos y hombres buenos de estos reinos.*

*En el nombre del Rey Nuestro Señor don Carlos II, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de Nápoles, de Sicilia, de Córdoba, de Sevilla, de Granada, de Jaén, de Tierra Firme e Islas de la Mar Océana, rey de Jerusalén, duque de Brabante, de Milán, señor de Vizcaya y de Molina, &... Y por su mandato don Diego Sarmiento de Valladares, presidente del Consejo de Castilla, se hace saber para conocimiento de todos que se ha decretado auto de procesamiento y prisión en la Sala de lo Criminal de la Real Audiencia de Madrid contra el capitán Gonzalo de Santa Cruz y Laínez, vecino de esta Villa y Corte, en la plaza de la Cebada, al pesar sobre su persona acusaciones fundamentadas acerca de la comisión de graves delitos contra Su Majestad, como lo son los de homicidio con nocturnidad y de escándalo público, alterando la quietud y el sosiego de los vecinos de esta Villa y Corte.*

*Encontrándose el dicho acusado en el momento presente en paradero desconocido, se ha ordenado para el mejor servicio del Rey Nuestro Señor lo siguiente:*

*Se ofrece como recompensa la suma de cincuenta ducados en buena moneda de oro a aquella persona que facilite a cualquiera de los Alcaldes de Casa y Corte noticia cierta, fidedigna y verdadera de su actual paradero. Y dicha suma doblada en la referida buena moneda a quien facilite su captura y detención.*

*Todo lo cual se hace público para general conocimiento, en la villa de Madrid a 25 días del mes de agosto del año 1668 del nacimiento de Nuestro Señor.*

*Don DIEGO SARMIENTO DE VALLADARES,*

*Presidente del Consejo de Castilla*

Doña Casilda de Laínez había caído en la cama enferma de calenturas después de una mañana llena de tensión y sufrimiento. Sus pesares se materializaron cuando, poco después de que hubiesen dado las ocho de la mañana, una vecina, que había acudido a comprar frutas y verduras al mercado que unos regatones instalaban cada día en la plaza de la Cebada, le trajo recado de que unos alguaciles hacían pesquisas y venían hacia su casa porque se comentaba que habían encontrado a Sancho muerto de una cuchillada.

Al escuchar aquello a doña Casilda le dio un soponcio. Tardaron un buen rato en

reanimarla, y cuando hubo recuperado el conocimiento lograron reconfortarla con un tazón de un sustancioso caldo de puchero caliente.

Con los alguaciles, a cuya cabeza iba un alcalde de casa y corte, numerosos vecinos invadieron la casa, que se convirtió en un flujo de gentes entrando y saliendo, dando pábulo a todo tipo de rumores. En un instante la mayor de las confusiones se apoderó de un hogar donde todo era orden y pulcritud. Con la dueña en aquel estado y las dos criadas pendientes de atender a su señora, nadie ejercía la menor autoridad entre la turba. Todo era desbarajuste y alboroto. Se hacía necesario que alguien pusiese fin a aquella situación que había convertido la casa en un manicomio. Fue el alcalde quien, con la anuencia de doña Casilda y antes de comenzar el interrogatorio que había de hacerle, ordenó a sus hombres que despejasen la vivienda, cosa que lograron con grandes esfuerzos y en medio de las protestas de los expulsados, que no querían perderse el espectáculo.

Conseguida una relativa paz y cierta calma en la alterada vivienda, a cuya puerta se agolpaba un numeroso gentío formado por los expulsados, que trataban de atisbar por las puertas algo de lo que ocurría en el interior, el alcalde, hombre de formas educadas y dotado de cierta elegancia en sus maneras, expresó a doña Casilda su condolencia por la muerte del deudo, a la vez que le comunicó la obligación en que se encontraba de realizarle una serie de preguntas, para dar curso a la acción de la justicia.

Doña Casilda y el alcalde se acomodaron en una salita de la planta baja, cuya puerta quedó custodiada por dos de los alguaciles.

La tía de Gonzalo, que a duras penas podía contener el llanto y que continuamente enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos con un delicado pañuelo de fina batista de Holanda, manifestó al alcalde, cuyo nombre era Luis de Sandoval, su disposición a colaborar.

—Pero antes de nada suplico a vuesa merced noticias de mi sobrino, el capitán Gonzalo de Santa Cruz —la angustia punteaba cada una de las palabras que en medio de la llantina articuló doña Casilda.

—Sosegaos, señora. Poco conseguiréis con el llanto y la congoja. Sabed que nada se sabe del capitán Santa Cruz. Cualquier comentario, cualquier rumor o noticia no responde a ninguna realidad comprobada.

Un hondo suspiro salió del pecho de la dama.

—Y ahora —continuó el alcalde—, si tenéis la bondad, decidme, mientras traen el cadáver de quien según todos los indicios era criado de esta casa y que en vida se llamó Sancho Mateos...

En aquel momento llegó hasta el lugar donde se encontraban un rumor de voces. Algo ocurría en la calle que había alterado aún más los ánimos de los que allí estaban concentrados. Instantes después, uno de los alguaciles que vigilaban la puerta entró en la sala.

—Disculpad, don Luis, pero es que acaban de traer al muerto.

Dirigiéndose a la dueña de la casa, el alguacil señaló:

—Señora, habéis de identificar el cadáver e indicarnos el lugar donde dejar el cuerpo de ese desgraciado.

Doña Casilda, sacando fuerzas de flaqueza, confirmó que, en efecto, se trataba de Sancho y dispuso que se colocase en la otra de las salas que la vivienda tenía en la planta baja. Allí, sobre una tabla que sostenían unos caballetes, quedó, envuelto en un lienzo, el cuerpo del difunto.

En medio del revuelo que había producido la llegada del cadáver, lo que obligó a los alguaciles a emplearse a fondo, hizo acto de presencia un individuo cuyo aspecto tenía algo de repulsivo: las piernas cortas y encorvadas, los brazos resultaban demasiado largos para su escasa envergadura y en su rostro macilento destacaba una boca grande y desdentada. Se trataba de un carpintero cuya principal actividad era la de confeccionar ataúdes para los muertos que podían permitirse una caja, aunque fuese una tablazón endeble malamente compuesta. La señora dio su aquiescencia para que hiciese la caja a donde irían a parar los restos mortales de Sancho.

El carpintero se acercó al muerto y con un bastón de caña con el que se ayudaba a caminar, realizó una burda medición.

—Un bastonada y cuatro canutos —comentó en voz alta como si por aquel procedimiento fijase en su cabeza la medida obtenida por tan curioso método. Luego, antes marcharse, indicó—: La traeré esta misma tarde. Son dieciocho reales y cuatro maravedíes.

Superado el doloroso trance, doña Casilda respondió escuetamente a las preguntas que le formuló el alcalde.

—¿Cuándo fue la última vez que le visteis?

—Anoche, cuando salió acompañando a mi sobrino, el capitán.

—¿Recordáis la hora?

—Era muy tarde, cerca de la medianoche.

—¿Tan a deshoras? —preguntó Sandoval.

—Así es —respondió con sequedad doña Casilda.

—Salieron pues juntos el capitán y el difunto —señaló el alcalde, como corroborando la información que había obtenido.

La tía asintió con la cabeza.

—¿Sabe vuesa merced adónde iban a hora tan intempestiva?

La mujer pensó antes de dar una respuesta. Estaba convencida de que les habrían visto en el mesón del Turco y que ése era un dato que ya tendrían por lo que resultaba inútil ocultarlo.

—Creo que fueron al mesón del Turco.

—¿Recordáis el motivo por el cual acudían a ese lugar?

La pregunta era capciosa, al dar por sentado que doña Casilda era conocedora de dicho motivo y sólo se le preguntaba si lo recordaba. No si lo sabía.

A pesar del estado de ánimo en que se encontraba, en los ojos de la mujer brilló

una pizca de malicia.

—Lamento decir a vuesa merced que no resulta fácil recordar lo que se ignora.

El alcalde acusó el golpe. Aquella mujer no tenía un pelo de tonta, y el hecho de encontrarse en un momento de debilidad no le impedía reaccionar con agilidad.

—Sabéis que iban al mesón del Turco, pero ignoráis la causa, ¿no es así?

—En efecto, señor, de todas formas, creo sospechar la razón de ello. Aseguraría que fue por la misma que lo hacen tantos madrileños en esta época del año. Por tomar algún refresco que apagase su sed.

—¿Sabéis si el capitán acudía a alguna cita?

—Ya he dicho a vuesa merced que lo ignoro —en las palabras de doña Casilda había un tono de enojo.

—Está bien, está bien. Decidme, ¿regresaron a casa el capitán y el difunto después de esa visita al mesón?

—No, no regresaron.

—¿Estáis segura?

—Lo estoy.

El alcalde insistía:

—¿No pudieron hacerlo mientras dormíais?

—Tengo el sueño ligero y me hubiese despertado.

—¿O acaso os manteníais en vela porque estabais preocupada?

—Es cierto que me inquietaba una salida a aquellas horas cuando, además, mi sobrino no solía hacerlo. Pero nada más.

—¿Por qué estabais inquieta?

—Ya sabéis... Los peligros de la noche. ¡Ocurren tantas cosas!

Luis de Sandoval se revelaba en el cumplimiento de sus funciones como un verdadero sabueso al que era difícil que se le escapase una pieza.

—¿Qué cosas son las que ocurren, doña Casilda?

—Las que conoce todo el mundo, las que sabe vuesa merced y también yo. De eso y no de otra cosa es de lo que se habla por todas partes.

—¿Tendríais inconveniente en enumerar algunas de ellas?

Nuevamente la malicia asomó a los ojos de doña Casilda.

—Por supuesto que no. Se dice que el señor don Juan no irá a Flandes. También se dice que su majestad, la reina, le ha ordenado ir a Consuegra. Se rumorea que está escondido aquí en Madrid. Se dice que muchos nobles no quieren que el padre confesor siga en el gobierno. Se comenta que habían urdido un plan para asesinar a Nithard. Se ha dado garrote a un hidalgo aragonés, llamado Malladas, sin juicio previo. Han envenenado a un tal marqués de Saint-Aunais. Rara es la mañana en que no aparece un cadáver al que han quitado la vida de forma violenta. ¡Ya veis lo ocurrido esta noche, sin ir más lejos! ¡Qué os voy a decir yo que vos no sepáis!

—Veo que estáis informada.

—Como cualquiera, señor alcalde. Ya os he dicho que es de lo que se habla por

todas partes.

—Estábamos en que ni vuestro sobrino ni su criado regresaron después de ir al mesón del Turco. ¿Sabéis que, además del cadáver de Sancho, han aparecido otros cuatro más?

La inquietud se dibujó en el rostro de la mujer.

—¿Está mi sobrino entre ellos?

—Tranquilizaos, porque no lo está. Ya os he dicho que todo lo que escuchéis acerca de vuestro sobrino sólo son infundios.

—¿Estáis seguro de ello?

—Tan seguro como lo estáis vos de que no regresó a casa después de salir al filo de la medianoche.

La tía de Gonzalo encajó la devolución del golpe.

—Ahora, doña Casilda, he de preguntaros algo de suma importancia —Sandoval había dado un tono de solemnidad a su voz—: ¿Habéis tenido alguna noticia del capitán después de que anoche abandonase la casa?

La respuesta de la tía fue inmediata:

—Ninguna, ninguna en absoluto. ¿Sabe algo vuesa merced? Si es así le suplico, por el amor de Dios, que me lo diga. ¡Estoy con un sin vivir...!

El alcalde no tuvo ninguna duda de que doña Casilda estaba, al menos en aquel momento, diciéndole la verdad.

—No, no sabemos nada de él. No sabemos si vive o está muerto —doña Casilda no pudo contener el llanto y se llevó las manos a la cara para tapar sus sentimientos—. No sabemos si está en la corte o si se ha marchado. Lo único que puedo garantizaros es que su cadáver no se corresponde con ninguno de los otros cuatro muertos habidos en esa reyerta.

—Que Dios los acoja en su santo seno.

Don Luis de Sandoval dio por terminado aquel interrogatorio, pidiendo disculpas a la tía de Gonzalo por haberla agobiado con sus preguntas en aquellas circunstancias, pero indicándole que era muy posible que tuviese que acudir de nuevo a hablar con ella, conforme avanzasen las pesquisas que acababan de iniciar. También le ofreció el mantenerle informada de cualquier novedad que se produjera. En justa correspondencia le solicitó que le tuviese al corriente de cualquier noticia que ella alcanzase.

Cuando se marcharon el alcalde y los alguaciles, doña Casilda estaba agotada. Se sentía mal. Notaba cómo la fiebre se apoderaba de ella y la mortificaban unas punzadas en el estómago que le producían molestas arcadas. Las criadas le ayudaron a acostarse, pese a sus protestas y una simbólica resistencia. Ellas se encargarían del entierro de Sancho, mandarían recado al cura y todo lo demás. La señora les hizo jurar que la avisarían si se recibía alguna noticia sobre el capitán.

El sepelio quedó fijado para aquella misma tarde. El cadáver estaba en muy malas condiciones por la forma en que se había producido la muerte y por el calor reinante

en plena canícula de agosto. Despedía un fuerte olor a causa de la descomposición. Se ajustó con el párroco de San Andrés, que era la parroquia a la pertenecían los feligreses de la plaza de la Cebada, que cuando estuviese el ataúd, se le avisase para, sin pérdida de tiempo, proceder a la celebración del ritual de difuntos y a la inhumación.

En nada de aquello participó doña Casilda quien, tras una noche en vela y el sufrimiento por todo lo ocurrido, cayó en un profundo sopor. El médico que acudió a verla le prescribió una sangría con sanguijuelas y que se le evitasen malos ratos. Las criadas, conociendo a su señora, optaron por no sangrar a la enferma y cumplir lo referente a evitarle malos ratos. Por ello decidieron no decirle nada cuando tuvieron conocimiento del pregón que estaban echando por todas partes, y del que fueron cumplidamente informadas por unas comadres que acudieron a la casa a manifestar el pésame por la muerte de Sancho. También pretendían informar a doña Casilda sobre la búsqueda y la captura que la justicia ordenaba respecto de su sobrino.

Aquella misma tarde don Bernardo Patiño, que en todo momento estuvo informado de cuanto acaecía en Madrid, incluida la reunión, aunque no su contenido, que habían mantenido la reina, el valido y el duque de Sessa, envió a Consuegra un correo con cartas para don Juan, cuya llegada se esperaba de un día para otro en la sede del gran priorato de la orden de San Juan, poniéndole al corriente de todo lo que había ocurrido en relación con el capitán. Le remitía uno de los escritos que se habían colocado en las tablillas de información para que pudiese juzgar con el mayor discernimiento. Ponía también en su conocimiento que ignoraba el paradero de Gonzalo, que no tenía ningún dato acerca de si éste seguía vivo o estaba muerto y que realizaba todas las pesquisas a su alcance para obtener alguna noticia. Le indicaba que sospechaba que detrás de todo aquello estaba la mano del duque de Sessa, así como de que en la reunión que éste había mantenido con doña Mariana y el padre Everardo era donde, aunque no podía certificarlo, se había concertado el plan de acción contra el capitán. Le daba cuenta, con numerosos detalles, de la efervescencia que agitaba todos los rincones de Madrid por causa de aquella reyerta y ante las acusaciones públicas que se habían vertido contra el capitán Santa Cruz.

Por último, solicitaba a su alteza instrucciones para actuar dado el curso que habían tomado los acontecimientos.

Cuando aquella jornada tocaba a su fin y las primeras sombras de la noche caían sobre la capital de España, en el ambiente se palpaba un aire de turbulencia que no presagiaba nada bueno. Las gentes caminaban de prisa para recogerse en sus hogares, antes de que la noche se cerrase definitivamente. Los corrillos que se solían formar a la puerta de parroquias e iglesias de conventos, donde se habían oficiado las últimas misas del día, se deshicieron con mayor prontitud de la habitual y los pocos comentarios hechos fueron en tonos bajos, poco más que murmullos. Había miedo en

el ambiente y el mismo se palpaba. La causa se encontraba en los rumores que había desencadenado el pregón publicado acusando al capitán Gonzalo de Santa Cruz, prestigioso militar y estampa de caballero para muchos de los vecinos de aquel Madrid atemorizado. Algo que no podía presagiar nada bueno.

Para completar el turbio panorama, con las últimas luces del atardecer llegaron al cielo de Madrid negros y densos nubarrones, que anunciaban tormenta. Una de las tormentas de verano que aquel año todavía no habían hecho acto de presencia. Lo corroboraba el penetrante olor a tierra mojada que traía una suave brisa del oeste, que había empezado a soplar y que cada vez se mostraba más arremolinada.



Elena de Zúñiga aprovechaba la oscuridad de la noche para efectuar estudios y pruebas de iluminación con velas sobre objetos de distintos tamaños y en posiciones diferentes. Buscaba, con el mayor realismo posible, el juego que proporcionaban las luces y las sombras, su contraste para luego trasladarlo al lienzo con el mayor rigor. Estaba tan ensimismada en aquel trabajo, que sólo podía realizarlo de forma adecuada con la oscuridad de la noche —aquellos contrastes y juegos perdían fuerza e intensidad a la luz del día—, que habían transcurrido tres horas sin que apenas se diese cuenta. Sin embargo, se sentía tan cansada que decidió dar por concluida su tarea.

Limpiaba sus pinceles y se afanaba en recoger aceites, grasas y pigmentos, cuando, a través de los postigos que mantenía entornados para recibir algún fresco que aliviase la sofocante atmósfera que producía el calor del verano y al que colaboraban las numerosas velas encendidas, escuchó un apagado rumor de voces sobre algún incidente nocturno; no alcanzaba a entender qué podía ser porque el sonido que hasta ella llegaba era ininteligible. Afinaba el oído cuando escuchó, cercano, un golpe seco. Sigilosamente miró por la celosía y vio, tendido en el suelo, un bulto inerte.

La duda acudió a su mente, sin saber muy bien si debía arriesgarse en una hora como aquélla a acudir en auxilio de quien parecía necesitarlo. La vacilación no fue larga. Alumbrándose con una de las velas que había utilizado en su trabajo, bajó sin hacer ruido y con igual sigilo abrió la puerta del zaguán y la de la calle. Se deslizó hasta la oscura e inerte masa que configuraba aquel cuerpo tendido y a la luz de la vela que portaba se llevó una de las mayores sorpresas de su vida. Apenas pudo contener una angustiosa exclamación.

¡Aquel hombre era Gonzalo! ¡Gonzalo de Santa Cruz!

Su rostro estaba contraído por el dolor. Una de sus manos estaba crispada en la empuñadura de su espada y tenía la otra pegada a su costado. En aquel momento reparó en el pañuelo ensangrentado que había entre sus dedos.

—¡Dios mío, Gonzalo! ¿Qué te han hecho?

Vio horrorizada cómo la sangre empapaba sus ropas. Pegó su oído al pecho y percibió su respiración y el latido de su corazón. ¡Aún estaba vivo!

Intentó mover el cuerpo inerte, pero le resultó imposible. Su peso era demasiado para ella. Corrió, sin hacer ruido, a despertar a Jerónima para que le ayudase. Pese a las protestas de la dueña, que decía que aquello era una locura, lograron llevar a Gonzalo hasta el interior de la casa. Una vez allí, Elena y su ama bajaron un colchón de lana, ya que les resultaba complicado subir al herido a la planta de arriba por lo que pesaba y, además, porque la sangre salía ahora en tal abundancia del costado, que era conveniente moverle lo menos posible.

Doña Jerónima no paraba de rezongar:

—No quiero estar presente cuando vuestro padre se entere de todo esto. Desde luego negaré mi colaboración en este desaguisado.

—Deja de protestar y pon agua a calentar. También prepara vendas —fue le respuesta de Elena.

—¿De dónde voy yo a sacar vendas?

—¡De un lienzo o de una sábana! ¡Qué sé yo!

—¡Santo Dios, santo Dios! ¡En qué lío nos estamos metiendo!

—Baja la voz que nos va a oír mi padre, y dile a Leonor que venga para echar una mano, que nos va a hacer falta.

Mientras la dueña cumplía a regañadientes lo que Elena le había mandado, ella se aseguró de que los postigos y las contraventanas de aquella estancia estuviesen bien cerrados. Había que evitar miradas de ojos indiscretos. Después, lentamente y con primoroso cuidado, valiéndose de unas tijeras, fue cortando la ropa de Gonzalo evitando moverle hasta que le hubo desnudado de cintura para arriba. Ante sus ojos aparecieron las dos heridas de las que salían sendos hilos de sangre. Nerviosa, se retorció las manos, sin saber muy bien qué hacer. Miró a la cara del hombre al que amaba —las semanas de ausencia en Saucedón no habían hecho sino confirmarle que estaba perdidamente enamorada de él— y vio reflejada en ella la sombra de la muerte. Tenía una palidez cadavérica, la nariz afilada y los ojos hundidos con unos cercos ennegrecidos a su alrededor.

Le embargó tal tristeza que, a duras penas, pudo contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Estaba convencida de que le quedaba poco rato de vida. En aquel momento entró Leonor, a quien la somnolencia se le quitó instantáneamente.

—¡Santo cielo! ¿Qué ha ocurrido?

No hubo contestación a su pregunta, porque Elena no tenía respuesta. También llegó doña Jerónima con un manojo de largas vendas que eran el resultado de haber hecho jirones una sábana.

Elena preguntó con ansiedad:

—¿Está ya el agua?

—Es probable que ya haya hervido. Ahora habrá que esperar a que se enfríe un poco. Yo me encargaré de ello. Aquí están las vendas que habéis pedido. ¡Esto es una locura!

Las tres mujeres se afanaron a partir de aquel momento en atender al herido. Elena lavó cuidadosamente con agua tibia las heridas, luego lo hizo con vinagre para limpiarlas lo mejor que le fue posible. Por último, antes de vendarlas, aplicó aceite en toda la zona. Gonzalo continuaba inconsciente. A partir de aquel momento sólo quedaba esperar y encomendarse a Dios.

Eran las cinco de la madrugada cuando concluyeron lo que podían hacer por el herido. Existía la posibilidad de acudir en busca de un médico, pero, sin saber lo ocurrido, era algo muy comprometido. Elena decidió que aguardarían hasta que amaneciese para tomar una decisión al respecto. Esperaba tener necesidad de hacerlo

al día siguiente porque Gonzalo seguiría con vida. Ordenó a la dueña y a la sirvienta que se acostasen y, aunque ambas protestaron, acabaron por obedecer las órdenes de su ama. Ella veló lo poco que quedaba de noche junto a Gonzalo. Fueron unas horas llenas de tensión, los minutos pasaban a veces muy deprisa para hacerse eternos en otros momentos. Le preocupaba el enfrentarse a su padre cuando se enterase de lo ocurrido. Pero sobre todo le acongojaba ver cómo se debatía entre la vida y la muerte el hombre al que amaba, a pesar de las reconvenciones que había recibido de su progenitor, quien se negaba a dar por buena aquella relación, dada la vinculación del capitán Santa Cruz al partido de don Juan.

Desde la muerte de su madre y de sus hermanos, lo que redujo de forma drástica su familia, Elena de Zúñiga había consagrado su tiempo a su padre y a la pintura. Desde hacía unas semanas un nuevo factor se había introducido en su vida, encendiendo un fuego en su interior que ella misma hubiese considerado antes imposible de prender. Y por un maldito azar del destino se había enamorado de uno de los más significados partidarios de quien había sido el autor de sus desgracias familiares. La alegría del amor se veía empañada por las turbulencias que agitaban su espíritu, produciéndole un desasosiego que se veía incluso reflejado en sus últimos apuntes, bocetos y trabajos. Ese mismo destino había llevado hasta la puerta de su casa, más cerca de la muerte que de la vida, a quien se había convertido en la mayor contradicción de su existencia.

La fiebre hizo muy pronto presa del enfermo, quien se agitaba continuamente. Estaba sumido en un sopor mortecino que de vez en cuando se interrumpía al proferir, delirando, palabras que carecían de sentido. Estaba empapado en sudor, pero las heridas habían dejado de sangrar porque las manchas de las vendas no variaban ni en su tamaño ni en su intensidad.

El estado de agitación en que se debatía Gonzalo le indicaron a Elena que sostenía un duro combate, tal vez el más duro de su vida, contra la muerte. Pero también tomó conciencia, viéndolo en aquel estado, de que tendría pocas posibilidades de salir del difícil trance, si no lo atendía un médico.

A diferencia del viaje que le condujo desde la corte hasta La Coruña cuya duración se aproximó a los dos meses, don Juan José de Austria lo realizó en sentido contrario en diez jornadas, con el añadido de llegar hasta Consuegra. Pese a sus peticiones de pasar por Madrid, para besar la mano a su majestad, no se le permitió acercarse a la corte.

Cuando subía las empinadas cuestas que le conducían hasta la imponente fortaleza donde estaba la cabecera de la orden de San Juan el sol empezaba a ocultarse en el horizonte. La luz que despedían sus últimos rayos se reflejaba en un conjunto de blancas y apretadas nubes a las que daba unos tonos dorados, casi anaranjados. Era la luz que antecede al crepúsculo.

Su alteza vestía un negro traje de formas sencillas y calzaba botas de cuero con

amplias vueltas. Nada más poner pie a tierra preguntó si había nuevas de Patiño. Hacía dos semanas que no tenía noticias de lo que acontecía en Madrid. Y dos semanas tal y como estaban las cosas era mucho tiempo, demasiado. Su rostro se alegró cuando le dijeron que el día anterior había llegado correo de la corte. Sin tomarse un respiro y apenas sacudido el polvo que le cubría, leyó con avidez lo que don Bernardo le contaba.

La alegría que había experimentado al saber que había noticias se fue disipando de su ánimo conforme se empapaba de su contenido. Si la posible muerte de Santa Cruz le había producido el primer sinsabor, cuando leyó el papel del decreto que contenía las acusaciones que se le hacían, soltó una maldición.

—¡Malditos bellacos!

Don Juan era de los pocos que podían leer entre las líneas de aquel decreto. Sabía que todo era una maniobra dirigida contra su persona. A la reina, a Nithard y a la Junta de Gobierno les importaba un comino el capitán Santa Cruz. Aquello iba dirigido contra él. Lo hacían así porque no se atrevían a hacerlo por derecho. La situación en Madrid era muy complicada y una acción directa contra él no haría sino empeorarla.

Lo más importante de las noticias que Patiño le proporcionaba era que tenía que vérselas con un enemigo de calado. El decreto contra Santa Cruz había salido, de eso no albergaba ninguna duda, de la reunión de la reina, el valido y Sessa. Conocía a este último lo suficiente como para saber que el peligro no estaba en una cabeza como la suya, por lo tanto el problema radicaba en Nithard. La conclusión no podía ser más que una: el padre Everardo era el mayor de los obstáculos para alcanzar lo que ambicionaba.

Aquella noche don Juan durmió mal, pese al cansancio acumulado tras el viaje. Las noticias de la corte no le permitían conciliar el sueño y cuando éste llegaba lo hacía en forma de un tenue duermevela que apenas duraba unos minutos. Por su cabeza no paraban de rodar proyectos, ni dejaba de darle vueltas a lo que vislumbraba en los papeles de Patiño, donde era más importante lo que no decían que el contenido de las líneas escritas. Elaboró planes que rápidamente rechazaba porque a la postre les encontraba algún punto débil. Cuando las primeras claridades del alba anunciaban la proximidad de un nuevo día se quedó dormido. Morfeo le trajo el esquivo sueño, en parte por el cansancio, pero sobre todo porque había tomado una determinación: había que acabar con la vida de Nithard.

Don Juan se levantó tarde, cuando el sol estaba ya muy alto. Nadie se había atrevido a despertarle después de un viaje tan fatigoso. Se aseó, como llevaba días que no lo hacía, vistió ropas limpias con parsimonia y luego escuchó misa. Tras comer con un excelente apetito, se encerró varias horas en su despacho. El anterior plan para asesinar al confesor de la reina fracasó porque se había encargado a gente inadecuada. Saint-Aunais era un jugador de ventaja, dispuesto siempre a venderse al mejor postor, y Malladas era un cornudo complaciente. Era poco lo que podía

esperarse de quien no tenía empacho en traicionar a su patria, ni en quien admitía que su mujer se revolcase con todo el que estuviese dispuesto a pagar por ello. El curso de los acontecimientos le había puesto de manifiesto que el jesuita, y los últimos hechos venían a confirmarlo, era un enemigo de mayor entidad y consideración de lo que había creído. Se hacía necesario encontrar al hombre adecuado para acometer con garantías de éxito un trabajo tan complicado y peligroso.

Buscó y rebuscó en los pliegues de su memoria tanto tiempo como fue necesario hasta que dio con la persona capaz de llevar a cabo tal cometido. Había luchado a su lado y conocía su valor y sus cualidades. Era hombre decidido a la hora de actuar y era persona de palabra. En su larga vida de militar había encontrado pocos capitanes como aquél. Seguro, además, que con las relaciones de fidelidad que, como oficial, había anudado con los hombres que habían servido a su mando, encontraría fácilmente a la gente que creyera necesaria para llevar a cabo una tarea tan delicada. Don Juan se sorprendía de que no se le hubiese ocurrido antes, teniéndolo tan fácil, echar mano de un hombre con sus cualidades.

Sólo había encontrado dos inconvenientes para decidir encomendarle la misión. La primera que aquel capitán era un hombre de honor y, tal vez, rechazase tomar parte en un asesinato, pese a que estaba acostumbrado a mirar a la muerte de cara. Pero una cosa era matar en combate y otra actuar con alevosía. La tarea de convencerlo quedaría en manos de don Bernardo, conocedor de tales sutilezas, que era capaz de conseguir que hasta las piedras se convenciesen de algo.

El segundo era que llevaba mucho tiempo sin relacionarse con él y le inquietaba la mudanza que el paso del tiempo opera en las personas. También de dicha tarea habría de encargarse don Bernardo.

Aquella tarde don Juan tomó otra decisión. Como él no podía acudir a la corte, lo más conveniente sería que Patiño viniese a Consuegra. En dos jornadas, dada la edad de su secretario, se podía hacer el camino desde la corte. La primera dormiría en Ocaña y la segunda le dejaría en Consuegra. Un caballero de la orden llevaría un mensaje verbal para que don Bernardo hiciese el viaje, sin pérdida de tiempo.

Fue tormentosa la situación que se vivió aquella mañana en casa de don Guillén de Zúñiga cuando bajó de su alcoba después de asearse, vestirse y tomar una colación. Entonces tuvo conocimiento de la presencia del capitán Santa Cruz. Primero, no dio crédito a lo que escuchaba, luego, al enterarse de las circunstancias en que su propia hija le había recogido, su irritación estalló sin contención. Parecía imposible una explosión de cólera como aquélla en una persona cuya figura era la viva imagen de la serenidad y la templanza.

Don Guillén era persona que, pese a las calamidades sufridas y los sinsabores que la vida le había deparado, poseía un aire de serenidad. Era de mediana estatura y bien proporcionado, aunque la edad había empezado a encorvarle ligeramente; su piel, que en otro tiempo debió de ser sonrosada, estaba marcada por la huella del tiempo que le había impreso algunas arrugas. Conservaba la totalidad de su pelo completamente blanco y sus ojos azules mantenían una extraña viveza para su edad, aunque se adivinaba en ellos un fondo de tristeza. Vestía con elegante sobriedad y siempre de la misma forma.

—¡Jamás lo hubiese creído, jamás! ¡Uno de los más caracterizados partidarios de don Juan en mi propia casa! ¡Atendido por mi propia hija!

Elena, de pie, soportaba en silencio las arremetidas verbales de su padre. Pocas veces le había visto en aquel estado, y aunque a lo largo de las horas que pasó en vela aquella noche se imaginó las diferentes reacciones de su progenitor, la realidad fue más cruda de todo lo que había pasado por su mente. Decidió, entonces, que fuera cual fuese la actitud de su padre, mantendría un respetuoso silencio hasta que las circunstancias le permitiesen hablar.

—¡La presencia de ese... ese... —don Guillén no encontró la palabra que buscaba— en mi casa es una infamia a tu madre y tus hermanos! ¡Gentes como él han dado alas a quien es la mayor peste que se ha abatido, en siglos, sobre esta desgraciada monarquía! ¡No alcanzo a comprender cómo te has atrevido a llevar a cabo una acción como ésta!

A Elena le resultaba cada vez más difícil mantener el silencio que se había impuesto. Apretó las uñas de sus dedos contra las palmas de sus manos hasta hacerse daño, como fórmula para contenerse.

—¡Sólo las locuras de ese enamoramiento del que eres presa han podido perturbar tu mente hasta el extremo al que has llegado! ¡Has dado cobijo a quien a estas horas ha de ser, por lo que me has contado, un fugitivo de la justicia! ¡Todo apunta a que esas heridas son la consecuencia de una pendencia de la que no sabemos nada! ¡Tal vez haya matado a alguien! ¡Tal vez se está dando asilo en mi casa a un criminal!

—También es un acto de caridad cristiana ayudar al que lo necesita —las palabras se habían escapado de la boca de Elena, que tenía la impresión de no haberlas pronunciado.

—¿Acto de caridad cristiana dices, insensata? ¡La verdadera caridad cristiana es que los malhechores rindan cuentas ante la justicia!

Después de aquello don Guillén se encerró en su despacho, mientras su hija era presa de la congoja. El hombre al que amaba, a pesar del abismo que le separaba de él por circunstancias de la mala fortuna, se debatía entre la vida y la muerte, mientras que su padre no sólo rechazaba aquella relación, sino que le había manifestado el mayor enfado que le recordaba en los últimos años.

Las horas siguientes fueron de una amargura para las que no había palabras. Don Guillén continuaba en su encierro, se había incluso negado a comer cuando llegó la hora del almuerzo. Elena no se separaba del improvisado lecho donde Gonzalo continuaba sumido en el sopor de la calentura. Desde primeras horas de la mañana no sabía qué hacer, si avisar a un médico o buscar algún otro remedio que fuese más allá de la limpieza y vendaje de las heridas. Las dudas no habían hecho sino acentuarse al tener noticia de cómo se habían desarrollado los hechos que dieron lugar a que Gonzalo quedase tan mal herido. Mayores agobios la embargaron cuando supo que alguaciles y corchetes preguntaban por toda la colación, tratando de esclarecer los hechos que habían dado lugar a aquella matanza. Por suerte para sus propósitos la falta de empedro en la calle, que era de tierra, le había permitido, con la ayuda de Jerónima, eliminar aquella misma noche, sin que fueran vistas, el rastro de sangre de Gonzalo en el lugar de su caída porque el goteo de su herida en la retirada no dejó ninguna pista. No obstante, las declaraciones de los vecinos indicaron que por la Cava de San Miguel abajo se marchó uno de los que participaron en la pelea.

Elena tenía la certeza de que antes o después los alguaciles acabarían por hacer preguntas en su casa y que sus pesquisas les llevarían a conocer que ella se dejaba cortejar por el hombre tras cuya pista estaban, por ello había alertado convenientemente a la dueña y a la servidumbre para cuando llegase el caso. Sus temores también apuntaban hacia la actitud que su padre adoptase. Bien entrada la tarde don Guillén abandonó el encierro en que se había instalado, su hija le rogó que comiese algo, pero se limitó a preguntarle con dureza:

—¿Qué piensas hacer cuando venga la justicia?

Ante la falta de respuesta don Guillén insistió:

—Supongo que serás consciente del delito que cometes al mantener oculto a ese hombre a quien los alguaciles estarán buscando. Porque detrás de esas heridas habrá toda una historia que no será, precisamente, ejemplar.

Elena iba a responder cuando sonó el golpear del aldabón. Estaban llamando a la puerta. Padre e hija cruzaron una mirada en la que había, sobre todo, inquietud.

—No me extrañaría que fuese la justicia —murmuró don Guillén, bajando el tono.

La inquietud se acentuó en el rostro de Elena, quien con los ojos dirigió a su padre una súplica:

—Si son ellos, ¿qué pensáis hacer?

En la encolerizada mirada de don Guillén se vio por primera vez un reflejo de ternura.

—Que acudan a la puerta y pregunten quién es.

Elena no necesitó que se lo repitiese. Tensa y nerviosa, con el corazón atezado por el miedo, abrió ella misma el postiguillo enrejado que había embutido en la puerta. Antes de hacerlo, aspiró profundamente tratando de serenarse. A la vista de sus ojos apareció una figura de espaldas, quien llamaba miraba a la calle mientras le abrían. Aquella silueta que le era familiar se volvió cuando sintió el ruido del postiguillo, Elena apenas pudo contener su alegría. No era la justicia. Era Pinilla, un amigo de su padre que, muchos días, a la caída de la tarde, le visitaba para comentar lo que se decía por los mentideros de la villa. Aquella tarde, tal vez por lo alarmante de lo acaecido la pasada noche, se había adelantado a su hora habitual.

—Me alegra mucho veros, es un verdadero placer, don Pedro —a Pinilla le extrañó que fuese la hija de su amigo quien le abriese y mucho más aquellas palabras—, pasad, pasad.

Don Pedro Pinilla era mucho más joven que don Guillén, rondaría por los cuarenta años, y mantenía una larga relación con Zúñiga desde los tiempos en que éste estaba en Flandes. Era hombre apuesto y conservaba la prestancia de los militares. Había sido capitán de una compañía de caballos y ahora estaba cesante de empleo.

Los dos amigos se acomodaron en sendos sillones de cuero en el despacho de don Guillén.

—¿Sabe ya vuesa merced lo ocurrido esta noche?

—Algo he escuchado.

—Cinco son los muertos, don Guillén, cinco.

—¡Válgame el cielo, don Pedro! ¿Fue una reyerta?

—¿No os lo han dicho? Una reyerta de la que no se conocen las causas. Uno de los muertos es un criado del capitán Gonzalo de Santa Cruz —bajó el tono de su voz—, ya sabéis a quién me refiero. Acerca de los otros sólo corren rumores, pero apuntan a que eran gentes a sueldo, que tenían el encargo de acabar con la vida del capitán.

—¿Estuvo ese sujeto en la pelea?

—Es casi segura su participación, pero no está entre los muertos. También se dice que detrás de todo ello lo que hay es un enfrentamiento más de los que sacuden la corte entre los partidarios de don Juan y los del valido. Lo digo por lo último que acaba de saberse.

—¿Y qué es ello?

—Que se han publicado bandos de busca y captura contra el capitán Santa Cruz.

—¿Qué me decís? —don Guillén trataba de contener la impresión.

—Lo que oís, don Guillén. No se trata de un bulo de tantos como circulan. Lo están difundiendo por voz de pregonero y en las tablillas de costumbre. Le acusan de



asesinato y escándalo. Ofrecen buenos ducados a quien aporte noticias ciertas de su paradero.

—¿Tan grave ha sido el asunto? —don Guillén intentaba disimular su agitación. Elena estaba metida en un asunto mucho más feo de lo que había supuesto. La verdad era que la irritación se la producía más el que Santa Cruz fuese un parcial de don Juan, que el hecho de que le hubiese dado cobijo bajo su techo en aquellas circunstancias. Aunque su negativa a una relación de su hija con el capitán era firme, las indagaciones que había realizado acerca de la persona de aquel capitán apuntaban todas en la misma dirección: era hombre de palabra a la que daba un valor sagrado, honrado a carta cabal y valiente. La única mancha que tenía ante sus ojos estaba en su vinculación política con don Juan.

—Cinco muertos, don Guillén, son muchos muertos. Pero lo que se comenta por ahí como os he dicho, es que la acusación lanzada contra Santa Cruz está relacionada con el trasfondo político que le dan al asunto. Se lo han endosado sin muchas pruebas porque ni siquiera se sabe con seguridad la causa de la pelea. Se ignora, incluso, si el acusado está vivo o muerto.

Don Guillén trataba de serenar su turbado espíritu.

—¿Hay alguna razón para ese ataque tan directo a Santa Cruz?

—Ese capitán es una pieza fundamental para el partido de don Juan. Si la reina y Nithard logran neutralizarlo, el bastardo habrá perdido una de las bazas más importantes que tiene para alcanzar lo que ambiciona. Se dice también que los muertos estaban contratados, aunque no será posible probarlo, por el duque de Sessa, a quien Santa Cruz humilló días atrás encerrándole en una habitación de su propia casa.

Don Guillén esbozó una sonrisa.

—En definitiva, un ajuste de cuentas.

—Si vuesa merced quiere llamarlo así... Lo que parece claro es que, aprovechándose del lance, algunos tratan de obtener ventajas políticas.

—¿Tan importante es Santa Cruz?

—Dicen, quienes tienen cumplida información, que su prestigio entre los veteranos que pululan por esta villa es tal que podría provocar un grave problema al gobierno con sólo chasquear los dedos. Para desgracia de don Juan, Santa Cruz, que le tiene una fidelidad absoluta, se niega a participar en los manejos que promueve y en las intrigas cortesanas. No es hombre para ese mundo. Luchará al lado de don Juan porque, según se dice, es de los que están convencidos de que los males de la monarquía sólo tendrán remedio con su alteza en el gobierno. Pero los que eso dicen, también afirman que, pese a las insistencias del Austria, siempre se ha negado a entrar en ese complicado mundo que es la política. No encaja con su forma de ser, ni con su carácter.

Para don Guillén, que había formulado aquellas preguntas como una forma de sosegar su turbado espíritu, lo que le decía don Pedro era una auténtica revelación.

Ciertamente, era un tipo singular aquel Santa Cruz.

Continuaba la conversación entre los dos amigos, cuando en un reloj de pared sonaron majestuosas y solemnes siete campanadas. Don Guillén, que ya había escuchado bastante, aprovechó el sonido de las campanadas para indicar a su amigo que le excusase, pues había de acudir sin falta a resolver un asunto por lo que habían de poner fin a tan agradable pasatiempo. Con mayores prisas de las que la cortesía señalaba, aunque acompañadas de excusas, el dueño de la casa despidió a la visita. Una vez solo, llamó a su hija y se encerró con ella en el despacho.

Sin preámbulos de ningún tipo, le espetó:

—Según me ha dicho Pinilla, poco menos que han fijado precio a la cabeza de... de don Gonzalo —por primera vez su padre aludía al capitán por su nombre.

Elena se llevó una mano a la boca, donde se ahogó un gemido de angustia. Después de un prolongado silencio, preguntó a su padre:

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no me contáis todo lo que sepáis?

Desde que aquella mañana había tenido conocimiento de la presencia del herido en su casa, don Guillén parecía volver a ser la persona apacible que su hija conocía.

—Siéntate y escúchame con atención.

Don Guillén de Zúñiga contó a su hija todo lo que Pinilla le había comentado. Cuando concluyó, Elena, que a duras penas había podido contener las lágrimas, no aguantó más la tensión que soportaba desde que en la pasada madrugada se encontró con el cuerpo malherido de Gonzalo y rompió a llorar de forma desconsolada. Para su padre aquella imagen de su hija, cuya fortaleza de espíritu era la que lo había sostenido a él en los momentos difíciles, le produjo un dolor como hacía tiempo no experimentaba.

Se levantó, sacó un pañuelo del bolsillo de su jubón y se acercó a Elena, rodeó sus hombros con uno de sus brazos mientras que con el otro trataba de enjugar, con amorosa solicitud, las lágrimas que derramaba en abundancia. Pasaron largos minutos hasta que Elena pudo controlar su llanto, primero reduciéndolo a sollozos y después a unas pequeñas sacudidas que agitaban su pecho.

Fue ella la que con dificultad rompió el silencio.

—Padre, lo último que yo desearía en esta vida es hacer algo que os produjese dolor, pero el corazón a veces no entiende los dictados de la razón. No sé si es una locura el que me haya enamorado perdidamente de Gonzalo de Santa Cruz, pero no soy dueña de mis sentimientos. Lo amo con toda la fuerza de que soy capaz... y... y...

—Continúa, hija mía —la animó don Guillén.

—... y sería la mujer más dichosa del mundo si ese amor, que es correspondido, contase con vuestra bendición. Sé lo duro que para vos es eso, pero si os sirve para algo os diré que Gonzalo, aunque defensor de don Juan, es hombre de una pasta muy diferente. Es un caballero que se rige por un código de conducta en el que la doblez y el engaño no tienen cabida. Es incapaz de hacer daño ni aun cuando pudiese

entenderlo como necesario para lograr un buen fin. Cada día que pasa estoy más convencida de que el don Juan que él conoce es diferente al que nosotros conocemos. Él defiende al militar valiente, al político que busca soluciones para la monarquía y que ha prestado grandes servicios al reino. Pero ignora las maquinaciones de las que se vale, en ocasiones, para tratar de convertir en realidad sus ambiciones. Padre, mi corazón se ha rendido ante un hombre bueno, honrado y justo. La fatalidad ha traído hasta la puerta de nuestra casa la desgracia que padecemos en este momento, pero ¿qué queráis que hiciese?, ¿que le dejase morir tirado en la calle? No hubiese actuado así con un perro, ni tampoco con un enemigo nuestro. Puedo aseguraros que él no es nuestro enemigo. Antes de marcharnos a Saucedón me había rogado que le permitiese hablar con vos para daros todas las explicaciones y satisfacciones que consideraseis oportunas. Me negué tantas cuantas veces me lo propuso, sabedora de cuál es vuestra posición... y... y...

—¿Sí? —era una invitación a seguir.

—... y os juro por lo más sagrado que ya no puedo más —a Elena de Zúñiga se le quebró la voz y ya no pudo contener el llanto.

A la pena de don Guillén se sumó un cierto nerviosismo.

—Por el amor de Dios, hija mía, no llores otra vez. Serénate. ¡Cosas peores han tenido solución!

Cuando Elena dejó de llorar, su padre le preguntó por Gonzalo.

—¿Cómo se encuentra el capitán Santa Cruz?

—Sigue inconsciente, sumido en un profundo sopor y la calentura no remite. Ya no sé qué hacer —respondió la hija, algo sorprendida por aquella muestra de interés.

—Creo que lo mejor es requerir los servicios de un médico —comentó don Guillén.

A Elena se le iluminó la cara.

—Pero corremos un riesgo grave si alguien más sabe que Gonzalo está aquí.

—No habrá riesgo ninguno si quien viene es el doctor Morgado. Que vaya Jerónima a su casa, le dé recado de que necesito sus servicios y le diga que el caso es urgente.

Cuando Elena, que no salía de su asombro, se levantó para dar aviso a la dueña, su padre la cogió suavemente por el brazo. A don Guillén se le formó un nudo en la garganta. Padre e hija se fundieron en un abrazo que en segundos deshizo las tensiones de muchas semanas. Se miraron a los ojos y no necesitaron decirse casi nada.

—Gracias, una vez más, por tu generosidad —musitó Elena.

—Anda, no pierdas un instante, que el tiempo apremia.

Apenas había transcurrido una hora cuando el doctor Fernando Morgado llegaba a casa de su amigo Zúñiga. En pocas palabras don Guillén lo puso al tanto de la situación. El médico, hombre experimentado por una larga carrera, no necesitó

muchas aclaraciones.

—No te preocupes, mi primera obligación es sanar, si ello está en mis manos. La segunda es guardar secreto de lo que sepa por causa de mi profesión. Si además el caso te afecta a ti, sobra todo lo demás. ¡Vamos, Guillén, veamos a ese herido!

Don Guillén prefirió no entrar a la estancia donde estaba el capitán. Acompañaron al médico Elena y la dueña. Después de abrir las vendas y examinar las heridas, palpó por las zonas próximas a los dos boquetes que se abrían en el costado.

—Parece que no hay dañada ninguna víscera, aunque las heridas son de consideración y ha debido de perder mucha sangre. Traedme agua hervida, una jofaina, toallas y gasas.

Al punto fueron atendidas dichas demandas porque Elena, en prevención, había ordenado poner agua a hervir al tiempo que Jerónima salió para llamar al doctor, quien sacó de su maletín un pequeño tarro de cristal con un unguento rosáceo, un frasco con quinina, otro con un líquido oscuro, unas tijeras, unas pinzas, varias agujas de diferentes tamaños y formas, y unas madejillas de finísimo hilo que colocó sobre una mesilla. Luego, con la habilidad de quien lo ha hecho muchas veces, pasó las tijeras por la llama de una vela, después las lavó con agua hervida y cortó los trozos de piel y carne del borde de las heridas. Gonzalo se agitó, pero por suerte la inconsciencia le ahorró el dolor de aquella operación. Mucho peor lo estaba pasando Elena. El médico, después de recortar los trozos de piel desgarrada y de eliminar los restos de carne ennegrecida por la sangre coagulada de los bordes ulcerados de las heridas, limpió toda la zona con unas gasas que sujetaba con las pinzas. Concluida aquella operación, vertió en las heridas una abundante dosis del líquido oscuro, procurando que penetrase en el interior.

—Esto limpiará por dentro —comentó.

Con parsimonia se puso a enhebrar una aguja de punta curvada, luego pasó la aguja por la llama de la vela, sosteniéndola con las tijeras para no quemarse. Después, se puso a coser las heridas de la misma forma que lo haría un sastre, si de tela se tratase. Cuando las hubo suturado, limpió con agua la sangre que había brotado por causa de la costura. Acto seguido usó del unguento rosa con generosidad, extendiéndolo con un suave masaje. Una vez que concluyó, reclamó la ayuda de las mujeres:

—Ahora vamos a vendarlo bien fuerte para que las heridas queden fajadas.

Después de vendarle, incorporaron al enfermo y le hicieron beber, utilizando para ello una cánula, varios tragos de quinina para combatir la fiebre. El doctor recomendó que no se le moviera y que pasadas doce horas se le diese otra vez quinina. Él pasaría a verlo al día siguiente; si empeoraba, ordenó que no dejaran de avisarle.

—Hemos hecho lo que estaba en nuestras manos, ahora está en las de Dios —apostilló.

—¿Cómo le encontráis, doctor? —preguntó Elena.

—Lo peor es la pérdida de sangre que ha sufrido. Si logramos vencer la calentura,

las heridas cierran y no hay complicaciones es posible que viva para contarle porque no parece que le hayan tocado ningún órgano vital. A su favor está la buena salud que aparenta.

Antes de marcharse, el galeno departió largamente con don Guillén, sobre el asunto de la jornada y que en aquella casa se estaba viviendo con inusual intensidad.

Durante la cena en casa de los Zúñiga, don Guillén, que había abandonado el circunstancial ayuno, tuvo una larga conversación con su hija a la que manifestó que si era su deseo contraer matrimonio con Gonzalo de Santa Cruz, si la voluntad de Dios era que el capitán sobreviviese, habría de saber que no contaba con sus bendiciones para casarse. No obstante, estaba dispuesto a charlar con él, cuando estuviese recuperado, sobre las relaciones que mantenía con don Juan de Austria; tal vez podría ser que variase su posición.

En aquellos momentos, Elena de Zúñiga, pese a los problemas que tenía por delante, era una mujer feliz aunque sus esperanzas quedasen pendientes de una conversación. Era consciente de que una vez que Gonzalo recuperase la salud — rezaba por ello a todos los santos de la corte celestial— habrían de afrontar la complicada situación en que se encontraba como consecuencia de las graves acusaciones que pesaban sobre él.

Aquella noche, mientras velase su sueño, pensaba contarle a Gonzalo todos los proyectos que anidaban en su corazón, a la vez que suplicaría al Altísimo que su relación con don Juan no se convirtiese en un obstáculo insalvable para su felicidad.

Don Bernardo Patiño llegó a Consuegra de acuerdo con las previsiones que don Juan había realizado: una primera jornada hasta Ocaña, donde descansó, y la segunda en que rindió viaje en la imponente fortaleza manchega, donde residía la cabecera del priorato de la orden de San Juan.

El hijo de Felipe IV y su secretario no se veían desde el domingo de Ramos último en que don Juan había iniciado su lento viaje hacia La Coruña, donde debería haberse hecho a la vela para tomar posesión en Bruselas de su cargo de gobernador de los Países Bajos. Cinco meses después estaba recluso en aquel pueblo a la espera de lo que dispusiese doña Mariana de Austria, que le culpaba, con razón, de buena parte de la agitación política que se vivía en Madrid, de la humillación inferida por lo que suponía de desplante a su autoridad el rechazo de don Juan al cargo que le había destinado, y de que era su larga mano la que estaba detrás de todos los intentos llevados a cabo para desestabilizar el gobierno y eliminar a la persona que gozaba de su plena confianza, Everardo Nithard.

Por su parte, don Juan tenía también su lista de agravios. Desde la muerte de su padre, acaecida hacía ahora tres años, se había sentido menospreciado y postergado. Se le había negado reiteradamente su presencia en la corte, donde sólo se le había admitido de forma circunstancial y se le había herido en su orgullo. No podía soportar que gente mediocre, sin mayores capacidades que su linaje o la voluntad de la reina, ocupasen cargos de relieve y responsabilidad que a él se le negaban. Por si todo ello no era suficiente, sabía que aquel rechazo derivaba de que su madre había sido una comedianta, aunque su padre fuese el rey. Se sabía mejor que la mayoría de los petimetres que paseaban por Madrid sus cargos y oficios de relumbrón, mientras que a él se le pretendía alejar del núcleo de poder que era la corte. Se le asignaba un destino cuanto más difícil de ejercer y cuanto más alejado de España, mejor. En vida de su padre no le había vuelto la cara a esos peligros ni a ese alejamiento. Había luchado en Nápoles, en Sicilia, en Cataluña, en Flandes y en Portugal, había ejercido de virrey en Mesina y Barcelona, gobiernos complicados porque los súbditos de aquellos territorios eran gentes celosas de sus privilegios y derechos y estaban prontos a la rebelión. Ya había sido gobernador de los Países Bajos en circunstancias harto complicadas. Había dedicado una vida al servicio de la corona y de la monarquía y sólo recibía de aquella austríaca engreída, tozuda y pagada de su grandeza, que era la viuda de su padre, desplantes y rechazo. Se sentía injustamente tratado y humillado. Había suplicado, casi mendigado un puesto en la corte. Si no era posible en la Junta de Gobierno, donde no había habido empacho para encontrarle acomodo a su confesor, forzando la voluntad testamentaria del monarca difunto, que era la suprema razón que se le daba para negarle a él la entrada, al menos que se le autorizase ejercer su plaza de consejero de Estado, cosa que tampoco se le permitía.

Hasta aquel momento se habían mantenido ciertas formas en el duro enfrentamiento que ambos sostenían. Ahora había llegado el momento en que las formas parecían importar poco y lo que había sido una pelea soterrada, se convertía en una lucha a la luz del día. Como toda guerra cortesana, la pugna tenía mucho de partida de ajedrez. Se trataba de mover piezas y ganar posiciones. Don Juan era consciente de que el mayor de los baluartes con que contaba la reina era su confesor, a quien sus consejos penitenciales le habían servido mucho más que a él sus acciones militares y de gobierno, para alcanzar la cima del poder. Nithard era la persona en quien la reina tenía depositadas mayores confianzas, lo que explicaba los ataques que se habían lanzado contra su imagen y contra su persona. Los primeros habían dado el resultado apetecido. Nithard era para el pueblo de Madrid e incluso para una parte importante de la nobleza un odioso extranjero, incapaz para ejercer el gobierno de una monarquía como aquélla. Era un individuo cuyo mayor mérito era administrar el sacramento de la penitencia a la reina. Sin embargo, los intentos de eliminarle políticamente habían fracasado porque el apoyo de doña Mariana a su persona era absoluto. Como habían fracasado también, por incompetencia de los que habían de ejecutarlo, los intentos de eliminarle físicamente. Se trataba ahora de preparar un nuevo y definitivo plan con gentes capaces de llevarlo a cabo con éxito. Para eso era precisamente para lo que estaba en Consuegra don Bernardo Patiño. Allí buscarían dar jaque en aquella partida de ajedrez.

Después de informarse de lo que se sabía acerca de la reyerta en la que participó el capitán Santa Cruz, don Juan se interesó por la situación que se vivía en la corte.

—Así pues, mi querido don Bernardo, el ambiente en Madrid está removido.

—En efecto, alteza, la gente lleva muy mal el que Nithard haya prohibido las representaciones teatrales, diciendo que en tiempo de luto no es buena ni la música ni la alegría. Sólo permite que en alguna iglesia se hagan autos sacramentales, como forma de festejar ciertas celebraciones litúrgicas, pero no es eso lo que la gente desea. Los corrales del Príncipe y de la Cruz están cerrados a cal y canto, la gente murmura porque... ya sabe vuestra alteza, ¡la escena sigue levantando pasiones!

Nada más pronunciar aquellas palabras, Patiño estaba arrepentido. No había calibrado el efecto que podían tener en don Juan, pero si éste se sintió aludido, no lo manifestó.

—¿Qué se dice del confesor, don Bernardo?

—Es un extranjero al que muchos odian por tener esa condición. Tampoco gusta que acapare tantos cargos: el confesionario real, la Inquisición, la Junta de Gobierno, el valimiento... y sobre todo su figura no es atractiva, no resulta simpática. Tan estirado, tan poco comunicativo... ya sabéis a qué me refiero y, aunque la plebe es voluble y sus sentimientos cambian con la misma facilidad que lo hace el viento, en ningún momento ha sido capaz de atraerse las simpatías populares.

—Sin embargo, su posición es firme.

—Eso es cierto, señor, la reina le mantiene su confianza. Yo diría que tiene una fe

ciega en él.

—Por lo que me has hecho llegar, las gestiones de Santa Cruz con los grandes han sido un fracaso. Por ese camino nada se puede esperar, ¿no es así?

—El fracaso ha sido rotundo. Esa gente apostará cuando tenga la certeza de que el jaque sea mate y la ganancia segura. No arriesgarán nada, sólo piensan en sus intereses particulares y en sus odios ancestrales. Nada podemos esperar de ellos. Es más, los problemas que hoy envuelven a don Gonzalo están relacionados con la visita que le hizo al duque de Sessa. La visita fue un fiasco, Santa Cruz le ridiculizó, encerrándole en una habitación de su propia casa junto a numerosos criados, y siendo persona tan vengativa...

—¿Sí? —dijo don Juan con interés.

—Tengo confirmación abonada de que intentaba una venganza contra el capitán, algo que me refirió también el propio don Gonzalo.

—¿Estáis seguro de ello?

—Casi puedo garantizároslo. Desde luego, puedo aseguraros que el duque trataba de darle un escarmiento para vengar su honor ofendido. No albergo dudas de que la reyerta de días pasados tiene relación con ello. El rumor que corre por Madrid es que los que intentaron matar al capitán eran gente contratada por un esbirro de Sessa al que recurre para trabajos sucios o inconfesables.

—En resumen, don Bernardo —señaló don Juan—, los ánimos están caldeados, pero la posición de Nithard es firme y sólo contamos con nuestros propios medios para poner fin al presente estado de cosas.

—No es posible resumir la situación de forma más acertada y con menos palabras.

Don Juan esbozó una sonrisa enigmática.

—En ese caso, mi querido amigo, descansad de la dura jornada de viaje. Mañana hemos de trabajar sin desmayo en el plan que nos permita acabar con el confesor.

Los cuidados que le dispensaba Elena y los buenos oficios del doctor Morgado, que visitaba diariamente al enfermo, hicieron que, poco a poco, Gonzalo mejorase de las graves heridas que le habían colocado al borde de la muerte. Sólo al tercer día de haber caído inconsciente en plena calle, recuperó el sentido, coincidiendo con el final de las graves calenturas que le habían aquejado. El cierre y cicatrización de las heridas ofrecía buen aspecto, pero estaba muy débil por la pérdida de sangre. Cuando el galeno lo visitó la tarde de aquel día señaló, en medio de la alegría desbordada de Elena, que, salvo alguna complicación, aunque por encima de todo quedaba la voluntad de Dios, el enfermo estaba fuera de peligro.

Un momento de grave tensión se vivió en la casa de los Zúñiga cuando unos alguaciles de los que buscaban pistas sobre el paradero de Gonzalo de Santa Cruz, llamaron a la puerta para hacer una serie de preguntas a los dueños y a la servidumbre. Don Guillén los atendió en su propio despacho, donde les manifestó



que lo único que podía decirles era que había oído entre el vecindario, cuando había acudido a misa, que se había producido una reyerta cerca de la plazuela del conde de Barajas y que de resultas de la misma los muertos eran cinco.

—¿Y sobre el capitán Gonzalo de Santa Cruz ha oído algo? —le preguntó uno de ellos.

—Sólo que se le acusa de graves delitos, según se dice en los pregones echados y que no se sabe cuál es su paradero —respondió don Guillén, tratando de ser amable.

—Ningún otro rumor o comentario —insistió el alguacil.

—No, nada más —el padre de Elena pareció hacer memoria y afirmó, como si recordase algo—: En alguna parte creo haber escuchado que resultó herido en el lance.

Elena de Zúñiga, que estuvo presente mientras su padre atendía a los alguaciles, señaló, cuando éstos la invitaron a decir lo que supiera, que no tenía nada que añadir a lo manifestado por su padre. Todo transcurría con cierta normalidad cuando, antes de que los alguaciles preguntasen a la servidumbre, uno de ellos dijo a Elena:

—¿Creo, señora, que el capitán Santa Cruz y vos...?

Don Guillén saltó como una fiera:

—¡Quién es vuesa merced para hacer esa insinuación a una dama! ¡Una dama que es mi hija y os atiende en su propia casa! —sus gritos apabullaron al alguacil, que no sabía cómo excusarse—. ¡Sabed que sólo la hospitalidad y mi deseo de colaborar con la justicia me impide expulsaros de mi casa! ¡Pero sabed también que mi deseo es que concluyáis a la mayor brevedad vuestras pesquisas en esta casa!

El azorado alguacil apenas pudo balbucir una disculpa, sorprendido por aquella reacción.

—Señor, yo no... yo no pretendía...

—Si no tenéis necesidad de nuestras personas, daré órdenes a la servidumbre para que de inmediato quede a disposición de vuestras mercedes —hubo unos instantes de silencio que el dueño de la casa interpretó como asentimiento a su propuesta, por lo que espetó a los agentes de la autoridad un seco—: ¡Buenas tardes!

Abandonaba don Guillén el gabinete, seguido de su hija, cuando el alguacil que no había hecho la pregunta que había desatado la cólera de viejo asentista, le indicó:

—Agradecemos la colaboración de vuestras mercedes. No es necesario que haga venir a la servidumbre.

Los dos alguaciles abandonaron la casa cabizbajos y en silencio. Apenas habían dado unos pasos en la calle. Cuando el que se había despedido reprochó a su compañero:

—¿Cómo se te ha ocurrido una pregunta como ésa? ¿Acaso no sabes que don Guillén de Zúñiga es jurado enemigo de don Juan José de Austria?

—Sí, pero se dice que el capitán corteja o cortejaba a su hija —contestó el amonestado.

—¡Ésa es una relación que don Guillén no consentirá jamás!

La mejoría de Gonzalo le trajo también el conocimiento de lo ocurrido en aquellos tres días pasados en la penumbra de la fiebre. Primero fue el encontrarse atendido en casa de Elena. Tenía un vago recuerdo del momento en que perdió el conocimiento y fue ella quien le explicó cómo le había encontrado malherido en medio de la calle. Aunque Elena ansiaba conocer todos los detalles de cómo había llegado a aquel estado, antes tuvo que responder a las preguntas de Gonzalo: ¿Cómo era posible que ella le hubiese atendido en su propia casa? ¿Qué opinaba su padre de aquello? ¿Qué había sido de Sancho, a quien vio muerto? ¿Qué noticias tenían de su tía Casilda? ¿Qué se decía por Madrid de aquel suceso?

Elena le explicó en primer lugar que Sancho había recibido cristiana sepultura en la iglesia de San Andrés. Luego le contó con detalle los problemas habidos cuando su padre supo que se encontraba en la casa, limitándose a decirle que al final había dado su consentimiento, pero sin mencionar nada acerca de la actitud de don Guillén respecto a sus relaciones. Quería darle una sorpresa mayúscula, dejando aquel asunto para el final. Luego le informó del escándalo que había causado en Madrid la muerte de cinco personas en la refriega y que muy poca gente conocía cuál era su paradero. Sólo las personas de la casa y el doctor que le atendía.

—¿Nada sabe mi tía? —preguntó con ansiedad.

Elena le comentó el peligro que suponía dar cualquier tipo de pista que permitiese a los alguaciles conocer su paradero.

—Sin embargo, alguien ha de decirle que estoy vivo. La pobre debe de estar pasando un infierno, sabiendo que Sancho ha muerto y sin tener noticias de lo que me haya podido ocurrir. Alguien ha de darle razón de ello.

—Hay mucho riesgo porque los alguaciles no paran de hacer pesquisas, alentados por las acusaciones que han lanzado contra tu persona y la recompensa que ofrecen.

—¿Qué es eso de las acusaciones y de una recompensa? —preguntó Gonzalo.

Elena le contó entonces todo lo referente a la publicación del bando donde se decretaba su busca y captura.

Al interés por conocer lo que había ocurrido, le sucedió la indignación de saber que le buscaban como a un vulgar criminal.

—¡Lo único que hice fue defenderme, y bien caro que lo ha pagado el pobre Sancho! —clamó.

—Pero eso sólo lo sabes tú —le indicó Elena, quien trataba de aplacarle, advirtiéndole que aquella excitación no podía ser buena en su estado—: Tenía pensado darte a leer el pasquín que se ha hecho público, pero mejor será que no lo haga —le comentó Elena con una pícaro sonrisa.

La reacción de Gonzalo fue la que ella esperaba. Tomándole una mano —eso no lo esperaba— le suplicó que se lo diese bajo promesa de permanecer tranquilo. Los dos trataron de prolongar aquel momento. Era el primer contacto físico que mantenían, aparte de los roces en las puntas de sus dedos que el agua bendita les había permitido.

Cuando el capitán cogió el papel el corazón le latía con la intensidad de los momentos previos a la entrada en combate, aunque la importancia de su contenido había pasado a un segundo plano. Después de leerlo hizo un comentario que a Elena le llamó la atención por lo simple que le resultó:

—Espero que se aclare todo, antes de que me encuentren —era como si el asunto hubiese dejado de interesarle y deseara hablar de algo mucho más atractivo para él.

—Parece que no te preocupa lo que se dice en ese escrito —le comentó Elena.

—Lo que ahora me preocupa es saber si me amas. Si estas semanas que hemos pasado separados, sin vernos, sin saber el uno del otro, han servido para aclarar tus ideas y si puedo albergar esperanzas acerca de mi amor.

Elena le miró con ternura. El hombre del que se había enamorado era ciertamente especial. Acababa de salir de la penumbra de la muerte y la mayor parte de los corchetes y alguaciles de Madrid, además de los que estuviesen tentados por los ducados que ofrecían, rastreaban una pista para dar con su paradero; para él todo aquello carecía de importancia ante el amor que abrigaba en su corazón. Y ese amor se lo profesaba a ella.

La voz de Elena adquirió un tono emotivo:

—No he necesitado aclarar mis ideas en estas semanas porque las tengo claras casi desde el mismo instante en que te conocí. ¡Te quiero! ¡Te amo con toda la fuerza de que soy capaz de hacerlo! ¡El mayor de mis deseos es compartir mi vida contigo por el resto de mis días!

Gonzalo de Santa Cruz no acababa de dar crédito a lo que estaban escuchando sus oídos. Le parecía estar soñando o lo que era peor, que todo aquello fuese producto de las calenturas que padecía. Después de un largo silencio con la mirada clavada en los ojos de Elena, sólo supo decir:

—¿Quieres repetírmelo otra vez?

La respuesta llegó de forma inesperada. Elena se acercó al lecho, se agachó suavemente sobre él, como si temiese hacerle daño, y lo besó suavemente.

Por la tarde, cuando el doctor Morgado acudió a su cotidiana visita —para todo el mundo lo hacía por necesidad del dueño de la casa que padecía una vieja dolencia sanguínea— se encontró con que el enfermo había experimentado una sustancial mejoría. No sólo había salido del sopor de los días anteriores, sino que las calenturas, por primera vez, le habían abandonado. Había dejado de sudar y todo daba a entender que estaba limpio.

Aquella visita del médico revistió un carácter muy especial porque acompañándole iba don Guillén de Zúñiga. Cuando Gonzalo vio al padre de Elena trató de incorporarse, pero éste se lo impidió. Con cortesía, le preguntó cómo se encontraba y tras una breve conversación que resultó, dadas las circunstancias, algo embarazosa, don Guillén le comentó, antes de retirarse, que cuando estuviese restablecido habrían de sostener una larga charla. Gonzalo, que no salía de su asombro, se limitó a asentir.

Una vez que el padre de Elena se hubo retirado, ésta entró en la habitación. El médico decidió, al haber desaparecido la fiebre, aunque podía reaparecer, cambiarle los vendajes, lo que le permitió comprobar que las heridas mejoraban y estaban cerrando sin problemas. Las limpió, volvió a untarle bálsamo y con la ayuda de Elena pusieron, bien apretadas, vendas nuevas.

—Tal vez, si todo continúa su proceso normal, dentro de unos días podamos quitar los vendajes definitivamente —comentó el médico, animado por la evolución que presentaban las heridas.

—¿Cuándo podré levantarme? —preguntó Gonzalo.

—No es aconsejable tener prisas en un caso como éste. Si una de las heridas se abriera, habríamos perdido todo el camino recorrido. Es mejor ser prudentes.

Una vez que el médico se marchó, Elena regresó al lado de Gonzalo.

—¿Qué te ha dicho mi padre? —preguntó con ansiedad.

—Que cuando me haya restablecido tenemos que hablar.

—¿Qué le has respondido?

—Le he manifestado mi conformidad. ¿Sabes tú algo de eso?

—Según me ha dicho, creo que quiere aclarar contigo algunos aspectos de tu relación con don Juan.

Al escuchar aquello una sombra cruzó por el semblante del capitán.

—¿Acaso pretende orientar mi vida en ese sentido?

—No puedo decirte cuál es su deseo. Pero ya sabes lo que piensa respecto a don Juan.

Gonzalo asintió con pequeños movimientos de cabeza. Tenía un mal presentimiento.

En el semblante de don Bernardo Patiño se reflejaba el cansancio de dos jornadas de viaje. Menos mal que el mismo tocaba a su fin. Alegró su corazón el divisar la pendiente que más allá del río Manzanares delimitaba la zona de Madrid en la que se abría la puerta de Toledo. En su cabeza no paraban de bullir los detalles del plan que, junto a don Juan, había elaborado con minuciosidad. Tenían calculados horarios y distancias, estudiado itinerarios y localizado los puntos fuertes y débiles del plan de acción. Estaban determinados todos los medios que eran necesarios para una actuación en la que no sólo era importante alcanzar el objetivo, sino borrar todas las huellas. No dejar ninguna pista a la investigación que se abriría. Ni un rastro por insignificante que fuera.

Nada había quedado al azar, todo estaba calculado para que el éxito coronase una empresa cuya responsabilidad don Juan había echado sobre sus espaldas. La única cuestión que podía dar al traste con todo lo que habían previsto, analizado, criticado, estudiado desde todas las perspectivas era que fallasen los hombres. Una vez más el riesgo estaba en el factor humano. Pero también en ese terreno habían aprendido de experiencias anteriores y procurado, hasta allí donde les había sido posible, atar todos los cabos. Habían dejado preparada una segunda opción que se pondría en práctica si la planificada no lograba su objetivo.

Un objetivo que era asesinar a Nithard.

Cuando el carruaje en que viajaba don Bernardo cruzaba la puerta de Toledo los últimos rayos de sol se perdían en el oeste, hacia donde estaba el Alcázar Real, anunciando que pronto la noche caería sobre la capital de España.

Aquel 14 de septiembre —había estado ausente dos semanas— empezaba a declinar en una parte de los extensos dominios de su Católica Majestad, don Carlos II, en cuyo nombre se gobernaba el más vasto de los imperios que había sobre la tierra, pese a los graves problemas que lo lastraban. En los campanarios y las espadañas de las parroquias y las iglesias conventuales de la villa que alojaba la corte de aquel rey niño doblaban los bronces anunciando que había llegado la oración, ese momento del crepúsculo en que el día se confunde con la noche, momento conveniente para dirigirse a la divinidad y darle gracias por el día que terminaba, así como pedir su ayuda para superar las sombras de la noche en que el maligno campaba por sus respetos.

El carruaje enfiló la calle de Toledo por donde todavía circulaba mucha gente, que lo hacía con tranquilidad y parsimonia, como si no tuviese prisa por llegar a su destino. La mayoría de aquellos transeúntes trataban de aprovechar la agradable temperatura que templaba el ambiente y disfrutar de un atardecer que anunciaba la llegada del otoño. Dejaron a su izquierda la plaza de la Cebada y continuaron en dirección al centro, hacia la plaza Mayor. Pasaron por delante del Colegio Imperial, el

lugar donde los jesuitas instruían a los jóvenes de las más ilustres familias de la villa, y luego el carruaje giró a la derecha, tomando por la calle de la Concepción Jerónima para evitar precisamente las aglomeraciones y problemas que se daban en la plaza Mayor. Subieron hacia la iglesia de la Santa Cruz y siguieron por la calle de este nombre hasta desembocar en la calle Mayor, que cruzaron para subir por la de Arenal hasta la plaza de Salenque. Allí, el carruaje se detuvo ante la casa de don Bernardo.

A pesar del cansancio del viaje al que se añadían los años, el secretario de don Juan, tras sacudirse el polvo del camino y tomar un ligero refrigerio, se encerró en su gabinete y se puso a trabajar. Todo lo que había trazado junto a su alteza en Consuegra tenía ahora que llevarse a la práctica, lo cual no era empresa fácil. Ya muy tarde, todos en la casa dormían o al menos estaban encerrados en sus alcobas, don Bernardo, con los ojos enrojecidos por el trabajo y reflejado en el semblante el cansancio que acumulaba en su cuerpo, se retiró a descansar. Estaba contento porque, si todo se desarrollaba según sus cálculos, al día siguiente podría iniciar los primeros pasos para dar cumplimiento a lo que se le había encomendado.

Antes de acostarse rezó sus oraciones y se recordó a sí mismo que a primera hora mandaría recado para recabar noticias del capitán Santa Cruz. Ignoraba, tras dos semanas de ausencia, cuál era el curso que habían tomado los acontecimientos.

La evolución de las heridas de Gonzalo trajo una mejoría mucho más rápida de lo que cualquiera podía imaginar. El doctor Morgado se encontraba sorprendido con la forma en que habían cerrado y porque ya empezaban a cicatrizar. Lo habitual en aquellas condiciones era que la convalecencia durase mucho más de un mes. Tal y como pintaba la situación en cuatro semanas podría levantarse, aunque, desde luego, aún habría de esperar algún tiempo más para hacer una vida normal. La fiebre era ya un recuerdo y el aspecto de Gonzalo bueno, habida cuenta del trance por el que había pasado. A partir del quinto día pudo levantarse y dar pequeños paseos por la habitación, que poco a poco fueron ampliándose a aquellas zonas de la casa donde no había peligro de que alguna mirada indiscreta pudiese alcanzar noticia de su presencia. Transcurrida una semana más el galeno decidió que no era necesaria su cotidiana visita al hogar de los Zúñiga. Retiró los vendajes e indicó a Elena que se aplicase al herido el unguento sanador, una vez al día. Para ello dejó una generosa cantidad.

El capitán, pese al riesgo que suponía, se empeñó en que se enviase recado a su tía poniéndole al corriente de que se encontraba a salvo y bien atendido. Aunque a Elena le horrorizaba que por aquel camino pudiesen proporcionar alguna pista sobre su presencia en la casa, la tozudez de Gonzalo acabó por imponerse. Se decidió hacerlo a través de Jerónima y, para evitar posibles sospechas, ya que la vigilancia de los alguaciles continuaba, aunque conforme pasaban los días la misma parecía perder intensidad, descartaron que acudiese a visitar a la tía Casilda. Se utilizaron los servicios del ciego que pedía limosna en el humilladero de Nuestra Señora de Gracia,

el mismo del que se valiera Andrés cuando hizo llegar al capitán el mensaje que le llevó al mesón del Turco. En un papel que Jerónima le dio con una limosna, para que lo entregase a doña Casilda en propia mano, iba escrito lo siguiente:

Vuestro sobrino vive y está en buenas manos. Resultó herido en la pelea que acabó con la vida de Sancho. No podéis verlo por razones de seguridad, pero quedad tranquila.

Una vez que conozcáis el contenido de este papel, deshacedos de él inmediatamente, por vuestra propia seguridad y la de Gonzalo.

Doña Jerónima, que para mayor disimulo se hizo acompañar de una de las sirvientas de la casa, entregó el mensaje acompañándolo de la limosna prevista. Permaneció a su vera mientras escuchaba una coplilla con que el ciego obsequiaba a quienes lo socorrían. Luego, se hizo la remolona en diferentes puestos de los que en la plaza tenían asiento, compró unas cintas de colores, galón y pasamanería para adornar vestidos y un cestillo con higos secos; de esta forma logró que pasase el tiempo necesario hasta comprobar que el ciego realizaba el encargo encomendado.

Las jornadas de convalecencia del capitán, bajo los cuidados de Elena, transcurrían en un ambiente de sosiego y tranquilidad que, sin duda, colaboraban a la pronta recuperación del herido. Sólo una sombra enturbiaba el sereno discurrir de los días: la conversación pendiente entre Gonzalo y el padre de Elena.

Los dos enamorados hablaban de teatro, de lecturas, de música y de pintura. Gonzalo mostraba un vivo interés por aquella actividad de Elena y en la primera oportunidad que su estado se lo permitió subió a la planta primera de la casa, donde tenía instalado su taller. Quedó asombrado por la calidad y la magnitud de la obra que salía de sus pinceles. Lo que se revelaba a través de aquellos lienzos y tablas ponía de manifiesto una exquisita sensibilidad y un amor por los pequeños detalles de la vida, que se hacía patente a través de la minuciosidad con que los plasmaba y del amor de la autora por la obra bien hecha. Sentía particular predilección por los paisajes reales o imaginarios, influencia sin duda de los años pasados en Flandes.

Una mañana, antes de la hora del almuerzo, don Guillén dijo a Gonzalo que, si no había inconveniente por su parte, le gustaría mantener una conversación en privado. Elena estaba nerviosa hasta la excitación. Era consciente de que su futuro iba a dilucidarse entre las paredes del despacho de su padre.

Zúñiga invitó al capitán a tomar asiento y, sin perder tiempo en preámbulos y circunloquios, empezó a hablar.

—Quiero que sepáis que las circunstancias extraordinarias que han traído vuestra presencia a las casas de mi morada han tenido consecuencias que van mucho más allá de lo que siquiera podáis imaginar.

—Lamento haberos producido tantas molestias, pero... —se excusó Gonzalo.

—No me refiero a eso, señor de Santa Cruz, sino al hecho de que vuestra

presencia en esta casa ha hecho que yo... yo... digamos que yo haya recapacitado sobre ciertos planteamientos que atañen a vuesa merced y, lo que para mí es mucho más importante, incumben a mi hija.

—Don Guillén, a mí me hubiese gustado el poder... —comentó en tono de excusa el capitán.

—Yo no tengo nada en contra de vuesa merced, y a fuer de sincero he de deciros que todo lo que he alcanzado a saber acerca de vos habla bien de vuestra persona.

—Os agradezco el cumplido.

—No se trata de un cumplido, sino que al parecer esas noticias responden a la verdad de vuestra personalidad y de lo que dicen de vos vuestras acciones. Yo no os debo ninguna fineza. Lo que quiero deciros es que conozco, por mi hija, vuestras pretensiones respecto a ella. Supongo que ya conocéis, porque Elena os lo habrá dicho, que rechazo dicha relación. Quiero que sepáis que no se fundamenta en nada personal, pero también he de deciros que ese rechazo es total y absoluto. Mi actitud únicamente está dictada por vuestra vinculación con don Juan José de Austria. Una vinculación que supone para mí un obstáculo tal que convierte en inviable vuestra relación con mi hija.

A Gonzalo se le crispó el rostro. No era aquello lo que él esperaba, según Elena le había dicho. Ella estaba convencida de que su padre había cambiado de opinión respecto a la relación que mantenían, aunque tenía alguna reserva acerca de la conversación que había de sostener con su padre. Estaba abrumado y no sabía qué hacer. Notaba que había empezado a sudar y su cuerpo era sacudido por una oleada de calor.

—Por el respeto que vuestra persona me merece quiero que sepáis cuáles son las razones por las que actúo de esa forma que, os lo repito una vez más, no es nada personal.

Gonzalo, sin saber de dónde sacó fuerzas, porque estaba anonadado, como si le hubiesen golpeado con un mazo en la cabeza, respondió a don Guillén con más serenidad de la que él se creía capaz de tener en aquellas circunstancias.

—Si vuesa merced me lo permite y con todo el respeto que me merece no sólo por su persona, sino por ser el padre de quien es, he de deciros que conozco, porque Elena me lo ha contado, la triste experiencia de vuesa merced con su alteza, así como los graves males y perjuicios que se derivaron para vuestra familia de dicha relación. Pero, en mi opinión, eso es algo que en nada debe condicionar el amor que Elena y yo nos profesamos; es más, nada tiene que ver con el compromiso que mantengo desde hace años con don Juan. Aprovecho, además, para manifestaros mi más profunda convicción, pese al concepto que tenéis de su alteza, de que lo considero la persona más capaz y, desde luego, la más adecuada para ejercer el gobierno de esta monarquía. No voy a negaros que me unen a don Juan lazos de una fuerza tal que a nadie resultará fácil romper, pero he de insistiros en que mi amor por Elena no creo que deba estar condicionado por esa situación, ni que la misma deba influir en vuesa



merced, para dar su consentimiento a nuestros proyectos.

Don Guillén de Zúñiga escuchó impávido aquellas palabras. Una vez que Gonzalo hubo concluido, empezó a hablarle de forma muy serena.

—Ignoro las causas que os ligan al Austria y cuál es la razón de vuestra defensa de su persona en la forma que lo hacéis. He de suponer que la imagen que os ofrece es la de un hombre honrado, que hace honor a su palabra, incapaz de cometer tropelías, o de consentir injusticias. La imagen de un hombre que está dispuesto al sacrificio por su patria.

—Aunque no dejo de reconocer que las intrigas palaciegas y la lucha por el poder puede conducir a situaciones... —interrumpió Gonzalo.

—Suplico a vuesa merced me deje concluir porque lo haré con brevedad, después con sumo gusto escucharé todo lo que queráis decirme, pero una vez que yo haya terminado de decir lo que deseo.

—Os pido disculpas.

—Ésa es la imagen que don Juan puede ofrecer a muchos españoles, pero os aseguro que dista bastante de la realidad. No es persona de honor quien no responde a la confianza que se deposita en ella, ni cuando dicha persona falta al empeño de la palabra dada. No es de fiar quien no repara en medios con tal de conseguir sus propósitos. Os aseguro que la ambición se ha apoderado de su corazón de tal manera que no queda resquicio en él para otros sentimientos. No tiene reparo, ni se detiene en sus acciones, con tal de conseguir sus propósitos, aunque ello signifique ruina, dolor, desgracia y miseria. El daño realizado a mi familia es de tal magnitud que en modo alguno puedo consentir que nadie de ella pueda tener alguna relación con su persona, ni siquiera de forma indirecta como, desgraciadamente, ocurre en vuestro caso. Esto es lo que quería decir a vuesa merced. Ahora estoy dispuesto a escuchar lo que tengáis a bien decirme.

—Supongo —comenzó Gonzalo— que un hombre de vuestra experiencia conoce, estoy seguro de que mucho mejor que yo, los complicados vericuetos por los que habitualmente discurren los asuntos públicos. Son muchas las ocasiones en que la voluntad y el deseo no son suficientes porque no se dispone de los medios materiales para ello. Os puedo asegurar que las condiciones en que su alteza hubo de desempeñar su gobierno en los Países Bajos resultarían increíbles a quien no las hubiese vivido junto a él. Yo puedo daros fe de ello porque, aunque mi vida no estaba ligada a la suya de la forma que se ha producido después, tuve ocasión de comprobarlo. Su gobierno estuvo mediatizado por la falta más absoluta de recursos y el incumplimiento reiterado de las promesas que, en ese terreno, se le hacían desde Madrid. Hubo de hacer frente a sus deberes y obligaciones en medio del mayor de los desamparos. Os puedo asegurar que si don Juan no cumplió sus compromisos con vuesa merced fue porque le resultó imposible hacerlo.

—¡No es cierto! —fue tal el grito que salió de la garganta de don Guillén que Gonzalo quedó sorprendido.

—¡No os entiendo!

Don Guillén clavó una fría mirada en sus ojos y después de un silencio tenso y difícil, comenzó a hablar con voz temblorosa:

—Os he dicho antes que todas las referencias que me han llegado acerca de vuesa merced os presentan como un hombre de honor y de palabra. En esa confianza voy a deciros algo que no he confesado a nadie. Algo que atormenta mi corazón y que ha supuesto la peor de las pesadillas vividas a lo largo de estos años, donde sólo el consuelo de un ángel como Elena me ha permitido sobrevivir —hizo una breve pausa para continuar—. Lo que voy a deciros debe ser tan sagrado al menos, como lo es el secreto de confesión, ¿cuento con vuestra palabra de caballero?

—La tenéis, don Guillén.

—Bien, en ese caso habéis de saber que es posible que vuestro don Juan no recibiese los recursos ni los subsidios necesarios para hacer frente a las necesidades que requería el ejército que estaba bajo su mando en Flandes. Pero él no actuó ni como caballero ni como hombre de honor. Ignoro los medios materiales de que dispuso para hacer frente a sus compromisos, pero conozco de su villanía y de su maldad.

—Os suplico, don Guillén, que ahorréis palabras que... —le interrumpió Gonzalo visiblemente molesto.

—No sé si Elena os ha contado —continuó Zúñiga sin escuchar las protestas de Gonzalo— que mi esposa y su madre murió de unas fiebres que le aquejaron cuando estábamos en aquellas tierras, precisamente en el momento en que la ruina se cernía sobre nuestra hacienda.

—Así es, en efecto.

—No es del todo cierto —respondió don Guillén.

—¿Por qué me contáis esto?

—Porque quiero que sepáis qué fue lo que realmente ocurrió —una sombra de tristeza veló los ojos del viejo asentista—. La verdadera causa de la muerte de mi esposa, que también se llamaba Elena, fue el suicidio. Ésa es la verdad y ése es el terrible secreto que he guardado en mi corazón, sin compartirlo con nadie hasta este momento, durante ocho largos años. Tomó un veneno, cuyos efectos mortales pusieron fin a su vida, en medio de unas calenturas que permitieron enmascarar ante el mundo la verdad de lo que había ocurrido.

Gonzalo, lleno de perplejidad, apenas acertó a preguntar ante aquella revelación.

—¿Cómo es que llegasteis a conocer que la muerte de vuestra esposa fue causada por un tósigo? ¿Os lo dijo ella? ¿No hubo posibilidad de remedio?

—Elena era una buena cristiana, fiel cumplidora de sus obligaciones religiosas. ¡Imaginaos cuál debía de ser el estado de su ánimo para tomar una decisión que la condenaba irremisiblemente a los infiernos! —el rostro de don Guillén reflejaba el sufrimiento que le producía hablar de aquello—. ¡Imaginaos el tormento que para ella tuvo que suponer actuar de aquella forma! ¡Imaginaos qué terrible hubo de ser la

razón que la impulsara a tomar una decisión como aquélla! Sólo me lo comunicó cuando no había solución posible, cuando había llegado su última hora y había pedido el auxilio de un confesor para descargar su conciencia del terrible peso que la abrumaba. Inmediatamente antes de que el sacerdote entrase en la alcoba donde agonizaba, me confesó la verdadera causa de su muerte, haciéndome jurar sobre una Biblia que no haría nada, cosa que por otra parte era inútil, para tratar de poner remedio a su muerte, lo cual, por añadidura, sólo hubiese servido para hacer pública la verdadera causa de la misma. ¡No podéis siquiera haceros una idea de lo que para mí supusieron aquellos momentos! ¡Lo que significó aquella revelación y la angustia que se apoderó de mi corazón! ¡Os puedo asegurar que aquéllas fueron las peores horas de mi larga vida! Sólo me quedaron alientos —prosiguió don Guillén— para suplicarle que al menos me dijese cuál era la causa que le había llevado a tomar aquella terrible decisión.

»«Cuando haya muerto —me dijo con voz temblorosa—, abre el cofre donde guardo las escasas joyas que aún me quedan. Allí encontrarás una carta que te aclarará todos los detalles de la decisión que he tomado”. Me hizo prometerle —continuó don Guillén— que sólo abriría la carta después de que hubiese expirado.

»Desgraciadamente no tuve mucho que esperar. Abandoné la alcoba para que la asistiese el confesor y una vez que el sacerdote hubo cumplido con su sagrado ministerio, expiró. Fue como si estuviese esperando a recibir el consuelo del sacramento para morir. Una vez que me quedé a solas, llorando mi pena junto a su cadáver, abrí el joyero y, efectivamente, allí había una carta, corta, escrita con letra nerviosa, pero que yo conocía de sobra. La duda se unía a la desesperación que roía mi corazón.

—¿Qué decía ese papel? —aunque la pregunta era indiscreta, Gonzalo no pudo resistirse a formularla.

Por toda respuesta, don Guillén se levantó, se acercó a un bargueño, primorosamente labrado, y lo abrió con unas llaves que colgaban de su cuello. Sacó de uno de los numerosos cajones del mueble un papel que alargó a Gonzalo.

—Leedlo vos mismo.

El capitán, con mayor interés del que señalaban los buenos modos, tomó el pliego que le alargaban y comenzó a leer. Unos segundos después, no pudo contener una exclamación de sorpresa:

—¡Santo cielo! ¡No es posible!

Apenas acertaba a balbucir otra cosa, mientras le devolvía el papel al padre de Elena.

—Sí es posible, señor capitán. Este papel —don Guillén lo apretó con fuerza— fue escrito por una mujer, en trance de morir, que no pudo soportar la humillación y la vergüenza que supuso para ella lo que acabáis de leer con vuestros propios ojos. Por eso, don Gonzalo, no puedo aceptar nada que tenga siquiera relación lejana con un rufián como es ese bastardo. Un hombre de honor puede verse impelido a no

poder cumplir su palabra porque las circunstancias y las desgracias se lo impidan, pero no puede mancillar la honra de una mujer mediante un chantaje tan vil como el que hizo a mi esposa. No se pueden solicitar los favores de una mujer so capa de cumplir los compromisos a que nos obligan el honor y la palabra dada. No se puede intentar seducir a una mujer con tan malas artes como éstas, y acosarla en su decencia con el señuelo de salvar la ruina de su familia, cuando además se tienen graves responsabilidades en la causa de la misma. Mi esposa, don Gonzalo, se quitó la vida, como habéis leído vos mismo, para poner punto final a la tentación que suponía la miserable presión a que la estaba sometiendo vuestro ídolo con la promesa de que sólo cediendo a sus lujuriosas pretensiones sería posible el pago de la fabulosa deuda que tenía contraída conmigo. Ante aquella terrible tesitura, prefirió perder la vida a perder la honra y arriesgar la salvación de su alma.

Gonzalo de Santa Cruz guardaba ahora un significativo silencio.

—Nunca —prosiguió don Guillén con un tono algo más sosegado— he revelado nada de esto a nadie y menos a mi hija, por ahorrarle un sufrimiento que no tendría sentido porque ningún remedio podía aportar. Os lo he contado a vos por las excepcionales circunstancias que concurren, por vuestro amor por Elena, del que no albergo ninguna duda, y por la convicción de que sois hombre de honor. Pero os diré algo más, ahora que os he mostrado la verdadera cara del monstruo que es don Juan y que se esconde tras la apariencia de sacrificio por el bienestar de la monarquía. Lo suyo es ambición, ambición sin límites. Sin límites os digo, porque no habrá nada en lo que repare con tal de alcanzar sus fines. En este momento su único objetivo es acabar con los obstáculos que se interponen entre su persona y el poder; es decir, acabar, como sea, con el válido Nithard y, si necesario fuese, también con la reina. Si tiene que ultrajar, ultrajará y si tiene que asesinar, asesinará. Ya sabéis las voces que corren en ese sentido...

—Nada se ha podido probar —respondió el capitán a la defensiva.

—Es cierto, pero conociendo al personaje no me caben dudas de que hay fundamento en esos rumores... —don Guillén hizo una pausa y luego prosiguió—: Hay algo que no me resisto a deciros y es que son gentes como vuesa merced, quienes abrigando las mejores intenciones, están ayudando a encumbrar a una bestia cuyas ambiciones finales ni siquiera se pueden vislumbrar.

—¿Qué significado tienen esas últimas palabras? —el rostro de Santa Cruz reflejaba el mal trance por el que estaba pasando.

—No tenía pensado decíroslo, pero después de haberos revelado el mayor de mis secretos, carece de importancia lo que os voy a contar. Tomadlo sólo como algo que es una posibilidad, pero que no es descabellada. No os resulte extraño que al final de todo, y dado el débil hilo que sustenta la vida del rey nuestro señor, en cuyo nombre se gobierna la monarquía, baraje la posibilidad de sentarse en un trono que en caso de que se produjese su muerte, teniendo en cuenta la obcecación de que es prisionero, le abriría ciertas perspectivas.

Gonzalo se puso de pie con gesto airado.

—¡Entiendo, después de lo que me habéis revelado, vuestro desdén por don Juan, pero ello no os autoriza a que injuriéis su imagen con esas insinuaciones!

—Hay un punto de verdad en eso que decís —contestó don Guillén sosegadamente—, por tanto olvidad que esas palabras han salido de mi boca. Pero tal vez algún día cobren dimensión real y entonces, cuando sea demasiado tarde, las recordaréis, señor de Santa Cruz. Permitid, sin embargo, que os cuente algo de lo que fui testigo y que, quizá, vos conozcáis. Pero a buen seguro os podré dar detalles ciertamente importantes de lo que presencié.

Gonzalo hizo un gesto que daba a conocer su disposición a escuchar lo que quiera que fuese que don Guillén deseaba contarle.

—Por circunstancias que no vienen al caso explicar, cuando estuve en Flandes tuve contactos que culminaron en una relación de amistad con Cornelius Brueghel, un astrólogo afincado en Amberes. Era persona respetable y de honor, pese a dedicarse al cultivo de las artes adivinatorias y a la práctica de ciencias esotéricas. Sus almanaques, horóscopos y predicciones le habían granjeado un crédito extraordinario en los más diversos círculos sociales. En busca de sus consejos y vaticinios acudían hombres de negocios, mercaderes, políticos, militares y gentes corrientes que habían de enfrentarse a los numerosos problemas que plantea la vida cotidiana. Conocedor don Juan de las dotes y capacidades de Brueghel, hizo que le concertase una cita con el astrólogo a la que acudimos juntos. Su alteza deseaba que le configurase un horóscopo para conocer qué era lo que le deparaba el futuro.

»Cornelius —prosiguió don Guillén—, con los datos que el propio don Juan le facilitó, elaboró su carta astral y le confeccionó un horóscopo en el que se revelaba que existían posibilidades de que, si confluían determinadas circunstancias, podría ceñir una corona. Insistió el astrólogo que tal posibilidad era remota y que dependería de un cúmulo de circunstancias. Don Juan se mostró encantado con aquella predicción y muy pronto la remota posibilidad se convirtió para él en certeza. Una certeza que le obsesionaba tanto, que no tuvo empacho, con el paso del tiempo, en divulgar en determinados círculos de poder como verdades contenidas en el horóscopo, lo que no eran sino falsedades que convenían a sus intereses.

—¿Falsedades, decís?

—En efecto, tales como señalar que él era hijo legítimo de Felipe IV e Isabel de Borbón, pero que fue cambiado en la cuna y sustituido por el que luego sería conocido como el príncipe Baltasar Carlos, que era el verdadero hijo de la Calderona.

—Disculpad, don Guillén, yo he visto el horóscopo que realizó Cornelius Brueghel y en el mismo se contenía dicha afirmación.

—No, señor mío, lo que vos habéis visto es una falsificación. Eso sí, muy bien hecha, donde se han añadido aquellos elementos que convienen a las ambiciones de don Juan.

—Nunca llegaron a mis oídos negaciones del astrólogo sobre la veracidad del

horóscopo —replicó Gonzalo.

—Claro que no, Cornelius Brueghel murió, en extrañas circunstancias, pocas semanas después de haber elaborado el horóscopo de don Juan, coincidiendo, precisamente, con la difusión de las primeras falsedades acerca del mismo.

—¿Insinuáis por un casual que...?

—No insinúo nada, constato un hecho que acaeció de una determinada forma.

Después de aquello hubo un largo silencio que fue roto por Gonzalo, quien hubo de hacer un esfuerzo para explicar lo que estaba pasando por su cabeza. Era posible que tuviera que arrepentirse amargamente de decir lo que en aquel momento le dictaba su conciencia, pero, precisamente por ello, no podía permanecer en silencio.

—Creo, don Guillén, que, dadas las circunstancias, mi presencia en esta casa, habida cuenta de que mi vinculación a don Juan está sellada por la lealtad que nos profesamos —en el fondo de su voz había un leve temblor—, no debe prolongarse por más tiempo. Os agradezco la prueba de confianza que habéis mostrado hacia mi persona. Lamento profundamente los sucesos que acaecieron hace años en Bruselas y que tanto dolor y desesperación han traído a vos y a vuestra familia. He de manifestaros que amo profundamente a vuestra hija y sé que ese amor es correspondido por ella. Soy consciente de que la barrera que se levanta entre Elena y yo por causa de mi relación con su alteza desaparecería si yo me desligase de su persona. Pero habéis de saber que no comparto vuestras opiniones acerca de don Juan. Puedo entender que en las intrigas que constituyen parte de la esencia de la pugna política haya cometido algún desafuero, pero ello no le invalida como aspirante a dirigir, en nombre de su majestad, los destinos de esta monarquía. No creo que en ningún momento haya puesto en marcha planes para atentar contra la vida de Nithard, como las lenguas de sus enemigos difunden. Es más, niego que exista siquiera esa posibilidad y afirmo que su alteza es incapaz de acometer tamaña villanía.

—¿Acaso no fue villanía lo que hizo con mi esposa? —don Guillén dejó caer la interrogación con indignación.

—Cierto que lo es —admitió Gonzalo—, pero no estamos hablando de una acción política. Es censurable su actuación, pero la misma quedaba fuera del ámbito de su vida pública, así lo creo por muy doloroso que me sea decíroslo. Yo estoy ligado a su alteza en su misión de hombre de estado y, aunque rechazo comportamientos como el que acabáis de revelarme, continuaré apoyándolo en sus pretensiones. Sabéis, porque es del dominio público, que don Juan, siendo mozo, sedujo en Nápoles a una hija del pintor Ribera con la que tuvo una hija. Tal acción, que yo repruebo, no le invalida como gobernante capaz y valioso.

Don Guillén, con aire resignado, se limitó a señalar:

—En fin, es vuestra opinión y yo la respeto. ¿Decíais que vuestra presencia en esta casa no era conveniente...?

—Así es, creo que debo marcharme. Lo único que solicito de vuestra hospitalidad

y benevolencia, que nunca podré pagar como se merece, es que me permitáis permanecer en ella hasta que las sombras de la noche me faciliten una salida más discreta, tanto para tranquilidad de vuestra familia, que no ha de sufrir castigo por haber dado acogida a un criminal, según rezan los bandos publicados, como por mi propia seguridad.

—Sea como lo solicitáis —se limitó a señalar don Guillén, dando por concluida aquella reunión.

Elena tuvo conocimiento por boca de Gonzalo de lo ocurrido, sin que el capitán aludiese para nada a las circunstancias en que se había producido la muerte de su madre. A duras penas podía contener los sollozos. Después de la charla que días atrás había mantenido con su padre, tenía el convencimiento de que los obstáculos que se habían opuesto a su amor con Gonzalo estaban despejados y que aquella reunión tenía más de protocolaria que de otra cosa. Cuando Gonzalo le comunicó que por la noche abandonaría la casa ya no pudo contener las lágrimas. El capitán trataba de buscar palabras de consuelo, algo que también él necesitaba, porque el dolor que le había producido tomar tal decisión sólo era comparable a la indignación que le producían los ataques que, difundiendo bulos acerca de sus acciones, lanzaban los enemigos de don Juan. Un resquemor había, sin embargo, en el fondo de su alma al conocer la vesania con que había actuado con la madre de Elena. Una cosa era no poder resistir la atracción de una mujer y otra muy diferente aprovecharse de determinadas circunstancias para ganar sus favores. Aquello era algo impropio de un caballero.

No hubo almuerzo propiamente dicho en casa de los Zúñiga. Elena se encerró en su alcoba y Gonzalo se tendió, presa de un anormal agotamiento, en el lecho donde había reposado la curación de sus heridas que prácticamente estaban cerradas, aunque no de forma definitiva. Eran otras heridas, mucho más profundas, las que se habían abierto en su corazón. Las horas de la tarde transcurrían lentas y dolorosas, aguardando la llegada de una noche en la que se pondría final a un hermoso amor, segado en su nacimiento por causa de una crueldad del destino, que había llevado a que se cruzasen dos vidas entre las que se interponía la figura de una de las personalidades más recias de aquella época: don Juan José de Austria.

En dos semanas Patiño había logrado ultimar el encargo que don Juan le hiciera hasta en sus menores detalles. Todo salvo la pieza fundamental, que quedaba pendiente. Había decidido dejarla para el final por tratarse del asunto más delicado: hablar con la persona a quien le encomendaría la dirección. Don Juan y él habían sopesado todas las posibilidades, calculado todos los detalles y analizado los pros y los contras. Al final se habían decidido por un hombre capaz, que había mantenido una buena relación con don Juan y, tal vez, lo que era más importante, tenían noticias de que la persona en cuestión estaba en graves aprietos económicos. Dicha circunstancia podía ser determinante a la hora de que tomase una decisión. La cita con quien había de dilucidar dicho negocio estaba prevista para aquella tarde a las cuatro. Don Bernardo, que aguardaba con impaciencia, miró un reloj de péndulo que colgaba de una de las paredes de su despacho y cuyo sonido acompasado sólo era posible escuchar en medio del silencio; aún faltaba un cuarto para la hora fijada. Dieron las cuatro y aún hubo de esperar algunos minutos más hasta que le llegó el sonido de una campanilla que se agitaba en la puerta.

Compuso su figura y se preparó para sostener aquella decisiva reunión.

Quien entró a su despacho, acompañado de una de las sirvientas de la casa, no era otro que el capitán de caballos don Pedro Pinilla, a quien su anfitrión acogió con efusivas palabras de bienvenida, unidas, después de abrazarle, a una invitación para que se sentase y a que tomase algún refresco al que todavía invitaba la temperatura reinante. Don Bernardo le ofreció leche con canela, granizada de limón o aloja. El capitán se inclinó por esta última.

Los dos hombres, con una conversación intrascendente, dejaron transcurrir el tiempo necesario para que la sirvienta regresase con las bebidas. Una vez que ésta se retiró, cerrando tras de sí la puerta, don Bernardo inició la tarea que tenía prevista.

—Supongo, mi querido don Pedro, que desde ayer, que os envié recado para que tuvieseis la amabilidad de concurrir a esta cita, os habréis preguntado acerca de la causa de la misma y que, por una elemental discreción, nada al respecto os decía en el billete que os envié.

—He aguardado con impaciencia la llegada de este momento y ahora soy todo oídos —fue la respuesta de Pinilla.

Don Bernardo tosió suavemente, como si con ello se aclarase la voz.

—Escuchadme con atención, porque lo que voy a revelaros es un asunto de suma importancia, tanto que he meditado largamente acerca de haceros partícipe del mismo y de solicitar vuestra colaboración. La primera de las razones por la que me he decidido a hablar con vos es vuestra vieja relación, amistad diría yo, que os une al señor don Juan desde las campañas de Flandes y de Portugal.

A Pinilla le extrañó que don Bernardo le hablase en aquellos términos tan afectuosos de su relación con don Juan. La misma había sido cordial, pero era la



habitual del jefe de un ejército con su oficialidad. Había mucha distancia. Era cierto que había hecho manifestaciones encomiables hacia su alteza, pero de eso a hablar de amistad...

—La segunda, y no menos importante —continuó Patiño—, es que vuesa merced es hombre de mundo y conocedor de la realidad en que nos encontramos. Y la tercera son vuestras cualidades personales: sois hombre de acreditado valor y probada eficacia.

Pinilla seguía con atención las palabras que escuchaba, pero ni por asomo podía imaginar adónde iría a parar todo aquello.

—Sabéis —continuaba Patiño— que la situación por la que atravesamos presenta ribetes que bordean la catástrofe. Se avecina un verdadero cataclismo si no se pone fin a una situación que cada día tiene menos salidas. Los errores del gobierno se acumulan y más parece que nos rijan unos chiquillos ineficaces e inexpertos, que sesudos varones de probada experiencia. Como vos sabéis muy bien, en el centro de todo este cúmulo de males se encuentra la figura del padre confesor, elevado a puestos de responsabilidad que jamás hubiese osado siquiera soñar, por la cabezonería y tozudez de su majestad, pese a que ni las capacidades, ni la experiencia del padre Everardo acrediten tal ascensión.

Pinilla mantenía un discreto silencio. Seguía preguntándose la razón por la cual Patiño le había llamado porque, con aquel discurso, no alcanzaba a vislumbrarla.

—Puedo aseguraros, mi querido capitán, que, desde instancias muy diferentes, se le han hecho llegar a doña Mariana súplicas y peticiones, poniéndole de manifiesto lo inconveniente de la situación, la cual cada día que pasa empeora más y más. Sin embargo, todos esos ruegos, todas esas súplicas no han servido para nada. Ya conocéis cuán firme de convicciones es la reina y lo difícil que resulta que dé su brazo a torcer cuando ha tomado una decisión. Han sido inútiles todos los intentos para que aparte de su lado al inquisidor y para que permita que personas más cualificadas, de mayor experiencia y con mejores méritos se hagan cargo de conducir por otros derroteros la frágil barquichuela en que se ha convertido, por culpa de nuestros pecados, esta monarquía. Puedo asegurar a vuesa merced que no se han escatimado esfuerzos para que tal cosa sucediese. Todo ha sido inútil y esta monarquía se desmorona por el despeñadero que a todos nos es conocido. Se hace, pues, necesario poner fin a una situación que no admite demora y por lo tanto no puede prolongarse por más tiempo.

Don Bernardo dio un largo sorbo a su aloja y creyó que había llegado el momento de entrar en la parte más difícil de su exposición. Antes de hacerlo, formuló a Pinilla una pregunta que tenía como propósito descubrir algo de sus intenciones:

—No sé si vuesa merced comparte las afirmaciones que acabo de hacerle.

Pinilla, que no deseaba comprometerse con nada, antes de conocer el desenlace de aquella reunión, se limitó a señalar:

—A grandes rasgos coincido con las apreciaciones señaladas, aunque dispongo de

menos información de la que vuesa merced posee.

—Agotadas otras vías, la única fórmula que hace posible poner fin a esta situación pasa por lograr que Nithard sea apartado del lado de la reina. Pero comoquiera que la voluntad de su majestad no contempla esa posibilidad se ha previsto un plan para lograrlo.

—¿Un plan para... para apartar a Nithard del lado de su majestad? —preguntó inquieto el militar.

—Así es, mi querido amigo. No encontramos otra forma de poner fin a esta situación.

—¿Me habéis llamado para hacerme partícipe de ese plan? —el militar puso cara de extrañeza.

—Lo habéis adivinado, don Pedro —afirmó Patiño con expresión zalamera.

—¿Y cuál es la causa para que vuesa merced haya pensado que yo...?

—Ya os di una serie de razones, si es vuestro deseo vuelvo a enumerarlas.

—No, no es necesario, aunque he de deciros que, si bien guardo un grato recuerdo del tiempo en que estuve a las órdenes de su alteza, a quien hace mucho tiempo que no veo, me parece exagerado que aludáis a una vieja amistad. En todo caso, sabed que es un cumplido que me halaga. Pero vayamos al grano, ¿cuál es ese plan?

—Si la voluntad de su majestad es mantener a Nithard a su lado habremos de emplear la fuerza para apartarle. Con ese objetivo hemos barajado varias posibilidades cada cual con sus ventajas y sus inconvenientes. Pero sólo una de ellas se revela verdaderamente efectiva para el logro de nuestro propósito. Nithard no puede continuar al lado de la reina.

Pinilla miró fijamente a don Bernardo.

—¿Por ventura se está refiriendo vuesa merced con ello a acabar con la vida del confesor? Planteado de forma más clara, ¿tiene el plan como objetivo asesinarle?

—Vuesa merced lo dice de una forma muy fuerte —Patiño trataba de quitarle hierro a un planteamiento tan duro.

—Me limito a llamar a las cosas por su nombre —dijo agriamente Pinilla.

Tras un silencio que no fue corto, el militar le preguntó a Patiño:

—¿En qué consiste el plan?

Don Bernardo clavó su acerada mirada en él.

—¿Significa eso que aceptáis vuestra participación?

—No daré una respuesta afirmativa hasta conocer los detalles, saber en qué consiste mi participación y cuál es el precio que estáis dispuesto a pagar por mis servicios —dijo aquello con una frialdad total.

El que don Pedro plantease aquella última cuestión produjo una satisfacción no disimulada en el secretario de don Juan porque, de alguna manera, ponía de relieve que, como había sopesado, la decisión de Pinilla podía estar en función del dinero que se le ofreciese. Decidió dar un paso más.

—¿Cuánto pediríais vos por un servicio como éste?

—No señalaré cantidad alguna hasta que sepa en qué consiste mi trabajo.

—Sois la persona en quien hemos pensado —al militar no se le escapó la utilización que hizo don Bernardo del plural— para dirigir toda la operación.

—¿Ello incluye que sea yo quien mate a Nithard?

—No es imprescindible que lo hagáis por vuestra propia mano —le aseguró Patiño.

—Algo es algo —concedió Pinilla—. ¿Cómo tenéis diseñada la operación?

—¿Significa que aceptáis el encargo?

—Digamos que no lo rechazo. Aún no hemos hablado de dinero.

—No creo, don Pedro, que por ese camino tengamos problemas. ¿Aventura vuesa merced una cifra?

Sin vacilar, el militar señaló:

—Mil quinientos ducados para mí y otros trescientos más para un hombre de mi confianza.

—La cifra me parece razonable, pero ¿por qué habláis de un hombre de vuestra confianza?, ¿acaso no os fiáis...?

—Digamos que no desconfío, pero que es una medida de seguridad. Pensad que no conozco a los demás participantes del plan que vuesa merced ha elaborado y que pretendéis que dirija.

—Me parece razonable vuestro planteamiento. ¿Trato hecho? —don Bernardo tendió su mano derecha hacia don Pedro.

—No, todavía no. ¿Cómo se desarrollará la operación?

—Aunque ahora no puedo daros todos los detalles, os diré que contaréis con ocho hombres y que la fecha para llevar a cabo el plan habrá de ser un jueves. No se trata ni de capricho ni de superstición. Ese día de la semana celebra reunión la Suprema en su sede del palacio de la Inquisición y Nithard lo preside como inquisidor general. Siempre es por la tarde y es frecuente que termine después de anochecido, aunque ello está en función del orden del día fijado. El inquisidor es, por lo general, el último en abandonar el palacio para marcharse a su residencia del Colegio Imperial. En el trayecto se ejecutará el plan.

—¿Se ha elegido ya el jueves? —preguntó interesado Pinilla.

—Todavía no. Estamos pendientes de vuestra decisión, así como que haya un orden del día que nos garantice cierta duración de la reunión del consejo.

—También será necesario asegurarse de que Nithard sale el último y no le acompaña nadie.

—No os preocupéis por ello. Eso corre de mi cuenta. Y ahora, ¿qué decís? —don Bernardo trataba por todos los medios de sellar un compromiso.

—Lo que me proponéis es algo de extrema gravedad. Os solicito un plazo de veinticuatro horas para daros una contestación. ¿Hay algún problema en ello?

Patiño trató de taladrar con su mirada el pensamiento del militar. Hubiese dado lo que le pidiesen con tal de conocer cuáles eran sus verdaderas intenciones. Pero como

tal cosa no era posible, hubo de aceptar la propuesta. En aquel momento le asaltó la duda. Sabía que aquel capitán era un hombre necesitado de dinero y que había demostrado agallas en momentos de dificultad, razones que avalaban su elección. Pero ¿se habría equivocado y la propuesta hecha iba más allá de lo que aquel hombre estaba dispuesto a aceptar?

A la hora de elegir a Pinilla ni don Juan ni él habían dado importancia a la relación de amistad que tenía con don Guillén de Zúñiga —ésta sí era persona enconada contra su alteza—, porque sabían de algunas gentes que tenían relación con el viejo asentista y, sin embargo, eran partidarios de don Juan. No obstante, en aquel momento a don Bernardo le asaltó la duda, el temor a haber cometido un grave error. Desechó aquel pensamiento porque el hecho de que el capitán hubiese adelantado una cifra por su participación, ponía de manifiesto un indudable interés por dirigir la operación. Patiño accedió a la petición.

—Sólo a condición de vuestra discreción.

—Contad con ella, don Bernardo. Además, ¿qué pruebas tengo para acusaros de urdir un plan para asesinar al padre confesor?

—Para inculparme, desde luego que no. Pero para abortarlo por supuesto que sí. En todo caso os reitero la necesidad de discreción y aguardo vuestra respuesta, que os solicito sea personal, para mañana a esta misma hora.

Cuando Pinilla bajaba por la calle del Arenal en dirección a la Puerta del Sol no creía posible que hubiese mantenido una reunión como aquella. Sencillamente le habían propuesto que dirigiese un plan para asesinar a Nithard. Menos aún creía posible que le hubiesen elegido a él para llevar a cabo dicha acción. Era cierto que su relación con don Juan no había sido mala en Flandes y también que no veía con malos ojos que se pusiese al frente de los destinos de la monarquía, pero aquella propuesta significaba una muestra de confianza para la que no encontraba explicación. Sólo pensando en que conocerían las dificultades económicas en que se debatía y porque don Juan sabía de su decisión a la hora de actuar, tenía aquello una explicación.

La verdad era —pensaba Pinilla— que mil quinientos ducados eran muchos ducados. Una pequeña fortuna que le podía permitir una vida holgada durante bastantes años, casi toda la vida, si era capaz de administrarse debidamente. Patiño tenía que saber de sus apuros económicos. Estaba convencido de que le había hecho la propuesta pensando que, en su situación, aquel asunto era cuestión de sumar ducados.

Mientras caminaba no dejaba de mirar para atrás, tenía la sensación de que alguien seguía sus pasos, de que alguien le estaba vigilando. No se sentía seguro, pero tantas cuantas veces miró para atrás, presa de una inquietud que poco a poco se estaba convirtiendo en un temor irracional, no vio nada que justificase aquel estado de ánimo. Subió por la calle de Carretas hasta la plazuela del Ángel y luego por la calle de Barrionuevo hasta donde estaba su casa, a la espalda del convento de los

Trinitarios.

Vivía con muchas dificultades en una buhardilla a la que se accedía desde la calle por una empinada escalera. Aquel desván pertenecía a la viuda de un contador del consejo de Indias, que habitaba en la casa contigua, a la que consolaba de sus soledades con cierta regularidad, a cambio de que no fuese muy exigente en el pago del alquiler. Aunque ya no era una moza, estaba de buen ver.

Entró en la única habitación que constituía su vivienda. Le servía de cocina, de comedor, de dormitorio... el aspecto de abandono y de ruina señalaba las dificultades materiales de quien allí vivía. Se dejó caer en la cama sin salir de su asombro, no podía explicarse cómo en menos de una hora se había encontrado metido en un enredo como aquél. ¡Un plan para asesinar al inquisidor general! Una pregunta le martilleaba en la cabeza: ¿Por qué él? ¿Por qué él?

Aunque don Bernardo Patiño le había dado algunas razones, ninguna tenía la suficiente entidad. Las dudas lo asaltaban. Era una ocasión para agenciarse una suma que jamás en su vida había visto junta, ¡mil quinientos ducados!, pero también suponía un riesgo gravísimo. No quería pensar en las consecuencias que podían derivarse si salía a la luz pública la trama de aquel asunto y se descubría que estaba involucrado. ¡Había sido un imbécil, actuando de la manera en que lo había hecho! ¡Veinticuatro horas para dar una respuesta, como si tuviese la posibilidad de negarse a ello con lo que ya sabía! ¡Si respondía con un no le eliminarían sin contemplaciones para no correr ningún riesgo! ¡Si decía que sí, se vería inmerso en un asunto tan turbio que era complicado que saliese bien! ¡Sabía demasiado, porque había ido demasiado lejos en la conversación con Patiño, y aquello le había convertido en cómplice... cómplice a menos... a menos que...!

Después de casi una hora de angustiosas dudas y negros pensamientos que no paraban de dar vueltas en su cabeza, escuchó el toque de las campanas de los Trinitarios. Eran las seis. Se levantó, echó un poco de agua en una jofaina y se lavó la cara. Se compuso las vestiduras y salió de nuevo a la calle. Cerciorado de que nadie le seguía, subió por la calle de Atocha hasta la parroquia de la Santa Cruz, después caminó por el dédalo de callejuelas que había a la espalda de la plaza Mayor y llegó a la Cava de San Miguel, a la casa de don Guillén de Zúñiga.

—¿Cuál es la causa de vuestra zozobra, don Pedro? —preguntó don Guillén a su atribulado visitante, que le había manifestado el mal trance por el que pasaba sin darle a conocer la razón del mismo.

—No os lo puedo decir porque me va en ello la vida —se limitó a responderle.

—¿Tan grave es el asunto? —insistió el dueño de la casa.

—Tan grave que resulta increíble. Diríais que he perdido la razón si supieseis lo que me ha ocurrido esta misma tarde.

—Creo que todos estamos un poco trastornados en estos días. Si vuesa merced conociese la realidad que yo también he vivido, me tacharía de loco. ¡Al parecer, mi querido amigo, ése es el sino de nuestro tiempo!

—¿Y qué es ello, don Guillén?

—Creo que estaría tan loco como vos, si os lo contara.

—En resumidas cuentas —sentenció Pinilla—, que cada uno de nosotros ha de cargar con el peso de sus propias responsabilidades sin que nos atrevamos a confiarlas a nadie.

—Así es, don Pedro, así es.

—¿Y si...? ¿Y si...?

—¿Y si qué, Pinilla?

—¿Y si cada uno de nosotros se sincerase con el otro? Por mi parte, os aseguro don Guillén, que ello constituiría un verdadero alivio. Es muy grande la necesidad que tengo de contar a alguien la extraña historia que me ha ocurrido esta tarde. No sé si vuesa merced es presa del mismo malestar, pero os aseguro que para mí supone una carga insoportable.

—No es mala esa idea —sentenció el viejo asentista—, si prometéis guardar el secreto —don Pedro besó una cruz que hizo con sus dedos en señal de asentimiento — os diré qué guarda mi corazón.

El improvisado juramento fue suficiente para don Guillén.

—Mi secreto es que el capitán Gonzalo de Santa Cruz está acogido bajo este techo desde la misma noche en que tuvo lugar la reyerta que tan gran escándalo y revuelo ha producido.

Pinilla abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Todo este tiempo ha permanecido escondido en vuestra casa?

—Aquí encontró cobijo y ha pasado su convalecencia. Esta noche se marchará.

—A fe mía, don Guillén, que es gruesa cosa la que habéis ocultado. ¿Cómo es que habéis llegado a esta situación, si Santa Cruz es un caracterizado parcial de don Juan?

Brevemente, don Guillén le contó lo ocurrido. Cuando hubo concluido preguntó a Pinilla por el motivo de sus cuitas.

—Es grave vuestro secreto, pero aún mayor es el motivo de mi desasosiego. ¿Cuento con vuestro silencio?

—Podéis confiar porque pongo a Dios por testigo de mi compromiso.

—¡Don Bernardo Patiño me ha propuesto esta misma tarde dirigir un plan que, al parecer, está ultimado hasta en sus más mínimos detalles para asesinar al padre confesor!

—¡¿Que os han propuesto asesinar a Nithard?!

—Tal y como lo escucha vuesa merced.

—¿Cómo es posible que hayan pensado en vos para tal cosa?

Don Pedro, después de decirle que no acababa de explicarse por qué habían acudido a él, salvo que le tentasen por la vía de los ducados, contó con gran lujo de detalles la reunión que aquella tarde había tenido en casa de Patiño y la propuesta que éste le había hecho. Después fue don Guillén quien le explicó algunos de los

pormenores acaecidos para que Gonzalo recibiese asistencia en su casa, aunque no mencionó la relación de su hija con el capitán.

Pinilla hizo partícipe a su confidente de los temores que tenía y de las dudas que le atormentaban. Había sido demasiado incauto y se encontraba en un difícil trance. Al final le solicitó consejo.

—¿Qué haríais vos en mis circunstancias?

—No estoy en vuestro pellejo, pero, desde luego, sin entrar en valoraciones morales acerca de un acto como el que os han propuesto y analizándolo desde un punto de vista puramente material, yo no me arriesgaría en una aventura como ésa.

—¿Os importaría darme una razón para ello?

—Con mucho gusto. La propuesta que os han hecho puede salir bien o mal. Entended que bien es que la culminéis con el cumplimiento del objetivo propuesto. ¿Creéis que logrado el propósito quien os ha contratado permitirá que sigáis viviendo, convirtiéndoos de esa manera en la mayor de sus amenazas? A fe mía que no y mucho menos sabiendo quién se encuentra moviendo los hilos al final de todo este asunto. Por desgracia, conozco demasiado bien al personaje como para deciros con rotundidad que, una vez logrado su propósito, os eliminará sin contemplaciones. Si el plan para asesinar al valido fracasa, ya sabéis lo que os espera. No necesito explicároslo.

—Habéis hecho un razonamiento impecable y que, además, no ha de alejarse de la realidad que de este asunto se derive, pero la cosa no es tan simple. Me siento atrapado. Disculpadme, si me pongo pesado, pero insisto, ¿qué haríais vos en mis circunstancias?

—¿En qué circunstancias?

—Como os he dicho he quedado en dar a Patiño mañana por la tarde una respuesta a su proposición. Si le digo que no me interesa el plan, con lo que sé acerca del mismo, puedo darme por muerto.

—Creo que no os equivocáis en ello.

Después don Guillén guardó silencio. Mientras se acariciaba el mentón, parecía sumido en profundas reflexiones. Al cabo de un rato comentó:

—Yo en vuestro lugar acudiría mañana por la mañana a palacio y solicitaría ver a la reina para que os conceda inmediatamente una audiencia. Sin duda que encontraréis en ella un poderoso aliado y también su protección. No se me ocurre qué otra cosa podáis hacer, aun a sabiendas de que el riesgo que corréis es grande por cuanto la sombra de don Juan de Austria es alargada. Os recomiendo que a partir de este momento tengáis mucho cuidado y por lo pronto que hoy no os recojáis muy tarde.

Pinilla, tras agradecer aquellos consejos a don Guillén, dio por concluida la reunión. Abandonaba la casa cuando se cruzó con Elena quien ofrecía un aspecto deplorable: tenía los ojos enrojecidos por el llanto y el rostro descompuesto.

—¿Qué os ocurre, doña Elena? —preguntó un sorprendido Pinilla, vivamente

impresionado por el aspecto de la dama.

—¡Padre, necesito hablaros sin demora!

Un profundo suspiro salió del pecho de don Guillén, quien con una calma extraordinaria indicó a su hija:

—En un momento estaré contigo, pero antes despediré a mi huésped. Aguarda un momento en el despacho.

Elena se introdujo en el gabinete, a duras penas contenía el llanto.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó Pinilla.

—Lamentablemente no, mi buen amigo. El estado de mi hija es consecuencia de su relación con el capitán Santa Cruz, a la que me niego por sobrados motivos. ¡Ah, si Santa Cruz supiese lo que acabáis de revelarme!

—¿Por qué decís eso, don Guillén?

—Porque Santa Cruz considera que don Juan, además de ser la persona adecuada para sacar a la monarquía del atolladero en que se encuentra, defiende que, si bien no es un modelo de virtudes, es incapaz de cometer o de planear una acción como la que, por boca de Patiño, han propuesto a vuesa merced.

—No alcanzo a comprender cómo se relacionan todos los cabos de este complicado asunto —señaló Pinilla.

—Muy sencillo, don Pedro, me niego a que mi hija se case con el capitán Santa Cruz, de quien dice estar perdidamente enamorada. Me niego a que mi sangre se mezcle con la de quien es una de las piezas fundamentales con que don Juan cuenta para convertir en realidad sus ambiciones. He tratado, hoy mismo, de hacerle ver que don Juan no es la persona que cree. Mi intento ha sido baldío porque no he podido aportarle pruebas convincentes; sólo ha admitido deslices o actuaciones indecorosas en su vida privada. Pero Santa Cruz sostiene que no son razones para condenarle como persona que aspira a regir los destinos de la monarquía. Esta misma noche abandonará estas paredes que le han cobijado en las últimas semanas. Mi decisión supone un gran sufrimiento para mi hija, ya habéis visto el estado en que se encuentra. Tengo que admitir que incluso tuve un momento de debilidad y a punto estuve de ceder. Pero al fin y no sin dolor he tomado esta decisión.

Pinilla, que conocía a Santa Cruz —habían combatido bajo la misma bandera—, parecía rumiar lo complicado de aquella situación que le acababan de contar.

—Puedo aseguraros que don Gonzalo es hombre de honor —señaló el capitán.

—Creo que también yo estoy en condiciones de asegurároslo. En mi opinión sólo hay una mancha en su persona y es la malsana relación que le une a don Juan.

—¿Creéis que serviría de algo el que le contase lo que me ha ocurrido esta tarde?

Don Guillén quedó asombrado ante aquella propuesta.

—¡Correríais un grave riesgo al hacerle esa revelación a Santa Cruz!

—No lo creo. Aunque no intimé con él en nuestros años de servicio, sé que es persona de palabra, no la quebrantaría por nada del mundo. Podría exigirle previamente su compromiso de guardar silencio.



—Es cierto eso que decís en cuanto a su palabra, aunque no creo que vuestro ofrecimiento sirva de mucho. ¡Ya sabéis, don Pedro, no hay peor ciego que el que no quiere ver! Y Santa Cruz sólo ve por los ojos de don Juan.

—Sin embargo, coincidiréis conmigo en que nada se pierde por intentarlo, y ¡me ha conmovido tanto el aspecto de vuestra hija!

Don Guillén accedió y, para sorpresa de Gonzalo, fue el propio padre de Elena quien acudió a la habitación donde aguardaba, apesadumbrado, a que llegase la noche para marcharse.

—¿Tenéis la bondad de acompañarme hasta el despacho? —le comentó don Guillén.

Gonzalo, que al ver a Zúñiga se había levantado de la cama donde estaba sentado, le siguió en silencio. Elena, sorprendida, y sin capacidad para reaccionar, les dejó solos a instancias de su padre.

Los dos militares se saludaron con cortesía. Hacía tiempo que no se veían. Después, don Guillén invitó a don Pedro a que hablase. Antes de hacerlo, Pinilla pidió a Santa Cruz que prometiese por su honor de caballero que bajo ninguna circunstancia revelaría lo que iba a decirle. Gonzalo, que no salía de su asombro, no tuvo inconveniente en comprometer su palabra y su honor. Después escuchó atentamente lo que su antiguo compañero le contó. Cuando hubo concluido, le preguntó:

—¿Podéis decirme cuál es la causa por la que me contáis todo esto?

Pinilla cruzó una mirada cómplice con don Guillén.

—La providencia ha querido que me cruzase con doña Elena cuando ya me marchaba. La he visto tan descompuesta que me he interesado por la causa de ello. Al conocerla me he prestado a contaros lo que acabáis de oír. Si sirve para algo, lo daré por bien empleado. Añadiré ahora que estoy dispuesto a jurar por la salvación de mi alma que os he contado la pura verdad.

Después de aquellas palabras los tres hombres quedaron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Transcurrido un largo rato, Santa Cruz comentó:

—No pongo en duda la palabra de vuesa merced, quien merece todo mi respeto y consideración, pero habréis de admitir que yo no cambie así como así lo que han sido mis más profundas convicciones y el norte de mi actuación durante muchos años — después le formuló una pregunta a Pinilla—: ¿Qué piensa hacer vuesa merced?

Don Pedro le miró a los ojos.

—¿Sigo contando con vuestra palabra?

—No lo dudéis, capitán.

—Sabed entonces que no estoy dispuesto a prestar mi colaboración a tan criminal propósito y que mañana mismo comunicaré a su majestad la reina los planes que hay en marcha para llevar a cabo tan inicuo proyecto.

Tras una breve pausa, don Guillén preguntó a Santa Cruz:

—¿Os marcharéis, pues, tal y como teníamos previsto?

La respuesta de Gonzalo fue inmediata:

—Agradezco una vez más la hospitalidad y ayuda de vuesa merced.

—¿Eso es todo lo que tenéis que decirnos? —preguntó don Guillén.

—Así es.

Lo que no dijo fue que, en medio de la zozobra en que se debatía, acababa de tomar una grave decisión.

Aún no clareaban las primeras luces del día cuando un jinete abandonaba Madrid por la recién abierta puerta de Toledo. Apenas había cruzado el Manzanares cuando espoleó su cabalgadura, poniéndola, en menos rato del aconsejable, al galope. El jinete tenía prisa.

A las nueve y media de la mañana, mientras en el patio de carros del Alcázar Real se preparaba la carroza de la reina, quien visitaba el convento de la Concepción Francisca, el capitán don Pedro Pinilla, había conseguido que se comunicase al marqués de Salinas, responsable de la guardia de palacio, que tenía urgente necesidad de poner en su conocimiento un asunto de extrema gravedad.

—¡No es posible que su majestad pueda atenderos en este momento! —con acentuado malhumor recibió el marqués al capitán.

—Ha de saber su excelencia que se trata de un asunto de vida o muerte.

—En ese caso puede vuesa merced ponerlo en mi conocimiento.

—Lamento decirlo que sólo confiare lo que sé a su majestad —insistió Pinilla.

—¡Os reitero que ello es imposible!

El capitán, aun a riesgo de encolerizar al marqués, decidió jugárselo todo a una carta:

—En ese caso, excelencia, vos habréis de asumir la responsabilidad.

—¿Entiendo que vuestras palabras son una amenaza? —Salinas estaba airado.

—Nada más lejos de mi ánimo, excelencia. Pero quiero que seáis consciente de la gravedad del asunto.

El noble le miró con dureza.

—¡Está bien!, ¡aguardad aquí!

Unos minutos después el marqués regresó con gesto desabrido:

—Seguidme, capitán, y espero que lo que tenéis que comunicar a su majestad sea tan importante como decís, porque de lo contrario os arrepentiréis el resto de vuestra vida.

Doña Mariana de Austria vestía las tocas monjiles que se habían convertido en su atuendo habitual. Su rostro reflejaba la contrariedad por aquella inesperada audiencia. Dio a besar su mano al capitán, quien al verse a solas en presencia de la reina, se arrodilló, impresionado.

—Sabed que sólo dispongo de un par de minutos, ¿qué es eso tan importante que sólo estáis dispuesto a confiarme a mí? —la voz de la reina sonaba fría, distante.

—Majestad —Pinilla tenía la garganta seca y problemas para articular las palabras—, tengo noticias ciertas de que hay un plan para asesinar al confesor de vuestra majestad.

La reina no pudo reprimir un ligero aleteo de sus fosas nasales. Miró al hombre que tenía delante y tratando de aparentar una tranquilidad que no tenía le espetó:

—Lo que acabáis de decir es muy grave, ¿estáis seguro de ello?

—Completamente, majestad. ¿A cuento de qué habría venido aquí a estas horas y con estas prisas a importunar a vuestra majestad?

—¿Qué pruebas tenéis?

—Ninguna, majestad, salvo que es cierto lo que os he dicho. Conozco algunos detalles del plan que hay previsto. Pero puedo juraros por la salvación de mi alma que es verdad lo que os estoy diciendo.

Mariana de Austria frunció el ceño:

—¿No tenéis pruebas de una acusación tan grave como la que acabáis de formular?

—No, majestad, no las tengo, pero creedme que es verdad lo que os digo —respondió Pinilla un tanto azorado.

—¿Cómo es que habéis tenido conocimiento de todo ello?

—Porque don Bernardo Patiño ha acudido a mí para que tome parte en dicho plan.

En el rostro de la reina se reflejó la inquietud.

—¿Por qué venís a contarme esto? Si han acudido a vos para llevar a cabo sus planes es porque tienen confianza en vuestra persona.

—Majestad, soy capitán de caballos y en otro tiempo serví a las órdenes de don Juan en varias campañas, pero puedo aseguraros que mi relación con su alteza no va más allá de ello. Sabed que ni yo mismo me explico por qué han acudido en busca de mi persona. También he de confesar a vuestra majestad lo difícil que para mí ha sido tomar la decisión de venir a alertar a vuestra majestad y ahora temo por mi vida porque, antes o después, los parciales de don Juan sabrán que estoy aquí en estos momentos.

—¿Cuándo tuvisteis conocimiento de todo este asunto? —preguntó la reina.

—Ayer por la tarde, majestad.

—¿Está fijada la fecha para llevar a cabo el plan?

—Por lo que yo sé, todavía no.

—Está bien, ahora no puedo entretenerme. Esperaréis en palacio mi regreso.

La reina agitó una campanilla y al punto entró el marqués de Salinas.

—Marqués, buscad lugar a propósito para que el capitán aguarde hasta mi regreso. Quedará incomunicado y bajo ningún concepto hablará con nadie. Me respondéis personalmente de ello.

Salinas hizo una cortesana reverencia.

—Como ordene vuestra majestad.

Mariana de Austria, que no podía disimular la impresión que había recibido, abandonó la estancia con paso firme y agitado revoloteo de sus tocas.

Gonzalo de Santa Cruz empezaba a notar los efectos del esfuerzo que realizaba, también su caballo daba síntomas de cansancio. Había cubierto nueve leguas en tres horas, pero era imposible mantener aquel ritmo. Ni él ni su montura estaban en

condiciones de continuar el viaje. Le dolía el costado cada vez más, necesitaba un descanso y comer algo para reponer fuerzas. Acababa de dejar atrás Aranjuez y bajó hasta la ribera del Tajo, aprovechando un recodo del río, donde las aguas se remansaban. Era un lugar que invitaba al reposo. Dio de beber al caballo y lo dejó pastar a sus anchas, mientras él daba cuenta de parte de las viandas que, entre protestas, le había preparado la tía Casilda, a quien había empañado la alegría con que le recibió, cuando le comunicó que se pondría en camino con las primeras luces del día.

Aunque el cansancio había hecho presa en él antes de lo que pensaba y la herida del costado le molestaba mucho, intentaría llegar en aquella misma jornada a Consuegra. Recuperadas las fuerzas reemprendería la marcha, pasando por Ocaña, La Guardia, Tembleque y Turleque. La duda y la ansiedad le apretaban cada vez más el ánimo. Tenía que hablar con su alteza lo antes posible. Quería oír de la propia boca de don Juan respuestas a las preguntas que le atormentaban. Su propia vida dependía de aquella conversación. Por un lado, estaba en juego su relación con Elena y, por otro, comprender el sentido que le había dado a su existencia en los últimos años. Quería saber si era verdad que don Juan estaba detrás del plan que le había contado Pinilla, quien no parecía un charlatán ni, desde luego, tal cosa era don Guillén de Zúñiga. Un doloroso pesar le había producido la revelación del padre de Elena al confesarle la actitud mantenida por don Juan con su esposa y las terribles consecuencias que se siguieron. Aquello era algo que sólo había creído por el crédito de quien se lo había dicho y por las firmes pruebas que le había mostrado. Era algo detestable y, aunque le hubiese dicho que tales asuntos pertenecían a la esfera privada de la vida de una persona, era consciente de que tal comportamiento era una villanía. Quien era capaz de aquello era un vil canalla.

Las dudas que le habían asaltado el último día en casa de Elena mientras esperaba lleno de angustia la llegada de la noche, no habían cesado un solo instante. Ver a su amada sufrir, sin poder remediarlo, se había convertido en una tortura insoportable. Luego la revelación de Pinilla había acabado por provocarle el estado de zozobra de quien se percata de que su mundo, sus convicciones y sus creencias se derrumban como un castillo de naipes. Anonadado, había reaccionado como le enseñaron en el ejército ante los momentos de dificultad, aunque nunca había vivido una situación parecida: actuar con decisión.

Su cabeza era una pura contradicción. Anhelaba verse cuanto antes cara a cara con don Juan y aclarar todas las dudas que le asaltaban, si es que ello era posible. Pero si, por un lado, deseaba que el hombre al que había ligado su destino negase todas las inculpaciones vertidas sobre él, lo que suponía que había tenido sentido el curso de su vida durante los últimos años; por otro, anhelaba que le confirmase aquellas acusaciones, aunque las revistiese con el manto de los complicados vericuetos de la política. Si las rechazaba significaba el final de su relación con Elena. Si las aceptaba, sentiría el dolor de haber sido un títere al que se había

utilizado arteralmente, pero habría salvado el amor de la mujer de quien estaba enamorado.

Ésa era la contradicción en la que se debatía Gonzalo de Santa Cruz aquel día en el que también la reina había recibido la confidencia de que se urdía un plan para asesinar a la persona en quien tenía depositada toda su confianza.

A la misma hora en que el capitán Santa Cruz reemprendía la marcha hacia Consuegra, después de descansar, pero sin haber recuperado sus fuerzas, la carroza de doña Mariana de Austria regresaba de la visita conventual que había realizado a la Concepción Francisca. Canceló todas las actividades previstas para aquella jornada. La excusa oficial fue que su majestad se había sentido indispuesta al volver del convento, víctima de las migrañas que con frecuencia la aquejaban.

Durante dos largas horas estuvo reunida con el capitán Pinilla, quien la puso al corriente de todo lo que sabía acerca de la trama urdida. El militar también respondió a todas las preguntas que, con reiterada tozudez, le hizo la reina. Concluida la reunión, su majestad dio órdenes de que se protegiese la vida de don Pedro, a quien se le facilitaría un alojamiento discreto para evitar el ir a su domicilio, dado el riesgo que ello significaba; después requirió la presencia del padre confesor, del presidente de Castilla y del marqués de Aytona. Lo que Pinilla le había confesado la había convencido, dados los antecedentes que había. Recordó la confesión de Saint-Aunais y el caso de Malladas. Tener a su lado al confesor y a Aytona le permitiría compartir lo que eran angustias y temores con dos de las pocas personas que gozaban de su confianza.

—¿Cree su majestad que ese Pinilla dice la verdad? —era Aytona quien preguntaba.

—Estoy convencida de ello, porque, ¿qué podría ganar ese capitán inventándose una revelación como ésta?

—Majestad, podría tratarse de una treta para incrementar la tensión política que en estos momentos existe y que tiene al gobierno atenazado —indicó el confesor.

—No lo creo —respondió con seguridad la reina—, teníais que haber visto a ese capitán. Preocupado, temiendo por su vida, pidiendo protección.

—No olvide su majestad que en Madrid hay excelentes actores, aunque los corrales estén clausurados —insistió Nithard.

—No creo que hiciese una representación. Puedo ordenar que sea traído a nuestra presencia para que vuestras mercedes puedan comprobar lo que les estoy diciendo.

—¡Majestad, nadie duda de vuestra palabra! —exclamó, untuoso, el presidente de Castilla.

Aytona volvió a tomar la palabra:

—En mi opinión, majestad, continuar la conversación por este camino es estéril. Creo que nos encontramos con una situación delicada, pero que si la manejamos con habilidad puede reportarnos un triunfo extraordinario.

—¿Qué queréis decir? —preguntó la reina.

—Majestad, uno de los mayores problemas derivados del ajusticiamiento de Malladas fue su ejecución sin un procedimiento judicial. La falta de proceso, en definitiva. Ahora tenemos la posibilidad de llevar a cabo ese procedimiento. Existe una acusación formal; tenemos, por lo tanto, un testigo. La acusación formulada recae directamente sobre la persona de don Bernardo Patiño, a quien el diablo confunda. Se puede abrir un procedimiento criminal y llevar a cabo su detención preventiva para someterle a un interrogatorio, incluso a un careo con quien le ha denunciado. Si la suerte nos acompaña es posible que podamos lanzar una acusación muy grave contra el propio don Juan, que es quien se encuentra al final de toda esta trama.

—¿Y si todo resulta un fiasco? —preguntó el presidente de Castilla.

—Nada habremos perdido. Todo queda como está en estos momentos. Todo es ganancia —insistió el marqués.

—Nos convertiremos en el hazmerreír de toda la corte —afirmó el presidente.

—No lo crea su ilustrísima —Aytona dio el tratamiento que correspondía a Sarmiento como prelado, ya que era obispo de Plasencia—, porque este procedimiento puede ser secreto.

—Si no hay pruebas, habrá que soltar a Patiño y entonces don Juan lanzará una ofensiva demoledora contra todos nosotros. Sabe manejar como nadie la sátira, el papel insidioso, la calumnia y el libelo —comentó Nithard.

—Insisto en que tenemos una ocasión de oro. Puede ser que, ante las maldades del bastardo, la providencia haya puesto este instrumento en nuestras manos para que se consiga, con intervención de la justicia divina, el castigo que merece ser tan abyecto y que la justicia de los hombres se ha mostrado hasta el momento presente incapaz de ejecutar. Nada tenemos que perder y sí mucho que ganar —sentenció Aytona.

La intervención del marqués debió de causar una profunda impresión en la reina, porque, sin más explicaciones, anunció a los presentes que se conformaba con aquel parecer y que se procediese a la inmediata detención de don Bernardo Patiño, bajo la acusación de conspirar para asesinar al padre confesor. Ordenó también que el procedimiento se evacuase con todo secreto y que no se perdiese un instante porque estaba convencida de que el secretario de don Juan estaría ya advertido de que el capitán Pinilla había acudido al Alcázar.

—Es mi voluntad que se proceda sin pérdida alguna de tiempo. Vos —indicó al presidente de Castilla— abrid el procedimiento sin dilación. Y vos —señaló a Aytona— daréis las instrucciones pertinentes para proceder a la detención inmediata de Patiño, pero tened en cuenta que la discreción es materia principal en este negocio.

Mientras que don Diego Sarmiento de Valladares, en su condición de presidente del Consejo de Castilla, iniciaba el procedimiento formal de acusación contra el secretario de don Juan de Austria con una celeridad pocas veces vista en el pesado aparato burocrático de la administración de justicia, el marqués de Aytona, acompañado de un alcalde de casa y corte y varios corchetes, en carroza cerrada, se

dirigía a la plaza de Salenque para proceder a la detención de don Bernardo Patiño. Llevaba, para que todo tuviese visos de legalidad, aunque el procedimiento como tal no estaba iniciado, una orden de detención firmada por el propio presidente de Castilla.

El secretario de don Juan que, tal y como la reina había previsto, estaba ya informado de la visita de Pinilla al Alcázar y había comenzado a tomar disposiciones adecuadas al caso, se vio sorprendido por la prontitud con que sus enemigos habían reaccionado. Comprendió que no estaba en condiciones de ofrecer resistencia y se limitó a formular, antes de abandonar su casa, una inocente petición a Aytona:

—¿Puedo esperar de la generosidad de vuestra excelencia el que se me permita subir a mi alcoba para mudar mi ropa interior? Ignoro el tiempo que habré de permanecer sometido a interrogatorio.

El marqués sabía que Patiño era perro viejo y que detrás de algo tan inofensivo podía esconderse alguna artimaña. A pesar de ello accedió al deseo, pero puso condiciones:

—Siempre y cuando en ningún momento os perdamos de vista.

—¡Excelencia —exclamó don Bernardo—, se trata de ropas menores! ¡Es algo muy íntimo! Podéis hacer que alguno de vuestros hombres entre previamente en la alcoba y haga el registro a su gusto, luego poned vigilancia donde lo estiméis conveniente.

Aquella disposición pareció a Aytona suficiente. Sin embargo, ordenó al alcalde de casa y corte que registrase minuciosamente el aposento en cuestión, sin que se encontrase nada sospechoso. El mismo tenía una ventana que daba a un patio interior, a cuyo pie puso un corchete de vigilancia y otro en la puerta de la alcoba.

—Si en unos minutos no habéis salido entraremos a por vuestra merced —le indicó el marqués sin miramientos.

—No será necesario, excelencia. Os agradezco este detalle para con mi humilde persona.

Una vez en su dormitorio Patiño no perdió el tiempo. Aseguró la puerta, tomó el recado de escribir que tenía en una mesilla junto a la ventana y garrapateó un texto que luego dejó entre los paños menores que se quitó. Al marcharse, entre los sollozos de la servidumbre y de su esposa, abrazó a ésta en un tierno gesto de despedida, lo que aprovechó para susurrarle al oído:

—Baltasara, hay un papel entre la ropa que me he quitado, hazlo llegar a su alteza.

Ese papel decía así:

Pinilla nos ha traicionado, esta mañana ha acudido al Alcázar. Ahora, que son las doce del mediodía, han venido a prenderme. Estad sobre aviso porque el peligro es grande.



Don Bernardo fue trasladado a la cárcel real donde fue puesto en una dependencia, aislado de los demás presos. Allí, sin pérdida de tiempo, se le sometió a un duro interrogatorio a lo largo del cual se mantuvo firme en su negación de las acusaciones que se le hacían, con una energía que no parecía propia de su edad. Pese a la insistencia de los interrogadores, que eran dos, nada pudieron conseguir ante la voluntad del interrogado.

Dos horas después de que Patiño hubiese sido detenido, llegaba a su casa el mensajero que le servía de correo para comunicarse con don Juan, llamado por la esposa de don Bernardo, que no había perdido un instante en cumplir el encargo recibido. Le confió el papel que su esposo le había dejado escrito para que sin demora lo llevase hasta Consuegra.

—Guardad cuidado. Me prepararé para salir de inmediato. Esta noche estaré en Ocaña y mañana por estas horas, poco más o menos, lo tendrá don Juan en su poder —le prometió el mensajero.

Sin embargo, aquel mensaje nunca llegó a su destino porque Aytona había dispuesto, como apoyo a las acciones que había emprendido, que la casa del secretario de don Juan quedase más estrechamente vigilada de lo que estaba habitualmente, así como de que se le informase de manera puntual de quién entraba y salía de la misma. Por esta vía tuvo conocimiento de que un cosario profesional había acudido a ella, requerido por una sirvienta de la casa, quien fue en su búsqueda minutos después de que se hubiese practicado la detención de don Bernardo.

—¡El viejo zorro! —exclamó Aytona al conocer la noticia—. ¡Nos engañó con lo de la muda y aprovechó para mandar recado al bastardo! ¡Ese correo tiene la prueba irrefutable de que existe un plan para asesinar al padre confesor! ¡Una vez descubierto tenía que poner sobre aviso a don Juan! ¡Estoy seguro! ¡Hay que detener al mensajero cuando vaya a salir hacia Consuegra! ¡Me apuesto cien ducados a que es ahí adónde va!

El marqués dio instrucciones para detener al correo, advirtiéndole que no hiciesen nada antes de que aquel sujeto iniciase el viaje porque así se asegurarían de que llevaba el mensaje encima.

Numerosos alguaciles y corchetes tomaron posiciones para apresarle. Cuando, con el caballo cogido de las bridas, salió a la calle fue detenido de forma tan sorpresiva, que no tuvo tiempo de reaccionar.

Tras un minucioso registro apareció el papel que Aytona buscaba. El marqués ordenó que se le mantuviese incomunicado aunque no tenía ninguna prueba inculpatoria contra el mensajero, entre otras razones porque el mensaje estaba lacrado y sellado.

Cuando conoció el contenido del mensaje Aytona no podía contener la euforia. El mensajero no podría negar dónde lo había recogido, si apreciaba en algo su vida y no quería ser acusado de encubridor. Poseía además los informes de los alguaciles y

corchetes que habían vigilado la casa de Patiño y practicado la detención.

Ante pruebas tan abrumadoras la resistencia de don Bernardo se resquebrajó. En su fuero interno se culpaba a sí mismo de haber caído en una trampa tan tonta y no haber previsto, con los nervios del momento, que sus enemigos estarían atentos a cualquier movimiento que se produjese y pudiera proporcionarles alguna pista. El golpe de gracia le vino cuando Aytona le lanzó una grave amenaza:

—Sabe vuesa merced que con las pruebas y testimonios que poseemos no podrá sostener su inocencia ante ningún juez. Además, pongo en vuestro conocimiento de que si en este instante no confesáis vuestro crimen, procederé contra vuestra esposa, como cómplice y encubridora.

Patiño sabía que, para su desgracia, el marqués tenía razón. Era inútil seguir negando, cuando todas las pruebas se acumulaban en su contra.

—¿Me garantizáis que mi esposa quedará al margen de todo este asunto? —preguntó don Bernardo con la voz quebrada.

—¡Os lo juro! Siempre y cuando firméis una declaración por escrito.

—Si ésa es la garantía, estoy dispuesto a ello.

A las seis de la tarde, en una de las habitaciones privadas de doña Mariana de Austria, tenía lugar una reunión con las mismas personas que la celebrada aquella mañana.

Quien ahora aparecía exultante, cosa inusual, dado lo rígido de su carácter, era la reina.

—Leedme de nuevo la confesión, os lo suplico.

Aytona volvió a leer el texto del que ya se había convertido en el mayor de los triunfos políticos de su vida:

*Don Bernardo Patiño, natural y vecino de la villa de Madrid, teniendo las casas de su morada en la plaza que llaman de Salenque, de más de sesenta años de edad. Por su propia voluntad y sin que medie clase alguna de agobio ejercido sobre su persona declara, poniendo como fe la salvación de su ánima, que el día de ayer, que se cuenta a veintinueve de septiembre, propuso al capitán de caballos, vecino de esta villa, don Pedro Pinilla, su participación en un plan para apartar del lado de Su Majestad al padre Everardo Nithard, de la Compañía de Jesús, del Consejo de Su Majestad, su confesor e Inquisidor General de estos reinos, utilizando para ello todos los medios, sin excluir ninguno, que menester fuere.*

*Ítem más que asume la autoría de dicho plan, pero que todavía no se había puesto en marcha y que se encuentra aún en fase de preparación, por lo que en modo alguno su culpa va más allá de un intento que se ha revelado infructuoso.*

*Ítem más que su alteza don Juan José de Austria, que fue virrey de Sicilia y de Cataluña, gobernador de los Países Bajos, capitán general de la Mar y general de los ejércitos de Su Majestad, del Consejo de su Majestad, tiene conocimiento de*

*dicho plan, aunque no es culpable de su elaboración. Por lo que su culpabilidad se encuentra limitada al conocimiento del mismo y no más.*

*Ítem más que no hay otros culpables porque, aunque había iniciado contactos con algunos individuos por asuntos relacionados con todo lo que va dicho, a ninguno había comunicado la verdadera naturaleza del referido proyecto.*

*Que es todo cuanto tiene que declarar a la justicia para que ésta ejercite sus funciones de la forma que mejor convenga a los intereses de Su Majestad y los de esta Monarquía.*

*Madrid a 30 días del mes de septiembre de 1668.*

*Don BERNARDO PATIÑO*

—¡Lo tenemos! —fue la exclamación de la reina.

—Pero esa declaración le exculpa del que es su verdadero delito —comentó el presidente de Castilla.

—Pero podemos acusarle de encubrimiento, que es culpa lo suficientemente grave como para abrirle proceso y encerrarle —señaló Nithard dando a su voz un tono de calculada serenidad.

—Tal vez podamos conseguir una declaración de culpa mayor —indicó Aytona.

—Explicaos —le requirió el presidente de Castilla.

—Tenemos una baza formidable para hacer que Patiño vaya más allá en su declaración —la voz de Aytona sonaba maliciosa.

—¿Sí? —preguntó la reina.

—He descubierto que quiere demasiado a su esposa como para negarse a cualquier petición que le hagamos.

—Hace poco nos habéis dicho que le disteis vuestra palabra de que no se la involucraría en este asunto a cambio de la confesión que ha firmado —le apostrofó el inquisidor.

—En efecto, en efecto —afirmó el marqués—, pero ya sabéis cómo son las cosas de la política. ¿No está de acuerdo conmigo su ilustrísima?

El capitán Gonzalo de Santa Cruz estaba al límite de sus fuerzas cuando su caballo, con paso cansino, subía los últimos tramos de la larga y empinada cuesta, llena de recodos, que iba desde Consuegra hasta el castillo donde estaba don Juan. A las puertas de la imponente fortaleza, cerradas a cal y canto, Gonzalo gritó al centinela para advertirle de su presencia. Le dolía todo su cuerpo tras varias semanas de inactividad y convalecencia, y la herida del costado se manifestaba con dolorosas punzadas. Pero todo lo daba por bien empleado con tal de hablar con su alteza.

Una vez acogido el viajero, don Juan fue rápidamente informado de la presencia del capitán, lo que le produjo cierta alarma porque no esperaba aquella visita. Discutía las cuentas con el administrador de una serie de bailíos cuando le comunicaron la llegada del inesperado visitante, cuyo estado era de agotamiento.

Dio órdenes para que se le atendiese de manera adecuada y le viese el físico del castillo. Mientras descansaba y se recuperaba del esfuerzo realizado, él concluiría la tarea que tenía entre manos. Cenarían juntos.

El tiempo de que dispuso Gonzalo hasta la hora fijada por su alteza, le permitió asearse, descansar algo y que el médico le examinase la herida. Algo se había removido en ella y se habían abierto varios de los puntos de sutura por los que había manado un líquido seroso y de un color indefinido.

—¿Os duele mucho?

—Algo, y sobre todo pica y escuece.

—No presenta muy buen aspecto —comentó el físico—. Creo que lo mejor es limpiarla y vendarla. Asearos mientras dispongo lo necesario.

Después del aseo y de la cura la imagen de Gonzalo había mejorado de manera ostensible, aunque eran perceptibles en su rostro las huellas del cansancio.

El comedor donde se reunió con don Juan era una pequeña habitación de gruesas paredes de piedra y techo abovedado al estilo gótico, muy elevado. Los muros estaban desnudos, salvo en uno de los testeros, en el que colgaba un tapiz donde aparecían las armas de la orden de San Juan, una cruz patada, roja y de brazos iguales, sobre fondo negro. En el centro de la sala había una recia mesa de madera de haya de forma alargada, en sus extremos había colocados dos sillones. Estaba cubierta por un blanco mantel de hilo y sobre ella había dispuesta vajilla para que comiesen dos personas.

Allí fue conducido Gonzalo por un caballero de la orden y aguardó un par de minutos la llegada de su alteza, que se mostró efusivo y caluroso. Abrazó con fuerza al capitán, que respondió de igual modo a aquella muestra de amistad.

—¡Mi querido Gonzalo, tu presencia en esta casa era lo último que yo podía imaginar! ¡Mi sorpresa no es obstáculo para que mi alegría sea completa! ¿Cómo te encuentras? ¡Cuéntame! ¿Qué buenos vientos te traen por aquí? ¡Estoy muy contento de verte! ¡Todos hemos estado muy preocupados por lo que te pudiese haber

ocurrido!

—Yo también lo estoy de ver a vuestra alteza —respondió Gonzalo con serenidad a aquella catarata de exclamaciones.

—¡Cuéntame, cuéntame! ¿Cómo está tu salud? ¡Te veo algo demacrado!

—Parece ser que me he recuperado bien de las heridas recibidas y... y... —esbozó una sonrisa— aunque estoy agotado he sido capaz de llegar desde la corte en una jornada.

—¡Eso quiere decir que estás en plena forma, mi querido amigo! ¡Me alegra saberlo porque los tiempos que se avecinan van a ser agitados! ¡Brindemos por tu recuperación y por tu grata presencia! —don Juan tomó dos copas de fino cristal tallado y las llenó de un vino rojizo y espeso; entregó una a Gonzalo, alzó la suya y proclamó:

—¡A tu salud!

—¡Por la de vuestra alteza!

—Buen vino éste. Dará sangre a tus venas. ¡Y ahora cuéntame, cuéntame! ¿Qué sabes de quienes te atacaron? ¿Qué otras cosas se dicen por Madrid?

—Quienes trataron de acabar con mi vida y, a fe mía que a punto estuvieron de conseguirlo, son gentes enviadas por el duque de Sessa.

—He sabido que ése era el rumor que corría, pero ¿estás seguro de ello?

—Completamente. Me tendieron una trampa utilizando a un veterano que había combatido a mis órdenes.

—Tengo entendido que encerraste al duque en una habitación de su propia casa.

—Así es alteza. No era ése mi propósito, pero no tuve más remedio que hacerlo, si no quería que me sacasen de allí entre cuatro. Llamó a la servidumbre para que me expulsase y hube de enfrentarme a ellos. —Gonzalo estuvo a punto de preguntarle la causa por la que había escogido a aquel individuo para que le sondease sobre su actitud respecto de una acción contra Nithard, pero prefirió no gastar pólvora en asuntos que en aquel momento le parecían de menor interés.

—¿Y por Madrid qué se dice? ¿Cuáles son los rumores que corren por los mentideros de la corte?

—Lo que su alteza ya sabe, lo de siempre. La incapacidad del gobierno. Lo delicada que es la salud del rey. Lo cara que está la vida. Con todo lo que más llama la atención es la agitación que, al parecer, se palpa por todas partes. No puedo daros detalles porque la convalecencia de las heridas me ha tenido en cama las últimas semanas, pero lo que me ha llegado es que hay mucha tensión, muchos nervios.

—¿Y la causa de esa tensión? —preguntó don Juan.

Antes de que Gonzalo le contestara, le invitó a sentarse.

—Pero bueno, toma asiento y comamos lo que nos hayan dispuesto para cenar.

Llamó para que trajesen la comida. Gonzalo se sentó, mientras que su alteza lo hacía en el otro extremo de la mesa. Al instante llegaron unos criados y sirvieron la cena. El capitán pensó que había llegado el momento de hablar de lo que le había

llevado hasta aquel lugar.

—Gran parte de esa tensión está relacionada con rumores acerca de un plan para acabar con la vida del inquisidor general.

Don Juan miró a Gonzalo a los ojos, pero no dijo nada. Se sirvió un trozo de pollo de una bandeja y un poco de verdura de un bol que había sobre la mesa. Ante el silencio de su anfitrión, Gonzalo decidió continuar. Pero antes de que abriese la boca su alteza le preguntó por la causa de su visita, en un intento de llevar la conversación a otro terreno.

—En fin, Gonzalo, ¿cuál es el motivo de tu siempre agradable compañía?

—Precisamente esos rumores acerca del plan para asesinar al inquisidor.

Don Juan torció el gesto y comentó con desgana:

—Ya sabes que se dicen muchas cosas que van de boca en boca deformando su verdadera realidad, si es que hay algo de verdad en el rumor.

—En ese caso, alteza, mi pregunta es si en ese rumor hay algo de verdad —  
Gonzalo estaba tranquilo, pero muy serio.

Don Juan contestó con otra pregunta:

—¿Cuál es la razón por la que yo he de saber si hay algo de verdad?

—Porque esos mismos rumores indican que es vuestra alteza quien se encuentra detrás de dichos planes.

Resultaba evidente que a don Juan le molestaba la conversación. Bebió un largo trago de vino.

—¿Deseas otro poco de vino? —preguntó al capitán.

—Otro poco, alteza, muchas gracias.

—Éste es un vino excelente —comentó don Juan chasqueando la lengua para apreciar mejor los aromas del tinto.

Luego, tras un calculado silencio, empezó a hablar.

—Como sabes, los caminos y vericuetos por los que marcha la política son la mayoría de las veces complicados. En ocasiones, incluso, alcanzar un objetivo obliga a procedimientos que difícilmente se pueden entender. No estoy señalando, mi querido amigo, que el fin permita justificar los medios. Rechazo desde lo más profundo de mi corazón esa máxima, al menos la rechazo con carácter general. Pero hay circunstancias que aconsejan caminar por tortuosas sendas que resulta difícil explicar y mucho más complicado entender. Hoy la situación en que se encuentra la monarquía requiere de un cirujano que intervenga sin que le tiemble el pulso ante la necesaria operación quirúrgica que requiere el enfermo. Has compartido conmigo las penalidades del campo de batalla y la dureza de la milicia, y sabes que en mi ánimo sólo existe la voluntad de que esta monarquía recupere el prestigio de que gozó en otras épocas y del que hoy carece por culpa de nuestros propios pecados y por la acción desafortunada de hombres incapaces. Sé que piensas lo mismo que yo respecto de la incapacidad de quien, por deseo de la reina, saltándose la voluntad testamentaria de mi padre el rey, que gloria de Dios haya, rige hoy, según su antojo, los destinos de

esta desdichada monarquía. También sabes que el mayor de los deseos del confesor es alejarme de estos reinos, con destinos apartados, para poder ejercer más a sus anchas la tiranía que hoy padecemos, y conoces de mi resistencia a secundar sus planes. Hemos intentado por todos los medios a nuestro alcance que su majestad alejase de su lado al inquisidor, sin que hayamos logrado nuestro propósito. Antes al contrario, se ha dado garrote sin causa ni proceso a un hidalgo, lo que es un caso inaudito en los anales, y práctica desterrada de los países civilizados. No podemos consentir que esta situación continúe más tiempo porque seremos culpables de complicidad en el execrable crimen de despeñar hasta las simas más profundas a esta monarquía.

Tras aquel discurso don Juan bebió un sorbo de vino, dando a entender que había dado cumplida respuesta a la pregunta de Gonzalo.

—Me gustaría, alteza —Gonzalo carraspeó para aclarar su garganta—, que dieseis una contestación más concreta a la pregunta que os he hecho. Sabéis de sobra lo que pienso acerca de vuestras legítimas aspiraciones para prestar a esta monarquía el mejor servicio que de vuestras virtudes se esperan y para alcanzar ese fin he dedicado los esfuerzos de los últimos años de mi vida. Pero también sabéis que no comparto ciertas prácticas, ni siquiera con la justificación mayor que a las mismas se pudiese dar. Por ello necesito escuchar de vuestra propia boca la respuesta a la pregunta que os he formulado.

Don Juan quedó un momento pensativo, luego respondió con energía:

—Conozco de la existencia de ese plan al que apuntan los rumores a los que has aludido.

—¿Es vuestra alteza quien lo ha impulsado? —la pregunta de Gonzalo sonó rotunda.

El hijo de Felipe IV pareció meditar de nuevo.

—Las actuales circunstancias me han obligado a ello. Es legítima defensa. Se trata de la vida de Nithard o de la mía.

—No conozco ni he oído nada acerca de un plan para asesinaros —afirmó Gonzalo con sequedad.

—Acabarán conmigo, como hicieron con Malladas, igual que lo han intentado contigo —apostilló don Juan.

—¡Pero nosotros no somos como ellos! —gritó Gonzalo.

Don Juan guardó un breve silencio con la mirada fija en los ojos del capitán.

—Has de entender que en la inevitable lucha por el poder hay procedimientos que, aunque parezcan condenables, no queda otro remedio que poner en práctica. Fue así ayer, lo es hoy y seguirá siéndolo mañana.

La respuesta fue inmediata.

—He rechazado siempre en mi mente y en mi corazón tales procedimientos y seguiré haciéndolo hasta el final de mis días.

—Gonzalo, tienes que saber que no nos queda otro camino y lamento

profundamente que hablemos de un asunto que, conociéndote como te conozco, sé que hiere lo más profundo de tu ser. ¡Hablemos de otras cosas! —don Juan trataba de mostrarse conciliador.

—No, alteza, no quiero hablar de otras cosas. Quiero saber al lado de quién estoy y hacia dónde van encaminados mis esfuerzos.

—A veces, Gonzalo, la política hace extraños compañeros de viaje y nos obliga a que pongamos en práctica acciones que no llevaríamos a cabo en otras circunstancias.

Gonzalo de Santa Cruz se puso en pie con gran serenidad.

—Alteza, yo me muestro incapaz de compartir viaje cuando se ponen en práctica ciertas acciones. Me resulta imposible.

Tuvo una punzada en el costado, como si la herida se hubiese abierto porque sintió la desagradable sensación de que se empapaba el vendaje que el médico le había puesto.

—¿Qué quieres decir con ello? —su alteza había fruncido el ceño.

—Que siempre negué que estuvieseis involucrado en acciones que van en contra de la ley divina y la humana. No desconozco que en los aledaños del trono la intriga, la traición y hasta el asesinato son moneda de uso corriente, pero nunca di crédito a los rumores que apuntaban hacia vuestra persona en este último aspecto. Consideraba tal conducta imposible en quien he visto luchar con el arrojo y valentía con que vuestra alteza lo ha hecho en el campo de batalla. Veo que no es así y os agradezco la sinceridad con que me habéis hablado. Pero en aras a esa misma sinceridad, he de deciros que, haciendo votos para que el éxito corone vuestras empresas, es mi deseo apartarme de ellas.

—¡Gonzalo, ésa es una decisión precipitada! ¡No puedo aceptar esa renuncia! ¡Te ruego que medites con sosiego y que olvidemos tus palabras! ¡Sé que todos somos presa, en estos momentos, de sentimientos muy fuertes! ¡Has de seguir a mi lado! —don Juan estaba alterado.

—Lo siento mucho, alteza. No puedo sino agradecer vuestras palabras, pero ésta es una decisión meditada, que no tiene nada de precipitación. Mi viaje hasta aquí tenía como objeto conocer de vuestra boca la respuesta a esas preguntas. Agradezco una vez más vuestra sinceridad y sabed que me sentiré siempre honrado de vuestra amistad y orgulloso de haber combatido a vuestro lado.

Un cabizbajo don Juan se puso en pie, tomó su copa y levantándola, comentó:

—Lamento que los vericuetos de la política alejen nuestros caminos, lamento que te separes de mi lado; has de saber que la tuya ha sido, tal vez, la mejor amistad de que he disfrutado en toda mi vida. Si pudiese cambiar aquello que nos distancia no vacilaría en hacerlo. Pero no es posible y he de acudir a la llamada de mi destino. ¡Bebamos por ello!

—Bebamos —dijo Gonzalo alzando también él su copa.

—No puedo marcharme de vuestro lado sin decir algo a vuestra alteza —la voz de Gonzalo sonaba compungida— porque no sería leal a nuestra amistad. Habéis de



saber que desde esta mañana la reina tiene conocimiento de numerosos detalles del plan para asesinar a Nithard, y también que vos estáis al final del hilo de esa trama. No me extrañaría que vuestra vida corriese peligro. Con lo que acabo de deciros considero cumplido mi último deber hacia vuestra alteza.

A don Juan se le había demudado el semblante.

—¿Cómo es que sabes que la reina tiene conocimiento del plan? —la voz de don Juan sonaba preocupada.

—No puedo revelaros cómo he llegado a tal conocimiento porque faltaría a mi palabra de caballero. Pero creed que es verdad lo que os digo, y lo hago porque a estas horas ya no faltó a la palabra que empeñé cuando me fue revelado lo que acabo de deciros.

Los ojos de don Juan habían enrojecido de repente, como si un infinito cansancio se hubiese apoderado de su persona. Se levantó y se puso a pasear hasta donde lo permitían las dimensiones del lugar. En aquel momento, cuando en un reloj, cuyos sonos se escucharon porque se había abierto la puerta, daban las diez, un caballero sanjuanista entró en la sala pidiendo disculpas por la interrupción.

—Perdonad, alteza, pero es asunto muy urgente.

—¿Qué ocurre?

El caballero se acercó a don Juan y murmuró algo a su oído.

—Está bien, puedes retirarte. Enseguida acudo. Parece que tenemos noticias de Madrid —comentó dirigiéndose a Gonzalo.

—Tal vez, alteza, confirmen lo que acabo de deciros.

—Tal vez. ¿Cuándo te marchas?

—Si vuestra alteza no tiene inconveniente pasaré aquí la noche y me marcharé al amanecer.

—Dispón de esta casa como si fuese la tuya propia. Te deseo mucha suerte y quiero que sepas que te echaré de menos.

—Yo también a vos, alteza.

Los dos hombres se abrazaron con fuerza, sabedores de que se trataba de una despedida definitiva.

Don Juan, a quien la llegada de noticias de la corte había hecho que se desentendiese de los esfuerzos que realizaba para convencer a Gonzalo de que permaneciese a su lado, leyó con avidez el mensaje que le llegaba de uno de los muchos canales de información que poseía. En el mismo se le comunicaba que el capitán don Pedro Pinilla había acudido al Alcázar y aunque no podía dar detalle de la visita, se maliciaba que en ella había una traición.

Aquella noche el gran prior de la orden de San Juan permaneció levantado hasta muy tarde. Estuvo largas horas encerrado en su alcoba, donde disponía de una mesa con recado de escribir, redactando una carta que debía de costarle mucho trabajo porque emborronó numerosos pliegos, sin que le satisficiese su contenido. Eran cerca de las tres cuando el texto redactado debió de responder a sus deseos. Sin desvestirse

y con el cansancio reflejado en el rostro se tendió en la cama. No pudo pegar ojo. Los acontecimientos habían discurrido por unos caminos inesperados e imprevistos. Todo apuntaba a que el plan tan cuidadosamente trazado con Patiño se había esfumado. La conversación con Gonzalo de Santa Cruz había sido un auténtico mazazo. Conocía de sobra los pensamientos de aquella especie de caballero andante, descolocado de época, que más bien parecía encajar en alguno de los libros cuyas páginas leía de vez en cuando. Pensaba, aunque la verdad es que nunca habían hablado de ello, que Gonzalo asumía implícitamente el hecho de que, en ocasiones, se había visto obligado a proceder de formas y modos que eran reprobables. Nunca en aquellos años le había encomendado ninguna misión que revistiera un carácter de aquel tipo, pero estaba convencido de que el capitán Santa Cruz sabía que aquellas cosas sucedían y que también le sucedían a él.

Tampoco Gonzalo pudo dormir. El cansancio se había convertido en un obstáculo para el descanso, a ello se sumaba que las heridas de su costado volvían a darle problemas. Al quitarse el jubón había comprobado que tenía la camisa empapada de sangre. No sabía en qué condiciones estaría cuando amaneciese, pero su voluntad de ponerse en camino era firme y decidida. Peor aún que los problemas físicos que le aquejaban era su estado de ánimo. Cierto que se había quitado un enorme peso de encima después de haber mantenido la conversación con don Juan, pero un poso de amargura quedaba en su alma tras haberle escuchado. Todo había sido tan penoso que decidió no referir nada de lo que le contó don Guillén de Zúñiga. No albergaba la menor duda respecto de aquella historia y sacarla a la luz sólo habría servido para humillar a don Juan. En medio del pesimismo que le embargaba, sólo una luz, debilitada y pequeña, alumbraba en el fondo de su corazón: el obstáculo que se había interpuesto a su amor con Elena estaba eliminado, pero después de abandonar su casa, abrigaba pocas esperanzas.

Al retirarse a su alcoba había pedido pluma, tinta y papel para escribir una carta. En aquellas líneas, escritas con el corazón encogido, plasmó los anhelos que podían darle sentido a una vida que, en gran medida, había saltado hecha añicos aquella misma tarde.

En el Alcázar Real también reinaba mayor agitación de la que era habitual. El marqués de Salinas había recibido el encargo de la reina, quien le había entregado personalmente órdenes escritas al respecto, para que procediese con carácter inmediato al arresto y detención de don Juan a quien se acusaba de los delitos de traición, sedición y de promover un plan para eliminar al inquisidor general. Sería conducido con una fuerte escolta hasta el Alcázar de Segovia, donde se le mantendría incomunicado.

En cumplimiento de las órdenes recibidas el marqués dispuso una compañía de sesenta hombres, todos ellos escogidos, para que antes del amanecer salieran hacia Consuegra y hubiesen abandonado Madrid. Trataba no sólo de hacer el camino en

una jornada y contar con el factor sorpresa, sino que pretendía retrasar los comentarios que la salida de dicha tropa provocaría entre las gentes.

A las cuatro de la madrugada los hombres a sus órdenes tomaban un ligero refrigerio, luego prepararon sus armas y monturas. Los soldados se movían con agilidad y destreza, procuraban hacer el menor ruido posible en medio del silencio. Era de noche cuando los soldados salían del Alcázar con los caballos tomados de las bridas y los cascos envueltos en bayetas para amortiguar el sonido de sus pisadas. Bajaron por la calle de Santa Ana hasta la puerta de la Vega. Atravesaron un descampado y cruzaron al otro lado del Manzanares. Allí quitaron los trapos de los cascos y montaron. Por la senda de San Isidro ganaron el camino de Toledo. Fue entonces cuando el marqués, alzando la mano, ordenó con brío militar:

—¡A trote lento!

Trascurridos unos minutos, los que consideró suficientes para que los caballos y los jinetes entrasen en calor, ordenó:

—¡Al galope!

Con las primeras luces del día Gonzalo de Santacruz, después de tomar queso y unas rebanadas de un pan recién horneado untadas con manteca, bajaba la cuesta que desde la fortaleza sanjuanista conducía hasta Consuegra, para tomar luego el camino hacia Madrid. En el descenso se cruzó con un jinete que por las trazas habría cabalgado durante toda la noche. Los belfos del caballo se agitaban entre espumarajos y todo su pelo estaba empapado en sudor. Don Juan, que desde la más alta torre de la fortaleza observaba cómo se alejaba el capitán, a quien no había querido ver de nuevo, también observó al jinete que hacía los últimos esfuerzos para alcanzar las puertas del castillo.

Bajó rápidamente hasta el patio donde algunos criados atendían a un desfallecido mensajero. Recibió el pliego y lo abrió de inmediato. Las noticias no podían ser peores.

Se ha confirmado la traición. Don Bernardo Patiño ha sido detenido y sometido primero a un interrogatorio y luego a un careo con Pinilla. Todo el plan ha quedado al descubierto. La libertad e incluso la propia vida de vuestra alteza están en serio peligro.

Don Juan se encerró en su alcoba y otra vez se puso a escribir. Mientras lo hacía, los hombres del marqués de Salinas cubrían sin desmayo, legua a legua, la distancia que les separaba de Consuegra. Antes del mediodía habían dejado atrás Aranjuez y se acercaban a Ocaña. La fatiga hacía ya mella en jinetes y animales por lo que decidió darles un descanso y que cada cual almorzase de las viandas que se le habían proporcionado para la jornada.

Mucho más lentamente y con las heridas del costado produciéndole un dolor cada vez más agudo el capitán Santa Cruz hacía el camino inverso. A la hora en que la tropa de Salinas almorzaba él había llegado a una venta caminera de deplorable aspecto, situada entre Tembleque y La Guardia, donde decidió tomarse un descanso que le era imperioso. Repuso sus menguadas energías más por el reposo que dio a su fatigado cuerpo, que ya era presa de una intensa fiebre, que por la comida servida, que era tan apestosa como el lugar. El sitio invitaba a pasar de largo y en el peor de los casos a permanecer el menor tiempo posible. Sin embargo, Gonzalo se sentía tan debilitado que se quedó allí cerca de dos horas en un intento, poco provechoso, de reponer sus maltrechas fuerzas. Adormilado en la banqueta que le servía de asiento tuvo la tentación de pedir al ventero una cama, pero se impuso su deseo de continuar camino, amén del instintivo rechazo que el lugar le producía.

El tiempo acabó corriendo a su favor porque pocos minutos antes de que reemprendiera la marcha, Salinas y sus hombres pasaron por delante del ventorro, levantando tal estruendo y polvareda que llamó la atención de algunos de los

trajineros y arrieros que allí se encontraban, quienes se asomaron a la puerta. Sólo alcanzaron a ver el paso de los últimos jinetes.

—¡Que el diablo se los lleve! —exclamó uno de los curiosos.

—¡Mucho ha de correr el diablo, si desea alcanzarlos! —escupió otro de los presentes.

Cuando entraron, los comentarios giraron en torno a las prisas de aquellos soldados y a lo numeroso del grupo.

—¡Grande es la tropa! ¡Algo gordo debe de haber pasado!

—¡Y urgente! ¡Lo digo por cómo iban!

—¡Buen negocio hubieses hecho, Damián —comentó uno dirigiéndose al ventero —, si se detienen en tu casa!

—¡Hay negocios que es mejor no hacer! ¡Los soldados, cuanto más lejos mejor! ¡Comen mucho, protestan más, abusan lo que quieren y pagan poco! ¡Mejor que pasen de largo!

Gonzalo reinició la marcha en dirección a La Guardia, sacando fuerzas de flaqueza. Estaba convencido de que la tropa que había levantado los comentarios en el ventorro tenía como misión prender a don Juan. Se alegró de haberle advertido y deseaba que escapase a la que podía ser una prolongada prisión o algo incluso peor, porque tal y como estaban los negocios de la corte podía esperarse cualquier cosa y ninguna buena.

Con la montura avanzando al paso, porque no tenía fuerzas para nada, bajó la cuesta que desde La Guardia conducía hasta un lugar donde el agua había permitido el crecimiento de una frondosa arboleda. Su debilidad era tal que hubo de descabalgarse y acomodarse a la sombra de aquellos árboles en un intento, que tenía mucho de desesperado, de recuperarse. Sólo una voluntad como la suya le permitía porfiar para continuar un camino que, en aquellas condiciones, no podía conducirle al objetivo que tenía en su mente.

Después de un largo rato en el que Gonzalo no tuvo claro si mantenía la conciencia, con la fiebre comiéndole las escasas fuerzas que le quedaban y perdiendo sangre por las heridas del costado, hizo un gran esfuerzo para auparse sobre su montura. Lo consiguió a duras penas y con grandes dificultades, pero le produjo tal desgaste que quemó en ello sus últimas reservas de energía. El caballo ni siquiera se movió porque las piernas del jinete no respondían a las órdenes que partían de su cerebro. Se le nubló la vista y cayó desmayado sobre la verde hierba que había al pie de la arboleda. El caballo no se apartó del lugar y se puso a pastar, mientras que su dueño se debatía entre la vida y la muerte.

Era avanzada la tarde, el sol estaba cerca de la línea del horizonte cuando con un fuerte estruendo la compañía de caballos bordeaba la villa de Consuegra y se encaminaba hacia el castillo que, vigilante, se levantaba al sur de la población en una cresta prominente, a lo largo de la cual se erguía media docena de blancos molinos de

viento.

Salinas y sus hombres se encontraron con las puertas cerradas. Reinaba un silencio absoluto. La fortaleza parecía desierta. Dos hombres golpearon con los pomos de sus espadas en la puerta, a la par que se desgañitaban gritando:

—¡Abrid en nombre de su majestad! ¡Abrid las puertas!

Hubo nuevos gritos y nuevos golpes que no obtuvieron respuesta. Los hombres y los caballos empezaban a impacientarse y el marqués se planteaba ya la posibilidad de tomar medidas más contundentes, cuando llegó respuesta desde las almenas:

—¿Quién osa perturbar de esa forma la paz de este lugar?

—¡Abrid esas puertas y permitid paso franco en el nombre de su majestad!

—¿En el nombre de quién?

—¡¡¡En el nombre del rey!!! —gritó el marqués, cada vez más descompuesto.

—¿Y quién sois vos para hablar en nombre del rey?

—¡Soy el marqués de Salinas, gentilhombre de su majestad! —gritó indignado.

—¿Tenéis testimonio de eso que decís?

—Lo tengo y puedo mostrároslo —agitó un pliego que había sacado del sobreguante de su brazo izquierdo.

—¡Aguardad un momento!

El sujeto desapareció de la muralla y el momento prometido se convirtió en largos minutos, que a punto estuvieron de acabar con la paciencia del marqués. Al fin se abrió uno de los postigos de la puerta y dos caballeros con el hábito de la orden de San Juan salieron. Éstos, presentando sus respetos al marqués, le pidieron sus credenciales. Éste se las entregó, con gesto displicente y sin desmontar. Allí mismo el caballero que las tomó, leyó el papel:

*Doña Mariana de Austria, Reina Gobernadora de estos reinos en nombre de Su Majestad don Carlos Segundo, nuestro Rey y Señor, mediante el presente decreto otorga y concede poderes tan amplios como convenga al real servicio del Rey Nuestro Señor al portador de la presente el señor Marqués de Salinas para que ejecute las órdenes que nos hemos servido darle en uso legítimo de las prerrogativas de que somos investida.*

*En virtud de ellas disponemos la detención y arresto de Su Alteza don Juan José de Austria allí donde se le encontrare. Llevado a cabo el dicho arresto, será conducido al Alcázar de la ciudad de Segovia, donde será puesto en prisión hasta tanto no se disponga otra cosa.*

*Disponemos así mismo que a toda aquella justicia, oficio público o a cualesquiera otra persona que sea requerida por el señor Marqués de Salinas para prestar su colaboración en aras al mejor cumplimiento de este Real Decreto, deberá, bajo graves penas, colaborar en la consecución de los fines que en el mismo se señalan.*

*En Madrid a 30 días del mes de septiembre de 1668.*

LA REINA

El caballero sanjuanista, con una cortés inclinación de cabeza, devolvió el pliego al marqués.

—¿Qué es lo que desea el señor marqués de nuestras humildes personas?

—¡La entrega inmediata de su alteza para dar cumplimiento a las órdenes del rey nuestro señor!

—Puede su excelencia pasar y dar cumplimiento a las órdenes que tiene encomendadas. ¡Abrid las puertas! —gritó el caballero.

—Agradezco vuestra colaboración —señaló el marqués, que por primera vez hablaba en lugar de gritar.

—Sin embargo, lamento decirnos que vuestro viaje ha sido en vano —comentó el sanjuanista.

—¿Qué queréis decir? —preguntó un amoscado Salinas.

—Sencillamente, excelencia, que no encontraréis aquí lo que buscáis.

—¿Acaso no está aquí su alteza? —Salinas volvía a gritar.

—Puede comprobarlo su excelencia por sí mismo y remover una a una las piedras de esta fortaleza, no encontraréis a su alteza porque no está. Hace horas que dejó este lugar.

—¡Incumpliendo las órdenes de su majestad que le mandó recluirse aquí!

—No pongo en duda nada de lo que decís, pero soy ignorante de todo ello —respondió con calculada tranquilidad el caballero.

A Salinas le sacaba de quicio la flema de aquel individuo.

—¿Hacia dónde se ha dirigido don Juan?

—También ignoro eso, excelencia.

El marqués, ofuscado, se volvió hacia sus hombres.

—¡Registrad el castillo! ¡De arriba abajo! ¡Hasta el último rincón!

—Sea como su excelencia ordena. Pero que os interese, sólo encontraréis una carta que su alteza ha dejado antes de marcharse por si alguien venía preguntando por su persona.

—¿Dónde está esa carta?

—Pasad, esta nuestra humilde morada es vuestra casa. Os la entregaremos.

La carta, que no había sido lacrada ni cerrada, estaba dirigida a la reina. Fue entregada al marqués, mientras que sus hombres realizaban una afanosa e infructuosa búsqueda. Su texto decía así:

*Señora:*

*La tiranía del Padre Everardo y la execrable maldad que ha extendido y ha forjado contra mí, habiendo preso a mi secretario y hecho otras diligencias con*

*ánimo de perderme y esparcir en mi deshonra abominables voces, me obliga a poner en seguridad mi persona. Y aunque en esta acción parezca a primera vista culpado, no es sino de finísimo vasallo del Rey mi Señor, por quien daré siempre toda la sangre de mis venas y en prueba de esto declaro a V. M. y a cuantos leyeren esta carta, que el único motivo verdadero que tuve para no pasar a Flandes fue el apartar del lado de V. M. a esa fiera indigna del lugar tan sagrado que ocupa, habiéndome inspirado Dios a ello con una fuerza más que natural, desde el punto que vi la horrible tiranía de dar garrote a aquel pobre hombre con tan nefandas circunstancias; hasta cuyo accidente estaba en deliberado ánimo de pasar a aquellos Estados no obstante el conocimiento de lo que dejaba a las espaldas.*

*Suplico a V. M. que no oiga V. M. ni se deje llevar por los perversos consejos de ese emponzoñado basilisco; pues si pelagra la vida de mi Secretario o de otra cualquier persona que me toque a mí o a mis amigos, o si a los que en adelante se declararen por míos, que es lo mismo que por buenos españoles y fieles vasallos del Rey, se intentase con escritos, órdenes o acciones, hacer violencia o sinrazón, protesto a Dios, al Rey mi Señor y a V. M. y al mundo entero que no correrán por mi cuenta los daños que pudieren resultar a la quietud pública de la satisfacción que me será preciso tomar. Y al contrario, si V. M. suspendiese, como espero y deseo, sus deliberaciones y juicio contra mi persona, se hará con el mayor sosiego el servicio a Dios y al Rey nuestro Señor, cuya mira es la única de mis resoluciones. Y en la hora en que cualquiera viere en mí la más leve muestra que desdiga de esta obligación, le exhorto a que sea el primero en quitarme la vida. Dios guarde y prospere la de V. M. para bien de estos reinos.*

*Consuegra, 1 de octubre de 1668.*

*El más humilde criado y vasallo de V. M., don Juan*

Salinas no daba crédito a lo que acababa de leer. Se abstuvo de hacer comentario alguno y guardó la carta para entregarla a su destinataria. Esperó a que concluyese el registro que efectuaban sus hombres, aunque tenía la certeza de que don Juan estaba ya a muchas leguas de allí. Sin detenerse un instante inició el camino de retorno. Tendría que buscar alojamiento para sus hombres en algún lugar porque la noche se les echaría pronto encima. A pesar de ello rechazó el ofrecimiento que le hicieron los sanjuanistas de pernoctar en su fortaleza, lo que en otras circunstancias hubiese sido lo más sensato. Pero se sentía humillado y aquellos individuos no eran sino colaboradores del fugitivo.

Poco antes del crepúsculo dos monjes del cenobio semirrupestre de San Antonio Abad, que se alzaba en la ladera arcillosa que delimitaba uno de los flancos de La Guardia, encontraron el cuerpo desmayado de Gonzalo de Santa Cruz. Como cada día, habían acudido para que abrevase el pequeño rebaño de ovejas merinas que poseían en la fuente junto a la cual había quedado tendido el cuerpo del capitán. Su



pulso era muy débil y la respiración irregular. Los monjes pensaron que aquel individuo, por sus trazas y por el caballo que había junto a él, parecía un caballero. Uno de ellos acudió al monasterio a pedir ayuda.

Improvisaron unas parihuelas de las que tiró el propio caballo y lo trasladaron a la enfermería monacal, donde quedó al cuidado del hermano Basilio, el herbolario y enfermero, quien le suministró una buena dosis de quinina para tratar de rebajarle la fiebre y le colocó un emplasto de hierbas en la herida, después de lavarla con un cocimiento de ellas. Entre las ropas del enfermo encontró una carta, plegada con dos dobleces y dirigida a una dama, cuyo nombre era Elena de Zúñiga. El monje la dejó sobre una mesilla y se sentó apaciblemente en un sillón dispuesto a velar al enfermo.

Al poco rato Gonzalo, que continuaba sumido en un sopor enfebrecido y estaba empapado en sudor, empezó a delirar. De su boca salían palabras sueltas, frases inconexas y carentes de sentido, así como el nombre de Elena, que repetía continuamente. El herbolario, preocupado por el estado que ofrecía el herido, decidió llevar la carta al abad para que éste dispusiera lo que fuese más conveniente.

—¿Estaba entre sus ropas?

—Así es, padre. Está dirigida a una tal doña Elena de Zúñiga, que vive, según reza ahí, en la Cava de San Miguel junto a la plaza de Puerta Cerrada.

—¿No habréis leído la carta, fray Basilio?

—Dios me libre de tal tentación. Más aún cuando la misma va dirigida a una mujer.

—Esta carta es la única referencia que tenemos de este caballero, ¿no es así?

—En efecto, padre, no hay ningún otro signo que nos permita saber algo de él. Salvo que las ropas son de calidad, aunque tienen cierto uso.

—Creo que lo mejor será hacerle llegar esta carta a quien parece ser su destinataria. Esta dirección corresponde a Madrid, hacia donde mañana parten los hermanos Marcial y Florencio. Ellos efectuarán su entrega y que sea lo que Dios Nuestro Señor disponga. Bien sabe Él que lo hacemos con la mejor de las intenciones. Y ahora, andad, hermano Basilio, cuidado de ese enfermo, que es principalísima obra de misericordia.

No había transcurrido una semana desde que los monjes de San Antonio Abad recogiesen el cuerpo casi sin vida del capitán cuando llegó a la abadía un carruaje en el que viajaba un caballero de edad y distinguidas formas a quien acompañaban una elegante dama en la plenitud de su belleza y una señora madura. El mencionado caballero, que dijo llamarse don Guillén de Zúñiga, solicitó ser recibido por el abad, dado que unos monjes pertenecientes a aquella abadía habían dejado en su casa una carta dirigida a su hija, doña Elena. Al parecer el caballero que la había escrito, según le informaron los propios monjes, se encontraba gravemente enfermo y acogido a la caridad de su monasterio. Elena, tras leer la carta, comunicó a su padre su firme decisión de acudir al lugar donde se encontraba Gonzalo. Don Guillén manifestó su

oposición a dicho viaje, pero cambió de opinión tras conocer el contenido de la misiva, que su propia hija le leyó.

Dispusieron todo lo necesario para ponerse en camino sin demora, a la par que comunicaron a doña Casilda de Láinez el lugar donde se encontraba su sobrino y las circunstancias que concurrían. Entre los tres prepararon el viaje a La Guardia. Lo hicieron con la mayor discreción para evitar complicaciones a quien era un fugitivo de la justicia.

Tras una breve espera, el abad les recibió con la hospitalidad de que hacía gala, manifestando también su alegría porque personas ligadas al enfermo acudiesen hasta aquella casa de Dios. También les señaló su preocupación por el estado de Gonzalo.

—Sólo los cuidados que le ha dispensado nuestro herbolario, el hermano Basilio, y lo que es más importante, la divina providencia, le han mantenido con vida —al escuchar aquellas palabras doña Casilda y Elena cruzaron una mirada de preocupación—. Lo peor de todo es su extrema debilidad ya que la fiebre, desde ayer, gracias a Dios, le ha bajado. Pero el sopor en que se encuentra sumido desde que llegó al monasterio hace muy difícil suministrarle algún tipo de alimento. Es la infinita paciencia del hermano Basilio la que logra que ingiera algo.

—¿Podríamos pasar a verle? —la pregunta de Elena era más bien una súplica.

—Lo lamento, pero la clausura, donde está la enfermería, está vetada a las mujeres por nuestra regla. Sólo al caballero le está permitido acceder y puede hacerlo cuando guste.

Tanto Elena como doña Casilda insistieron, pero la posición del abad era tajante. Hubieron de renunciar al que en aquel momento era su mayor deseo. Fue don Guillén quien, acompañado de un monje, pudo ver a Gonzalo, mientras las dos mujeres aguardaron impacientes en el locutorio, donde para hacerles más llevadera la espera, les regalaron el paladar con unas tazas de leche aromatizada con canela.

Cuando el padre de Elena vio a Gonzalo no pudo evitar una exclamación que denotaba la impresión que le produjo.

—¡Santo Dios!

El herbolario explicó a don Guillén las penosas circunstancias en que estaba el enfermo cuando lo encontraron tirado en el campo.

—Este hombre estaba casi muerto. El esfuerzo que había realizado era muy superior a sus fuerzas. Pocas veces en mi vida he visto una calentura tan alta. Menos mal que desde ayer ha remitido, ahora su temperatura es casi normal.

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó don Guillén.

—Su vida está en manos del Señor. El que no tenga fiebre es un síntoma alentador, pero su debilidad es muy grande porque apenas ingiere alimento por culpa del estado de inconsciencia en que se encuentra. Valiéndome de un embudo logro que ingiera alguna cantidad de leche, poca cosa. Si consiguiésemos reanimarle sería mucho más optimista.

—¿Hay algún procedimiento para ello?

—Si lo hay, lo desconozco, señor. Sólo suministrándole un brebaje podríamos intentar estimular sus sentidos, pero no sé qué resultado conseguiríamos.

—¿Podría perjudicarlo?

—Creo que no, pero tampoco tengo garantías.

Don Guillén quedó pensativo. Al cabo de un rato preguntó al monje:

—¿Si fuese un familiar vuestro, qué haríais?

El hermano Basilio dibujó en su rostro una amplia sonrisa.

—Me inclinaría por suministrarle el brebaje.

—Entonces proceded de ese modo.

Don Guillén de Zúñiga no sabía muy bien por qué había tomado una decisión acerca de la salud de una persona a la que apenas conocía y de quien le separaba un abismo. Tal vez, había influido el hecho de que el único familiar de Gonzalo, su tía Casilda, no podía tener elementos suficientes para decidir y también porque el herbolario, por alguna razón ignorada, le infundía gran confianza.

Cuando regresó al locutorio para informar a Elena y doña Casilda, comprendió por qué lo había hecho. Después de muchas vueltas en su cabeza había llegado a la conclusión de que lo más importante de su vida, desde hacía años, era ver feliz a su hija y en aquellos días de dudas, resquemores y tensión había comprendido que esa felicidad sólo la encontraría al lado del hombre que había visto en aquel lecho. Un hombre a quien, sin duda, había costado un gran sacrificio tomar la difícil decisión que le había conducido al estado de postración en que se encontraba. Lo sabía por la carta que los monjes habían entregado a Elena y que ésta le había leído. Ahora su mayor preocupación era la delicada salud de Gonzalo.

Contó a las dos mujeres sus impresiones y decidieron buscar acomodo en una hospedería de La Guardia para pasar la noche. Al día siguiente volvieron al cenobio para conocer cómo se encontraba Gonzalo. Don Guillén pudo verle de nuevo, pero las súplicas de doña Casilda y de Elena fueron infructuosas. El abad no consentiría por nada del mundo que una mujer rompiera la clausura de aquella santa casa. Poco antes de mediodía, embargados por la tristeza, pero reconfortados por las palabras del abad, quien les prometió que Gonzalo sería objeto de todos los cuidados y atenciones, y por la posibilidad que les brindaba de acudir al monasterio cuantas veces lo desearan, así como que don Guillén pudiese visitarle cuando gustase, retornaron a Madrid.

La propuesta hecha por doña Casilda de llevárselo con ellos fue rechazada por el abad y por el hermano herbolario, conscientes de que el enfermo no soportaría un traslado en las condiciones en que se encontraba.

En Madrid la noticia de la huida de don Juan produjo un gran revuelo. Por la corte y en los mentideros populares circulaban todo tipo de rumores en los que se daba pábulo a las más fantásticas versiones. La realidad era que no se sabía su paradero, aunque los indicios más verosímiles señalaban que se había dirigido hacia tierras de

la Corona de Aragón y presumiblemente viajaría hasta la ciudad de Barcelona. Sin que se supiese cómo, copias de la carta que había dejado en Consuegra, dirigida a la reina, empezaron a circular con profusión. Don Juan había hecho llegar algún ejemplar a sus parciales, que éstos se encargaron de difundir.

A don Bernardo Patiño se le instruyó un proceso, acusándole de promover un plan para asesinar al inquisidor general, aunque el delito no pasaba de la fase de tentativa. En consideración a su condición de caballero se le impuso de forma cautelar la pena de arresto en su propia casa, permitiéndole acudir a sus obligaciones religiosas, que según su costumbre le posibilitaban salir a la calle todos los días.

También dio mucho que hablar aquellos días el descubrimiento del cadáver, en avanzado estado de descomposición, de un soldado veterano. Lo encontraron en el desván donde habitaba. Se había colgado de una de las vigas del techo. Los comentarios apuntaban a un crimen político, pero los mejor informados sabían que aquel soldado, cuyo nombre era Andrés Anguita, se había suicidado, según rezaba en una nota que dejó escrita de su puño y letra. Dicha letra implicaba, según se decía, al duque de Sessa en la acción que condujo a la reyerta donde murieron cinco hombres y cuyo objetivo era dar muerte al capitán Gonzalo de Santa Cruz. Pero aquel testimonio se perdió entre las diligencias de la justicia que se hizo cargo del caso cuando al ahorcado lo descubrió el dueño del desván, que había acudido a cobrar el alquiler.

El duque de Sessa vivía con el ánimo encogido. Además del rumor que corrió sobre la carta dejada por Anguita, la voz pública le señalaba como inductor al intento de asesinato del capitán Gonzalo de Santa Cruz, aunque, tampoco en este caso, se podían exhibir pruebas de ello. Se decía que el duque era quien más interés tenía en que apareciese el cadáver de dicho capitán o que se le encontrase con vida. Temía la venganza de una de las espadas, según había quedado una vez más puesto de manifiesto, más temibles de Madrid. No salía de su casa sino protegido por una caterva de rufianes y rodeado de criados. Mostraba su miedo de forma tal que se convirtió en el hazmerreír de los madrileños.

Los alguaciles y corchetes habían abandonado la búsqueda del capitán Santa Cruz, aunque algunos, estimulados por la recompensa que particularmente ofrecía el duque de Sessa, continuaban las pesquisas. También los rumores eran muy diversos en torno a este asunto. Unos decían que había muerto, aunque su cadáver no había aparecido, otros que estaba escondido en algún lugar de Madrid y otros que había acompañado a don Juan en su huida. Nadie, sin embargo, tenía noticia de que era atendido solícitamente por el herbolario de una abadía, parte de la cual estaba excavada en la roca, muy cerca de La Guardia, ni que había sido él quien había dado el aviso a don Juan de que le buscaban para prenderle.

El primero de noviembre, festividad de Todos los Santos y vísperas de Difuntos, Gonzalo, después de un mes de convalecencia y muy mejorado de sus dolencias,

acudía a misa en la iglesia de la abadía de San Antonio Abad. Para el hermano Basilio, hombre bondadoso, pero tan tozudo que era difícil encontrar otro como él, había resultado complicado durante aquellas semanas obligar al enfermo a guardar el reposo y el régimen que le había impuesto y cuyos resultados estaban a la vista con sólo mirar al capitán.

Elena, su padre y la tía Casilda asistían a la misa que se celebraba en un templo abarrotado de fieles de los contornos. Todos estaban gozosos. Pero su alegría se desbordó cuando al final del oficio el hermano Basilio, con cierta socarronería, le dijo a Elena, quien se había deshecho, al igual que doña Casilda, en palabras de agradecimiento al monje:

—Si el deseo de vuestras mercedes es llevarse consigo al enfermo, pueden hacerlo.

Dado de alta, Gonzalo prometió al abad volver para hacer un donativo que en aquellos momentos no estaba en condiciones de realizar. Insistió en ello cuando el monje le dijo que no era necesario, pero el herbolario aprovechó la ocasión.

—Si no es molestia, vuestra merced, podría traerme algunas hierbas para cuyo abastecimiento tengo dificultades y pueden encontrarse en ciertos lugares de Madrid.

—Será un placer. Sólo necesito una lista con el nombre de las hierbas.

Mientras el herbolario preparaba la relación y doña Casilda mantenía con don Guillén y con el abad una animada conversación, Elena y Gonzalo se retiraron a un lugar discreto, allí Elena sacó la carta que los monjes le entregaron y que guardaba en su pecho.

—No puedes imaginar la felicidad que estas líneas me produjeron y la tristeza que me embargó cuando supe el estado en que te habían encontrado.

Gonzalo la miró a los ojos.

—Nunca podré ponerle palabras al ánimo que embargaba mi espíritu cuando escribía esas líneas, que conservo intactas en mi mente.

—Son unas hermosas líneas —comentó Elena.

—Por eso pienso que, tal vez, sea lo mejor que las conserves sólo en tu corazón.

La cogió con suavidad de manos de la mujer que amaba e hizo ademán de rasgarla.

—La carta es tuya, puesto que a ti iba dirigida, ¿puedo?

—Puedes, si ése es tu deseo.

Gonzalo la rompió una y otra vez, hasta reducirla a trozos minúsculos que dejó caer sobre un suelo lleno de hojas secas, que señalaban la plenitud del otoño, donde se perdieron. Luego los dos se fundieron en un abrazo, que era el principio de una vida.

## Epílogo

Don Juan José de Austria, como apuntaban algunos de los rumores, llegó a Barcelona. Allí reunió en torno a su persona un gran número de seguidores, que se mostraron dispuestos a luchar a su lado para poner fin al valimiento de Everardo Nithard. Durante varias semanas la reina y él sostuvieron por carta un duelo dialéctico. Los partidarios de ambos se encargaron de difundir a los cuatro vientos aquella curiosa correspondencia. A primeros de 1669 don Juan inició una marcha sobre Madrid al frente de cuatrocientos jinetes, pero por el camino se le unió un concurso de gente cada vez mayor, hasta formar un verdadero ejército cuando estaba a pocas leguas de Madrid, convirtiéndose en una verdadera amenaza para la reina, el valido y sus partidarios.

Ante aquellos sucesos crecía la agitación en la corte porque eran cada vez más los que temían un ataque. Don Juan aparecía a los ojos de muchos como un rebelde. Su exigencia era que doña Mariana de Austria desterrase al valido fuera de España. Muchos cortesanos, temiendo un motín popular, ya que la mayor parte del pueblo de Madrid estaba al lado de don Juan, presionaron a doña Mariana para que accediese a las pretensiones del bastardo. La reina, tozuda en sus planteamientos, se negaba.

A finales de enero, don Juan lanzó un ultimátum. Señalaba que no deseaba el poder para él, pero que si Nithard no salía de la corte en veinticuatro horas, al día siguiente él mismo, acudiría para arrojarle por la ventana. Ante el temor de que convirtiese en realidad sus amenazas, la reina cedió. Su confesor abandonó Madrid y se dirigió a Roma, donde el Papa le nombró cardenal. Don Juan cumplió su promesa de no entrar en la corte y aceptó, aunque no era su deseo, el cargo de vicario general de Aragón. Era aquél un destino que no colmaba sus aspiraciones y que el horóscopo de Flandes cifraba en la posibilidad de ceñir una corona. Pero se plegó a las exigencias de la reina. Por aquellas fechas estaba muy preocupado con otro de los asertos de aquel pronóstico: había entre sus domésticos un grande número de traidores de los cuales debería guardarse todavía por espacio de cinco años. Había logrado sobrevivir y aquel plazo había expirado, pero no se fiaba. Tenía un gran número de enemigos.

Puso dos condiciones para marchar a Zaragoza, que fueron aceptadas: la libertad sin cargos para don Bernardo Patiño y que se retirasen las acusaciones que pesaban sobre el capitán Gonzalo de Santa Cruz. Muchos de sus partidarios quedaron decepcionados porque esperaban su ascenso al cargo de primer ministro y al gobierno de la monarquía en nombre de su hermano Carlos II, que aún no había cumplido los ocho años. Algunos, sin embargo, pensaban que todo aquello era parte de una estrategia que se revelaría en el futuro.

Al poco tiempo Gonzalo y Elena contrajeron matrimonio en la iglesia del monasterio de San Antonio Abad, cerca de La Guardia, donde el novio dio, en

cumplimiento de su palabra, una generosa limosna y le llevó al hermano Basilio un fardo con variadas hierbas medicinales que le colmaron de felicidad. Fueron los padrinos don Guillén y doña Casilda. El matrimonio se marchó a vivir a un pueblecito a orillas del río Oja, donde se dedicaron al cultivo de la vid y al negocio de la crianza y elaboración de vinos, alejados de los ruidos y las intrigas de la corte. Pasaban largas horas dedicados a la lectura y en el caso de Elena a la pintura.

José Calvo Poyato  
*Cabra, septiembre de 2002*



JOSÉ CALVO POYATO (Cabra, Córdoba, 23 de julio de 1951) es un político, historiador y novelista español.

Es licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Granada, en la que se doctoró en Historia, y trabaja como catedrático. Como escritor es autor tanto de obras de investigación y divulgación científicas como de novelas científicas. Autor de numerosas investigaciones que tienen como marco el sur de Córdoba y la propia ciudad de Cabra. Ha publicado numerosas novelas históricas como *La biblia negra*, *El hechizo del Rey*, *Jaque a la Reina*, *El manuscrito de Calderón* o *El sueño de Hipatia* entre otras. A partir del 2005 y con la publicación de *El manuscrito de Calderón*, introdujo el personaje de Pedro, un antiguo mosquetero dedicado a la investigación que recuerda de alguna manera al capitán Alatriste.

Miembro del Partido Andalucista, su trayectoria política se caracteriza por su densidad, y por la presencia en cargos de importancia. Ingresó en el Partido Andalucista, siendo Secretario Provincial de esta formación en Córdoba entre 1990 y 1995. Presidente de la Comisión Permanente del Congreso del PA (1995-1996), fue también Presidente de la Comisión de Garantías (1996-2000) y Diputado provincial (1995-1999) y autonómico (1990-1994 y 2000-2005).

Entre 1991 y 2000 fue alcalde de Cabra (Córdoba), su ciudad natal. Es hermano de la también política Carmen Calvo Poyato, ex Ministra de Cultura. Es miembro de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.